Isabel Keats

Mi tramposa favorita

Daniela Caballero y su hermano Luis viven al día, trampeando como pueden. Su timo favorito es sencillo: él se encarga de buscar algún incauto con más dinero que cerebro, y ella lo atonta con su belleza antes de pegarle un buen sablazo. Hasta ahora no les ha ido del todo mal, pero su suerte está a punto de cambiar.

Bruno del Valle, el padrino de su última víctima, es un psiquiatra de reconocido prestigio que enseguida descubre el juego que Daniela se trae entre manos. Ante la amenaza de ser desenmascarada, a ella no le queda más remedio que renunciar a sus planes y desaparecer, pero él no parará hasta dar con ella y hacerle una sorprendente proposición.

¿Puede una estafadora de tres al cuarto enamorarse de un famoso psiquiatra? ¿Y al revés? Sumérgete en un romántico cuento de Navidad que cambiará la vida de dos personas para siempre.

Isabel Keats

Mi tramposa favorita

ePub r1.0

Titivillus 07.10.16

Título original: *Mi tramposa favorita*
Isabel Keats, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

¿Que quién soy? Sólo os diré que tengo muchos nombres, pero la gente suele referirse a mí como el Espíritu de la Navidad. Unos dicen que soy un pensamiento de Jesús que se transformó en un espíritu bondadoso; otros, que soy un ser benevolente de gran belleza que llegó de un mundo lejano… ¡Bah, chorradas! No hagáis ni caso, hay tanta leyenda urbana…

Que no, que no, olvidaos de lo del vaso de agua en dirección norte y de la piedra de selenita en dirección sur. ¿De verdad alguien sabe dónde cae eso sin una brújula?

Tampoco necesitáis la vela blanca ni el incienso en grano.

Ni siquiera es necesario que me invoquéis durante el solsticio de invierno. ¿Cómo que eso qué es lo que es? [Pronúnciese «eso *q'eloqueé*».] A ver si leemos un poquito más, ¿eh? Pues el 21 de diciembre, hombre, la noche más larga del año.

En realidad, yo estoy por aquí de guardia permanente, pero es cierto que estoy más…, digamos, activo cuando se acercan esas fiestas en las que, de alguna manera, todo el mundo desea que reine el amor. *Amor*, bonita palabra. En realidad, es de Amor, así, con mayúsculas, de lo que vengo a hablaros hoy. Porque yo soy muchas cosas pero, sobre todo, soy un gran contador de historias. Ah, ¿que os apetece escuchar una? ¡Eso está hecho!

Veréis, todo empezó unos días antes de Navidad…

Capítulo 1

La gravilla de la entrada crujió bajo los anchos neumáticos del deportivo negro. El jardinero dejó de rascarse la entrepierna durante unos instantes, miró de reojo el impecable Audi TT descapotable del que un hombre alto y elegante acababa de bajarse y, como hacía a menudo, pensó en lo injusta que era la vida, antes de volver su atención a la manguera con la que en ese momento refrescaba el espectacular parterre de hibiscos rojos.

Bruno del Valle abrió el maletero, sacó el escaso equipaje y sus largas piernas salvaron con agilidad los tres escalones de piedra de la entrada. Casi en el mismo instante en que apoyó el índice sobre el timbre de la puerta, ésta se abrió y un mayordomo con chaleco de rayas y expresión impasible, de esos que ya sólo aparecen en las películas inglesas de baronesa, castillo y té, lo invitó a pasar.

—Buenos días, señorito Bruno —saludó, inclinándose con insospechada flexibilidad para coger su equipaje.

—Buenos días, Víctor. Ya veo que en esta casa nunca cambia nada.

El hombre asintió con dignidad, como si fuera un cumplido, y lo condujo a través de varios salones de gran amplitud, hasta llegar a un porche digno de figurar en la portada de *Casa y Jardín*, frente al que se extendía una interminable pradera de césped bien cuidado que refrescaba la vista.

—Señora, el señorito Bruno.

—Gracias, Víctor. Tráiganos algo de beber, por favor.

Bruno se inclinó sobre el amplio sillón de ratán y besó a su hermana en la mejilla.

—Hola, Eva. Como ves, tus deseos son órdenes para mí, así que aquí me tienes.

A la mujer no le gustó el brillo malicioso de aquellos ojos oscuros tan distintos de los suyos, castaño claro y algo miopes. En realidad, su hermano y ella no podían ser más diferentes. Bruno era muy alto, y el polo azul que llevaba esa mañana resaltaba

los hombros anchos de nadador *amateur*. Unas pocas canas salpicaban sus sienes y aliviaban el tono, casi negro, de sus cabellos. A pesar de que le quedaban pocos años para cumplir los cuarenta, había que reconocer que estaba más atractivo que nunca. Muchas mujeres debían de pensar lo mismo, a juzgar por la escandalosa cantidad de ellas que, según los rumores, pasaban por su cama.

Eva, en cambio, con sus mechas rubias y su figura regordeta, parecía exactamente lo que era: una mujer de mediana edad —aún le costaba creer que hubiera cumplido ya los cincuenta y dos hacía menos de un mes— que disfrutaba demasiado de la comida. Era injusto, suspiró; aunque sólo fueran hermanos de padre, ¿por qué no podía ella parecerse un poco más a Bruno?

La voz profunda de su hermano —hasta en eso parecía que los dioses lo habían premiado con doble ración de testosterona— la sacó de sus cavilaciones, y tuvo que pedirle que repitiera lo que acababa de decir.

—Me gustaría saber dónde están los tortolitos —dijo sentándose sobre uno de los enormes y confortables sillones con sus característicos movimientos felinos—. Estoy deseando conocer a la maravillosa prometida de mi ahijado. A juzgar por las palabras de Diego, la interminable lista de encantos que la adornan haría babear al perro de Pávlov sin necesidad de campanilla.

Eva se revolvió en su asiento nerviosa, algo que le ocurría siempre que se enfrentaba con aquel hermano que, aunque era catorce años menor que ella, de alguna manera la hacía sentirse una niña pequeña y algo estúpida. La elegancia de sus ademanes, la arrolladora seguridad en sí mismo de un hombre que ha llegado a lo más alto en su profesión, y el oscuro encanto que lo rodeaba como un halo invisible minaban aún más su ya escasa autoestima cuando se comparaba con él.

—Diego ha ido a jugar al golf, debe de estar a punto de llegar. Danièle vendrá más tarde; ha salido de compras. Ya verás, te parecerá encantadora. —Lo observó dudosa —. Eso, si no empiezas a hacerla sentirse incómoda con tus trucos de psiquiatra.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó él como si no hubiera oído su último comentario.

Eva sonrió por vez primera; por fortuna, aquel tema de conversación era terreno seguro, así que comentó con entusiasmo:

—Se casarán aquí, en Sotogrande, dentro de dos meses. ¿No es maravilloso?

Aquellos ojos inquietantes la examinaron por entre los párpados entornados durante un buen rato, y ella volvió a rebullirse incómoda en el asiento. Sin embargo, cuando habló por fin, su hermano se limitó a decir:

—Maravilloso, aunque quizá algo precipitado, ¿no crees? ¿Cuánto hace que se

conocen?

Eva hizo un gesto evasivo con la mano y empezó a hablar muy deprisa, como si pensara que la velocidad de sus explicaciones era directamente proporcional a la capacidad de persuasión de sus argumentos.

—Es cierto que ha ido todo un poquito rápido. Hace tan sólo tres meses ninguno de ellos sabía siquiera de la existencia del otro y, de pronto, gracias a un pequeño incidente con el coche, se conocen, se enamoran y ya estamos preparando la boda. ¡Es tan romántico!

Lanzó un hondo suspiro, y a Bruno le pareció escuchar una dulce melodía interpretada por un cuarteto de violines invisibles.

—Sí, muy romántico. —A su hermana se le escapó por completo el velado sarcasmo, pero la impertinencia de su siguiente comentario hizo que lo mirara llena de indignación—. Te recuerdo que mi ahijado, además de ser un jovencito bastante pánfilo, es un rico heredero.

—Mira, Bruno, ¡no te consiento que te metas con mi hijo! No sé qué habría sido de mí cuando murió Raúl, de no ser por Diego. —Los labios y las gruesas mejillas temblaban, y tenía los ojos inundados.

En ese preciso instante, la aparición del mayordomo con la bandeja de los refrescos disipó parte de la tensión que cargaba el ambiente. Con habilidad profesional, el psiquiatra condujo la conversación por terrenos menos cenagosos, hasta que, por fin, el alegre repiqueteo de los clavos de unos zapatos de golf sobre las baldosas de piedra anunció la llegada de su sobrino. Alto y bastante desgarbado, su pelo tenía el mismo tono rubio desvaído que el de su madre, aunque los ojos, un poco saltones y de un anodino tono verdoso, eran herencia de su progenitor.

—¡Hola, mamá! ¡Qué bien que hayas venido, Bruno! —El recién llegado hablaba de un modo engolado, como un primer ministro que pronunciara un interminable discurso frente al populacho. Después de darle un beso a su madre, se volvió a estrechar la mano de su tío con vehemencia—. ¡He visto que has vuelto a publicar un artículo en *The American Journal of Psychiatry*! Acabo de contárselo a mis compañeros de partido y, créeme, les ha impresionado.

Su acento británico era perfecto, y su entusiasmo, conmovedor. A pesar del ligero desprecio que siempre había albergado por ese sobrino suyo, apenas diez años menor que él, Bruno se había sentido obligado a aceptar la invitación de su hermana para pasar unos días en su casa y conocer, de paso, a aquel dechado de virtudes con el que Diego iba a casarse con tanta precipitación. Eva no tenía más que pájaros en la cabeza y, desde que enviudó hacía ya casi quince años, Bruno, muy a su pesar, se había

convertido en algo así como la figura paterna de aquellos dos inocentones con más dinero que cerebro. Al fin y al cabo, se dijo resignado, eran la única familia que tenía. Diego seguía hablando, así que trató de prestarle atención.

—Ya verás cuando conozcas a Dani. Tú también te vas a enamorar de ella, ¿verdad, mamá?

Su madre asintió, mirando a su único hijo con expresión de gallina clueca.

—Dani es un encanto. Tan guapa, tan educada, tan sencilla, tan… tan como debe ser.

Bruno enarcó una de las arrogantes cejas negras antes de dar un largo trago a su bebida, pero no hizo ningún comentario. La conversación continuó durante un buen rato por los mismos derroteros; su ahijado y su hermana enzarzados en una competición a ver quién hacía la loa más exagerada de aquella diosa venida a la Tierra, mientras él reprimía un bostezo detrás de otro. Cuando por fin se detuvieron a tomar aire, el imperturbable Víctor anunció a la señorita Chevalier.

Diego y Bruno se pusieron en pie en el acto para recibirla, aunque este último permaneció unos pasos por detrás de su sobrino, decidido a no perderse detalle de la recién llegada.

—¡Dani, estás preciosa, como siempre! —Diego depositó un casto beso en la mejilla de su novia y, con un brazo posesivo alrededor de la esbelta cintura, se volvió para presentársela a Bruno—: Danièle, te presento a mi tío y padrino, Bruno del Valle, del que tantas veces te he hablado.

—Tantísimas que para mí es casi como si ya fuéramos viejos amigos, Bruno.

La deliciosa sonrisa que acompañó sus palabras habría deslumbrado a la mayoría de la población portadora del cromosoma XY; sin embargo, Bruno se limitó a observarla fijamente antes de contestar con sequedad:

—Yo tengo pocos amigos.

Lo único que indicó que había captado el significado de aquel seco comentario fue el rápido parpadeo de los grandes ojos azules, pero, enseguida, la recién llegada se acercó a su futura suegra y le dio un efusivo beso en cada mejilla.

—Dani, querida, no hagas caso de mi hermano. Es un bromista.

A pesar del simulacro de sonrisa que permanecía atornillada a sus labios, Eva apenas podía disimular el azoramiento que le había producido la rudeza de Bruno. Para una persona pacífica y fácil de llevar como era ella, las discusiones y los malos rollos a su alrededor le producían un malestar casi físico, así que empezó a hablar atropelladamente de la nueva ola de calor que había anunciado el hombre del tiempo para los próximos días.

—¡Vaya por Dios, Eva, qué mala suerte! —se lamentó Danièle.

—Sí, ¿verdad? —Su novio asintió compungido—. Pero hay que mirar el lado positivo, Dani; con el calor jugaré menos al golf y así tendremos más tiempo para pasarlo juntos.

—Entonces retiro lo de «mala suerte», mi amor.

Una casi imperceptible mueca de desagrado se dibujó en los firmes labios de Bruno al escuchar el empalagoso diálogo y contemplar la expresión de cachorro enamorado de su ahijado, que parecía incapaz de apartar la vista del rostro de su prometida ni por un segundo. A pesar de ello, mantuvo el semblante impasible mientras examinaba sin disimulo a la mujer que acababa de tomar asiento frente a él.

Diego no había exagerado al decir que era preciosa. Danièle Chevalier llevaba la reluciente melena castaña recogida en un moño bajo, y un vestido sin mangas discreto y elegante que se ajustaba a las suaves curvas sin marcarlas en exceso. Al cruzar las piernas, la falda se le había subido unos centímetros por encima de las rodillas, y la loneta cruda de los almohadones del sillón ponía de manifiesto el delicado color miel de las bien torneadas piernas. Sin embargo, su rasgo más llamativo eran aquellos inmensos ojos azules, bordeados de espesas pestañas oscuras, que se posaban sobre su novio con adoración mientras, en apariencia, permanecía ajena por completo al intenso escrutinio al que estaba siendo sometida.

Los tres siguieron de cháchara durante un buen rato, hasta que Bruno, aburrido, decidió intervenir.

—Señorita Chevalier…

—Dani, por favor. Nada de formalidades; dentro de unos meses te convertirás en mi tío político.

Los novios intercambiaron una mirada cómplice y se les escapó una risita irritante.

—Por supuesto…, Danièle. Cuéntame algo de ti. Diego te pone por las nubes, pero hay algunos detalles que me gustaría conocer.

—Claro que sí, Bruno. Puedes preguntarme todo lo que quieras. —Una vez más, le lanzó una de aquellas impactantes sonrisas, al tiempo que entrelazaba los dedos en el regazo, igual que una alumna aplicada que se enfrenta al examen de su profesor.

—¿De qué parte de Francia eres?

—Nací en París, pero vine a España cuando era una niña.

—¿A qué te dedicas?

—Soy empresaria o, mejor dicho, lo seré dentro de poco.

—Dentro de pocos días tu sueño se hará realidad, cariño.

—¡Yo seré tu primera clienta, Dani! En cuanto pierda alguno de los kilitos que me

sobran, me pasaré por tu tienda a menudo.

—Empresaria. Suena de maravilla. ¿En qué sector, exactamente?

—¿Cuál va a ser? ¿Eres ciego, Bruno? ¿No ves lo elegante que es? —Diego se llevó la mano de su prometida a los labios con un gesto afectado, le dio un cálido beso en el dorso y se ganó otra de esas encantadoras sonrisas de papel cuché—. Dani va a abrir una *boutique* superexclusiva en la Milla de Oro de Madrid.

—Fascinante.

—Sólo las mejores marcas, por supuesto. Gracias a Diego, he conocido a un montón de posibles clientas. El pobre se desvive por complacerme, es taaaan mono. —Le revolvió el pelo con una mano con el mismo gesto que dedicaría a un perro fiel, y los labios seductores se fruncieron en un mohín mimoso capaz de derretir el cerebro de cualquier incauto.

Los oscuros ojos de Bruno seguían estudiando hasta el más mínimo gesto de aquel compendio de perfecciones. Estaba a punto de descartarla como a otra de esas bellezas sin cerebro que pueblan el mundo sin más cometido que adornarlo y de brindar en silencio a la salud de aquella pareja de cabezas huecas cuando, de pronto, detectó un destello burlón en los ojos azules. Al instante, entornó los párpados, suspicaz, pero lo que quiera que fuese que había llamado su atención ya no estaba ahí, y se preguntó si lo habría imaginado.

Una vez más, el mayordomo los interrumpió para anunciar en tono agorero que la comida estaba servida. Sin dejar de charlar, se dirigieron al comedor de verano, a pesar de que ya estaban a mediados de octubre. El comedor era una especie de invernadero abierto al jardín, en el que un ventilador de techo y la sombra que proyectaban las numerosas plantas que crecían en su interior refrescaban el ambiente.

Bruno los siguió en último lugar y aprovechó para contemplar, apreciativo, las caderas esbeltas que se balanceaban con seductora cadencia delante de él. A pesar de ser muy alta, Danièle Chevalier calzaba unos tacones de diez centímetros, y la novedad de no sacarle a una mujer más de medio palmo le resultó extrañamente atractiva.

Como era costumbre en esa casa, todos los platos que se sirvieron, además de abundantes, fueron exquisitos. En ese sentido, el buen apetito de la anfitriona y su afición a la alta cocina era una gran ventaja; lo malo era que la pobre se había jurado que adelgazaría cinco kilos para la boda de su hijo, y veía pasar plato tras plato por delante de sus narices con expresión lastimera.

Aquello estaba resultando más duro de lo que jamás habría imaginado. Desolada, Eva miró su ración de besugo a la plancha, acompañado por unas cuantas hojas de lechuga casi sin aliñar, y suspiró. Sin embargo, se había prometido a sí misma que

perdería el peso que se había propuesto, aunque tuviera que coserse los labios con hilo de nailon y, mientras tanto, se limitaría a disfrutar viendo comer a los demás.

Ajeno por completo al desdichado estado de ánimo de su hermana, Bruno se relajó un poco y comió con ganas mientras escuchaba la conversación insustancial que mantenían los otros tres sin prestar mucha atención. Cuando terminó, hizo una seña al mayordomo para que volviera a pasarle la fuente.

—Tengo que acordarme de mandar a Pitita toda la información de vuestra boda —comentó Eva, sin dejar de seguir el recorrido del tenedor de su hermano del plato de besugo al horno, acompañado de tiernas patatas panaderas, hasta su boca con expresión soñadora.

—¿Pitita?

—Sí, Pitita, ya sabes, esa prima un poco fulana de tu padre que trabaja en *ABC*.

—¡Mamá! —Diego sonó escandalizado, pero su madre no se inmutó.

—Hijo, ya sabes lo que decía tu abuelo: al pan, pan, al vino, vino, y a las putas, putas. ¿Un poquito más de besugo, hermano?

Con una sardónica sonrisa de medio lado, Bruno negó al instante con la cabeza; en realidad, no le habría extrañado nada ver a su ahijado tapar los oídos de su prometida para no mancillar su inocencia.

—A ver si me acuerdo de pedirle a Víctor que le mande mañana un *email*.

Al oír aquello, Dani, a quien en ese momento su novio le ofrecía un bocado de su propio plato —como si fuera distinto del besugo que ella estaba comiendo, el mismo que el día anterior habían enganchado en un palangre unos pescadores en aguas del Cantábrico—, cerró la boca de golpe y se volvió hacia ella alarmada. El trozo de pescado cayó encima del impoluto mantel francés con encaje de Valenciennes y dejó un considerable cerco de grasa a su alrededor.

—¡Ups! —Dani se llevó el puño a la boca para reprimir una carcajada, y los iris azules relucieron con diversión. No obstante, en cuanto se dio cuenta de que a Bruno no se le había escapado aquel gesto espontáneo, recuperó la compostura en el acto. Con los ojos muy abiertos, se llevó las manos a las mejillas y se dirigió a su prometido con una mirada afligida—. ¡Perdóname, cariño, soy tan torpe! El precioso mantel de tu madre…

—No te preocupes, mi amor, ha sido un accidente. ¿Estás bien?

Ella hizo un puchero conmovedor y asintió con valentía. Al ver aquella muestra de entereza, Diego no pudo reprimir el impulso de pasarle un brazo por los hombros y apretarla contra él para confortarla.

—No te preocupes, Dani. Le diré a Víctor que lo lleve al tinte esta tarde. Son muy

profesionales, ya verás; seguro que no queda ni rastro de la mancha. ¿Alguien quiere repetir? —preguntó esperanzada su futura suegra, al tiempo que le daba unas palmaditas tranquilizadoras en el dorso de la mano.

Bruno seguía el pequeño drama con interés, aunque su rostro mantenía la impenetrabilidad de costumbre. Después de tantos años ejerciendo la psiquiatría, tenía un considerable conocimiento de la naturaleza humana y, en cuanto leyó el inoportuno regocijo en aquellos maravillosos ojos azules, ya no le cupo la menor duda de que la señorita Chevalier no era la recatada mujercita de familia bien que quería hacerles creer.

—No, gracias, Eva, estaba todo delicioso, pero no puedo más. Eres muy amable por no enfadarte conmigo y por lo del *ABC*. —Nuevo flashazo de dentadura espectacular—. Sin embargo, te agradecería que esperaras un poco antes de hacer el anuncio. Ya sabes que mi hermano aún se encuentra de viaje, y no me agradaría que se enterase de un asunto de semejante importancia por la prensa.

—Claro, claro, por supuesto. Esperaré a que vuelva, estoy impaciente por conocer a Luis. ¿Aún no has sabido nada de él?

—Su hermano es corresponsal de guerra. Trabaja para un importante diario norteamericano y hay veces que resulta imposible contactar con él durante largos períodos de tiempo —le aclaró Diego a su tío con orgullo.

—Fascinante —repitió éste una vez más.

Sólo quedaba ella en el comedor. Los demás se habían levantado y habían desaparecido a toda prisa con la excusa de echarse la siesta. Eva miró a uno y otro lado y, al ver que no había moros en la costa, cogió el trozo de pescado y las patatas que habían caído sobre el mantel con los dedos y se lo llevó a la boca con la ansiedad de una bulímica compulsiva. A pesar de que el besugo estaba frío y las patatas algo acartonadas, cerró los ojos y los saboreó con deleite.

—Ejem, ejem.

Aquel diplomático carraspeo la hizo dar un respingo y abrió los párpados sobresaltada. Frente a ella, Víctor la contemplaba con expresión de reproche.

—¿Desea algo más la señora?

Eva se puso colorada y balbuceó:

—Nada, nada… Es… es sólo que no quería que… que la mancha fuera a más.

El mayordomo se limitó a asentir impasible.

—¡Oh, siento interrumpirte, pensé que no había nadie!

Estaba a punto de salir de nuevo pero, de inmediato, Bruno se levantó de la silla que ocupaba tras el imponente escritorio Chippendale y, con mucha cortesía, la invitó a quedarse.

—Por supuesto que no me interrumpes. Pasa, Danièle.

—Dani —le recordó ella en tono arrullador.

—Danièle.

Ella se encogió de hombros.

—¿Estás trabajando? Imagino que un psiquiatra tan reconocido como tú no debe de tener ni un minuto libre.

La mirada y las palabras de Dani tenían justo el grado necesario de admiración para elevar hasta la estratosfera el ego masculino más templado, y el hombre al que iban dirigidas se dijo, lleno de cinismo, que aquella preciosidad que alzaba su rostro hacia él con expresión inocente tenía un don. Los labios de Bruno se fruncieron de manera casi imperceptible mientras se acercaba a ella muy despacio.

—Estoy trabajando en un artículo para una revista, pero aún tengo tiempo hasta que se cumpla el plazo de entrega. ¿Venías a cambiar tu libro? Déjame ver. —Extendió la mano imperioso, y ella reprimió el impulso de esconder la suya detrás de la espalda.

—*El arte griego*, de John Boardman —leyó en voz alta. Sorprendido, clavó la vista en ella; estaban tan cerca que percibió las curiosas pintitas verdosas que moteaban uno de los iris—. ¿Te gusta el arte?

Un ligero encogimiento de hombros y una respuesta sucinta:

—Un poco.

Bruno se acercó aún más y su instinto le advirtió que ella hacía un esfuerzo considerable para no apartarse de él; sin embargo, aquel bonito rostro alzado hacia el suyo conservó la placidez de una tarde de verano. Por primera vez en mucho tiempo, volvió a notar la familiar subida de adrenalina que solía sentir desde que era niño cuando se enfrentaba a algún rompecabezas especialmente complicado.

—Elige el que quieras, yo te lo alcanzaré.

Dani aprovechó la oferta para dar un paso atrás y alejarse de él en dirección a la maravillosa biblioteca que ocupaba toda la extensión de una pared.

—En realidad, lo que me gusta es mirar las fotos, pero —bajó la voz y soltó una risita tonta— confieso que las de ese libro eran un poco subidas de tono, con tantas estatuas de hombres desnudos. Ni Diego ni yo somos grandes lectores, la verdad sea dicha. Es otra de las muchas cosas que tenemos en común.

—Esta biblioteca la fue reuniendo el marido de mi hermana a lo largo de su vida, y estoy seguro de que, si los libros siguen aquí, es porque Eva considera que resultan decorativos.

Los ojos oscuros siguieron con interés la manera en que los pequeños dientes blancos se clavaron con fuerza en el incitante labio inferior…, ¿una provocación?, ¿un intento de ocultar una sonrisa? Pero ella enseguida desvió el rostro y se puso a buscar entre los centenares de volúmenes alineados en las señoriales estanterías de madera de roble.

—Ése me gusta.

El libro que señalaba quedaba un poco por encima de su cabeza. Bruno lo cogió y no pudo evitar esbozar una sonrisa al leer el título: *Grandes familias de la nobleza europea de la A a la Z*.

—Bonito libro.

—Es como el ¡*Hola*!, pero a lo bestia, es decir —carraspeó un par de veces—, me viene muy bien para averiguar más cosas sobre mis futuras clientas.

—Claro, claro.

Bruno le tendió el ejemplar y, cuando ella fue a cogerlo, rozó la suave piel del interior de su muñeca con uno de sus dedos de manera deliberada. Dani alzó los ojos hacia él alarmada y, al ver el brillo perverso que animaba las pupilas oscuras, agarró el libro y salió de la habitación a toda velocidad.

Capítulo 2

Bruno llevaba un par de días en casa de su hermana y en ese poco tiempo había hecho unos cuantos descubrimientos de lo más interesantes: uno, Danièle Chevalier tenía a Eva y a su hijo completamente abducidos; dos, la enigmática joven procuraba evitar su compañía en lo posible de manera sutil pero persistente; tres, Diego y ella no dormían en la misma habitación.

Cuando le preguntó a su ahijado sobre aquel estado de cosas, Diego se limitó a encogerse de hombros y respondió, como si a esas alturas del siglo fuera lo más normal del mundo, que Dani era una mujer chapada a la antigua y que, aunque ya había tenido algún novio, estaba decidida a que la noche de bodas fuera algo muy especial para ellos.

Al oír aquello, Bruno había soltado un silbido silencioso; si el tontaina de su sobrino se había tragado semejante excusa es que era más idiota de lo que pensaba. Respecto a su hermana, estaba claro que a Eva, más carca que una beata de pueblo, la situación le parecía de perlas y elevaba aún más el alto concepto que ya tenía de su futura nuera.

—¿Hoy no vas a la playa con Diego?

Aquella voz, grave y acariciadora, la hizo dar un bote en la hamaca. Dani abrió los párpados en el acto y, aunque los ardientes ojos oscuros estaban escondidos tras unas Wayfarer negras, sintió que recorrían hasta el último detalle de su cuerpo, cubierto tan sólo por un conservador biquini blanco, y se vio obligada a reprimir las ganas de taparse con una de las suaves toallas de rizo del montón que Víctor dejaba siempre junto a ella.

—¡Bruno, qué sorpresa! Eva me comentó que tenías una reunión en Marbella con unos señores muy importantes.

Bruno desvió la vista de aquel cuerpo espectacular durante unos segundos y miró a su alrededor. La inmensa piscina de mármol travertino, rodeada de altísimas palmeras, era impresionante, y el agua —como bien sabía él, que había hecho unos cuantos largos a primera hora de la mañana— tenía una temperatura perfecta.

—He acabado antes de lo que pensaba.

Sin pedir permiso, se sentó en el borde de la hamaca, de forma que uno de sus fuertes muslos, cubierto por unos ligeros pantalones de algodón, rozaba con descaro la cadera desnuda de Dani. Al instante, el sol desapareció oculto tras su imponente figura.

—Bruno, ¿te importa apartarte un poco? Estaba tomando el sol —rogó ella con dulzura.

Las gafas ocultaban los ojos masculinos por completo y hacían imposible adivinar los pensamientos que pasaban por su cabeza.

—Creo que ya estás lo suficiente bronceada. —Con un ronroneo seductor, deslizó uno de los largos dedos morenos a lo largo de su antebrazo—. No sería bueno que esta piel tan delicada se quemara.

Dani se apartó tan deprisa que a punto estuvo de caerse por el otro lado de la hamaca.

—¿Querías algo? —Se notaba a la legua que luchaba por ser educada, pero esta vez su boca no esbozó ninguna sonrisa sugerente.

—Sólo hablar un poco contigo…

Ahora aquel dedo curioso recorría la suave curva de su estómago, erizando a su paso los poros de su piel, hasta que ella no pudo resistirlo más y lo apartó de un manotazo no muy delicado.

—No me gustan estos juegos. Soy la novia de Diego.

Con las finas cejas castañas ligeramente fruncidas, parecía el epítome de la doncella ofendida.

—Perdona —no sonaba arrepentido en absoluto—, ha sido un impulso… incontrolable. ¿Qué es eso que tienes ahí?

En esta ocasión, señaló sin tocarlo el borde de un apósito color carne que asomaba por encima de la goma del biquini, justo a la altura del hueso de la cadera.

—¡Nada! —respondió ella con brusquedad, aunque enseguida añadió en un tono más suave—: Me quemé el otro día con unas gotas de agua hirviendo.

—Cuánto lo siento. ¿Sabías que a muchas mujeres les gusta hacerse un tatuaje exactamente en ese mismo lugar? —comentó Bruno como quien no quiere la cosa.

—Apuesto a que tú has visto unos cuantos —replicó ella cortante antes de volver

a su papel de dama encantadora—. Diego habla siempre de tu éxito entre el público femenino y de tus numerosas conquistas. Te admira un montón. No sé si debería sentirme celosa, la verdad.

De nuevo, emitió aquella risita de miss Sin Cerebro 2020. En ese instante apareció Víctor con su expresión más sombría y un inmenso vaso de limonada muy fría, coronado por una pajita rosa fluorescente, que dispuso en una mesa auxiliar colocada junto a la hamaca. Su presencia rompió la tensión que se había creado entre ellos.

—Señorito Bruno, un hombre vestido de forma extraña pregunta por usted —anunció con su gesto habitual, entre severo y desaprobador.

—Ahora mismo voy. Gracias, Víctor. Hasta luego, Danièle.

—Dani —repitió ella con paciencia, al tiempo que le lanzaba la más hechicera de sus sonrisas.

—Será mejor que demos un paseo por el jardín mientras hablamos. Así nadie nos molestará.

Se alejaron de la casa por el caminito de grava que rodeada el extenso jardín.

—Hace calor.

Era la cuarta vez que el hombre repetía aquella cantinela, y el pañuelo, no muy limpio, que se había pasado por la calva en cada una de las ocasiones estaba empapado. Víctor tenía razón, aquel hombre vestía de forma extraña. Su camisa hawaiana en tonos amarillos y negros, con una empanadilla de sudor debajo de cada axila, no pegaba ni con cola con los pantalones azul loro tropical, y las horripilantes pero frescas sandalias de cuero marrón —estilo Moisés en su momento cumbre «mecargolastablasdelaleyporqueyolovalgo»— desentonaban también con el resto del conjunto. Sin embargo, las apariencias engañan casi siempre, y aunque aquel tipo parecía una mezcla extraña entre turista y pobre de pedir, en realidad era un detective privado de lo más profesional, cuyos servicios había utilizado Bruno en varias ocasiones.

—No existe ninguna Danièle Chevalier en España. En París hay unas cuantas, pero ninguna coincide con las características de la persona que nos ocupa en este momento.

Aunque Bruno había esperado algo parecido desde que Diego le comunicó, emocionado, la noticia de su próximo matrimonio, notó un ligero pinchazo de lástima al pensar en el dolor que le iba a causar aquella noticia a su ahijado.

—¿Ha descubierto su verdadera identidad?

—Aún no, pero estoy en ello y no creo que me lleve mucho tiempo.

—Y del negocio, ¿ha averiguado algo?

—He tenido acceso a todos los contratos de locales en alquiler de la Milla de Oro y no hay ninguno a su nombre. También he seguido la pista a las empresas que han ido apareciendo durante mi investigación y la señorita Chevalier no está relacionada con ninguna de ellas.

—Puede que tenga un hermano. Un tal Luis.

El calvo tomó nota, diligente, en una libreta que había sacado del bolsillo de su camisa y que se caía a pedazos. Al notar una vez más las brillantes gotas de agua que afloraban en su frente, más que despejada, con la perseverancia del rocío de la mañana, Bruno se apiadó de él y decidió regresar a la casa.

—Buen trabajo, Peláez. Ande, vaya a la cocina y pídale a un tipo con pinta de maestro de ceremonias en un funeral de tercera que le dé un vaso de limonada.

—Muchas gracias, señor Del Valle. En cuanto sepa algo más, me pondré en contacto con usted.

De pronto, una sombra gigantesca surgió detrás de una de las curvas del sendero de grava y Dani no pudo reprimir un grito.

—¡Ah, qué susto me has dado!

—No sabía que habías decidido dar un paseo. Reconozco que con la luna llena resulta bastante romántico, pero me extraña no ver a Diego a tu lado.

—En realidad, he salido a llamar por teléfono. No sé qué pasa pero, en ocasiones, la cobertura no es muy buena en la casa.

—¿Llamabas a tu hermano?

—Sí, lo he intentado varias veces, pero no he conseguido hablar con él. Vaya, empieza a refrescar, será mejor que regrese.

—Espera.

La mano masculina se cerró en torno a su brazo, sin apretar, pero con la suficiente firmeza para hacer que se detuviera. La luz de la luna daba de lleno en el rostro de Dani; sin embargo, el de Bruno quedaba en penumbra.

—¿Querías algo?

—Me gustaría saber más cosas de ti, Danièle.

—Dani —lo corrigió ella de manera automática—. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo os conocisteis Diego y tú? Sé que es algo relacionado con el coche, pero desconozco los detalles.

—Ocurrió una mañana, cerca de Puerto Banús. Él frenó antes de entrar en una

rotonda y yo no pude evitar chocar contra él. Por suerte, iba muy despacio y su coche tan sólo sufrió un ligero arañazo en el parachoques. —Bruno adivinó, más que vio, la expresión soñadora en sus ojos mientras hablaba—: Insistí en dar parte a mi seguro, pero ya conoces a Diego, es tan caballeroso…

—Mucho.

—Aparcamos los coches y nos fuimos a tomar un café y…, bueno, fue un flechazo.

—Igual que un cuento de hadas.

A pesar de la fuerte dosis de sarcasmo que encerraban sus palabras, ella no se dio por enterada.

—Y que lo digas. A veces me siento como la Bella Durmiente.

Bruno colocó un dedo bajo su barbilla, alzó su rostro hacia él y susurró con voz ronca:

—¿Te despertó con un beso?

Sin previo aviso, bajó la cabeza y posó su boca sobre los labios suaves y sensuales, que respondieron instintivamente. Por un momento, lo sorprendió su dulzura y la forma en que sus cuerpos se acoplaron el uno al otro con un encaje perfecto pero, antes de que le diera tiempo a convertir aquel beso inocente en una caricia más intensa, la palma de una mano chocó contra su mejilla con tanta fuerza que lo hizo trastabillar.

—¡Oh, Diego! —Dani, que lo había visto llegar con el rabillo del ojo, se alejó de Bruno y se arrojó, llorosa, sobre el pecho de su prometido, donde se acurrucó sin dejar de temblar—. No quería preocuparte, pero tu tío lleva unos días acosándome y yo…, yo no sabía qué hacer. Lo último que deseo es montar un escándalo, ya me conoces.

Diego la estrechó con fuerza entre sus brazos y dirigió a su padrino una mirada cargada de desprecio, cuyo efecto se perdió por completo en la oscuridad nocturna.

—Jamás habría esperado eso de ti, Bruno. Me has decepcionado profundamente. Es más, me veo obligado a pedirte que abandones la casa. —Su tono rezumaba una dignidad herida que movía al aplauso.

—No me vengas con ésas, Diego, que esto no es «Gran Hermano» —replicó su padrino, que estaba de un humor tormentoso, sin dejar de frotarse la dolorida mejilla—. Siento haber besado a tu novia, ha sido un impulso incontrolable, pero, tranquilo, no volverá a repetirse.

—Es a ella a quien debes pedirle disculpas. Si Dani te perdona, te doy mi palabra de caballero de que no volveré a mencionar el asunto.

Conocedor de la cabezonería de su ahijado, Bruno llegó a la conclusión de que no le quedaba otra salida que hacer lo que le pedía, pero se prometió que la cosa no quedaría así. Él no era un hombre clemente, y estaba decidido a hacerle pagar con creces a esa…, esa…, a esa impostora aquella brutal bofetada a la menor oportunidad. Así pues, rechinando los dientes, masculló:

—Perdóname, Danièle. Ha sido un impulso del momento que no volverá a repetirse.

En esta ocasión, ni siquiera la escasa claridad pudo esconder la mirada burlona que ella le lanzó desde el seguro refugio de los brazos de su novio, y que hizo que la sangre de Bruno alcanzara el grado de ebullición.

—¿Tú qué dices, querida?

—Por supuesto que te perdono, Bruno. —Su voz rezumaba dulzura—. Conozco bien el efecto que la luna llena puede llegar a ejercer en un hombre tan romántico como tú.

Una vez más, la mirada de Diego al oír sus palabras —en esta ocasión, de puro asombro— pasó desapercibida.

«Me las pagarás, pequeña embaucadora. Nadie se ríe de Bruno del Valle.»

Sin embargo, a pesar de la rabia que lo reconcomía por dentro, contestó con calma:

—Muchas gracias, Danièle. Eres muy buena.

Por supuesto, en lo que concernía a Diego, su sarcasmo también se perdió en la noche.

—Ya lo creo, cariño, no hay otra como tú.

—No digas tonterías, mi amor.

El brazo de Diego rodeó la cintura femenina y los prometidos comenzaron a caminar hacia la casa muy acaramelados. Unos metros más allá, ella se volvió hacia Bruno, que permanecía observándolos de pie en mitad del sendero, y exclamó derrochando encanto:

—¡Ah, Bruno, y no lo olvides: llámame Dani!

Eva sufría en silencio al ver la educada frialdad con la que su hijo se dirigía a Bruno. El cambio de actitud era patente; de una admiración rayana en la idolatría había pasado a ese gélido desprecio que provocaba en su madre tal ansiedad que su necesidad de comer aumentaba a cada segundo que pasaba, hasta el punto de que Víctor había decidido, *motu proprio*, colocar la bollería y las galletas a buen recaudo.

Durante las comidas, la conversación era tensa y no se le escapaba el modo en que Danièle observaba a su hermano, con los ojos muy abiertos y expresión asustada, como un cervatillo que espera un ataque inminente. Y Bruno…, la verdad es que no tenía la menor idea de lo que pasaba por la mente de su impenetrable hermano; lo único que sabía a ciencia cierta era que estaba furioso. Bajo los pesados párpados que velaban su mirada, los ojos, casi negros, ardían con un fulgor interno que ella, que había sido testigo de aquel fenómeno en más de una ocasión mientras crecían, sabía que no auguraba nada bueno.

—¿Quieres un té, querida?

—Es una idea magnífica, gracias, Eva.

Con la precisión de un alma en pena invocada en una sesión de espiritismo, Víctor se materializó cargado con una bandeja llena de bocados exquisitos que empezó a colocar frente a Dani.

Eva acarició con la mirada melancólica las deliciosas tartaletas de limón, los esponjosos *éclairs* rellenos de crema de café, el exquisito bizcocho de calabaza que era la especialidad de Fina, la cocinera, y luego miró con aborrecimiento el platito junto a su taza en el que dos rebanadas de pan tostado, sin gota de mantequilla, se burlaban de ella con crueldad. Una vez más, envidió el metabolismo de su futura nuera, que podía comer como un gremlin después de medianoche sin engordar ni un gramo; definitivamente, Dios era un ser injusto.

—¿Otra tartaleta? —La pregunta sonó casi como un sollozo.

Pero Dani, sin percatarse del drama que estaba teniendo lugar delante de sus narices, asintió en el acto.

—¡Hay que ver el hambre que da ir de compras! ¡Está todo de muerte! —exclamó con la boca llena. Al notar la mirada sorprendida de la madre de Diego, tragó con rapidez y añadió en tono recatado, sin dejar de limpiarse las comisuras de la boca a base de delicados toquecitos con la punta de la servilleta bordada—: La verdad, Eva, no sé cómo puedes hacer régimen teniendo delante semejantes delicias.

Durante unos segundos, su anfitriona la odió con toda su alma, un odio que la inundó con la fuerza de una ola del tamaño de un tsunami. Sin embargo, Eva hizo un esfuerzo para hacer aquellos destructivos sentimientos a un lado; al fin y al cabo, Danièle no tenía la culpa de que la grasa se pegara a sus caderas con la determinación de una lapa.

—Yo ya me he terminado mis tostadas, si quieres nos sentamos en el sofá y

charlamos un ratito —dijo al ver que Dani, tras repetir de tarta y zamparse cinco pastelillos más, daba el último sorbo a su segunda taza de té.

La temperatura era muy agradable, así que permanecieron allí un buen rato, conversando con animación sobre ciertos detalles de la ceremonia y el banquete, hasta que, de repente, la madre de su prometido le preguntó en un tono casual, que hablaba por sí solo del interés que sentía por la cuestión:

—¿Ocurre algo entre Bruno y Diego? Me da la sensación de que mi hijo no está tan contento con su visita como en otras ocasiones.

Danièle le lanzó una mirada calculadora por debajo de las oscuras pestañas antes de contestar en tono risueño:

—Nada de lo que preocuparse, Eva. Un desacuerdo sin importancia.

—Qué raro…, esos dos no suelen discutir nunca.

Al ver su expresión de intranquilidad, Dani trató de llevar la conversación a un terreno menos espinoso.

—Bruno es un hombre muy interesante, ¿verdad? No entiendo que un prestigioso psiquiatra tan atractivo como él no se haya casado aún. Por lo que cuenta Diego, las chicas deben de rifárselo.

—Sí, mi hermano tiene mucho éxito con las mujeres —afirmó Eva sombría.

—Igual cuando nos oiga a Diego y a mí darnos el «sí, quiero» se anima a dar el paso.

—Lo dudo. Bruno ha jurado que jamás se casará.

Dani arqueó una de sus delicadas cejas.

—Un poco radical, ¿no?

—Sí, pero es así. Mi hermano utiliza a las mujeres hasta que se cansa de ellas, lo cual no suele tardar mucho tiempo en ocurrir. Imagino que es por lo de su madre.

Los ojos azules de Danièle relucieron llenos de curiosidad, pero sin decir nada esperó a que la otra continuara. Eva, quien, después de la comida, de lo que más disfrutaba era de un buen cotilleo, continuó con su relato diciéndose para apaciguar su conciencia que Danièle ya era casi de la familia.

—Verás —bajó mucho la voz—, la madre de Bruno estaba…

Se llevó el índice a la sien en un gesto de lo más expresivo.

—¡¿Loca?!

—¡Shhh!

—Perdona. —Dani empezó a susurrar a su vez—: ¿Quieres decir que, a veces, se le iba un poco la cabeza?

—No. Quiero decir que estaba como un cencerro.

—¿Tanto?

Eva asintió muy seria y abundó aún más en la cuestión:

—Como las maracas de Machín.

—Y ¿por eso se hizo psiquiatra? ¿Para curarla?

—Para curarla no creo, porque cuando Bruno acabó la especialidad su madre hacía ya muchos años que estaba criando malvas.

—¡Jo… petas!

—Sí.

—¿Lo maltrataba?

—No, no van por ahí los tiros. No era violenta ni nada de eso. Al parecer, tenía un trastorno de personalidad. Bruno nunca me ha explicado muy bien en qué consiste pero, a juzgar por los altibajos que tenía, debía de ser agotador convivir con ella. Vamos, que puedo comprender perfectamente que mi padre decidiera irse al otro barrio al ver por dónde soplaba el viento. Eso sí, Adriana era una belleza. Alta, morena, elegante… Recuerdo cómo me la quedaba mirando boquiabierta, hasta que ella me gritaba que desapareciera de su vista de una puñetera vez. En el fondo, la culpa la tuvo mi padre; ya se sabe cómo son los hombres… —hizo un gesto vago con la mano—, sólo comen por los ojos. Mi madre, en cambio, puede que no fuera muy guapa pero, al menos, tenía la cabeza en su sitio.

Aunque a Eva le habría encantado seguir contando y a Dani continuar escuchando, el inconfundible clic-cloc de los zapatos de golf de Diego sobre la piedra del porche las hizo cambiar de asunto en el acto.

La vida social de Danièle y su novio era intensa. Cuando no era una cena en casa de unos amigos, era un baile benéfico en favor de los niños pobres de Sitalá; así que pocas veces regresaban a la casa antes de las tres de la madrugada. A pesar de que aún le quedaba cierto resquemor por lo ocurrido aquella noche de luna llena, Diego había invitado a Bruno a acompañarlos en numerosas ocasiones, pero éste siempre se negaba con la excusa de que aún tenía varios artículos pendientes.

Uno de esos días en que Bruno se había quedado trabajando hasta tarde en la habitación a la que su hermana llamaba algo pretenciosamente *la biblioteca*, los oyó regresar de una de sus juergas nocturnas. La puerta estaba entreabierta y, en cuanto llegó hasta él la voz pomposa de su sobrino, apagó la luz del flexo y se quedó muy quieto, escuchando con descaro la conversación que tenía lugar al otro lado.

—Has estado fantástica, Dani. Todo el mundo me envidia.

—Oh, Diego, cariño, tú sí que eres fantástico.

—Mi amor…

Ahora la voz de Diego sonaba muy ronca, y Bruno oyó los inconfundibles sonidos de dos personas besándose apasionadamente, aunque, apenas unos segundos después, volvió a oír a la prometida de su ahijado:

—Cariño…, cariño…, será mejor que lo dejemos… Cariño… ¡Diego, para ahora mismo! —Luego, de nuevo en un tono mucho más dulce—: Sabes de sobra que tus besos me hacen perder la cabeza, chiquitín, y quiero mantener la promesa que me hice a mí misma y a la Virgen del Carmen de no hacer el amor contigo hasta nuestra noche de bodas.

El sonoro suspiro que lanzó su novio debió de dejarle los pulmones sin gota de aire.

—Es que eres tan hermosa, Dani. Tengo tantas ganas de estar junto a ti frente al altar, tú con tu hermoso vestido blanco y yo con mi elegante chaqué, y hacerte mía por fin…

—¡Ay, Diego, no pienso en otra cosa!, pero ahora será mejor que subas a tu cuarto. Yo me quedo un rato más. Trataré de ponerme en contacto con Luis, empiezo a estar muy preocupada.

Una vez más, Diego soltó otro de aquellos suspiros con fuerza de vendaval.

—Un besito pequeñito y me voy, vidita, te lo prometo, sólo un besito pequeñito…

—¡Venga, ya está! Hala, hala, que es tarde, a dormir, chiquitín.

Unos minutos después, tras un intenso tira y afloja del que Bruno sólo pudo distinguir algunos murmullos ahogados, oyó el golpe seco de la puerta al cerrarse, seguido de una exclamación de fastidio que resonó con claridad en el silencio reinante:

—¡Qué tío más plasta!

Justo en ese momento, Dani apretó el interruptor y la luz bañó con intensidad hasta el último rincón de la estancia. Al descubrir la alta figura de Bruno con las caderas apoyadas contra el escritorio y los brazos cruzados sobre el pecho con ademán relajado, se llevó la mano al suyo, asustada.

—¿El chiquitín es un plasta?

Llevaba los primeros botones de la camisa desabrochados con descuido, lo que dejaba al descubierto el cuello moreno y buena parte de su pecho. Bajo los pesados párpados, los ojos oscuros, que no se apartaban de ella, tenían un brillo diabólico.

—¿Perdona? —Danièle compuso su expresión más inocente, en un intento de ganar algo de tiempo.

—Me ha parecido oír que llamabas *plasta* a tu prometido. Qué desilusión. —Bruno sacudió la cabeza con fingido pesar—. Y yo que pensaba que erais una de las parejas más enamoradas que había conocido jamás…

—¡Ah, no te había entendido! —Dani le dirigió una de sus sonrisas más deslumbrantes—. Por supuesto que no hablaba de Diego; me refería a Luis, mi hermano. Por más que lo llamo, no coge el teléfono.

—¡Eres rápida!

¿Era admiración lo que asomaba en sus palabras? A juzgar por la mueca de desprecio que esbozaron a continuación los labios, finos y algo crueles, no del todo.

—¿Y tú, Bruno? ¿No podías dormir? Pobrecito mío, ¿no será la mala conciencia?

Aquel mohín mimoso en su boca provocativa desencadenó una reacción más intensa de la que ella habría deseado. Muy despacio, Bruno se irguió en toda su estatura y se acercó a ella con aire amenazador. Se detuvo a menos de un metro de distancia y la examinó de arriba abajo, insolente, mientras ella sostenía su mirada reprimiendo las ganas, casi incontrolables, de dar un paso atrás.

—Estás muy segura de ti misma.

—Y ¿eso es malo?

—Depende.

El escote palabra de honor del vestido dejaba a la vista el cuello, largo y esbelto, y unos hombros aterciopelados del mismo tono dorado claro que las largas piernas. Los ojos enormes lo miraban expectantes, invitándolo a zambullirse en ellos. La melena castaña caía en suaves ondas hasta un poco más abajo de los hombros, y la luz de la lámpara que colgaba del techo arrancaba destellos cobrizos de sus cabellos cada vez que movía la cabeza. Sin poder contener el impulso, Bruno alargó la mano, capturó una de las sedosas guedejas entre sus dedos morenos y empezó a juguetear con ella.

—Diego tiene razón, eres una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida.

Su voz de bajo tenía un matiz hipnótico, y Dani trató de romper el hechizo con un comentario burlón:

—Espero que no pretendas repetir la escena del otro día. Hoy no hay luna llena, así que no tienes excusa.

—Tranquila, no voy a besarte. —Tiró un poco más fuerte de sus cabellos y, aunque no le dolió, ella sintió que estaba atrapada.

—¡Qué alivio! —exclamó desafiante—. Si no, me habría visto obligada a contárselo a mi novio, y estoy segura de que, en esta ocasión, te habría puesto de patitas en la calle.

—Mi querida Danièle o, a lo mejor, debería decir «mi querida Daniela». Daniela

Caballero…, muy apropiado.

Notó que las pupilas femeninas se dilataban ligeramente y eso fue todo; su rostro no cambió de color y mantuvo una expresión serena. A Bruno no le quedó más remedio que reconocer que la señorita Daniela Caballero, alias Danièle Chevalier, los tenía bien puestos.

—¿Qué quieres de mí? —Alzó la barbilla retadora—. ¿Continuar lo que empezó aquella noche en el jardín?

—¿Estarías dispuesta?

—¿Serías capaz de aprovecharte de la mujer de la que tu ahijado está enamorado?

—¿La misma mujer que responde a un nombre falso y que no le ha contado más que mentiras desde el principio?

Dani exhaló un profundo suspiro, como si aquel duelo verbal ya la estuviera cansando.

—Negociemos.

Esta vez sí que destelló un chispazo de admiración en los ojos oscuros.

—¿Hasta dónde estarías dispuesta a llegar para conseguir mi silencio?

Ella consideró la cuestión con total seriedad.

—Tengo la impresión de que voy a perder de todos modos. Me pidas lo que me pidas, siempre penderá sobre mí la famosa espada de Damocles. Es una sensación poco tranquilizadora, la verdad. En fin, acabemos de una vez, ¿quieres acostarte conmigo?

—¿Por qué querría acostarme con una mujer mentirosa y manipuladora?

—¿No quieres? —En esta ocasión, su asombro fue tan genuino que Bruno estuvo a punto de sonreír.

—No —respondió, aunque sabía bien que no estaba siendo del todo sincero. Sin embargo, lo último que esperaba fue la alegre carcajada que lanzó aquella desconcertante mujer.

—No te lo vas a creer, pero eres el primer tipo que conozco que no quiere hacérselo conmigo.

Lo dijo tan convencida que saltaba a la vista que no se le había pasado siquiera por la cabeza que alguien pudiera tacharla de engreída.

—Y ¿te has acostado con todos los demás?

—Por ahora nunca me he ido a la cama con un hombre con el que no haya deseado hacerlo.

A un psiquiatra de su experiencia no le fue difícil darse cuenta de que no mentía.

—¿Por eso no duermes en el mismo dormitorio que Diego?

Dani se encogió de hombros.

—Me cae bien tu sobrino, pero no me atrae sexualmente.

—¿Y después de la boda? ¿Cómo ibas a obviar esa parte tan importante del matrimonio?

—No tengo la menor intención de casarme con Diego.

—Así que lo único que deseas de él es el préstamo que te va a hacer para inaugurar esa tienda fantasma de la Milla de Oro.

—Parece que ya lo sabes todo. —Una vez más, se encogió de hombros con indiferencia.

—También sé que tu hermano no es corresponsal de guerra, sino un chorizo de poca monta que, en estos momentos, está en paradero desconocido después de un pequeño roce con unos amigos poco recomendables.

Aquel inesperado comentario la hizo reaccionar y, por primera vez desde que había entrado en la habitación, él notó que lo miraba con cierto temor.

—Deja a mi hermano fuera de esto.

Bruno tiró un poco más fuerte del mechón que mantenía enrollado alrededor del dedo y ella se vio obligada a inclinar la cabeza para evitar el dolor.

—No estás en buena posición para dar órdenes.

—Está bien, ¿qué es lo que quieres?

Él tardó un rato en contestar.

—Quiero que desaparezcas. Diego será un imbécil pero, al fin y al cabo, la familia es la familia.

—Verás, necesito el dinero. —Los dientes, pequeños y blancos, se clavaron en su labio inferior durante un instante, pero ésa fue la única señal de nerviosismo—. He invertido unos cuantos meses trabajando en este asunto y no me parece justo que ahora tenga que irme con las manos vacías.

—No sabía que embaucar a un hombre haciéndole creer que estás enamorada de él para obtener un préstamo mediante engaños y mentiras fuera un trabajo exactamente.

—Para mí sí lo es.

Su frialdad lo enfureció.

—Y ¿qué pasa con Diego? ¿No sientes ni siquiera un ápice de lástima por él? El pobre está loco por ti.

—¿Quieres la verdad, o prefieres que sea políticamente correcta y te dé una versión edulcorada, llena de arcoíris y corazones de color rosa?

—La verdad y nada más que la verdad.

—Diego no me da ninguna pena. Las relaciones personales son una jungla en las que uno siempre quiere algo del otro. En este caso, yo quiero parte del dinero de tu sobrino; es más que evidente que a él le sobra, y yo, la verdad sea dicha, lo necesito con cierta urgencia. A cambio, lo dejo jugar con la idea de convertirse en mi dueño y señor. —Sus labios esbozaron una suave sonrisa cargada de desdén—. En realidad, él no me conoce lo más mínimo, no sabe nada de mí y, para ser sinceros, ni siquiera le interesa. Simplemente, está deslumbrado por mi apariencia física y la manera en que halago su ego sin parar. Yo tiro la caña al mar, y no es culpa mía si algún pez con poco cerebro se deja tentar por el cebo.

Los inquietantes ojos oscuros permanecían clavados en ella con fijeza. Dani trató de adivinar los pensamientos ocultos tras los pesados párpados, pero no lo consiguió.

—No eres más que una mujerzuela —dijo él, al fin, en un tono desapasionado. Luego, con la misma voz fría y sin inflexiones, añadió—: Bien, te diré lo que quiero. Quiero que te inventes una buena excusa para convencer a Diego de que no puedes casarte con él, de lo contrario, yo mismo haré que abra los ojos de una forma un poco más brusca. Eso sirve también para mi hermana. Me he dado cuenta de que te ha cogido cariño y no quiero que sufra más de lo necesario.

Al oír sus palabras, Dani apretó los labios, se apartó de él y caminó hasta el escritorio. Apoyó las manos sobre la mesa de caoba y, sin volverse, preguntó con suavidad:

—¿Cuánto me pagarás a cambio de desaparecer sin armar jaleo?

De pronto, notó el calor del cuerpo masculino pegado a su espalda y dio un respingo; no lo había oído acercarse. Al instante, dos manos muy bronceadas se apoyaron sobre la mesa a ambos lados de las suyas, cerrándole la salida. Bruno se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Jamás he tenido que pagar a una mujer para conseguir lo que quiero.

Dani trató de ignorar el estremecimiento que la recorrió de arriba abajo y logró que su voz sonara calmada.

—¿Y si le digo a Diego que todo lo que dices es mentira? Después de lo que ocurrió la otra noche, es más que probable que sea a mí a quien crea.

Bruno pegó las caderas a su trasero aún más, y su cálido aliento agitó un pequeño mechón de brillantes cabellos mientras musitaba en su oído con voz sedosa:

—Harás lo que te he dicho o, si no, me encargaré de que los tipos que lo buscan averigüen el paradero de tu hermano…

Al psiquiatra no le pasó por alto la súbita rigidez de su cuerpo. Había acertado de pleno, se dijo complacido. Estaba casi seguro de que cualquier otra amenaza la habría

hecho lanzar una carcajada desafiante, pero desde el principio había notado que, si había una persona por la que Daniela Caballero experimentaba algo remotamente parecido a un sentimiento humano, esa persona no era otra que aquel hermano suyo que, en palabras de Peláez, se orientaba con la habilidad de un pez en las aguas más turbias.

—¿Seguro que no tienes ganas de acostarte conmigo?

Bruno frotó su erección contra sus nalgas antes de responder.

—Muy seguro.

Con un rápido movimiento, Dani se dio la vuelta y quedó frente a él. A pesar de que sus cuerpos estaban casi pegados y la excitación de él era inconfundible, alzó la mirada y anunció con serenidad:

—Entonces haré lo que me pides. Mañana me marcharé. Ahora suéltame, por favor.

En vez de obedecer, él enmarcó el precioso rostro con sus manos de dedos largos y elegantes y clavó las pupilas en las suyas. Un mechón de pelo negro había resbalado sobre su frente, y los ojos oscuros ardían con un fuego perverso.

—De pronto se me ha ocurrido que quizá sí que te haga una proposición. Antes de irte, ven a verme y hablaremos de negocios.

Sin más, se inclinó de nuevo sobre ella y dibujó con la punta de la lengua el contorno de su boca.

—Eres muy dulce —afirmó con voz ronca antes de soltarla.

Dani se dirigió a la puerta y salió sin volver la vista atrás.

Capítulo 3

Estaba calada hasta los huesos y lo único que quería era darse una ducha caliente, pero la maldita caldera había elegido dar su último suspiro justo en el mes de noviembre más frío del que se tenía noticia en Madrid desde hacía más de veinte años y, por supuesto, ella no podía permitirse el lujo de cambiarla. Su casero sí podía permitirse ese lujo, a juzgar por la cantidad de pisos patera y su sistema de «camas calientes» que le rendía abultados ingresos cada fin de mes, pero no pensaba tomarse la molestia de pedírselo; sabía bien que se limitaría a mirarla con sus ojillos lujuriosos y a decirle que ella se retrasaba demasiado con el pago del alquiler.

Tiritando, metió dos troncos en el interior de la estufa de hierro, el único sistema de calefacción de que disponía aquella decrépita buhardilla, y se fue despojando de las prendas empapadas a toda la velocidad que le permitían sus dedos entumecidos.

Joder, tenía ganas de llorar.

Como de costumbre, volvía a cumplirse aquella ley impepinable que enunció en su día Edward A. Murphy Jr.: «Si algo puede salir mal, saldrá mal».

En su vida todo salía mal.

«¡Basta de autocompasión!», se reconvino a sí misma enfadada, y trató de animarse recitando la letra de una canción de Bebe que se había convertido en su particular mantra para invocar el optimismo: «Hoy vas a mirar *pa'lante*, que *pa'trás* ya te dolió bastante…»[1].

Lo malo era que, cada vez más a menudo, tenía la horrible sensación de que ese «*pa'lante*» sólo era más de lo mismo.

Miró el cucharón de madera que estaba tirado en el suelo. No se había dado cuenta de que aún lo apretaba en la mano cuando había echado a correr bajo la lluvia en dirección a su casa. También estaba mojado y, a la escasa luz de la bombilla desnuda que colgaba del techo, era difícil apreciar si las manchas oscuras que tenía eran de

agua o de sangre.

—¡Maldito capullo! —masculló entre dientes.

Le estaba bien empleado que le hubiera abierto la cabeza. No era la primera vez en su agitada carrera laboral que había tenido que defenderse y, seguramente, no sería la última. Había notado aquella mirada lasciva desde el primer momento en que los ojos porcinos se posaron en ella, por eso no la había cogido por sorpresa. Previsora, había ido dejando posibles armas antisalidos en ciertos lugares estratégicos en los que le pareció que tenía más posibilidades de ser atacada por ese cerdo. El cucharón de madera lo había dejado encima de uno de los barriles de cerveza del cuartito del sótano que hacía las veces de almacén.

Aquel pensamiento la hizo sonreír sin ganas. Fue la señorita Caballero, en el almacén, con el cucharón de madera. Parecía una de aquellas interminables partidas de Cluedo que solía echar con su hermano Luis cuando eran niños. La víctima —aunque cuando se alejó de allí cagando leches no paraba de retorcerse en el suelo, aullando de dolor— había sido el señor Martínez, el hijo del dueño del bar.

Otro trabajo a la porra. Con la crisis cada vez le costaba más encontrar uno, y la verdad era que, por hache o por be, no solían durarle demasiado.

Se puso un pijama manta que imitaba la piel de una cebra, horroroso pero calentito, y unos gruesos calcetines. Cogió una toalla del minúsculo cuarto de baño y se la enrolló en el pelo para evitar que le goteara sobre los hombros. Con rapidez, tendió la ropa mojada encima de las dos únicas sillas del mobiliario —el piso de veinticinco metros cuadrados, según el dueño, aunque ella tenía sus dudas, no le daba para desplegar un tendedero— y, en cuanto terminó, puso una taza de agua a hervir en el pequeño microondas que ocupaba la mayor parte de la encimera de aquella cocina tamaño pitufo con raquitismo.

En cuanto estuvo listo el té, cogió un paquete de galletas, lo llevó todo a la mesita que estaba frente al incómodo sofá cama, donde se derrumbó agotada, y se echó una manta por encima de las piernas. Empezaba a sentirse en la gloria, dando pequeños sorbitos de té hirviente mientras la temperatura de su sangre comenzaba a subir unos grados, cuando oyó el golpeteo insistente de unos nudillos sobre la puerta de entrada. Fastidiada, apartó la manta y se puso en pie trabajosamente; después del rifirrafe con aquel hijo de perra, le dolía todo el cuerpo.

—¿Quién es?

—El hombre de tu vida.

Soltó de golpe el aire que, sin darse cuenta, había estado conteniendo hasta entonces, abrió la puerta y recibió a su indeseada visita con un bufido de

exasperación.

—¿Qué quieres ahora, Toño? Y te advierto que me dan ganas de hacer una rima fácil.

—¿Uh?

Dani suspiró; a esas alturas, ya debería saber que su vecino era incapaz de entender nada que no le hubiera deletreado previamente.

—Anda, pasa.

A pesar del frío que hacía, Toño sólo llevaba puesta una de sus habituales camisetas ajustadas que los descomunales bíceps —daba la sensación de que algún niño los hubiera hinchado con una bomba de bicicleta— parecían a punto de reventar. Aunque no era feo, su vecino era bajito, y la descripción «más ancho que largo» cobraba todo su significado aplicada a él.

—Te he traído un regalo.

Sus palabras la enternecieron. Después de aquel día espantoso, aquello resultaba una novedad tan inesperada como bienvenida. Cogió el paquete envuelto con un papel bastante cursi lleno de corazones púrpuras y dorados y lo rasgó impaciente. Con un dedo, levantó el ultraminúsculo tanga rojo y puso cara de asco.

—Precioso.

—También lo había de chocolate, pero a mí me va más la fresa.

—Genial. Gracias por la información.

—¿Vendrás conmigo a la fiesta de fin de año?

—Toño, ¿cuánto hace que nos conocemos?

La punta de una lengua rosada asomó entre los labios masculinos mientras el tipo iniciaba una trabajosa cuenta con los dedos.

—Diez…, no, espera. Tres…, seis… ¡Once meses! —exclamó triunfante.

—Ya ves, ha pasado casi un año desde que me mudé. Y en todo ese tiempo, ¿cuántas veces he aceptado alguna de tus invitaciones?

—Ehh… —Se concentró con intensidad—. ¿Ninguna?

—Pues eso, que no insistas, machote.

—¡Guapa, trae un salero!

—¡Y otra cerveza, preciosidad!

Aquellos cuatro capullos le estaban dando la tarde. Desde que se habían sentado a la mesa no habían parado de llamarla con cualquier excusa, pero no se atrevía a darles un corte porque su jefe no le quitaba ojo y le había costado más de dos semanas

encontrar aquel trabajo de mierda.

—El salero y la cerveza.

Dejó ambas cosas en la mesa sin mucha delicadeza y, de pronto, notó el peso de una mano sobre su culo.

—¡Pero qué buenas están las camareras en este antro, vamos a tener que venir aquí todos los días!

Dani se apartó rabiosa y se encaró con el individuo que la había manoseado.

—¡Vuelve a tocarme y te tragas los dientes, subnormal!

Perseguida por las carcajadas de los oficinistas, se alejó a coger un nuevo lote de platos que esperaban su turno sobre la barra.

—Mesa cuatro —dijo su jefe sin mirarla.

Estaba más claro que el agua que no iba a salir en su defensa.

«Hoy vas a mirar *pa'lante*…

»Hoy vas a mirar *pa'lante*…»[2]

—Qué maravilloso ambiente de trabajo.

Estaba tan concentrada repitiéndose su letanía de costumbre que, al oír aquella voz burlona, estuvo a punto de ponerle la sopa de fideos de sombrero.

—¡Tú!

—¿Te sorprende verme?

Tardó un rato en organizar sus ideas antes de contestar.

—Bastante.

—¡Camarera, un poco más de vino!

—Te van a comer con patatas.

Dani se encogió de hombros y comentó, muy tranquila, antes de alejarse para servirles más vino:

—Con la sopa más bien, porque he escupido un par de veces en cada uno de sus platos.

En esta ocasión fue la carcajada de Bruno la que la siguió hasta la mesa de los alborotadores.

—Tengo que hablar contigo, ¿a qué hora acabas?

—A las cinco. Toma, tu arroz con leche. Yo que tú estaría ojo avizor, esta mañana he encontrado dos cucarachas haciéndose unos largos en la fuente donde se guarda.

Cuando volvió para recoger la mesa, Bruno ya se había marchado. El arroz con leche seguía intacto, y en el platillo de las propinas, la efigie del rey Juan Carlos grabada sobre un euro solitario le guiñaba un ojo burlona.

—¡Agarrado de mierda!

—Me habías dicho a las cinco, he estado a punto de congelarme.

—Al mamón de mi jefe se le ha ocurrido que era un buen momento para hacer el inventario de las bebidas.

—Tengo el coche aparcado a la vuelta de la esquina.

—No pienso subir a tu maldito coche.

—Quiero que vayamos a un lugar caliente y tranquilo donde podamos hablar pero, si lo prefieres, podemos quedarnos en este polígono perdido de la mano de Dios y morirnos de frío.

—Bien. Me has convencido.

El coche era amplio y confortable, y Dani acarició con un gesto inconsciente la lujosa tapicería de cuero color crema. Hacía ya muchos días que en los únicos asientos en los que se sentaba, y eso si tenía suerte, era en los del metro.

—Hueles como si te hubieras tirado de cabeza en una freidora.

—¿Eres siempre tan encantador, o es que estás haciendo un máster en la Escuela Oficial de Capullos?

Bruno recogió velas.

—¿Por qué no te quedaste a escuchar mi proposición?

—Me hacía ilusión pensar que, al menos, existía un hombre en el mundo cuya voluntad no estaba dominada por ese simpático gusanito que habita entre sus piernas. Ya ves, un sueño maravilloso; no quería estropearlo.

—Así que fue por eso. Sigues creyendo que quiero acostarme contigo.

—¿No es así?

Él contestó con otra pregunta:

—¿Era necesario que les dijeras a Eva y a mi ahijado que no podías casarte porque habías tenido una revelación en un sueño y te habías dado cuenta de que estabas enamorada de mí sin esperanza?

A pesar de que su semblante permanecía inexpresivo, Dani notó complacida que aquello no le había gustado ni un poquito.

—Tienes que admitir que, como excusa para anular una boda, es buenísima. La novia virginal se enamora del padrino del novio unos meses antes de la ceremonia y sale escopetada. Vamos, que me quedó de guion de comedia romántica. ¿No me digas que Diego y su madre ya no te hablan?

De pronto, la idea le pareció muy divertida y, por unos segundos, Dani se olvidó de su apurada situación.

—¿Por qué no habrían de hacerlo? Yo no tengo la culpa de ser irresistible.

Por primera vez desde que la conocía, la oyó reír con ganas con unas carcajadas tan contagiosas que él mismo tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Adónde vamos?

—A algún lugar cerca de tu casa.

—¿También sabes dónde vivo? —Dani frunció el ceño molesta.

—Tengo mis métodos para enterarme de las cosas que me interesan.

Después de eso permanecieron en silencio. Bruno dejó el coche en un *parking* y fueron caminando hasta un Starbucks que no quedaba lejos de la buhardilla. El local estaba abarrotado de turistas que acababan de visitar el museo Reina Sofía y de estudiantes que habían hecho alguna gestión en la cercana UNED, pero tuvieron la inmensa suerte de encontrar una mesa libre pegada a una de las cristaleras.

Dani se hundió en el amplio sillón y se frotó las manos congeladas.

—¡Me encanta este sitio! Ahora mismo queda completamente fuera de mis posibilidades, pero me pirra el *chai latte*.

—Un *chai latte* para la señorita y para mí un *espresso macchiato*.

Cuando el camarero gritó su nombre, Bruno se levantó a coger la bandeja con el pedido.

Dani aspiró con deleite el olor especiado que despedía la bebida antes de dar un buen sorbo.

—Mmm. —Abrió los ojos muy despacio y preguntó a bocajarro—: ¿Por qué te has tomado la molestia de buscarme?

—Te fuiste sin escuchar mi proposición.

—Soy toda orejas.

—Quiero que inicies una terapia conmigo.

Ella lo miró con cara de horror.

—¡Eh, que yo no estoy loca!

Bruno se recostó en el respaldo de cuero sintético y cruzó los brazos sobre el pecho, lo que hizo que la tela de la elegante americana que llevaba se tensara sobre los anchos hombros. Sus ojos relucían con la misma burla maliciosa que ella recordaba

tan bien.

—Casi ninguno de los pacientes que abarrotan mi consulta lo están. Simplemente, son personas que necesitan hacer algunos ajustes. Deberías sentirte halagada, Daniela; la gente espera durante meses para que les dé cita, y a ti estoy dispuesto a recibirte sobre la marcha y, además, a pagarte una buena suma por ello.

Dani lo miró con desconfianza, haciendo como si no hubiera oído la última parte.

—¿Piensas que yo también debo hacer unos ajustes?

—Digamos que me apasiona la naturaleza humana, y esa veta tuya ligeramente amoral me intriga.

—¡Amoral! —repitió indignada—. ¿Crees que soy una persona amoral?

—No sé por qué te asusta tanto esa palabra. Los niños pequeños pueden considerarse amorales, pues aún no poseen el sentido de la moralidad.

—¡También un asesino en serie puede ser un amoral, digo yo!

—Bueno, dejemos eso. Deseo saber cosas. De tu pasado, sobre todo de tu niñez. Cómo eran tus padres, la educación que recibiste…

—Paso —lo interrumpió ella sin contemplaciones—. No soy ningún bicho raro. Puede que, cuando deseo algo con muchas ganas, no me coma mucho la cabeza a la hora de soltar alguna mentirijilla sin importancia, pero yo no soy un caso patológico.

—Cien euros la hora.

—Cien…

Incapaz de acabar la frase, Dani lo miró boquiabierta. Ese dinero podía solucionar algunos de sus problemas más acuciantes, como cambiar la maldita caldera, por ejemplo. Estaba hasta el gorro de salir morada de la ducha todas las mañanas.

Sin embargo, sonaba demasiado sencillo, y había algo en el tal Bruno del Valle —la irritante seguridad en sí mismo, su aspecto de ir siempre una vuelta por delante que el resto de los mortales— que la hacía desconfiar. Desde que se lo presentaron aquel día en Sotogrande, supo que aquel hombre, del que Diego le había hablado con tanta admiración, no le iba a hacer la vida fácil y, por desgracia, debía de tener el poder de la clarividencia porque su presentimiento se había cumplido, inexorable. Aquel tipo había arruinado cualquier posibilidad de hacerse con un dinero fácil justo cuando casi podía palparlo en su bolsillo.

—¿Cuántas sesiones?

—Las que sean necesarias. Unas veinte para empezar, dos días a la semana, una hora más o menos. Sería ideal que vinieras a partir de las ocho de la tarde; para entonces ya habré terminado con mis pacientes habituales.

¡Dos mil eurazos! Dani notó que sus dedos tamborileaban nerviosos sobre la mesa

y escondió la mano debajo de ella al instante. Esa suma de dinero no la ganaría con su curro en aquel bar de mala muerte ni en tres meses. Además, por lo que parecía, ni siquiera tendría que dejar su trabajo. Un pequeño fondo de emergencia; un capitalito que, conociendo a su hermano Luis como lo conocía, nunca estaba de más.

—Dijiste que tú nunca pagabas a las mujeres.

Su interlocutor esbozó una sonrisa ligeramente torcida.

—Esto es una cuestión laboral. No tiene nada que ver con los sentimientos o con el sexo.

—¿Estás seguro de que todo esto no es una excusa para acostarte conmigo?

Los labios delgados de Bruno se fruncieron de nuevo en una casi imperceptible mueca burlona, y negó con la cabeza.

—Está bien. Acepto —anunció ella displicente.

—Cuánto entusiasmo.

Ya podía burlarse, que ella era ignífuga. Mientras pagara aquellas sesiones para pirados a precio de oro, podía reírse todo lo que quisiera y ella lo acompañaría, ja, ja. Iba a ser el dinero más fácil que había ganado jamás. Rebañó con la cuchara la espuma de leche de soja que había quedado en el fondo de la taza, echó una ojeada al reloj y metió en su bolso el móvil, que había dejado encima de la mesa. Luego sacó su gorro de lana y los guantes de los bolsillos de su chaquetón y se los puso con rapidez.

—Ha sido un placer volver a verte, pero tengo que irme.

—Te llevo a tu casa.

—No es necesario, está aquí al lado. Iré andando, seguro que este frío polar me despeja la mente; si te soy sincera, aún tengo dificultades para procesar tu oferta.

Bruno dejó un billete sobre la mesa antes de levantarse también para ponerse el abrigo y la suave bufanda de cachemir.

—Te acompaño.

—No hace fal…

No la dejó terminar. Colocó una mano en la parte baja de su espalda y, con suavidad pero con firmeza, la empujó hacia la salida. Fuera hacía muchísimo frío, y el aliento de ambos se elevaba hacia la oscuridad del cielo nocturno con la consistencia del humo de un fumador compulsivo. A pesar de ello, mucha gente caminaba por la calle sin rumbo fijo.

En una de las esquinas, un negro altísimo con unas rastas cortas que parecían extrañas antenas se mantenía vigilante junto a una manta extendida en el suelo, abarrotada de CDs, que ya casi nadie compraba, y de un montón de bolsos de todos los colores, mientras voceaba con entusiasmo la bondad de su mercancía ante la

indiferencia de los viandantes.

—¡*Tos* los éxitos de Pablo Alborán! ¡Bolsos de *verdá* de Louis Vuitton y de Prada!

Para ser sinceros, los bolsos eran más de estilo Luis Putón o Braga que otra cosa, pero, ante la sorpresa de su acompañante, Dani se detuvo junto al tenderete.

—Hola, Babacar, ¿cómo van las ventas esta noche?

—Mal, mal, muy mal —repitió con su peculiar acento, aunque a juzgar por la enorme sonrisa que dejaba ver su blanquísima dentadura, con las paletas algo separadas, cualquiera habría pensado que algún tarado acababa de comprarle veinte bolsos y cien CDs—. Todo el mundo rápido, rápido, frío de cojones. Más mejor tiempo en Senegal.

A pesar de que la adversidad debía de planear sobre su vida con la tenacidad de un buitre hambriento, soltó una carcajada llena de felicidad, y a Dani se le ocurrió una maldad misericordiosa.

—Pues hoy es tu día de suerte. Aquí, mi amigo, es un megafán de El Fary, Peret y… ¡La leche! ¿No son éstos los pajaritos que salían volando aterrorizados cada vez que María Jesús estrujaba el acordeón? Se lleva los tres. Qué suerte, ¿eh, Bruno? Justo lo que buscabas.

Resignado, Bruno echó mano al bolsillo del pecho de su chaqueta para sacar la cartera. A ver quién era el guapo que, con la inmensa sonrisa de Babacar apuntando de lleno hacia él, explicaba que aquello era tan sólo la idea que aquella exasperante mujer tenía de una broma divertida. Una mujer a la que, por momentos, no sabía si darle un par de azotes o un buen beso con lengua.

Se deshizo como pudo del efusivo agradecimiento del senegalés y, agarrándola con fuerza del brazo, caminaron hasta la calle del Sombrerete.

—Eres muy graciosa.

—No te habrás enfadado, ¿verdad? Era para demostrarte que no soy ninguna amoral. No me gusta ver que la gente pasa necesidad cuando al lado llevo a un tipo con la cartera rebosante. ¡Éste es mi portal! Muchas gracias por acompañarme, y espero que disfrutes de este entrañable añadido a tu colección de música. Ya te contaré la historia del nombre de la calle en la que vivo en otra ocasión.

—¿No vas a invitarme a subir?

—No. Mi colección de acuarelas la están tasando en el Prado, así que en estos momentos no te la puedo enseñar.

—¿Te he dicho ya lo ingeniosa que eres? Y, además, bastante peor hablada que Danièle Chevalier, la impecable prometida que me presentó en Sotogrande mi querido ahijado.

Dani sonrió con expresión angelical.

—Lamentablemente, la pobre y mojigata Danièle murió hace unas semanas. Al parecer, fue arrollada por un tipo alto, moreno y sin escrúpulos. RIP.

—Guardemos un minuto de silencio en honor a su memoria. Toma. —Le deslizó algo de color claro en el bolsillo del abrigo—. Mi tarjeta. Llámame el lunes por la mañana no más tarde de las diez. Tenemos un trato, y recuerda: sé dónde vives.

—Mmm… —Dani puso los ojos en blanco—, ¡cómo me ponen los tíos mandones!

En pie junto a ella, Bruno resultaba una presencia imponente muy difícil de ignorar. De pronto, alzó una mano, atrapó un mechón de pelo que escapaba del gorro de lana y, como había hecho en otra ocasión, empezó a juguetear con él mientras sus pupilas recorrían perezosas el rostro femenino.

—A mí me pone tu pelo. Me encanta el color, el tamaño, la textura…, pero no, no insistas —siguió diciendo con su acariciadora voz de bajo—, no quiero acostarme contigo.

Dani se soltó de un tirón y lo miró con los ojos entornados.

—Veremos.

Abrió el anticuado portalón de madera con una de las llaves del abultado manojo que llevaba en la mano y desapareció en el interior del oscuro vestíbulo.

Capítulo 4

El pretencioso sonido del timbre de la entrada, que imitaba las campanadas del Big Ben, la sacó de debajo del chorro de agua helada de la ducha y le arrancó una sarta de maldiciones. No era que en aquellas circunstancias se recrease en el aseo mañanero, pero odiaba las interrupciones. Tiritando, se envolvió en una toalla y juró que, si era otra vez el pelma de su vecino para que lo acompañara a cualquiera de sus saraos, cogería un cubo lleno de esa misma agua congelada y se lo echaría por encima.

La puerta no tenía mirilla ni cadena de seguridad, así que abrió una rendija, dispuesta a cerrarla de golpe si no le gustaba el careto de quien fuera que estuviera al otro lado. No obstante, sin darle tiempo a reaccionar, alguien empujó la hoja con tanta fuerza que estuvo a punto de tirarla al suelo.

—¡Joder, perdona, hermanita, se me ha ido un poco la mano!

Con una sorprendente rapidez de reflejos, el recién llegado la agarró del brazo para estabilizarla. Por suerte, a pesar de aquella entrada tan accidentada, la toalla permaneció en su sitio.

—¡Mira que eres burro, Luis! ¡Casi me matas!

—Es que venía huyendo del pesado de Obélix. Lástima que no se ahogara el día que se cayó dentro de la marmita llena de anabolizantes cuando era pequeño.

—No me digas que Toño está al acecho.

A modo de respuesta, alguien golpeó con el puño la hoja de madera y, al no obtener contestación, volvieron a sonar las rimbombantes campanadas del Big Ben unos segundos después.

—¡Dani, amor mío, ¿estás ahí?!

Ella se llevó un dedo a los labios.

—¡Me ha parecido ver subir a tu hermano! ¡Dani! Qué raro…, no la he visto salir.

Los dos permanecieron muy quietos y en completo silencio hasta que los pesados

pasos del vecino se perdieron escaleras abajo.

—¡Uf!

Luis se limpió un imaginario sudor de la frente, y a ella se le escapó una sonrisa. Su hermano era una de las pocas personas, si no la única, con las que no podía permanecer enfadada por mucho tiempo. Al ver que no estaba enojada con él, Luis se dirigió a la nevera, que como todo en aquella cocina tenía, poco más o menos, el tamaño de una caja de zapatos.

—Me muero de hambre. ¡Joder, es increíble que puedas tener vacía una nevera de este tamaño!

Dani abrió un armarito y sacó dos paquetes de galletas; últimamente no se alimentaba de otra cosa. Por fortuna, uno de ellos era de Oreo, sus favoritas. Luego sacó una jarra, la llenó de leche y la puso a calentar en el microondas.

—Pensé que habíamos quedado en que desaparecerías durante una temporada.

Luis puso unas tazas de cualquier manera sobre la mesa.

—Tía, ¿ni siquiera tienes café?

—Se me acabó hace una semana y no me ha dado tiempo de pasarme por el DIA. Tú también podrías aprovechar para traer algo cuando te dejas caer por aquí.

—Estoy más pelado que Yul Brynner después de hacerse una brasileña.

Luis se dejó caer sobre una de las sillas y empezó a devorar galletas antes siquiera de que su hermana hubiera terminado de servir la leche. Dani lo examinó con atención; daba la impresión de estar más delgado, tenía unas profundas ojeras bajo los brillantes ojos azules, tan parecidos a los suyos, y necesitaba un buen afeitado.

—Tienes un aspecto horrible.

—Es que ni te imaginas en dónde se le ha ocurrido esconderme a la descerebrada de tu amiga.

—Mica me dijo que estabas en un lugar que te vendría bien para reflexionar. Pensé que sería una cabaña en algún pueblo cerca de Madrid o algo así.

Luis terminó de tragar las dos galletas que se había metido de golpe en la boca antes de contestar:

—Estoy de pinche de cocina en una residencia de ancianos de las Hermanitas de los Pobres, ¿puedes creerlo? Ya verás cuando pille a tu amiga por banda. Odio tanto el olor de los comistrajos que se preparan allí que se me cierra el estómago y no puedo tragar bocado. Luego están los abuelos, todos ellos más solos que la una, que si no fuera por las monjitas estarían en la calle como perros abandonados, y empiezo a comerme el coco pensando en que lo más seguro es que yo acabe igual, sin un puto duro y sorbiendo los sopicaldos con una pajita y…, ¡joder, tía, no aguantaba más! He

salido por patas.

«Típico de Mica», se dijo Dani sin inmutarse, mojando la Oreo en la leche.

Su amiga era de las que disfrutaban abriendo los ojos de las personas a base de darles bofetadas de realidad en toda la cara. Y parecía que, en el caso de Luis, la estrategia estaba dando sus frutos. Al parecer, su hermanito ya había empezado a hacerse las tres preguntas de rigor: «¿Quién soy?» «¿De dónde vengo?» «¿Adónde voy?».

—Pues tendrás que volver con las monjitas.

—Había pensado hacerle una visita al Yoyas. Vive en el chalet que le dejaron sus padres en Arganda, así que tiene sitio por un tubo.

—Negativo. Los que te buscan conocen a tu amigo demasiado bien. No te lo he contado pero, el otro día, Toño *el Mazas* me dijo que un tipo sospechoso andaba haciendo preguntas a los vecinos, así que, en el caso improbable de que cupiésemos los dos en esta cajita de cerillas, tampoco puedes quedarte aquí.

—¡Joder! Con lo idiota que es ese pavo, seguro que le habrá contado nuestra vida en verso.

—Qué va. El tío actuó con unos reflejos flipantes. Por lo visto, le contó que tú y yo nos habíamos peleado por un asunto chungo, del que no conocía bien los detalles, y que hacía más de tres meses que no habías vuelto por aquí.

—A-co-jo-nan-te. Al final Mica va a tener razón y los milagros existen.

Permanecieron un rato en silencio con la mirada perdida en los paquetes de galletas ya vacíos, sin dejar de dar vueltas a sus problemas más acuciantes, hasta que el sonido estridente del móvil de Dani los devolvió con violencia a la realidad.

—¡Joder, ¿qué es eso? ¿La cabra de la Legión?! ¡Casi me da un infarto!

—¡Déjate de rollos y ayúdame a encontrarlo! ¡No sé dónde narices se ha metido!

Después de mucho buscar, el teléfono apareció por fin debajo de uno de los almohadones del sofá cama.

—¡Mica!

—…

Dani apartó de un manotazo a Luis, empeñado en arrebatarle el móvil.

—Sí, sí, está aquí. Ha huido, el muy cobarde, ya lo conoces.

—…

—Dice que prefiere quedarse con el Yoyas a volver con los abuelos, pero no me gusta la idea. Me parece peligroso.

—…

—¡Eso sería fantástico!

Dani cerró los ojos para no ver a su hermano, que hacía gestos frenéticos negando con la cabeza y con los brazos.

—Sí, estoy segura de que Luis estará encantado también. Muchísimas gracias, Mica, está claro que vas para santa. A ver si nos vemos pronto para tomar un café. *Ciao*.

Su hermano permanecía sentado en el brazo del sillón, tapándose las orejas con las manos y una expresión de reproche en su atractivo rostro.

—No estoy seguro de querer oír la nueva ida de olla de esa santa Micaela de pacotilla.

—Tienes suerte de que la pobre sea más buena que el pan. Dice que sus padres se van a hacer el viaje de su vida. Al parecer, quieren aprovechar que ambos están jubilados y que aún no tienen demasiados achaques para dar la vuelta al mundo; estarán fuera casi un año, así que, entretanto, puedes quedarte en su casa.

—No quiero. Ya sabes lo mal que nos llevamos.

—Serás tú, porque nunca he visto que Mica se lleve mal con nadie. Al revés, es la típica persona para la que todo el mundo tiene una palabra amable.

Ahora Luis caminaba hecho una furia de pared a pared. Sin embargo, debido a las reducidas dimensiones de aquel «todo en uno» en que consistía el apartamento, esa manera de desfogarse no estaba dando, lo que se dice, unos resultados espectaculares.

—Es una tía ridícula, ¿qué coño hace con veintiséis años viviendo aún en casa de sus papás?

Su hermana lo miró con el ceño fruncido.

—No seas injusto, Luis. Si quisiera independizarse, podría hacerlo en cuanto le diera la gana; ya te gustaría a ti ganar la pasta que gana ella. Lo que pasa es que, al ser hija única, sabe que sus padres la echarían un montón de menos, y Mica es demasiado buena.

—Siempre ha sido una pija estirada.

—¡Chorradas! Si fuera una pija, jamás se habría hecho amiga mía aquellos años en que coincidimos en el colegio ni hubiera pisado el cuchitril en el que vivíamos con papá. Nosotros, permíteme que te lo recuerde, hermanito, no somos de sangre azul, precisamente.

Luis siguió como si no la hubiera oído.

—Y una meapilas, seguro que aún es virgen.

—No sé por qué tienes que insultarla por ser una persona espiritual y desvivirse por ayudar al prójimo. Y, sobre lo segundo, te recuerdo que tuvo un novio durante un montón de años, así que lo dudo mucho.

Luis lanzó una carcajada cargada de sarcasmo.

—¡El pringado ese que conoció rezando mientras se daban una vuelta de tuerca más al cilicio!

—Puede que lo conociera en su parroquia, pero no están todo el tiempo rezando —explicó ella con paciencia—. Organizan un montón de cosas para sacar dinero destinado a los que lo necesitan: tómbolas, festivales, mercadillos…, no paran. La verdad es que no te vendría nada mal que se te pegara algo de ella.

Aquel comentario lo molestó bastante.

—¡Mira quién habló, la señorita «leccionesdemoralybuenascostumbres»! Y ¿qué hay de lo tuyo? Estabas más que dispuesta a sacarle los cuartos a un pobre ingenuo cuyo único pecado era que se le caía la baba por ti.

—Te recuerdo que fue idea tuya, incluso elegiste tú a la víctima.

—Sí, pero tú bien que te prestaste a ello. No recuerdo haber oído en ningún momento palabras como *remordimiento, compasión* o un «antes muerta que aprovecharme de ese prójimo».

—Está bien, lo reconozco. No soy perfecta —afirmó con expresión virtuosa.

—Pues eso, no me des lecciones. Al fin y al cabo, los dos somos unos egoístas con pocos escrúpulos que sólo piensan en sacar tajada.

Dani se encogió de hombros.

—Amén.

Mica echó un último vistazo a la habitación de invitados y alisó por enésima vez una arruga invisible de la colcha. Había ventilado bien, limpiado el polvo y lavado las cortinas, y acababa de hacer la cama con uno de los juegos de sábanas de tira bordada favoritos de su madre, aunque dudaba mucho de que el hombre al que iban destinadas semejantes atenciones supiera apreciarlas.

Casi no podía creerlo aún. ¡Luis Caballero iba a vivir una temporada en su casa! No le había quedado más remedio que darle vacaciones a Carmen, la asistenta de toda la vida. Si hubiera tenido el menor atisbo de sus planes, se habría quedado horrorizada —aún la trataba como si fuera la misma niña que conoció el primer día que entró a trabajar allí— y se lo habría contado a sus padres. Así que, hasta que Carmen regresara, había contratado a otra asistenta que le había recomendado una compañera del trabajo, que empezaría la semana siguiente.

Por suerte, le había costado menos de lo que esperaba convencer a Carmen para que aprovechara y se fuera a descansar unos meses al pueblo, algo que no hacía desde

hacía años; así que ahora le tocaba a ella organizarlo todo. Y no era que le importase, al revés, pasaba horas planeando nuevos detalles que le harían la estancia más agradable al hermano de su amiga. En eso debía reconocer que, aunque ya no se llevara, se parecía a esas mujeres de antaño que se desvivían por hacerles la vida agradable a sus hombres.

Y no era que Luis fuera su hombre. ¡Qué más quisiera ella!

Estaba tan contenta que tenía ganas de abrazar una almohada y dar vueltas alrededor de la habitación, igual que la Bella Durmiente cuando bailaba con la capa del príncipe en el bosque; pero hizo un esfuerzo y se contuvo. Ya no tenía edad.

En realidad, no entendía por qué estaba tan colada por el hermano de Dani. Desde luego, no sería porque no viera sus defectos: los tenía a patadas. Tampoco se debía a que él se esforzara en ser amable: la trataba a patadas también. Simplemente, era algo más fuerte que ella. Algo que empezó cuando tenía trece años; exactamente la primera vez que puso un pie en el inhóspito piso de protección oficial en el que vivía su amiga y se lo encontró despatarrado en el sofá del desordenado salón, comiéndose una bolsa de ganchitos sin molestarse en masticar con la boca cerrada.

Nada más verla, soltó una carcajada que provocó una lluvia de partículas de color naranja que se extendieron en todas las direcciones.

—¡Joder con tu amiga, Dani! ¿Acaba de hacer los votos para entrar en un convento?

Al oír aquello, Mica, que se había quedado muy quieta junto a la puerta, contemplando embobada a aquel guapísimo adolescente unos tres años mayor que ella —alto, castaño y con unos preciosos ojos azules que parecían relucir de pura vida, era el compendio de todos los atributos de todos los príncipes azules sobre los que había leído en toda su vida—, dio un respingo y sintió ganas de llorar.

Era cierto que su familia era muy conservadora y que, al contrario que a su amiga, quien cada vez que se agachaba tenía que sujetarse la falda de tablas del uniforme con una mano para que no se le vieran las bragas, a ella la suya le llegaba un poco más abajo de las pantorrillas. Hasta ese momento, aquello no le había importado lo más mínimo. En clase eran todas chicas, y Mica era lo suficientemente popular para que nadie se metiera con ella. Sin embargo, al ver a aquel sueño hecho carne retorciéndose de risa, sin prestar la menor atención a los numerosos ganchitos que se caían de la bolsa y se esparcían por el sillón, pensó que moriría de la vergüenza.

—No le hagas ni caso, Mica. Mi hermano debió de recibir un martillazo en la cabeza nada más nacer y se quedó imbécil.

Dani la agarró del brazo y tiró de ella en dirección al oscuro cubículo en el que

dormía, pero las carcajadas sin control de su hermano la persiguieron por el pasillo.

—¿Qué tal éste?

—¡Oye, cariño, que yo tengo una reputación y no puedo permitir que la chica más guapa del barrio salga de mi peluquería hecha un adefesio! ¡Tú déjame a mí!

Cerró la revista con un suspiro y permaneció muy quieta mientras Susy ahuecaba sus cabellos empapados con los dedos. Después de lo que a Dani se le antojaron unos minutos interminables, la peluquera empuñó las tijeras y empezó a cortar. Al ver los largos mechones que caían al suelo sin pausa, se estremeció. Una cosa era decidir fastidiar al tipo más mandón con el que había tenido la desgracia de toparse jamás y, otra, acabar de golpe con la entrañable relación que había mantenido con su melena durante la mayor parte de su vida.

Los resoplidos de la peluquera la sacaron de sus pensamientos y se concentró en el abultado vientre que rozaba su hombro cada vez que daba un tijeretazo.

—¿De cuánto estás ya?

—Ocho meses y medio —contestó con la respiración trabajosa.

—Y ¿no deberías estar en reposo? No creo que sea bueno para el bebé que pases tantas horas de pie.

—Yo tengo unos gastos fijos a fin de mes, bonita, y ya sabes que el Manolo no es de mucha ayuda.

Dani asintió en silencio, lo sabía muy bien.

Era curioso. Su familia nunca había permanecido mucho tiempo en ningún sitio. Mientras vivió su padre, habían residido la mayor parte del tiempo en el sur de Francia; Marsella, Toulon, Saint-Tropez, Cannes, Niza…, una mudanza seguía a la anterior mientras el rastro de pufos a su paso crecía sin parar.

El período de mayor estabilidad de su existencia fue cuando vivieron en Madrid. De aquellos tiempos conservaba aún su amistad con Mica, la única amiga íntima que había tenido. Su padre, de manera casi milagrosa, había logrado mantener un empleo durante tres años seguidos, y uno de sus compañeros de trabajo lo había ayudado a conseguir una beca para Dani en un reputado colegio privado dirigido por monjas carmelitas. Pese a los continuos cambios de domicilio y el escaso ambiente de estudio que reinaba en el hogar de turno, la niña sacaba unas notas brillantes.

Luis, en cambio, había tenido que conformarse con el instituto del barrio, aunque debido al odio que profesaba por cualquier cosa que sonara a pupitres, maestros o libros de texto, había pasado mucho más tiempo en los recreativos de la esquina —

bebiendo cerveza, jugando al futbolín y cultivando su afición a las malas compañías— que entre las cuatro paredes del aula.

Al morir su padre, habían permanecido juntos y sus vidas continuaron discurriendo por los mismos derroteros. Cambiaban a menudo de residencia y dejaban también a su paso un reguero de víctimas con el corazón roto y unos cuantos centenares de euros menos en el bolsillo. Por ello, Dani evitaba establecer vínculos con los vecinos en lo posible y esquivaba así el peligro de que alguno de los damnificados, sediento de venganza, supiera dónde encontrarlos. Cuando la cosa se puso un poco más chunga que de costumbre —Luis había tenido algún que otro encontronazo con una banda de mafiosos marselleses—, decidieron de mutuo acuerdo poner tierra de por medio y trasladarse a Madrid con la idea de perderse entre los millones de habitantes de la gran urbe.

Sin embargo, a pesar de que nunca le había gustado involucrarse en la vida de los demás, desde que se había mudado a aquel barrio era como si conociera a sus habitantes desde siempre. Estaba Toño, el vecino cachas, se había enamorado de ella locamente y, aunque la ponía de los nervios la mayor parte del tiempo, la enternecía que se pirrara por hacerle favores. Babacar, el negro del top manta, quien, a pesar de que su existencia era digna de figurar en la cabecera del informativo de las tres, invariablemente la saludaba con su gran sonrisa de caníbal y jamás lo había oído quejarse de su suerte. Susy, la peluquera guapetona y entrada en carnes, que estaba al tanto de la vida y del último milagro de todo aquel que entraba en su local a arreglarse el pelo y se desvivía por echar una mano a cualquiera que la necesitara. Nadie entendía que siguiera enamorada con locura del impresentable de Manolo, su marido, un tipo bajito y enclenque al que su afición a la bebida hacía incapaz de conservar un empleo durante mucho tiempo. Que siguieran juntos después de tantos años era un misterio más indescifrable que cualquiera de los que hablaba Iker Jiménez en «Cuarto Milenio». Y también estaba la Rosa, la mendiga que dormitaba al solecito en la escalera de la boca de metro de Lavapiés y que no dudaba en poner a caer de un burro —cagada en sus muertos incluida— a todo aquel que pasaba sin dejar una moneda en el platillo que estaba a su lado. Después de once meses viviendo en aquella destartalada buhardilla, Dani sabía más de ellos de lo que había sabido de nadie en toda su vida.

—¿Ha encontrado ya trabajo?

—¡Qué va! A pesar de lo que se esfuerza el pobrecillo, *ná* de *ná*.

Dani alzó una de sus cejas castañas con escepticismo; no estaba segura de que pasar la mayor parte del tiempo jugando al mus en el bar de la esquina y bebiendo un

sol y sombra tras otro fuera esforzarse mucho, pero se mordió la lengua.

—La verdad es que estoy cansada. Mis piernas parecen un par de columnas *cojónicas* de ésas.

A su clienta le entró la risa al oírla, y la otra dejó de cortar durante unos minutos, sonriendo con buen humor. Susy tenía una cultura de lo más basta, con «b». Cualquier cosa le interesaba; devoraba revistas del corazón y ejemplares del *Muy Interesante* a tal velocidad que, a menudo, no digería bien toda aquella información y, entre eso y una ligera dislexia que arrastraba desde niña, a veces utilizaba unos palabros de lo más peregrinos. Sin embargo, era una persona sencilla y encantadora, que aceptaba que la corrigieran sin enfadarse jamás.

—¿Y la ginecóloga no te ha dado algún consejo?

—Sólo que repose, que no puedo, y que me compre unas medias de comprensión, que ya las tengo y…, oye, no te creas, que para ser de la farmacia son bastante monas. Mira, mira, tienen hasta blonda. ¡A mi Manolo le encantan!

Ni corta ni perezosa, se subió la falda hasta el ombligo y le enseñó las medias que cubrían los muslos hinchados y varicosos, rematadas con unas coquetas ligas de silicona.

—Monísimas y, desde luego, tienen pinta de ser muy comprensivas.

Capítulo 5

—¡Ya era hora!

—¡Encima no me regañes, ahí fuera está cayendo la mundial!

—¡Estás empapada!

El viejo chaquetón de Dani chorreaba sobre el impecable suelo de madera acabado al aceite. Una miríada de gotas se escurrían del gorro de lana empapado y resbalaban sin pausa por la delicada nariz mientras los dientes le castañeteaban entre los labios amoratados.

—¡Ven!

Sin importarle las huellas húmedas que dejaban las botas de la chica, Bruno la arrastró por el pasillo y la condujo hasta un inmenso cuarto de baño de mármol que a ella le pareció el paraíso.

—¡Una bañera! —exclamó como si jamás hubiera visto nada igual.

Sin molestarse en contestar, aquel hombre sorprendente seleccionó la temperatura y abrió el grifo a toda potencia, volvió a salir y regresó al rato con un montón de toallas esponjosas.

—Deja la ropa fuera. Mientras te bañas, la meteré en la secadora.

Dani no se hizo de rogar y, en cuanto salió, se desnudó con rapidez y dejó todo, salvo su ropa interior, en un montón al otro lado de la puerta. Por más que trataba de hacer memoria, era incapaz de recordar la última vez que se había dado un baño, y habían pasado muchas semanas desde que se había duchado con agua caliente. Llena de excitación, echó un buen puñado de olorosas sales que encontró en un tarro de cristal y, con un suspiro de placer, se metió poco a poco en aquella agua que casi quemaba y se tumbó todo lo larga que era en la enorme bañera.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando unos firmes golpes en la puerta la espabilaron.

—¿Te ocurre algo?

—¡No, no te preocupes, ahora mismo salgo!

Emergió de la bañera de mala gana y se secó bien el pelo con una de las toallas que él le había dejado. El corte que le había hecho Susy era cómodo y moderno. Los mechones irregulares le enmarcaban el rostro de un modo muy favorecedor, y no tenía más que dejárselo secar al aire y quedaba perfecto. Luego se envolvió en otra toalla y salió al inmenso dormitorio, donde, sobre la cama, no menos inmensa, Bruno le había dejado una de sus bien planchadas camisas. Dani se la puso sobre el sencillo conjunto de algodón y se remangó los puños hasta el antebrazo.

Indecisa, se miró en el espejo de cuerpo entero que había en una de las paredes. El faldón de la camisa azul le llegaba hasta medio muslo y dejaba el resto de sus largas piernas al descubierto; parecía una de aquellas escenas de película en las que la actriz principal, después de haber pasado la noche retozando alegremente con el protagonista, se ponía su camisa para ir a buscar algo de comer a la nevera. Sólo esperaba que su aspecto, excesivamente sugerente, no le diera a aquel tipo ideas equivocadas.

Su mirada subió, muy despacio, por los pies descalzos, la suave piel de las pantorrillas y los muslos firmes, que habían perdido el tono dorado y ahora relucían con incitante palidez a la luz del fuego que ardía en la chimenea, antes de detenerse en su rostro, en el que, con aquel nuevo peinado, los ojos parecían más grandes que nunca.

—Imagino que sólo tengo que decir que no me gusta nada cómo te queda mi camisa para que no corras a cambiarte.

—No comprendo qué quieres decir. —Dani parpadeó varias veces con su expresión más inocente.

—¿No? Lástima. Sólo quiero que sepas que te ha salido el tiro por la culata. No pensé que fuera posible, pero tu nuevo peinado me gusta aún más.

Aquel tono, ronco y ligeramente burlón, la ponía nerviosa, pero trató de disimularlo y respondió provocadora:

—Estás coqueteando conmigo.

—¿Tú crees?

—Créeme, te lo dice una experta. —Cambió de tema con rapidez—. Pensé que me habías citado para psicoanalizarme, pero no veo ningún diván por aquí.

—El psicoanálisis ya está un poco pasado, pero puedes sentarte donde quieras.

—¿Vas a hacerme aquí las preguntas? —Sorprendida, miró a su alrededor—. No sé, esperaba algo más aséptico, más…

—¿Paredes acolchadas y camisas de fuerza? —preguntó él con amabilidad.

—Algo así.

La habitación era amplia y acogedora, y todo el espacio de las paredes que no estaba ocupado por la puerta, la ventana que daba a un pequeño balcón o la chimenea estaba cubierto por estanterías llenas de volúmenes que iban de suelo a techo. Un enorme escritorio con su correspondiente sillón ergonómico ocupaba buena parte del espacio. El resto del mobiliario consistía en dos cómodos butacones y una pequeña mesa de centro, dispuestos sobre una mullida alfombra de lana frente al fuego que chisporroteaba en el hogar.

Dani se sentó sobre la alfombra con las piernas cruzadas y apoyó la espalda en uno de los butacones.

—Imagino que no habrás cenado. —En respuesta a sus palabras, las tripas de Dani emitieron un rugido—. Ya veo que no. Traeré algo de picar.

Volvió enseguida con una bandeja llena de bocadillos de la pastelería Mallorca, una botella de vino y dos copas altas de cristal.

Dani palmoteó de alegría al ver semejante despliegue.

—¿Te he dicho ya cuánto me gustan estas sesiones de terapia? Creo que debería ser yo la que pagara por ellas. —Bruno le pasó una de las copas y un plato con un abundante surtido de medianoches y panecillos. Ella cogió uno, le dio un buen mordisco y prosiguió con la boca llena—: Primero, un baño maravilloso. ¿Puedes creer que ya casi ni recordaba el lujazo de tener agua caliente? Y, ahora, este inesperado banquete.

Él se llevó la copa de vino a los labios mientras la observaba comer con ganas.

—¿No tienes agua caliente?

Ella negó con la cabeza y, en esta ocasión, tragó antes de contestar:

—Mi caldera ha muerto y no tenía dinero para comprar otra. ¿Puedes pasarme otro de esos de *mozzarella* con tomate, por favor?

Bruno rellenó su plato obediente. La luz vacilante de las llamas iluminaba sus rasgos de manera caprichosa, otorgándole una apariencia vagamente diabólica; pero, a pesar de ello, con la camisa blanca, que llevaba con los últimos botones desabrochados y los pantalones oscuros de su traje de corte impecable, el mechón de pelo casi negro que resbalaba sobre su frente y aquella mueca, entre burlona y condescendiente, en los labios finos, a Dani le pareció uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida, y se dijo que debería andarse con cuidado con

él. Terminó de beber el vino que quedaba en su copa, la puso junto con el plato en la mesita y se recostó sobre el butacón con un suspiro satisfecho.

—¿Quieres algo más?

—No, muchas gracias.

—Muy bien, háblame de ti.

—¿Por dónde empiezo?

—¿Qué tal si me dices dónde naciste y quiénes eran tus padres?

Dani se acomodó mejor y empezó a hablar sin mirarlo, de forma que el perfil delicado se recortaba contra la luz de las llamas.

—Nací en Madrid, pero mis padres se trasladaron a Francia cuando yo era muy pequeña. Cambiábamos a menudo de domicilio; mi padre parecía incapaz de conservar un trabajo durante mucho tiempo y mi madre se ocupaba de cuidarnos a mi hermano y a mí, así que, antes o después, el casero de turno se cansaba de esperar en vano su dinero y nos echaba a la calle.

Se volvió hacia él y preguntó con curiosidad:

—¿De verdad te interesa esto?

Bruno, recostado sobre el respaldo de la butaca con los párpados entornados, mantenía las pupilas clavadas en ella, sin dejar de deslizar uno de sus largos dedos por el filo de la copa que sostenía en la mano.

—De verdad. Continúa.

—Entonces papá empezó a beber. En realidad, siempre había bebido, pero luego apenas aguantaba sobrio más de un par de días. Se volvió violento y comenzó a pegarnos con regularidad. Mañana, tarde y noche, las palizas se sucedían interminables. La vida junto a mi padre era un auténtico infierno, pero nadie hacía nada por sacarnos de él. Los vecinos, la policía…, la ayuda no llegó por ningún lado y todo continuó igual, hasta que, un buen día, mi madre desapareció.

—¿Daniela…?

Su voz profunda la devolvió de golpe al presente y, una vez más, se volvió a hacia él. Una lágrima solitaria se deslizaba con lentitud por su mejilla.

—¿Sí, Bruno?

—¿Ahora podrías contarme algo que no parezca el guion de un melodrama barato?

Ella lo miró boquiabierta, al tiempo que se secaba la mejilla con el dorso de la mano.

—¡Eres bueno! —Su semblante rebosaba admiración.

—¿Acaso lo dudabas?

—¿Cómo has sabido que te estaba contando una milonga? Mentir no se me da del todo mal, ¿sabes?

—No lo dudo, pero te recuerdo que llevo varios años ejerciendo la psiquiatría y, como a ti lo de mentir, no se me da del todo mal —afirmó él sin falsa modestia.

Dani le dirigió una sonrisa cargada de diversión. Debía reconocer que el eminente psiquiatra Bruno del Valle no tenía un pelo de tonto. Resultaba refrescante encontrar a un hombre con el que no valían sus trucos; un hombre de lo más atractivo, para más señas. Al instante, la sonrisa se borró de sus labios y fue sustituida por una arruga casi imperceptible entre las cejas. Tendría que andarse con cuidado, se repitió. Desde que se había jurado a sí misma que no se dejaría atraer por un tipo al que no pudiera dominar, no le había ido mal. Sin embargo, en esta ocasión mucho se temía que, si jugaba con fuego, podría acabar con quemaduras de tercer grado.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Bruno se puso en pie y, con un rápido movimiento, la alzó entre sus brazos y volvió a sentarse de nuevo en su sillón con ella en el regazo. Sin mediar palabra, alzó su barbilla con dos dedos y la besó de lleno en la boca. Fue todo tan inesperado que Dani no sólo no se resistió, sino que entreabrió los labios al instante para acomodar aquella lengua decidida en el interior de su boca. Perdida por completo en la magia de sus besos, sólo recobró un atisbo de cordura al sentir el tacto cálido de una mano sobre su muslo desnudo y, a pesar de que le costó un gran esfuerzo, la apartó de sí en el acto.

—Tienes mucho peligro —susurró sin aliento.

—Lo normal. —Bruno se encogió de hombros al tiempo que acariciaba la suave piel de su mejilla con el pulgar, sin apartar de ella ni un segundo la mirada perezosa.

—Luego dices que no quieres acostarte conmigo. —Frunció los labios acusadora.

Las cejas negras se alzaron con arrogancia.

—¿Otra vez con ese tema? Me da la sensación de que eres tú la que quiere acostarse conmigo.

—Está bien, lo confieso, reconozco que durante los últimos minutos se me ha pasado la idea por la cabeza…

La arrogante sonrisa torcida apareció una vez más en los labios masculinos. Llena de inquietud, Dani fue consciente de que, si no hacía algo rápido, estaría perdida y, de pronto, ¡albricias!, se le ocurrió una idea para repeler tentaciones en forma de psiquiatras con oscuros poderes de seducción que se le antojó brillante.

—¡Se me acaba de ocurrir una idea feliz!

El brillo travieso de los grandes ojos azules puso de inmediato en estado de alerta a Bruno. Para entonces, el conocimiento que tenía de la señorita Caballero era lo

suficientemente profundo como para saber que, con ella, no podía bajar la guardia ni un segundo. Sin que sus ojos traicionaran sus pensamientos, se limitó a decir sin comprometerse:

—No me digas.

—Verás, yo no soy psiquiatra —sacudió la cabeza y los suaves mechones castaños acompañaron el movimiento de un modo que, muy a su pesar, a su interlocutor se le antojó fascinante—, pero tengo un conocimiento razonable de los hombres.

—No lo he dudado ni por un momento.

—No hace falta que te pongas sarcástico, me limito a hablarte con sinceridad.

—Continúa, por favor, me tienes en un sinvivir.

Dani alzó los ojos al cielo y resopló exasperada antes de continuar:

—Lo más importante cuando te enfrentas al enemigo (y con esto no quiero decir que los hombres sean mis enemigos, que conste, es sólo una manera de hablar) es conocer sus debilidades. —Aunque los pesados párpados medio cerrados le daban un aspecto somnoliento, a Dani no se le escapó el relámpago de interés que destelló en los ojos oscuros, y se sintió muy satisfecha de haber captado toda su atención—. Y tengo la sensación de que he descubierto la tuya.

—¿Ah, sí?

—*Sip*.

—Daniela…

A ella no se le escapó el velado matiz de advertencia, pero se distrajo unos segundos y preguntó con curiosidad:

—¿Por qué no me llamas Dani? Antes era Danièle, ahora Daniela, ¿no te parecen unos nombres demasiado largos?

—Me gusta el nombre de Daniela, creo que le va bien a una mujer tan guapa como tú.

La mortificó notar que se ponía roja y, al ver su mirada maliciosa, supo que él sabía exactamente cómo se sentía.

—En fin —con gesto distraído, se apartó el pelo de la cara y trató de llevar otra vez la voz cantante en aquella conversación, que amenazaba con escapársele de las manos—, como te iba diciendo, conozco tu punto débil.

—¿Que es…?

—El orgullo.

Su rostro adquirió un aspecto pétreo, pero Dani continuó sin amilanarse:

—Eres un hombre muy atractivo pero, por muy tentadora que resulte la idea de liarme contigo, dudo mucho que me convengas. Así que se me ha ocurrido que el

método más efectivo para mantener a salvo mi virtud es hacer una apuesta.

—Interesante. Y la apuesta consiste en…

—Si acabamos en la cama tendrás que pagarme seis mil euros.

—Y si no lo hacemos, ¿qué gano yo?

—Nada. Es un reto a tu orgullo. Te recuerdo que aquella noche en casa de tu hermana afirmaste, muy chulito, que tú no necesitabas pagar a las mujeres para conseguir lo que deseas. Si te acuestas conmigo tendrás que pagarme, y —añadió con aire triunfal— dudo mucho que estés dispuesto a comerte tus palabras.

»Además, ya sabes que no está bien que un médico se involucre con una paciente, en especial un loquero como tú, que seguro que te sabes todos los trucos sucios para someter a un alma atormentada a tu voluntad. Por último, tengo la sensación de que eres uno de esos hombres que no pueden resistirse a un desafío.

—Te crees muy lista, ¿verdad?

—Lo normal. —Ahora fue su turno de encogerse de hombros.

—Mmm. —Pensativo, Bruno se golpeó los labios con el dedo índice, y la insólita reacción que aquel simple gesto le provocó en la boca del estómago reafirmó a Dani en su idea de que cualquier precaución que adoptara al enfrentarse con ese hombre sería poca—. ¿Durante cuánto tiempo estaría vigente la apuesta? No es que esté pensando en acostarme contigo, no te creas, pero ¿significa esto que, en caso de que en algún momento me lo planteara, tendría que comerme mi tan traído y tan llevado orgullo masculino?

—No sé, ¿cuánto calculas que puede durar nuestra relación *laboral*? —dijo ella, recalcando el adjetivo con sorna—. ¿Dos meses?, ¿tres? Mira, para no pillarnos los dedos, te propongo que sean seis meses.

A pesar de que mantenía el rostro muy serio, hacía tiempo que Bruno no se divertía tanto. Tenía que reconocer que la señorita Caballero lo había calado a la perfección. Sabía bien —y su hermana se encargaba a menudo de recordárselo— que en el apartado del orgullo estaba bien servido y, por otra parte, era cierto que siempre estaba dispuesto a recoger el guante ante el menor desafío. Si tuviera que analizarse a sí mismo, diría que ambas cosas estaban relacionadas; jamás había soportado perder ni siquiera a las canicas.

Lentamente, recorrió con la mirada las esbeltas piernas que asomaban por debajo de su camisa y notó que las yemas de los dedos le cosquilleaban con el deseo de acariciarlas. Estaba claro que no iba a resultar fácil ganar la apuesta. Daniela Caballero lo había atraído desde el mismo instante en el que había caído en la cuenta de que no era la mujer insulsa que pretendía hacerle creer y, aunque había afirmado, una y otra

vez, que no quería acostarse con ella, lo cierto era que su cuerpo reaccionaba sin medias tintas en cuanto la tenía cerca. No, no iba a resultar nada fácil. Bien, eso era lo bueno de los retos, ¿no? Si fuera demasiado sencillo no sería tan atrayente.

—Está bien, acepto la apuesta.

—¡Aún no has leído la letra pequeña!

—No estarás pensando en hacer trampas desde el minuto uno, ¿verdad?

—Es para darle más emoción.

—Dispara.

—Durante el tiempo que esté vigente nuestra apuesta, podré provocarte todo lo que quiera.

Los iris azules relucían, llenos de picardía, y Bruno la encontró tan irresistible que estuvo a punto de sucumbir a las primeras de cambio. Luchó consigo mismo para no caer en la tentación de echársela al hombro y llevarla hasta el dormitorio más cercano, pero logró dominarse; no estaba dispuesto a perder la apuesta y a permitir que su descarada paciente se riera de él.

—¿A qué llamas tú *provocar*?

—No sé… —Dani se humedeció la boca con la punta de la lengua con un gesto sugerente, antes de inclinarse sobre él y empezar a mordisquear con suavidad su labio inferior—. Algo así, o puede… —se apartó lo justo para deslizar la punta del dedo por entre los botones de su camisa y le acarició el pecho, sin dejar de mirarlo insinuante— que así…

—Creo que lo he captado.

Ya en un tono normal, ella contestó:

—Sí, yo también creo que lo has captado. —Aquella presión en el muslo era inconfundible. Dani miró su reloj y se puso en pie sin dejar de hablar—: Entonces, quedamos en eso. Me temo que nuestra sesión de hurgar en los sesos ajenos tendrá que esperar porque tengo que irme. ¿Puedes darme mi ropa y mi pasta, por favor?

Bruno se incorporó y, con movimientos pausados, sacó la billetera del bolsillo trasero de su pantalón y le metió un billete por el escote de la camisa.

—¡Eh, esto sólo son cincuenta! ¡No es lo que habíamos acordado!

—Has llegado tarde, te has dado un baño de media hora en mi bañera, te has comido mi cena, no me has contado más que mentiras y, encima, has hecho una apuesta ridícula que me he visto obligado a aceptar. Eso tampoco es lo que habíamos acordado.

Sin hacer el menor caso de su expresión furibunda, Bruno salió de la habitación y regresó pocos minutos después con su ropa, ya seca, encima del brazo.

—Puedes cambiarte aquí, te espero en el recibidor.

Dani le arrebató las prendas de malos modos y, en cuanto él salió, cerró de un portazo.

—Maldito tramposo, ojalá se te caiga la marquesina de un cine en toda la cabeza en cuanto salgas de tu casa. Fullero, estafador… —Se vistió con rapidez, sin dejar de mascullar imprecaciones todo el tiempo. Dejó la camisa que le había prestado tirada de cualquier manera sobre el escritorio y se reunió con él. Sin dignarse mirarlo, cogió su abrigo, el gorro y la bufanda y, sin detenerse a ponérselos, giró la manilla de la puerta y abrió con brusquedad—: ¡Adiós!

—No tan deprisa.

Los dedos del psiquiatra se cerraron en torno a su brazo y, a pesar de los esfuerzos que hizo ella por soltarse, no lo consiguió.

—¡Suéltame!

—Sigue lloviendo, así que te llevaré a tu casa.

—¡No quiero que me lleves, no te necesito para nada! ¡Seguro que dices que me llevas a casa y luego me dejas tirada en… en la carretera de Colmenar! ¡Tú sí que deberías ir a un psiquiatra, eres un mentiroso compulsivo!

Sin prestar la menor atención a sus invectivas, Bruno la empujó hacia el ascensor y, cuando llegaron al garaje, la obligó a meterse dentro del coche antes de rodearlo y subirse él también. Dani trató de abrir la puerta, pero él, previsor, había echado el seguro. Rabiosa, cruzó los brazos sobre el pecho, decidida a no a pronunciar una sola palabra más. Realizaron todo el trayecto hasta su casa en medio de un silencio hostil, roto tan sólo por el sonido de la lluvia incesante que caía sobre el capó. Por fin, el psiquiatra detuvo el coche frente al destartalado portal y se volvió hacia ella:

—Te espero el viernes a la misma hora y, esta vez, sé puntual.

—¡No pienso ir!

—Irás. Recuerda que he recopilado una información muy interesante sobre tu hermano.

—¡Eso es chantaje!

Él miró aquellos furiosos ojos azules y le lanzó su mejor sonrisa torcida.

—En el amor y en la guerra todo está permitido. Y esto es la guerra.

—¡Muy bien, tú lo has querido! ¡Te vas a enterar!

Sin más, se bajó del coche y cerró la puerta con tanta fuerza que se abrió la guantera. Bruno, muy tranquilo, la cerró de nuevo y prometió en voz alta:

—No, querida, eres tú la que se va a enterar.

—Dos raciones de tortitas con caramelo y chocolate, y dos coca-colas *light*.

—Mica, yo sólo quería un poleo.

—Te dije que te invitaba a merendar, Dani. ¿Qué clase de merienda es un poleo?

—Siempre invitas tú. Parece que quedo contigo para que me alimentes.

Dani se pasó una mano por el pelo, molesta consigo misma. Desde que había regresado a Madrid, aprovechaban cualquier momento para verse, pero era siempre Mica la que pagaba.

—Somos amigas, ¿no? Me gustaría pensar que, por muy mal que me fueran las cosas, siempre podría contar con una amiga que me invitara a merendar.

—Te prometo que, en cuanto Bruno *el Mentiroso* me pague lo que dijo que me pagaría, te invitaré a cenar a todo plan, así que ve pensando qué vas a elegir: Burger o McDonald's. ¡Por éstas! —Se besó el pulgar.

—La verdad es que me encantaría conocer a tu psiquiatra.

—Bah, no te pierdes nada.

Mica entornó los ojos con expresión soñadora:

—Alto, moreno, ojos casi negros, sonrisa de infarto…

—No dije «infarto», dije «sonrisa de anuncio de clínica dental».

—Es lo mismo. Me encantaría conocerlo.

En ese momento llegó el camarero con lo que le habían pedido y Dani se abalanzó sobre su plato. Tras llevarse un tenedor a la boca, cerró los ojos extasiada y exclamó:

—¡Mmm! ¡Te quiero, Micaela Waksman!

Siguieron charlando sin parar mientras daban buena cuenta de las tortitas.

—¿Estás segura de querer verle el careto a mi hermano todos los días?

—Sabes bien que me encanta el careto de tu hermano.

En efecto, Dani conocía de sobra aquella especie de obsesión que su amiga había albergado por Luis casi desde el primer instante en el que posó los ojos sobre él, y la verdad era que no le hacía mucha gracia.

No ignoraba la forma en que su hermano trataba a las mujeres; ninguna de ellas, que ella recordase, le había durado más allá de unos cuantos polvos, así que lo último que le apetecía era que se liara con su mejor amiga. Primero, por la paz mental de Mica y, segundo —desde un punto de vista bastante más egoísta—, por temor a que aquello pudiera poner en peligro una amistad que, a pesar de los obstáculos, seguía siendo tan sólida como el primer día.

Las mujeres con las que se había relacionado hasta entonces eran más del tipo «putón verbenero» que otra cosa, pero Dani sospechaba desde hacía tiempo que lo

que Luis sentía por la pequeña Mica —tan rubia, tan frágil y tan recatada— iba mucho más allá de lo que los malos modos que se gastaba con ella hacían sospechar. Sin embargo, Dani jamás había tratado de llevar aquel asunto a buen puerto. Por mucho que deseara la felicidad de su amiga, conocía demasiado bien a su hermano y, aunque era una de las pocas personas en este mundo a las que quería de verdad, sabía de sobra que era un egoísta sin oficio ni beneficio que, a la larga, tan sólo la haría desgraciada.

—Ten cuidado con Luis, ya lo conoces —advirtió muy seria.

—¿Crees que aún no me he dado cuenta de que no tengo nada que hacer con él? —Dani lanzó un resoplido que podía significar cualquier cosa, aunque su amiga siguió fantaseando con una sonrisa de felicidad dibujada en los labios—. Pero soñar es gratis y, cada vez que pienso en él, me veo abrazada a su cintura, con tres o cuatros pequeñuelos de ojos azules y un perrito correteando a nuestro alrededor mientras, en el horno de la cocina de nuestra preciosa casita de campo, la cena que acabo de preparar despide un delicioso olor a hogar…

—¡Por Dios! ¡Como haya por aquí una feminista que sepa leer los labios, igual te parte una silla en la cabeza! ¡Despierta! —Dio una fuerte palmada delante de sus narices que hizo que Mica, perdida en sus agradables ensoñaciones, diera un bote en la silla—. Estoy segura de que ese sueño sería más bien una pesadilla en la que tú, con la pintura corrida y las medias rotas después de la lucha por acostar a los dos demonios que tienes por hijos (a los que, por cierto, han vuelto a expulsar del colegio por prender fuego al perchero de los babis), te derrumbas exhausta sobre el sofá lleno de agujeros de los que se escapa la gomaespuma, con un vaso de *whisky* barato en la mano mientras esperas a Luis, que salió por la mañana a hacer un *business* con su amigo el Yoyas; pero, cuando al fin suena el timbre de la puerta y te levantas para abrir tambaleante (porque en realidad es el quinto que te tomas), te das cuenta de que el que está al otro lado no es Luis, sino un policía de esos que tienen cara de disfrutar dando malas noticias.

—Caramba, Dani —Mica hizo un puchero—, ¡siempre tienes que estropearlo todo!

Las dos amigas se miraron muy serias y, dos segundos después, ambas se retorcían en sus sillas llorando de risa.

Capítulo 6

—Pasa, pasa, no te quedes ahí.

Luis agarró con más fuerza la mochila que llevaba colgaba al hombro y el asa de la pequeña maleta donde cabían todas sus posesiones terrenales y avanzó hacia el salón. El piso era enorme y ocupaba toda la sexta planta de un inmueble de gran altura del paseo de la Castellana; de hecho, desde los amplios ventanales del salón podía verse la impresionante mole del estadio Santiago Bernabéu.

—Los días de partido esto debe de ponerse infernal —fue lo único que se le ocurrió decir para romper el incómodo silencio. Se sentía tan fuera de lugar en aquel piso elegante y bien amueblado que tenía ganas de dar media vuelta y volver corriendo por donde había venido.

—Sí, no es bueno tratar de salir de casa cuando acaba de terminar el partido, y antes resulta imposible encontrar sitio para aparcar. Además, cada vez que meten un gol, somos los primeros en enterarnos.

—Yo soy del Atlético —anunció desafiante, pero ella se limitó a encoger sus hombros delgados con indiferencia.

—En lo que a fútbol se refiere, soy apolítica. Entre Messi y Ronaldo no me preguntes cuál de los dos es el portugués. Ven por aquí.

Lo condujo por un pasillo hasta el dormitorio que le había preparado y observó su reacción.

—Es… es una habitación muy… muy bonita.

¡Joder! ¡Encima ahora empezaba a tartamudear igual que un cateto deslumbrado!

Luis echó un vistazo a la cama de matrimonio, con la colcha a juego con las cortinas y una banqueta a sus pies con una cálida manta doblada encima; examinó el pequeño ramo de flores blancas dispuesto en el delicado jarrón de cristal que alguien había colocado sobre la mesilla de noche y se pasó un dedo por el cuello de la

camiseta de algodón, sintiendo que le faltaba el aire. Mica, que no le quitaba ojo, notó su palidez al instante.

—¿Te encuentras bien?

Él caminó hasta la ventana y, con la mirada perdida en la congestionada arteria de la capital, dijo con voz ronca:

—Creo que no es una buena idea.

—¿El qué?

—Quedarme aquí. No pego ni con cola.

Aprovechando que él seguía dándole la espalda, los ojos castaños de Mica se deslizaron acariciadores por los anchos hombros enfundados en una vieja cazadora de cuero negro; bajaron por los vaqueros desgastados que se ajustaban a los fuertes muslos y a ese culito prieto que, como decían en el sur, «quitaba el *sentío*», y se detuvieron un segundo en las polvorientas botas de motero. Con los cabellos de color castaño claro no demasiado cortos, muy despeinados, la barba de dos días y el aro de oro que llevaba en la oreja izquierda era, exactamente, la idea que sus padres —que, al contrario que Mica, nunca lo habían apreciado mucho— tenían de un macarra sin oficio ni beneficio. Su presencia en aquel dormitorio tan *comme il faut* no hacía más que poner de manifiesto el profundo contraste entre los mundos en los que ambos se movían.

Mica lanzó un suspiro; a ella, sin embargo, Luis Caballero le parecía el tipo más adorable del universo.

—La verdad es que no pegas, no.

Él se volvió como un rayo y la miró enfadado:

—Y ¿por qué no, si puede saberse?

Una vez más, ella se encogió de hombros a la defensiva.

—No sé, eres tú el que lo ha dicho primero.

Los brillantes ojos azules se deslizaron acusadores por el conjunto de pantalón y jersey gris de corte clásico. Micaela Waksman era bajita y delgada, y su ensortijado cabello rubio le llegaba un poco más abajo de la mandíbula, enmarcando el rostro angelical. A pesar de que hacía años que no la veía, Luis la habría reconocido en cualquier parte. Apenas había cambiado desde que iba con su hermana al colegio y seguía observándolo todo con aquellos grandes ojos castaños que, por una vez, no se escondían detrás de unas severas gafas de concha.

Recordaba muy bien la primera vez que Dani la había llevado a casa. Al alzar la cabeza de su bolsa de ganchitos, la descubrió parada en el umbral de la puerta del salón, temerosa de entrar. Lo primero que pensó fue que, a pesar de las grandes gafas

que tendían a resbalar por el delicado puente de su nariz, aquella niña de rizos brillantes del color del oro pálido era un ángel bajado del cielo y él, Luis Caballero, el duro del barrio, el más malote entre los malotes, había sentido el extraño impulso de arrodillarse frente a ella y besar el ruedo de aquella interminable falda escocesa igual que lo habría hecho un caballero andante.

¡Era para partirse la caja! Él, que de caballero sólo tenía el apellido, de pronto, lo único que quería era ponerse al servicio de aquella encantadora damita que lo observaba con sus grandes ojos castaños muy abiertos. Y, al darse cuenta del terrorífico rumbo que habían tomado sus pensamientos, se había cagado por la pata abajo y había hecho el comentario más cruel que le había pasado por la cabeza.

El dolor reflejado en los dulces iris café con leche lo había golpeado en plena boca del estómago, haciéndolo sentirse una auténtica cucaracha. Sin embargo, debía de haberse acostumbrado bastante rápido a aquella molesta sensación porque, desde entonces, su trato con ella había rayado en lo desagradable, por decirlo suavemente.

—¿Qué pasa? ¿Piensas que por ser una pija eres mejor que yo?

—Yo no reduzco a la gente a clichés absurdos. Tú pija, yo macarra; tú gorda, yo flaco; tú gay, yo hetero… Para mí el mundo está poblado por individuos, cada uno con sus cualidades y sus defectos, y son sus acciones los que los hacen mejores o peores.

—¡Bravo! —aplaudió Luis con sarcasmo—. ¡Qué discurso tan bonito! Se nota que has madurado, Mica *la Santurrona* —no se le escapó el respingo que dio ella al oír el apodo con el que la había rebautizado cuando era sólo una niña—, hace unos años te habrías quedado mirándome en silencio con los labios temblorosos, a punto de llorar.

—Ha llovido mucho desde los tiempos en que cualquier idiota podía hacerme llorar. Te dejo para que deshagas tu equipaje con tranquilidad. —Mica alzó la delicada nariz en el aire y se marchó del cuarto muy digna, cerrando la puerta con cuidado a su espalda.

—¡Marchando dos de callos para la tres!

Dani apartó con el dorso de la mano un mechón de pelo que se pegaba a su frente sudorosa. Desde que había empezado diciembre, no había parado. No entendía esa manía que le entraba a la gente por quedar a comer en vísperas de la Navidad. ¿Es que no había más meses en el año para quedar a comer, leches?

Cogió los dos platos y tuvo que reprimir una arcada; otra pasadita de aquel

oloroso mejunje por delante de sus narices y estaba segura de que iba a echar hasta la primera papilla. En vista de la higiene tan lamentable que reinaba en la cocina del bar —nada que envidiar a la de una chabola en Calcuta—, no entendía cómo aún no la había palmado nadie de gastroenteritis galopante, cólera o peste bubónica. Apostaría mil euros, si los tuviera, a que por allí no había pasado un inspector de Sanidad desde la última vez que el Atlético ganó la Champions, algo que, por otro lado, no estaba segura de que hubiera sucedido jamás. Desde luego, ella tenía buen cuidado en no comer nada que, previamente, no hubiera estado bien envuelto en papel celofán.

—¡¿Aquí no se come o qué?!

—¡Anda, dame un besito, preciosa, que he sido bueno y es lo único que les he pedido a los Reyes Magos este año!

Dani hizo rechinar los dientes. Desde luego, hoy no era su día; allí estaban otra vez esos cuatro babosos riendo y dándose codazos. Dejó los platos de malos modos encima de los dos manteles libres y se alejó con rapidez, pero a los pocos segundos ya la estaban llamando de nuevo.

—¡Camarera, estos callos no tienen buena pinta!

—Pues pide otra cosa.

—¡Oye, bonita, deberías ser más amable con los asiduos del local!

—Mira, si quieres que te cambie el plato, me lo dices de una vez, que tengo mucho trabajo.

—Pero ¿qué maneras son ésas de tratar a la clientela? A ver si voy a tener que hablar con el dueño, cariño.

Exasperada, Dani alzó la vista y sus ojos chocaron con los de su jefe, que la miraba mal desde detrás de la barra.

Justo entonces, el que tenía más cara de salido de todos —aunque no resultaba fácil decidir cuál de ellos se llevaba el premio gordo— volvió a colocar la mano sobre su culo y le dio un doloroso pellizco. Dani se quedó rígida. Muy despacio, se volvió hacia él y preguntó con suavidad, sin hacer el menor amago de apartarse del repugnante contacto de aquellos dedos ávidos:

—¿Sabes en realidad lo que les falta a estos callos?

—No sé…, ¿un poco de mi cebolleta, quizá?

El amigo pulpo era un chistoso, y lanzó una carcajada que dejó ver sus dientes manchados de nicotina. Ja, ja, ja. Los otros tres idiotas también se partían de risa.

—No, lo que les falta a estos callos es… ¡otra ración de callo malayo! —Dani lo agarró por los pelos y le hundió la cara en el plato unos segundos. Cuando lo soltó, comentó muy tranquila—: Tienes suerte de que en este tugurio lo sirvan todo frío.

El tipo tosía, medio ahogado, espurreando la salsa rojiza a diestro y siniestro sin parar de frotarse los ojos. Sus amigos ya no se reían.

—¡¿Estás loca?! ¡¿Se puede saber qué coño haces?!

Su jefe se plantó ante ella amenazador.

—Dimito. Aquí tiene su delantal de mierda y, en vista de que queda poco para la Navidad, le regalo la semana que me debe.

Dani se dirigió hacia el perchero con la majestuosidad de una reina, cogió su chaquetón, se lo puso y salió del local con la barbilla muy alta entre los vítores de las tres mujeres que ocupaban la mesa de al lado, que lo habían oído todo. Caminaba calle abajo con las manos hundidas en los bolsillos cuando oyó que su jefe le gritaba desde la puerta:

—¡Y que conste que tú no dimites, jodida chula! ¡Soy yo quien te despide!

Las campanadas del Big Ben la arrancaron de lo mejor de sus sueños una hora antes de que sonara la alarma del móvil. Aturdida, se preguntó quién sería a aquellas horas. Sacudió la cabeza para despejarse, arrojó el edredón a un lado y se acercó despacio a la puerta subiéndose hasta arriba la cremallera de su pijama manta. Decidió ser prudente y, sin abrir ni una rendija, gritó:

—¿Quién es?

—¡Los de la caldera!

—¡Yo no he pedido ninguna caldera!

—¡Joder, Moncho, como te hayas equivocado de dirección después de haber subido cuatro pisos a pata cargando la puta caldera, te corro a gorrazos!

—Espera, Chema. Apóyala ahí, que ahora lo compruebo.

—¡Venga, tío, que pesa un huevo!

—Tranqui, tronco, que ya sabes que la letra de la Juani no hay Dios que la entienda. A ver…, calle del Sombrerete, 30. Cuarto piso.

—Qué raro, sí que es mi dirección.

—¡Pues entonces, señora, ábranos de una pu…, estooo, ábranos, por favor!

—Pero es que yo no la he pedido. No puedo pagarla.

—Aquí dice que está pagada. Nosotros sólo tenemos que instalarla.

—¡¿Qué ocurre aquí?!

Al oír la voz de su vecino, Dani se dijo que ya no corría peligro de violación inminente, así que abrió la puerta de par en par.

—¡Ya era hora, cojones!

—¡Oiga, no le consiento semejante lenguaje delante de una señorita! ¡A ver si le voy a empotrar la caldera en toda la calva y lo mando escaleras abajo de un empujón!

—Disculpe a mi compañero.

—No hagas caso, Toño, el pobre está cansado. Miren, la colocan ahí.

Medio catatónica aún por aquel súbito despertar, Dani les señaló con una mano el lugar que ocupaba la antigua caldera. Sin embargo, en cuanto se le ocurrió quién era la persona que podría estar detrás de todo aquello, se espabiló de golpe. Por unos instantes, acarició la idea de envolverse en un flamante manto de orgullo y mandar a Pepe Gotera y a Otilio por donde habían venido, pero entonces, la sola idea de volver a disfrutar de la maravillosa sensación del agua caliente sobre su cuerpo por las mañanas le provocó una ráfaga de estremecimientos de placer, y su lado pragmático y aprovechado ganó la partida.

Eso sí, si Bruno pensaba que iba a descontarle aquel dinero de sus sesiones de pirados anónimos, iba listo.

Nada.

Llevaba todo el día dando tumbos por calles engalanadas con los deprimentes adornos navideños, soportando aquel viento gélido que atravesaba hasta la última prenda que llevaba y le mordía la carne, y no había encontrado ni un mísero empleo —ni siquiera una casposa sustitución de una semana— en ninguna tienda. Desde luego, la cosa estaba fatal, y el dinero de su próxima sesión con Bruno ya lo tenía requetegastado. Tendría que empezar una vez más el régimen de galletas y leche, aunque, en esta ocasión, adiós Oreo; no le iba a quedar más remedio que comprar la marca blanca del súper.

Golpeó una mano contra la otra en un vano intento de que la sangre congelada volviera a circular por sus venas, pero en el interior de la buhardilla hacía aún más frío que en la calle y, encima, el día anterior había quemado el último leño. Tendría que apañárselas con un poco de papel si quería encender la estufa; aún tenía los tres periódicos que había robado del montón de reciclaje de un vecino ecologista, aunque sabía que se consumirían mucho antes de que el ambiente empezara a caldearse. Comprobó aliviada que todavía le quedaban un par de bolsitas de té y puso agua a hervir en el microondas. Al menos podría beber algo caliente.

Sin quitarse siquiera la bufanda, con las manos bien apretadas en torno a la taza y la nariz hundida en el vaho caliente que brotaba de la infusión, oyó que llamaban a la puerta y empezó a mascullar una sarta de palabrotas que habría escandalizado a más

de un marinero curtido, de esos que tienen la piel cubierta de tatuajes y un amor en cada puerto.

¡Desde luego, había gente que nacía con el don de la inoportunidad!

—¡¿Quién es?! —gritó irritada.

—Su casero.

¡Leches, el que faltaba! ¡Mr. Scrooge en persona! No sabía qué más desgracias podían acaecer aquel día aciago; a lo mejor un paracaidista víctima de un mal cálculo atravesaba ahora el tejado de la buhardilla y se la llevaba por delante. Lanzó una última maldición, inspiró con fuerza y abrió la puerta.

—Señorita Caballero… —fue lo único que dijo el recién llegado, al tiempo que sacudía su cráneo pelado, salvo por cuatro largos mechones polvorientos, con desaprobación.

La voz, cascada por la edad y el tabaco negro, era tan desagradable como el resto de su persona. Mr. Scrooge, más conocido como don Fausto Hernández, era el azote del barrio. Nadie sabía a ciencia cierta cuántos pisos tenía en propiedad, pero, fueran los que fuesen, exprimía a los inquilinos sin piedad hasta sacarles el último céntimo. Su táctica era permanecer en silencio con las pupilas clavadas en su víctima hasta que ésta se venía abajo, abrumada por el peso acusador de aquellos ojillos astutos, y sacaba de un escondite el viejo bote de café donde guardaba sus últimos euros, aromatizados con la agradable fragancia de las tierras de Juan Valdés.

Sin embargo, con Dani —digna heredera de las manolas que en el siglo XIX se reunían en torno a la fuente de Lavapiés a chismorrear y a meterse con el primero que pasara por allí— aquella táctica intimidatoria resultaba inútil, así que la chica siguió sorbiendo su té sin prestarle la menor atención.

Al cabo de diez minutos de permanecer ahí como un pasmarote, su casero retomó la palabra muy enfadado:

—¡Lleva ocho días de retraso con el pago de la renta!

Dani se limitó a mirarlo con semblante inexpresivo, y él cambió de actitud al instante.

—Si carece de efectivo en este momento —su voz adoptó lo que él consideraba un arrullo sugerente, aunque, en realidad, sonaba idéntico a un borboteo de flemas en el pecho—, quizá *usté* y yo podríamos llegar a un acuerdo…

Dani alzó los ojos al techo y se armó de paciencia; las insinuaciones de su casero ya ni siquiera le provocaban arcadas.

—He tenido que cambiar la caldera, así que estamos en paz —anunció tajante.

Sorprendido, don Fausto se acercó a examinar la nueva caldera que colgaba ahora

en el lugar de la antigua; era el último modelo de una de las mejores marcas que había en el mercado. Una vez más, entornó aquellos alfileres que tenía por ojos y la observó receloso.

—Esta caldera cuesta sus buenos dineros. —Hasta hablaba tal cual Mr. Scrooge o, quizá, para poner un ejemplo más castizo, igual que el don Hilarión de *La verbena de la Paloma*—. ¿Acaso se ha echado un amante de posibles?

—A lo mejor.

—Yo podría darle mucho más a una moza de tan buen ver como *usté*. Seguro que él no es un hombre con mi experiencia.

—Seguro que no. Por lo menos, debe de tener doscientos años menos.

Las manos esqueléticas, de dedos amarillentos por la nicotina y uñas largas y no muy limpias, se abrieron y se cerraron con un movimiento compulsivo, mientras la nuez prominente subía y bajaba al mismo ritmo en el cuello larguirucho.

—¡Me está cansando, señorita Caballero! Tenga cuidado no vaya a echarla a la calle, no creo que le resulte fácil encontrar unos aposentos de este tronío por la miseria que me paga, siempre mal y tarde.

Dani decidió que sería más prudente no contestar. En el fondo, su infame casero tenía toda la razón: lo único que encontraría en Madrid por la renta que pagaba sería un piso compartido, y ella sentía un gran aprecio por su intimidad. Así pues, recogió velas al instante, le lanzó una de sus sonrisas más encantadoras y notó el momento exacto en el que don Fausto acusó el impacto por la manera en que sus labios se contrajeron con un tic nervioso.

—Prometo que el próximo mes no me retrasaré ni un minuto con el pago, don Fausto.

—Eso me dice *usté* siempre —replicó él con un gruñido.

Sin embargo, saltaba a la vista que el trozo de corcho que tenía por corazón se había desmigajado un poco. Dani sabía calcular a la perfección el alcance de sus sonrisas, y en peores plazas había toreado, aunque, la verdad fuera dicha, no mucho peores.

—¡Creía que ya habíamos zanjado este asunto la última vez!

—Perdona, Bruno, pero no sé si eres consciente de que los imprevistos existen.

—Me da la sensación de que tú vas a imprevisto por segundo.

Dani decidió que sería mejor no contestar; de lo contrario, lo más probable sería que empezara a soltar espuma por la boca y se liase a zarpazos cual osa rabiosa. Hoy

no llovía, aunque seguía haciendo un frío polar, pero había tenido que ir a hacer una entrevista a la otra punta de Madrid, sólo para que, después de tener a los casi veinte candidatos que se habían presentado esperando durante más de dos horas en un local sin calefacción, les dijeran que el puesto ya estaba cubierto.

—Hoy me quedaré un rato más, así no podrás echarme en cara que no me he ganado mi dinero.

—¿Se te ha ocurrido pensar que yo también tengo una vida? A lo mejor he quedado a cenar más tarde.

—¿Con una mujer? ¿Es guapa?

Mientras hablaba, Dani se quitó el chaquetón, el gorro, la bufanda y los guantes y los dejó de cualquier manera sobre la consola del recibidor.

—No es de tu incumbencia. ¿Eres siempre tan desordenada?

Bruno sacó una percha y lo colgó todo con cuidado en el interior del armario que había disimulado detrás de una llamativa pintura abstracta.

—Y tú, ¿eres siempre tan maniático? Igual deberías hacértelo mirar.

—¿Quieres cenar algo?

—¿Si digo que sí me vas a hacer un descuento? —Los perezosos ojos oscuros se limitaron a observarla impasibles, aguardando su respuesta—. En realidad, estoy muerta de hambre. Por cierto, muchas gracias por la caldera, pero te recuerdo que yo no la pedí, así que, si también pretendes descontármelo de nuestras sesiones nocturnas, puedes llamar a esos operarios tan simpáticos y llevártela de nuevo.

—La caldera es un regalo —respondió él con paciencia.

—Y ¿qué quieres a cambio?

—Quizá deberías buscar en el diccionario el significado de la palabra *regalo*.

Por unos segundos, Bruno detectó una expresión de incertidumbre en sus grandes ojos claros antes de que ella bajara la vista al suelo en un intento tardío de ocultar sus emociones.

—No suelo recibir muchos regalos… o, al menos, de gente que no espera nada a cambio —dijo ella titubeante.

—Lo único que espero recibir a cambio es una sola palabra.

Dani alzó el rostro hacia él una vez más.

—Gracias… —musitó, y Bruno tuvo la sensación de que aquella palabra tampoco salía de su boca a menudo.

—Voy a ver qué encuentro en la cocina —anunció para despejar la tensión que había cargado el ambiente.

Como la vez anterior, un fuego de lo más acogedor chisporroteaba en la chimenea,

y Dani lanzó un suspiro de satisfacción antes de arrodillarse sobre la alfombra y tender las manos heladas hacia él. Pocos minutos después, Bruno regresó con una bandeja que depositó sobre la mesita.

—Te he traído un poco de pollo al *curry* con arroz que ha sobrado de esta mañana. ¿Vas a sentarte en el suelo otra vez?

—¿Te importa? Aquí estoy en la gloria.

Le tendió un plato y una copa de vino en silencio y la observó llevarse el tenedor a la boca y cerrar los ojos, como si quisiera saborear sin distracciones la comida. Los abrió de repente y lo pilló con las enigmáticas pupilas clavadas en ella. Sin poder evitarlo, se disculpó algo turbada:

—¡Perdona, es que está buenísimo! Hoy ha sido un día complicado y no he tenido tiempo de comer.

Una vez más, Bruno no dijo nada; sin embargo, ya había notado que los habituales vaqueros ajustados le quedaban algo holgados, y que los pómulos se marcaban en su rostro más pronunciados que cuando la conoció en Sotogrande.

—¿Qué tal tu trabajo en el bar?

—Bien, como siempre.

A él no se le escapó el modo en que sus ojos rehuyeron los suyos.

—Daniela…

Su tono sedoso hizo que casi se atragantara con un trozo de pollo, por lo que se vio obligada a dar un largo trago de su copa de vino antes de contestar con una mirada inocente.

—¿Sí?

—¿Qué ha pasado?

Vaya, ese tipo debía de ser un psiquiatra de primera; parecía leerle la mente. Nerviosa, dio otro sorbo para ganar tiempo. Aquello fue un error, pues, entre el calor que despedía la chimenea y el que provocaba en sus venas aquel tinto delicioso, Dani notó que empezaba a bajar la guardia más de lo conveniente.

—Tuve unas palabras con los mismos imbéciles de la otra vez y me despedí —confesó desafiante.

—Así que estás sin trabajo.

—No te preocupes, enseguida encontraré algo. —Se encogió de hombros con aparente indiferencia y trató de cambiar de tema—. Estaba delicioso, ¿lo has hecho tú?

—No. Lo ha preparado la mujer que viene a hacer la casa por las mañanas.

—Este piso, tu coche…, eres muy rico, ¿verdad? —Volvió a cerrar los ojos, apoyó la cabeza en el brazo del sillón que quedaba más próximo y añadió soñadora—: Debe

de ser bonito.

—¿Estás planeando convertirme en tu próxima víctima?

Sus palabras provocaron una alegre carcajada, y su interlocutor se dijo que no le importaría oír reír a la señorita Caballero más a menudo.

—Aunque quisiera, no podría, me conoces demasiado bien.

—¿Tú crees?

—Sí, y no pienses que me asusta. Al revés. Resulta refrescante saber que, al menos, hay una persona en el mundo capaz de atravesar la gruesa capa del aspecto físico para ver en mi interior; incluso aunque éste pueda no resultar tan atractivo.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que nadie es capaz de ver más allá de tu belleza?

—¡Eh, que conste que no pretendía que sonara a queja! Es muy agradable ser guapa. —Dani volvió a abrir los ojos y se incorporó un poco—. Será mejor que comencemos en serio, si no, luego me dirás que no me he ganado los cien euros. Así que, ¡venga!, empieza a preguntar.

Bruno decidió obedecer y empezó con cuestiones poco personales hasta que ella se relajó por completo. De vez en cuando, él se levantaba y, a pesar de que no resultaba muy ortodoxo, le rellenaba la copa de vino sin que Dani, perdida en sus recuerdos, se percatara de ello.

El psiquiatra apenas intervenía en la conversación; de vez en cuando, formulaba una pregunta muy precisa o repetía algo que ella acababa de decir y, con gran habilidad, los acontecimientos de su pasado, y cómo estos habían modelado a la mujer en que se había convertido, se fueron desvelando ante sus ojos poco a poco.

La voz femenina sonaba cada vez más somnolienta y cuando, en un momento dado, él la alzó entre sus brazos y la colocó sobre su regazo, Dani se limitó a acurrucarse contra su pecho sin protestar y exhaló un suspiro de satisfacción al sentir los dedos cálidos jugueteando con sus cabellos.

Capítulo 7

La luz tenue que se filtraba por la ventana la despertó. A pesar de que el dormitorio le resultaba vagamente familiar, miró a su alrededor desorientada. Le dolía un poco la cabeza, pero lo que más la desconcertó fue notar que su nariz no parecía un carámbano, a pesar de que… Palpó por debajo de las sábanas y, sorprendida, se dio cuenta de que sólo llevaba puestos las bragas y el sujetador, y no había ni rastro de su cálido pijama manta. La multitud de inquietantes implicaciones relativas a aquel hecho insólito la hicieron incorporarse de golpe, y las sábanas y el cálido edredón se arremolinaron en torno a su cintura.

Una discreta llamada la hizo cubrirse de nuevo hasta la barbilla, justo en el preciso instante en que la puerta se abría sin esperar su permiso.

—Buenos días, Daniela, ¿has dormido bien?

Bruno se detuvo a los pies de la cama con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros desgastados. Sus cabellos oscuros estaban húmedos después de la ducha, iba descalzo y llevaba una camiseta descolorida que se ajustaba de un modo seductor a su torso de deportista.

Era la primera vez que Dani lo veía vestido de manera informal, y notó que se le secaba la boca. Temblorosa, se aferró a las sábanas con el mismo frenesí que un náufrago a un madero y preguntó con voz ronca:

—No irás a decirme que me debes seis mil euros, ¿verdad?

Una lenta sonrisa aflojó los labios severos y dejó al descubierto los dientes, regulares y blancos. Al verla, el corazón de Dani se convirtió en un corcel al galope o, mejor dicho, al galope tendido; está bien…, en un corcel desbocado.

—Creo que la combinación de chimenea, vino y cansancio fue demasiado para ti. Te quedaste dormida entre mis brazos y no hubo manera de despertarte, así que pensé que lo mejor sería que pasaras aquí la noche.

Al sentir aquella mirada abrasadora clavada sin disimulo en un punto entre sus hombros desnudos y el comienzo de sus pechos, su turbación aumentó de manera considerable, pese a lo cual trató de disimular.

—Pues…, bueno…, en fin, muchas gracias. Pero ¿qué pasó con tu cita?

—Tuve que llamar para disculparme.

—Lo siento, de verdad. Deberías haberme despertado. Es cierto que no bebo mucho y el vino siempre me produce sueño. Siento haberte estropeado la noche. —Luchó consigo misma y, por fin, ofreció—: Si… si quieres, págame sólo la mitad.

—No te preocupes. Ya te metí los cien euros en tu billetera. Venga, te invito a desayunar.

—¿Te importa que me duche primero? Aunque tenga que volver a ponerme la ropa de ayer, creo que me ayudará a despejarme.

—Ningún problema, ya sabes dónde está el baño.

A Dani le encantaba cocinar, y siempre había soñado con una cocina exactamente igual que aquélla: con superficies modernas y despejadas, electrodomésticos de última generación y llena de luz natural.

El delicioso aroma del café recién hecho dilató las aletas de su nariz y, feliz, se subió de un salto a uno de los taburetes que rodeaban la isla central, donde estaban dispuestos unos manteles individuales, tazas y sus platillos correspondientes. Sin preguntar, Bruno le sirvió un poco de café y añadió la leche caliente. Junto a su taza había también un vaso lleno de zumo de naranja recién exprimido y, en el centro, un surtido de cruasanes y tostadas que activó en el acto sus glándulas salivales.

La charla fluyó animada mientras desayunaban. Durante un momento, Dani tuvo la sensación de que hacían aquello todos los días; desde luego, resultaba un cambio bienvenido en su monótona dieta de té y galletas y, sobre todo, de no parar de dar diente con diente por las bajas temperaturas de la buhardilla. Tras beber el último sorbo de café, se dio unas palmaditas de satisfacción en el estómago.

—Podría acostumbrarme a esta vida… —afirmó.

Los ojos oscuros se clavaron en ella por encima de la taza, impenetrables.

—Estoy seguro de que podrías haber tenido una similar si hubieras decidido casarte con alguna de tus víctimas.

—Yo soy como tú. Nunca me casaré. —Una ceja negra se alzó inquisitiva en la frente masculina, y Dani respondió a su pregunta no formulada—: Me lo contó Eva. Dijo que habías jurado que nunca te casarías.

—Me parece que mi hermana habla demasiado. Y ¿te dijo por qué?

El tono que utilizó, tan suave, la hizo entornar los ojos. Como de costumbre, Bruno mantenía el semblante inexpresivo, pero Dani notó que estaba muy molesto, así que titubeó unos segundos antes de soltar a bocajarro:

—Me dijo que tu madre no estaba bien de la cabeza.

Los dedos largos y morenos se apretaron en torno a la taza con tanta fuerza que ella pensó que la rompería en pedazos.

—¿Has terminado? Voy a recoger.

Su voz seguía siendo serena. Se levantó y empezó a meterlo todo en el lavavajillas. Dani lo imitó y guardó los manteles en el cajón que él le indicó. De pronto, el buen ambiente que había reinado entre ellos durante toda la mañana había desaparecido por completo.

—Bueno, me voy. Muchas gracias por lo de ayer y por el delicioso desayuno. ¡Disfruta del sábado!

Bruno la acompañó hasta la puerta y esperó en silencio mientras ella se ponía el chaquetón y se colocaba el gorro, la bufanda y los guantes.

—Adio…

No la dejó acabar. Aferró la bufanda con el puño y la alzó hasta que las puntas de sus dedos apenas rozaban el suelo. Entonces, inclinó la cabeza y su boca se pegó a la de ella en un beso voraz. Unos segundos después, la soltó con la misma brusquedad, la empujó hacia la puerta y dijo en tono autoritario:

—Te espero el martes.

Jadeante y temblorosa, Dani se vio obligada a apoyarse en la puerta que acababa de cerrarse a su espalda. No entendía qué demonios pasaba por la cabeza de aquel hombre, jamás ningún espécimen del sexo contrario la había desconcertado hasta ese punto.

A lo mejor había heredado la chifladura de su madre.

A lo mejor era él el que necesitaba un psiquiatra.

Bruno se sentó ante el escritorio y abrió el portátil, pero cuando apareció en la pantalla el documento en el que había estado trabajando la tarde anterior, fue incapaz de concentrarse en lo que había escrito. Una maldición se escapó de entre sus labios apretados. Al parecer tenía un problema, y ese problema tenía un nombre: Daniela Caballero.

Al descubrimiento de que algo en aquella mujer no era lo que parecía ser lo había

seguido una atracción más allá de toda medida, y eso lo perturbaba. Desde que tenía uso de razón había entablado una lucha titánica consigo mismo para dominar sus emociones. Debido al comportamiento errático de su madre, más imprevisible que un espectáculo pirotécnico, se había jurado que mantendría la serenidad frente a cualquier acontecimiento con el que la existencia pretendiera sorprenderlo. Había cultivado la impasibilidad con el mismo entusiasmo con el que un maestro *shaolin* se entrega a la práctica del *wushu*. Y, de pronto, por culpa de una estafadora de poca monta, todo su autocontrol amenazaba con saltar por los aires.

¿Qué tenía esa mujer? ¿Por qué lo hacía sentirse así?

En cuanto se enteró de que —tras darles unas cuantas explicaciones disparatadas a su hermana y su sobrino— había desaparecido sin dejar rastro, no había parado hasta encontrarla. Había frito a llamadas al detective Peláez, hasta que éste dio por fin con su paradero. Quizá era ésa la señal de locura que había estado esperando de manera más o menos consciente durante toda su vida. A lo mejor, la señorita Caballero era el catalizador que vendría a demostrar que era digno hijo de su madre.

Disgustado consigo mismo, quitó con brusquedad la tapa de su Montblanc y empezó a garabatear sobre un taco de papel que siempre tenía a mano.

«¿Estás seguro de que no quieres acostarte conmigo?», le había preguntado una y otra vez, y él lo había negado con firmeza en cada ocasión.

Apretó los labios con fuerza para reprimir un juramento. Nadie sabría jamás el esfuerzo que le había costado no meterse con ella en la cama la noche anterior, después de quitarle el jersey y los vaqueros.

¡Maldita apuesta! Ni siquiera podía contemplar la posibilidad de acostarse con Daniela y quitarse de una vez ese reconcomio que lo atormentaba de día y de noche. Aquella mujer era demasiado lista. Estaba claro que las reacciones del género masculino —no demasiado complicadas, por otra parte— no tenían secretos para ella; tendría que andarse con mucho ojo si pretendía evitar convertirse en otra de sus patéticas víctimas.

No tenía que esforzarse mucho para recordar el agradable peso de su manipuladora cabecita cuando se había quedado dormida sobre su pecho. El calor de su respiración regular había atravesado la tela de su camisa y le había quemado la piel; aún notaba en las yemas la suavidad del cabello castaño en el que sus dedos, con voluntad propia, se habían enredado una y otra vez.

Ternura.

Sí, por más que intentara negarlo eso era, precisamente, lo que había sentido en aquel momento. Ternura; una emoción peligrosa. Una emoción que podía

transformarse en un sentimiento mucho más peligroso todavía. Un sentimiento que había jurado evitar a toda costa, desde que, siendo tan sólo un niño, comprendió lo doloroso que podía llegar a ser.

De pronto se dio cuenta de que acababa de escribir la palabra *amor* en la hoja y, enojado, la tachó con tanta fuerza que la punta redondeada del bolígrafo atravesó el papel y dejó una señal en los tres siguientes.

—¡Como nuevo! ¡Soy la leche!

Sin embargo, su alegría duró poco. Tras terminar de apretar la última tuerca, se preguntó en qué iba a emplear el tiempo de ahí en adelante. Durante los últimos días había colgado bien un par de cuadros que estaban torcidos, cambiado tres bombillas, cepillado una puerta que rozaba, arreglado una persiana que cerraba mal y, de paso, le había ahorrado a la dueña del piso una millonada en agua derrochada por grifos goteantes.

Y ahora, ¿qué?

Mica salía muy temprano todas las mañanas rumbo a su oficina. Según le había contado, trabajaba de directora de recursos humanos en una multinacional americana, pero, a pesar de que, al contrario que en la mayoría de las empresas españolas, a los empleados se les caía el boli de las manos a las cinco en punto, ella siempre tenía una reunión en la parroquia que atender o un comedor en el que organizar comidas para las familias que lo habían perdido todo por la maldita crisis…, o cualquier otro aquelarre caritativo en el que se hubiera embarcado. La cosa era que no paraba en casa. Solía aparecer a las nueve o nueve y media de la noche, tan cansada que normalmente compartían en la cocina cualquier cosa que él hubiera preparado de cena y, tras intercambiar un poco de charla insustancial, se iba corriendo a acostarse.

Luis se subía por las paredes. Se pasaba el día encerrado en el piso, y la única persona con la que podía hablar por las mañanas era la asistenta, que siempre iba con prisas y le prestaba poca atención. Tras una fuerte dosis en vena de teletienda, magazines matinales, telenovelas y reposiciones de películas del año de la pera, estaba al borde de abrirse las venas por cuatro lugares distintos. ¡Ni siquiera había un triste canal porno en esa casa!

En cuanto se hacía de noche, se encasquetaba el gorro de lana de estibador de los muelles, ocultaba el rostro tras una braga polar oscura y salía a correr un rato por el barrio y, de paso, a asustar con su aspecto de terrorista kamikaze a las elegantes ancianitas que en ese momento sacaban a sus caniches a dar el paseo nocturno. A

pesar de todo, no se atrevía a acercarse a los lugares que antes solía frecuentar.

El Yoyas, uno de sus mejores amigos y viejo conocido de la policía, lo había avisado hacía un par de meses de que sus antiguos compañeros de Marsella, al enterarse de que había huido a Madrid, habían vendido su deuda a unos delincuentes locales y, ahora, éstos lo buscaban sin descanso. Al parecer se trataba de un grupo heterogéneo de cogoteros chilenos, sicarios colombianos, aluniceros cañís…, vamos, lo mejor de cada casa y, en palabras de su amigo, que de eso sabía un rato, unos tipos bastante peligrosos.

Y ahí estaba él, atrapado en ese piso elegante y confortable sin nada que hacer y, por toda compañía, una mujer irritante a la que apenas veía el pelo y que se encaminaba a velocidad ultrasónica hacia la santidad. ¡Joder! ¡Si no hacía algo, iba a volverse loco!

—¿Le guardas rencor?

—¿A mi padre? Para nada. De pronto se encontró solo y con dos niños pequeños a los que sacar adelante. El pobre lo hizo lo mejor que supo; creo que fue un buen padre.

—Su ejemplo no parece muy edificante, precisamente.

Dani se encogió de hombros.

—Es una forma de ganarse la vida como otra cualquiera, y él tenía un don para camelarse a la gente.

—Que, al parecer, has heredado…

Ella le lanzó una sonrisa cargada de picardía.

—Yo no soy ni la mitad de buena que mi padre, quizá Luis…, no, tampoco. Podría haber llegado lejos, te lo digo en serio, pero era un romántico y un soñador incorregible. —Ahora no había ni rastro de sonrisa en el rostro de Dani—. El abandono de mi madre lo dejó muy tocado, y eso que, con lo guapo que era y con la labia que gastaba, podría haber tenido a cualquier mujer comiendo en su mano si se lo hubiera propuesto. Sin embargo, se consagró a nosotros por completo, nos dio la mejor educación que estuvo a su alcance y mantuvo hasta el último momento la esperanza de que, algún día, llegaría ese golpe de suerte que nos proporcionaría la existencia, fácil y agradable, que debería haber sido nuestra desde el principio.

—Y su hija, por supuesto, no heredó la vena soñadora y romántica, ¿no es así?

Dani empezó a trazar círculos con el dedo en el borde de la copa, pensativa.

—Puede que, al principio, padeciese esa enfermedad pero, créeme, me curé

enseguida.

Su interlocutor entornó los párpados un poco más.

—¿Y eso?

Ella se levantó de un salto y dejó la copa en la mesa.

—Ya está bien de hablar de mí, yo también quiero conocer tus secretillos.

—Te recuerdo que yo soy el psiquiatra.

—¿Y qué?

—Los psiquiatras no responden a preguntas personales, son ellos los que hacen las preguntas.

—Me parece un abuso.

—Daniela…

—Bruno…

—Dime cómo te curaste.

—Sólo si tú me cuentas antes qué relación tenías con tu madre.

Al oírla, Bruno dejó a su vez la copa de vino encima de la mesa con cierta brusquedad.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber por qué te pones a la defensiva cada vez que hablamos de ella. Quiero saber qué es más destructivo: una madre que te abandona siendo una niña o una madre que permanece a tu lado y hace de tu infancia un infierno.

A Dani no se le escapó el centelleo airado en los ojos oscuros, antes de que su dueño abandonara el asiento y se acercara a la chimenea para echar un par de troncos. De espaldas a ella, con las manos en los bolsillos del elegante pantalón gris marengo y las pupilas clavadas en las llamas, Bruno contestó por fin:

—Mi madre era una enferma, no podía evitarlo.

—¿Y tu padre?

—Mi padre estaba demasiado ocupado con sus negocios. Nunca nos prestó mucha atención, ni a ella, ni a Eva ni a mí.

—¿Estudiaste Psiquiatría por ella?

—Imagino que algo influyó en mi decisión —contestó lacónico.

—¿Qué le pasaba exactamente?

—Creo que tenía un trastorno de personalidad, pero nadie se planteó jamás la posibilidad de que la examinara un especialista.

Dani había vuelto a sentarse sobre la alfombra con las piernas cruzadas, su postura favorita, y no apartaba los ojos de él.

—¿En qué consiste?

—Básicamente, es un conjunto de problemas emocionales, afectivos y sociales.

Esperó en silencio a que continuara. Unos minutos después, Bruno golpeó la repisa de la chimenea con impaciencia antes de volverse hacia ella.

—Habrías sido una psiquiatra magnífica.

Dani no se dejó distraer y siguió callada. Por fin, Bruno exhaló un suspiro de resignación, se sentó en el suelo junto a ella y prosiguió:

—Mi madre no era feliz si no era el centro de atención. Era una mujer muy bella y se mostraba seductora con todo aquel que se le acercaba. Buscaba continuamente la aprobación de mi padre pero, al no encontrarla, se volvía hacia el primero que llegaba y empleaba el sexo como un arma más.

»Durante un tiempo odié a mi padre por no hacer nada, pero luego comprendí que no debió de resultarle fácil hacer la vista gorda ante sus continuas infidelidades. En el código moral de Santiago del Valle, la palabra *divorcio* no existía, y mi madre se aprovechaba de ello. Ella era muy impulsiva y no toleraba la frustración. Expresaba las emociones de manera exagerada; en un momento dado te comía a besos y, al siguiente, te gritaba enfurecida que la dejaras en paz. Créeme, para un niño aquello resultaba bastante aterrador.

Sin saber qué decir, Dani lo agarró de la mano y entrelazó los dedos con los suyos en un intento de ofrecerle algún tipo de consuelo.

—Es horrible.

Bruno apretó su mano con tanta fuerza que le hizo daño, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se disculpó.

—Perdona.

—No te preocupes.

Se recostó contra su brazo y ambos permanecieron un buen rato en silencio, contemplando las llamas, hasta que él se apartó un poco. Sin soltarle la mano, apoyó el codo sobre el asiento y se volvió a mirarla.

—*Do ut des* —dijo en latín.

—«Doy para que me des.» Está bien. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué renunciaste a los sueños románticos?

Dani se puso recta y trató de liberar sus dedos, pero él no se lo permitió; así que, sin apartar la vista de esa mano grande y morena en la que la suya, mucho más blanca y pequeña, casi desaparecía, empezó a hablar:

—No hay mucho que contar. A los dieciocho años me enamoré con locura. Cambiábamos tan a menudo de residencia que no resultaba fácil intimar con nadie, así que Jules fue mi primer amor. —Permaneció unos segundos en silencio—. ¿Has

sentido alguna vez que la vida empieza y acaba en la otra persona?

—Nunca.

—Es una sensación…, no sé explicarla. Te llena por completo; es como si el mundo adquiriera un brillo distinto cuando estás con esa persona. Supongo que debo considerarme afortunada por haberla experimentado al menos una vez. Lo malo es que, cuando se acaba… —Se mordió el labio inferior con fuerza—. Cuando se acaba, lo único que quieres es morirte.

El calor de la mano de Bruno resultaba consolador.

—¿Qué pasó?

—Te advierto que es de una vulgaridad que asusta. —Esbozó una sonrisa irónica, aunque a él no se le escapó el dolor que seguía latente bajo aquella pose de indiferencia.

—Cuéntamelo.

—Un día que no me esperaba, fui a su casa. Me abrió su hermana pequeña y me llevé el dedo a los labios para indicarle que quería darle una sorpresa. De puntillas, me acerqué a su habitación. La puerta estaba entreabierta y me di cuenta de que estaba con Jacques y Paul, sus dos mejores amigos. Ya puedes imaginarte la conversación: Jules presumiendo de que había desvirgado a la tía más buena del pueblo, y los otros dos compitiendo a ver quién hacía el comentario más soez.

»Me quedé allí durante un buen rato, escuchando en estado de *shock*. El chico al que amaba más que a nada, por el que pensaba que el sol salía y se ponía cada día, era el que más se reía y el que más burradas soltaba. Cuando recuperé el uso de mis piernas, salí corriendo de la casa y vomité en el jardín, ante la mirada atónita de la pequeña Marie. Luego caminé sin rumbo durante horas; debían de ser casi las doce de la noche cuando me encontré subida al pretil del puente que unía las dos orillas de un pequeño barranco. Pero como habrás adivinado, puesto que estoy aquí contándote los patéticos detalles de aquella historia tan cutre, no me tiré.

—¿Qué fue de Jules?

Dani se encogió de hombros una vez más.

—No volví a verlo. Llegué a casa a eso de las cuatro de la madrugada. Mi padre me esperaba despierto, sentado en el salón. Le dije que quería marcharme de allí y, sin hacer preguntas, a pesar de que yo debía de tener un aspecto espantoso, despertó a Luis. Recogimos todas nuestras pertenencias y, en cuanto amaneció, abandonamos aquel pueblo para no volver. No pongas esa cara. —Su tono era ligeramente burlón—. En realidad, me hizo un favor. Gracias a él comprendí que los hombres no ven más allá de mi aspecto físico; para ellos no soy una persona, sino una especie de

trofeo del que presumir. Así que maduré por fin y dejé de lado los sueños románticos.

Sin decir nada, Bruno le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Dani apoyó la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos.

—Mañana iré contigo.

Jadeante, alzó los ojos de aquel filete, medio carbonizado, que llevaba tres minutos tratando de cortar y lo miró sorprendida.

—¿Adónde?

—A la orgía misericordiosa de turno.

Mica no pudo evitar lanzar una carcajada que cortó en seco al notar la expresión ofendida de Luis.

—¿Qué pasa? ¿No me crees capaz de hacer buenas obras?

—No es eso, es que seguro que te aburrirías. Donde voy no hay mujeres desnudas, ni alcohol, ni apuestas, ni…

—Claro, pero resulta que en este piso tampoco hay nada de eso y, a no ser que quieras encargarte de limpiar mis sesos esparcidos sobre la acera el día que me tire por la ventana, tendrás que dejarme acompañarte. Necesito airearme.

Los dedos, esbeltos y delicados, juguetearon con el mango de plata del cuchillo.

—¿No será peligroso?

—¿Tú crees que nos encontraremos a alguno de mis conocidos en los antros místicos que frecuentas? —replicó él sarcástico.

Los grandes ojos castaños de Mica lo estudiaron con intensidad durante un buen rato, y Luis empezó a removerse incómodo en la silla.

—¿Qué?, ¿te mola lo que ves? —Su tono estaba cargado de agresividad.

Los párpados de piel casi traslúcida, rematados por largas pestañas oscuras, velaron los iris castaños por unos instantes.

—Te crees irresistible —afirmó ella con suavidad.

Luis se incorporó, apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó amenazador, hasta que los rostros de ambos quedaron a escasos centímetros de distancia. Sin embargo, aunque notó que las pupilas de Mica se dilataban ligeramente, ella no se apartó ni un milímetro.

—¿No lo soy? —sonrió burlón—. Todavía recuerdo el modo en que tus ojos me seguían por todas partes cuando venías a casa con Dani.

La pálida piel de sus mejillas se tiñó con un suave tono rosado; sin embargo, su anfitriona contestó con firmeza:

—Puede ser, jamás había conocido a un chico como tú. —Luis notó que su respiración se hacía más trabajosa y, en contra de su voluntad, sus ojos se posaron en aquellos labios jugosos, sin rastro de pintura, en los que se adivinaba una dulzura que no le pareció de este mundo. Sin embargo, su siguiente comentario rompió el hechizo en el acto—: Un gamberro, un busca líos acostumbrado a conseguir lo que quería robándolo o a base de puñetazos.

El hermano de Dani sujetó su barbilla entre el índice y el pulgar y la obligó a mirarlo. No era difícil darse cuenta de que estaba furioso y, por un instante, ella temió que pudiera hacerle daño; pero, a pesar de que mantenía la mandíbula muy apretada, se limitó a advertirle con suavidad:

—Pues no digas que no estás avisada. Si una niñita buena como tú se acerca a un tipo malo como yo, lo más seguro es que sea ella la que salga perdiendo.

—Tranquilo, no me acercaré a ti ni con traje de buzo y escafandra.

A pesar de sus esfuerzos, su labio inferior empezó a temblar, y Luis no pudo resistir la tentación de acariciarlo con el pulgar.

—Chica lista.

La soltó, volvió a sentarse y preguntó como si nada:

—Entonces ¿qué toca mañana? ¿Inmigrantes? ¿Ancianos? ¿Vagabundos?

Mica tardó unos segundos en recuperarse lo suficiente de aquel inesperado roce.

—Está bien. Si eso es lo que quieres, mañana después del trabajo vendré a buscarte. Alejandro y yo vamos a ir a colocar las decoraciones navideñas a un hospital infantil de las afueras. Pero un aviso: si te aburres y quieres marcharte antes, te coges el metro, un taxi o lo que pilles.

—¿Alejandro es tu novio?

—No, es un amigo.

—¿No tuviste un novio que se llamaba Alejandro?

—Y a ti, ¿qué te importa?

Mica dio aquella conversación por terminada y se levantó para recoger los platos. Luego cogió el salero y, de puntillas, trató de guardarlo en uno de los armarios que quedaban a mayor altura. Al ver sus esfuerzos, Luis se levantó exasperado, se acercó a ella por detrás y le arrebató el salero.

—Tú al baloncesto jugabas de pívot, ¿verdad? Digo yo que sería más lógico guardarlo en el cajón de abajo. —Con brusquedad, lo colocó en su sitio.

De pronto se dio cuenta de lo cerca que estaban y, sin poder evitarlo, se pegó aún más a la espalda de Mica, hasta que el calor de su cuerpo se hizo uno con la calidez del cuerpo de ella y un súbito latigazo de deseo restalló entre sus muslos. Inhaló con

fuerza, y el aroma fresco de los rubios cabellos se introdujo por sus fosas nasales y le taladró el cerebro. Absorto en aquellas sensaciones, apoyó las palmas de las manos sobre la encimera, atrapándola entre sus brazos, y hundió la nariz en el cuello delicado para no perderse ni una nota de la fragancia embriagadora de su piel.

¡Ah! Cerró los ojos y aspiró con deleite. ¡Ahora sabía a qué olían los ángeles!

—Suéltame, Luis.

La voz de Mica, suave y firme a la vez, lo sacó de golpe de su ensoñación.

—¿Y si no quiero?

Aquel murmullo ronco tan cerca de su oreja le erizó el fino vello de la nuca y, por unos instantes, Mica pensó que sus rodillas cederían y se desplomaría hecha un guiñapo a sus pies. Sin embargo, hizo un esfuerzo sobrehumano y logró recuperar sus renqueantes facultades antes de hacer el más absoluto de los ridículos.

—Está claro que necesitas salir a airearte. Si quieres, te dejo mi ordenador y te bajas una película cochina de internet.

El ángel de pelo dorado que le tendía los brazos en su mente se había convertido sin avisar en una serpiente de cascabel en modo asesino, y Luis dio un paso hacia atrás con la misma rapidez que si hubiera tratado de picarlo.

—No es mala idea. Si quieres la vemos juntos, así a lo mejor aprendes algo.

El desprecio que leyó en los, por lo general, dulces ojos castaños antes de que ella se diera media vuelta y abandonara la cocina le llegó hasta ese rincón oscuro y casi olvidado en el que guardaba su corazón y, por unos instantes, sintió ganas de llorar.

¿Por qué tenía que hablarle siempre en ese tono? ¿Por qué no podía pedirle, simplemente, que lo abrazara un momento? ¿Por qué no le explicaba que estaba seguro de que, si ella lo sujetaba entre sus brazos, aunque sólo fuera durante una milésima de segundo, se convertiría al instante en un hombre mejor?

¡¿Por qué siempre tenía que joderlo todo, joder?!

Capítulo 8

¡Si volvía a oír aquella risita de hiena descojonada una vez más, abriría la puerta del coche y se tiraría en marcha! Desde que se habían montado, Mica y Alejandro, que iba junto a ella en el asiento delantero, no habían parado de charlar y de reír muy animados. La risa del tipo ese —por cierto, no sabía por qué coño tenía que llevar el brazo apoyado sobre el respaldo del conductor mientras aprovechaba para, cada dos por tres, rozar con uno de los dedos los suaves rizos rubios como quien no quiere la cosa— era de las que, si al oírla conseguías echar mano de un hacha bien afilada, te empleabas a fondo.

Harto de que no le hicieran el menor caso, decidió intervenir:

—¡Oíd, chicos, por qué no cantamos el santo, santo o, mucho mejor, la de la barca y el pescador! Ésa, ésa, la de túuuuu has venido… Anda, Al, machote, danos el tono.

—Me llamo Alejandro —respondió el otro con sequedad antes de preguntar en un susurro bien audible—: ¿De dónde has dicho que habías sacado a semejante gilipollas?

—No le hagas ni caso. —Mica ni siquiera se molestó en bajar la voz—. Es un poco agresivo, pero hay que reconocer que es un manitas y nos vendrá muy bien para colocarlo todo.

—¡No me digas que me estás utilizando, Mica! —Luis se llevó una mano al corazón con dramatismo—. Está bien, puedes abusar de mí cuanto quieras, prometo no protestar. Es más, igual hasta lo disfruto.

—Oye, amigo —el otro se volvió hacia él muy enfadado—, no sé qué tipo de mujeres acostumbras a tratar, pero no consiento que le hables así a Micaela.

Mica lo interrumpió, al tiempo que colocaba una mano sobre su pierna para calmarlo.

—Déjalo, Alejandro. No merece la pena, de verdad. Haz como si no estuviera. ¿Has traído los adornos que me dijiste?

Continuaron charlando de sus cosas y parecieron olvidarse de él. En otra etapa de su vida, Luis habría seguido pinchando al tal Alejandro hasta llegar a las manos y borrarle de un puñetazo aquella sonrisa perfecta de chico del coro, pero la visión de la pequeña mano de Mica sobre el muslo de aquel individuo lo había paralizado.

Después de hacer frente a sus deudas más acuciantes, y tras apartar lo de la peluquera, de los cien euros que le había dado Bruno del Valle el día anterior tan sólo le quedaban unos céntimos que no le darían siquiera para tomarse un café. Quizá debería haber empleado el dinero en llenar su nevera con algo nutritivo, pero había optado por pagarle a Susy parte del préstamo que le había hecho para poder matricularse en las últimas asignaturas de la carrera.

En realidad, no debería llamarla *carrera* porque iba a paso de caracol con baba antideslizante, pero era lo que tenía no poder conseguir más que algún que otro trabajo eventual de mala muerte. Llevaba seis años estudiando Historia del Arte en la UNED y, según el tiempo y, por supuesto, el dinero del que disponía en cada momento, se iba sacando las materias poco a poco con unas notas excelentes, todo había que decirlo.

Ese año había decidido enfilar la recta final y, llena de optimismo, pagó a tocateja las cuatro asignaturas que le faltaban para terminar; incluso había comprado el temario para las oposiciones al Cuerpo de Profesores de Secundaria. Sin embargo, desde la aparición de Bruno en Sotogrande, las cosas habían empezado a torcerse. Ahora, además de deberle unos buenos dineros —como diría Mr. Scrooge— a Susy y no tener un solo euro en el bolsillo, había perdido el trabajo y el tiempo que debería dedicar a estudiar los exámenes, que ya estaban a la vuelta de la esquina, lo malgastaba yendo de un lado a otro en un vano intento por encontrar un empleo.

Sólo cuando sintió un vivo escozor en la punta del pulgar se dio cuenta de que estaba a punto de quedarse sin uña. ¡Lo que faltaba! ¡Con las preocupaciones, había vuelto a las andadas! Corrió a ponerse un trozo de esparadrapo alrededor del dedo y se arrebujó de nuevo en la manta.

Mientras seguía dándole vueltas a su negro futuro inmediato, empezó a mordisquear distraída el trozo de tela adhesiva. Necesitaba ganar tiempo y, aunque cada vez le gustaba menos la idea, no le quedaba otra que recurrir a alguno de aquellos incautos que Luis acostumbraba a buscarle.

—…

—Hola, Dani, me pillas en un mal momento, estoy haciendo equilibrios en lo alto de una escalera mientras trato de colocar una guirnalda.

—…

—Mejor te cuento toda la historia en otro momento, de todas formas, no te la vas a creer. ¿Todo bien?

—…

—¿Seguro? Espera, que me bajo y charlamos con tranquilidad.

—…

—Está bien, te llamo en cuanto vuelva al piso. Eso si la esclavista con instintos vampíricos que tienes por amiga me da un respiro: ha descubierto que tiene un manitas en casa y me está chupando la sangre. Un beso, hermanita.

—Un poco más a la derecha…, no, un pelín más arriba… ¡Ahí! Perfecto.

Había que reconocer que la cosa estaba quedando bastante bien. En los pasillos y las salas por donde habían pasado —a pesar de que resultaba imposible ocultar del todo su fin último—, los adornos navideños ponían una nota alegre en el ambiente. ¡Y, joder, vaya si la necesitaba aquel lugar!

Luis no comprendía cómo Micaela Waksman podía aguantarlo. Él, en cambio, en cuanto empezó a ver aquel desfile de niños pálidos con terribles malformaciones, algunos calvos, la mayoría arrastrando goteros por el pasillo, y todos ellos vestidos con el deprimente pijama azul del hospital y zapatillas de dormir, se había dedicado a colocar adornos y guirnaldas como si en ello le fuera la vida, para escapar así del horror que encerraban aquellas paredes de color verde pálido.

Sin embargo, Mica, aunque no tan eficiente como él a la hora de colocar adornos, siempre tenía una sonrisa a punto o un abrazo para un niño, o para un padre al que de pronto se le caía el mundo encima, o para una madre que tenía que salir un segundo de la habitación para que su hijo no viera sus lágrimas. Era incansable, lo mismo que las enfermeras, que se enfundaban las sonrisas en los rostros con la misma facilidad que los guantes de látex en las manos.

Bajó de la escalera y contempló con satisfacción el árbol que acababa de coronar con una gigantesca estrella dorada.

—Ha quedado bien, ¿verdad?

—¡Precioso! Ha sido una gran idea lo de hinchar guantes de colores para

decorarlo. —Mica le dirigió una de sus cálidas sonrisas antes de añadir—: Me alegra un montón que decidieras venir hoy, Luis. La verdad es que no sé qué habríamos hecho sin ti. Alejandro y yo somos mucho más lentos y mil veces más torpes.

—Bueno, bueno, no te emociones. Por lo menos, así siento que te estoy pagando el alquiler.

La decepción se dibujó en aquel rostro tan expresivo.

—¿Sólo lo haces por eso? ¿Porque te sientes en deuda conmigo? ¿No estás disfrutando?

—¡¿Disfrutar?! ¿Con esto?

Luis hizo un gesto elocuente que abarcaba todo lo que los rodeaba y, justo en ese preciso momento, acertó a pasar por allí una niña con profundas ojeras oscuras y una sonda nasal, cuya silla de ruedas empujaba su madre. Al ver que el rostro masculino perdía de golpe su habitual buen color, Mica lo agarró de la mano y lo condujo con rapidez hasta un cuartito vacío, salvo por una mesa y una silla de plástico, donde lo obligó a sentarse y a mantener la cabeza entre las rodillas.

—¿Mejor? —preguntó al cabo de un buen rato.

Luis se incorporó despacio y asintió en silencio, avergonzado aún de su debilidad. Mica se arrodilló a su lado, alzó el rostro hacia él y lo miró con su característica dulzura.

—Es cierto que es muy triste ver a niños tan pequeños y a sus padres sufrir de esta manera —comentó con suavidad—. A veces la vida puede ser muy cruel, y la mayoría de nosotros, antes o después, sentiremos esa crueldad en nuestras propias carnes, pero es el sufrimiento el que nos eleva por encima de nuestro absurdo egocentrismo, el que nos hace darnos cuenta de que somos capaces de mucho más de lo que nosotros mismos creemos. Es parte de nuestra existencia, lo mismo que lo es la muerte, y debemos aceptarlo.

—¡Joder, Mica, no hables así!

—¿Así cómo?

—Como una jodida santa.

—Eso es una ordinariez, y yo no soy ninguna santa.

—Quería decir que no me sueltes el rollo místico, que me das miedito.

—Eres un memo. —Sacudió la cabeza disgustada y trató de levantarse del suelo.

—¡Espera!

Aquellas fuertes manos sobre sus hombros la obligaron a permanecer donde estaba, pero Luis no dijo nada más y ella lo miró perpleja; estaba muy raro. Fuera se oía el rumor del ir y venir de la gente por los pasillos. En el interior de aquel cuartito,

no obstante, reinaba el silencio, el típico silencio ensordecedor que se produce cuando está a punto de ocurrir un acontecimiento o una catástrofe de extraordinaria magnitud:

Un tsunami.

Un terremoto.

O un beso…

Muy despacio, Luis inclinó la cabeza y sus labios se posaron sobre la boca femenina con la suavidad de un pincel de cola de marta. Permaneció así, inmóvil, con los ojos cerrados y la lengua enfundada, durante un instante infinito y fugaz, y el pensamiento de que aquél era el beso más casto y más arrebatador que jamás le había dado a una mujer brotó tan efímero como el *hemerocallis* o lirio de día, cuyas flores abren sus pétalos al amanecer y se marchitan al caer la tarde.

Después de aquel momento fuera del tiempo en el cuartito del hospital, los dos se habían dedicado a esquivar sus respectivas pupilas con la habilidad de un par de mosqueteros. Para disimular su inquietud, Luis había dado rienda suelta a su vena artística lleno de fervor, y apenas quedaba una pared en el hospital que no luciera alguna original decoración navideña; desde varios estetoscopios viejos que imitaban la forma de un corazón, hasta lazos hechos con vendas, estrellas de esparadrapo…, incluso había disfrazado de Papá Noel al viejo muñeco que se utilizaba en las prácticas de reanimación cardiopulmonar y le había puesto una barba de algodón.

Un corrillo de niños lo seguía a todas partes y soltaba exclamaciones de admiración cada vez que surgía de entre sus manos hábiles una creación nueva y original.

—A ese Papá Noel le falta una cosa —advirtió, muy serio un chaval sin pelo que seguía el proceso con atención desde su silla de ruedas, que en aquel lugar parecían abundar más que las otras.

Luis se volvió hacia él con el muñeco agarrado por el cuello.

—¿Qué cosa?

—¡Que lo ahogas! —gritó una niña de unos seis años, llevándose las manos a la boca con cara de susto.

—¡Ups, perdona, Santa!

Le guiñó un ojo al maniquí con picardía, lo que provocó una explosión de alegres carcajadas en aquel público entregado.

—Le falta un gotero como los nuestros.

Luis miró a su alrededor y tragó saliva; en efecto, la mayoría de los chiquillos que

lo rodeaban llevaban un gotero a cuestas.

—Tienes toda la razón, machote, voy a camelarme a alguna enfermera para conseguir uno de ésos.

Para delicia de los niños, Luis se puso rodilla en tierra delante de la primera enfermera que acertó a pasar por allí —que, además, resultó ser joven y guapa—, quien fue incapaz de resistirse a las súplicas de ese hombre tan atractivo que la miraba con aquellos preciosos ojos azules y su más seductora sonrisa de chico malo.

Hacía un buen rato que Mica había salido al pasillo, atraída por el alboroto y las risas infantiles. Apoyada en la pared, había seguido toda la escena conmovida, y cuando, entre los vítores de la concurrencia, Luis alzó el gotero hacia el cielo con el mismo ardor con que un guerrero salvaje mostraría la cabeza de su enemigo, ella se sumó a la alegría general y empezó a aplaudir entusiasmada. En aquel instante, sus miradas se cruzaron y ambos se olvidaron de respirar durante unos segundos.

—Mi hermano se quedó bastante tocado cuando nuestra madre nos abandonó. Yo entonces tenía seis años y no me enteré mucho, pero creo que todos sus problemas con las mujeres vienen de la profunda desconfianza que le inspiran. Me gustaría saber qué opinan los profesionales del tema.

—Daniela, los profesionales del tema, como tú dices, no estamos para aventurar opiniones sobre personas que ni siquiera son pacientes nuestros.

—¡Caramba, Bruno, mójate un poquito! Ya que me molesto en contarte en fascículos la vida tan trepidante que he llevado, podrías tratar de ayudarme con este pequeño problema.

—¿Es un problema para ti que tu hermano no confíe en las mujeres? —Bruno se acomodó mejor en el sillón sin perderla de vista, pero ella se había acostumbrado a sentir la mirada fija de aquellos ojos indolentes y ya no la incomodaba.

—Si tenemos en cuenta que mi mejor amiga le hace tilín y que ella está enamorada de él hasta las trancas desde que tenía trece años, digamos que sí que es un problema. Conozco bien a Luis; no es un mal tío, pero sé que al final le haría daño. No quiero pelearme con mi hermano ni perder a mi amiga, pero no sé cómo va a acabar esta historia.

Sacudió la cabeza preocupada. Los suaves cabellos castaños siguieron el movimiento, y el fuego que ardía en la chimenea les arrancó reflejos cobrizos. Como de costumbre, estaba sentada a sus pies sobre la alfombra, con la espalda apoyada en el sillón.

—Ven aquí —ordenó Bruno de pronto.

Ella lo miró con picardía y, sin moverse de su sitio, replicó:

—No creo que sea buena idea, la verdad.

Las dos últimas sesiones habían acabado con un intercambio de besos encendidos y, a pesar de que Daniela había tratado de bromear y mostrarse indiferente, cada vez se sentía más preocupada por el modo en que los labios de aquel hombre la hacían perder la cabeza. Bruno, en cambio, no parecía muy perturbado por el asunto; después de aquellos apasionados intercambios, se mostraba tan reservado y circunspecto como de costumbre. Tan sólo la evidencia física de su excitación, que ni siquiera él podía disimular, y aquel brillo peculiar en los ojos oscuros delataban que todo aquello lo afectaba de algún modo.

—No me hagas ir a buscarte.

—¿Es una amenaza?

—¿Tú qué crees?

—¿Por qué siempre tienes que responder con otra pregunta? Resulta de lo más irritante.

—Daniela…

Una vez más, aquella manera tan característica de pronunciar su nombre la redujo a la sumisión más abyecta. Furiosa consigo misma, Dani se puso en pie y se acercó arrastrando los pies descalzos hasta quedar a menos de un metro de su sillón.

—No me gusta que me manden.

—¿En serio?

Ella alzó los ojos al techo exasperada.

—Estamos jugando con fuego y lo sabes.

—Dijiste que valía provocarme, así que ya sabes: provócame, soy todo tuyo.

Sus palabras, tan insinuantes, contrastaban profundamente con el tono indiferente. De nuevo, los pesados párpados velaban casi por completo la expresión de sus ojos.

—Con una condición… —Las comisuras de los labios sensuales de Dani se alzaron con lentitud y, al verlo, Bruno se puso en guardia en el acto.

—Mmm.

—Haga lo que haga, tú no podrás tocarme.

—No me gusta esa condición.

—Me da igual que no te guste, es lo que hay. Lo tomas o lo dejas. ¿Qué decides?

—Está bien, lo tomo. Ya llegará mi momento.

A Dani no se le escapó la velada advertencia pero, satisfecha de haberse salido con la suya, no le dio mayor importancia. Sin más preámbulos, se sentó a horcajadas

sobre su regazo y lo miró a los ojos.

—¿Preparado?

—Preparado.

—Cierra los ojos.

—Eso no formaba parte de las condiciones —protestó Bruno, pero al ver que ella comenzaba a levantarse, cedió en el acto—. Está bien. Ya los he cerrado.

Encantada de tenerlo por completo a su merced, Dani examinó con detenimiento la frente despejada sobre la que, como de costumbre, caía un indomable mechón de pelo negro. Las cejas, muy oscuras, eran un trazo firme y, sin poder contenerse, las peinó con el índice, primero una y, después, la otra. Observó las pestañas, curvadas y espesas, como las de una mujer, y se dijo que ése era el único atributo femenino que había en aquel hombre tan seductor.

Con la yema de ese mismo dedo recorrió el arco de la nariz, su rasgo más marcado, y llegó hasta la boca de labios implacables. Con suavidad, apartó con el pulgar el labio inferior, se inclinó sobre la piel húmeda del interior y empezó a mordisquearla. Cuando se cansó, trazó una línea de besos ligeros a lo largo de la firme mandíbula, la barbilla, los pómulos…, mientras sus dedos se enredaban en los espesos cabellos de su nuca.

Por fin, un buen rato más tarde, alzó la cabeza y ordenó casi sin aliento:

—Ya puedes abrir los ojos.

En el acto, Bruno alzó los párpados y sus pupilas la atraparon con la precisión de una trampa de hierro. Sus rostros estaban tan cerca que le fue imposible confundir la expresión de deseo salvaje que ardía en los ojos oscuros. Repentinamente consciente de que, si seguía por ese camino, podría acabar calcinada, Dani trató de ponerse en pie a toda prisa, pero él le rodeó la cintura con sus grandes manos y se lo impidió.

—¡No… no puedes tocarme! —exclamó jadeante, muy consciente ahora de la dureza que se apretaba contra ella—. Ésa era la condición que acordamos.

—Pero no hablamos de cuánto tiempo estaría vigente, y ha pasado más de un cuarto de hora desde entonces.

—Eso… eso es trampa. ¡Suéltame, tengo que irme!

—Te soltaré y te demostraré que no soy un tramposo, no te preocupes.

—¡Ahora!

—Claro, ahora mismo. Sólo que…

Dani se revolvió inquieta en un vano intento de evitar aquel alarmante contacto, pero lo único que conseguían sus movimientos era que fuera cada vez más consciente de las diferencias que había entre el cuerpo de un hombre y el de una mujer. Una

mujer que, para más señas, estaba cada vez más excitada.

—Tranquila, lo único que quiero es un beso de despedida.

—¿Seguro?

Lo miró con desconfianza, pero él compuso su expresión más inocente y asintió con la cabeza.

—Un beso, me sueltas y me voy. —Trató de dejar bien claras las cosas.

—Un beso. Te lo prometo.

Nerviosa, Dani se humedeció los labios con la punta de la lengua pero, al ver el interés con el que él seguía su gesto, volvió a secárselos con la manga del jersey.

—¡Sin trucos!

—Daniela…

—Está bien. Un beso y me voy.

Decidida, se inclinó sobre su boca y, en ese mismo instante, comprendió que había cometido un grave error. No supo cuánto tiempo tardó en recuperar el juicio, pero cuando saltó del regazo de aquel psiquiatra traidor, se dio cuenta de que su camisa y el sujetador estaban desabrochados y apenas ocultaban sus senos. Con los ojos muy abiertos, miró a aquel hombre de pelo revuelto y ojos de obsidiana que, recostado aún sobre el sillón, la observaba con fijeza, sin hacer el menor intento por retenerla.

—Esto… se me está yendo de las manos. Será… será mejor que nos olvidemos de la terapia por el momento —dijo sin poder evitar que le temblara la voz, antes de dar media vuelta y salir huyendo de la habitación.

Sin perder ni un segundo en tratar de conseguir un aspecto más presentable, se puso el abrigo, se caló el gorro hasta las cejas y abandonó el piso a toda velocidad, con la bufanda en una mano y el bolso en la otra, dando un portazo que hizo temblar la jamba.

En su despacho, Bruno apoyó la nuca sobre el respaldo y cerró los párpados concentrado en el sonido áspero de su respiración y el golpeteo acelerado de su corazón en el pecho. No recordaba haber estado tan excitado jamás. Ganar la apuesta que había hecho con la señorita Caballero le estaba resultando la tarea más ardua de su existencia. Aún podía verla de pie frente a él con gesto asustado, los labios irritados por el beso que acababan de compartir y los pechos, blancos y perfectos, asomando tentadores entre su ropa desordenada. Con los dedos hundidos en la tapicería del sillón, había tenido que echar mano de todo su autodominio para no abalanzarse sobre ella, tumbarla sobre la alfombra y hundirse una y otra y otra vez en el interior de aquel cuerpo escultural hasta perder la conciencia.

Daniela tenía razón: estaban jugando con fuego y lo sabía.

Y sabía también que, si caía en la tentación y la hacía suya, corría el riesgo de abrasarse vivo.

Capítulo 9

Harta de dar diente con diente en la buhardilla mientras daba vueltas y más vueltas a lo ocurrido hacía unos días en casa de Bruno, Dani decidió que era un buen momento para acercarse a la peluquería de Susy a pagar su deuda. La pobre, a pesar de que cada día que pasaba se parecía más a un globo a punto de reventar, seguía al pie del cañón y, salvo los domingos, nunca cerraba el negocio antes de las nueve o las diez de la noche.

Dani se había sentido tentada a menudo de agarrar al mierda de Manolo por los cuatro pelos que tenía y sacarlo a rastras del bar, pero no le había quedado más remedio que contenerse. Si su mujer no era capaz de darse cuenta de lo poca cosa que era aquel hombre, ella no era quién para meterse donde no la llamaban. Además, su lema siempre había sido: «Vive y deja vivir y, si hay problemas en el horizonte, procura correr en dirección contraria lo más rápido posible».

Lo cierto era que Susy se había portado tan bien con ella desde la primera vez que entró en su establecimiento para cortarse las puntas que no podía evitar preocuparse. A pesar de que no debía de llevarle más de tres o cuatro años, desde que se había instalado en Madrid la peluquera había resultado mejor madre que la suya, que no dudó en largarse con un actorucho de tercera que le prometió fama y riquezas si se fugaba con él a Hollywood. El día en que los dos se mataron en una colisión en cadena por culpa de la niebla, cuando iban al aeropuerto de Barajas a coger el avión que los llevaría a su El Dorado particular, fue la primera y única vez que el nombre de su madre apareció en los periódicos en letras de molde.

Empujó la puerta del local y la sorprendió encontrarlo vacío y con las luces encendidas. La peluquería era de los pocos establecimientos del barrio a los que todavía acudían los parroquianos. Por mucha crisis que hubiera, las raíces blancas de

cuatro centímetros resultaban antiestéticas, y teñirse en casa era una movida; aunque era muy cierto que Susy había tenido que reducir los precios casi a la mitad, hasta el punto de que, como ella misma decía, el Susy's Salon —un nombre que pocos podían pronunciar sin que se les escapara algún perdigonazo de saliva— se había convertido en la *onegé* de las mechas.

—¡Susy!

—¡Aquí!

La respuesta llegó casi inaudible y, cada vez más inquieta, Dani se dirigió con rapidez hacia el estrecho tramo de escalera que bajaba al sótano del local. Apretó el interruptor, y a la luz de la bombilla desnuda que colgaba de la pared descubrió a Susy tendida sobre el último escalón, despatarrada.

—¡Susy!

—¡Ay, Dani, menos mal que has llegado! —La voz de la peluquera sonaba débil y llorosa.

—¡Pero ¿qué ha pasado?!

—Que soy imbécil, nena. Que he bajado a coger unos tintes, no le he dado a la llave y me he caído de culo. Es que estoy más torpe que la vaca morada de Milka.

Dani se arrodilló junto a ella y la corrigió sin pensar:

—Suchard. ¿Está… está todo bien? —balbuceó asustada.

—Creo que el bebé sí, pero para mí que me hecho algo en el tobillo porque no me puedo levantar, y no sabes cómo duele el *condenao*.

—Dame la mano.

A pesar de los esfuerzos combinados de las dos, Susy fue incapaz de incorporarse. Aunque no se quejaba, Dani notó que se le desencajaba la cara por momentos, así que decidió dejarlo estar y buscó el móvil en el bolso, muy nerviosa.

—¡Ay, Señor Jesús! ¡Ay, Virgen de la Almudena! —voceó la peluquera de repente.

—¡¿Qué pasa, Susy, joder?! ¡No me asustes más de lo que ya estoy!

—¡Ave María Purísima! ¡Ay, Cristo de los Remedios!

En vista de que su amiga parecía decidida a seguir con aquella interminable letanía y nombrar, de paso, a todo el santoral, Dani le propinó un ligero cachete en la mejilla.

—¡Para ya, puñetas! ¡¿Qué pasa?!

—¡Ay, Dani, mi niña! Una de dos, o acabo de mearme encima o es que he roto aguas.

—¡Que ¿qué?!

—Que he roto aguas. Verás, es cuando se te sale el líquido antibiótico de la bolsa en la que vive feliz el bebé…

—¡Amniótico, leches! ¡Y ya sé qué significa romper aguas! ¡Lo que quiero que me digas es si ese bebé feliz pretende venir al mundo en el escalón de tu sótano!

—Según la comadrona, aún puede tardar, aunque hay que ir pensando en ir al hospital para prevenir una infección, pero sin agobiarse, que hay tiempo.

Por fortuna, Dani logró encontrar el móvil. Marcó el 112 con dedos trémulos y trató de contestar con calma a las interminables preguntas que le hizo el técnico en emergencias sanitarias que la atendió. Luego, a instancias de Susy, aunque no le hacía gracia que se quedara sola ni un minuto, subió a apagar todas las luces menos una y dejó a mano la maleta con las cosas del bebé que la eficiente peluquera tenía preparada desde hacía tres meses. Después de colgar el cartel de «Cerrado» en la puerta, cogió el bolso de su amiga y se reunió con ella.

A pesar de que aún le temblaban las manos, consiguió marcar el número de su marido, pero nadie respondió. Repitió la llamada a intervalos regulares y, en todas las ocasiones, esperó hasta que se cortó; sin embargo, Manolo no lo cogió.

Los diez minutos que tardó en llegar el SUMMA fueron los más largos de su existencia y, a pesar de que trataba de aparentar que todo estaba bajo control, era Susy la que, en realidad, mantenía la calma y le daba ánimos a ella. En cuanto oyó el ruido de las sirenas, corrió arriba y condujo hasta su amiga a los dos hombres que se bajaron de la ambulancia. El enfermero dictaminó que el parto no era inminente, pero que la pierna de la peluquera estaba rota, por lo que le colocaron un inmovilizador hinchable y la subieron a la silla de oruga que utilizaban en aquellas situaciones.

Subir a Susy —que, la verdad fuera dicha, pesaba lo suyo— por la estrecha escalera fue un número de circo de los difíciles, así que, a pesar de aquella extraña silla que Dani jamás había visto antes, cuando al fin lo consiguieron, sus salvadores resoplaban sudorosos y la peluquera estaba del color de la harina. A continuación, entre los dos hombres la tendieron en la camilla y la metieron en la ambulancia.

—Señora, usted no puede venir con nosotros.

La voz del enfermero la detuvo en seco con un pie en el interior del vehículo.

—¿Cómo que no?

—Que lo suyo es que usted se desplace al hospital en su propio coche o en un taxi.

Era lo que a Dani le faltaba oír esa noche, que llevaba camino de convertirse en la peor de su vida. Hecha una furia, se encaró con él.

—Se lo voy a decir despacito para que lo entienda, amigo. La parturienta cojitranca —señaló con el pulgar a Susy, que gemía con suavidad— es mi pareja. Entre las dos hemos pasado un infierno entre tratamientos de fertilidad, selección de

donantes de esperma adecuados y… y… pesadeces varias, así que no sueñe, repito, no sueñe que un retrógrado homófobo como usted me va a impedir acompañarla al hospital. No pienso perderme la llegada de nuestro pequeño angelito a este mundo de mierda.

—¡Alto ahí, señora, que se está equivocando! Yo no tengo nada en contra de las bolleras, es más, en casa tengo un montón de películas científicas que tratan el tema. —De hecho, en cuanto terminara su turno se iría a su piso, pondría *Rollobollo Cop* por enésima vez y se imaginaría que la protagonista tenía aquellos chispeantes ojos azules—. Pero…

—¡Pero nada, voy a ir con Susy sí o sí!

Dani destilaba agresividad por los cuatro costados, y el enfermero, más capaz que la media a la hora de interpretar el lenguaje corporal, dio un paso atrás asustado y cedió en el acto.

—Está bien. Suba, suba.

Sin más dilación, subieron todos y la ambulancia partió rumbo al hospital a toda velocidad.

—¡Ay, san Pantaleón! ¡Ay, santa Brígida! —gritó la peluquera aferrándose a la mano de Dani con tanta fuerza que a ésta se le quedaron los dedos insensibles.

—¡Joder, Susy, ¿qué pasa ahora?!

—¡Creo que han empezado las contracciones!

—¡Paco, acelera, que ésta nos va a poner perdida la ambulancia!

Dani se encaró con el enfermero una vez más.

—¿Es que no les dan un curso de empatía y sensibilidad en la escuela de enfermería? ¡Y usted —chilló rabiosa en dirección al conductor, que acababa de pillar un bache con tanta brusquedad que varios paquetes de vendas y medicinas cayeron al suelo del vehículo—, vaya más despacio, que a este paso a mi novia se le va a salir el bebé por la boca!

—No se ponga histérica, por favor.

—¡Histérica! ¡¿Histérica, yo?!

Susy, que durante todo el trayecto había estado controlando con gran atención las agujas de su reloj de pulsera, intervino en ese momento.

—Calma, nena, que aún no viene. Tengo una contracción cada treinta segundos… ¡Ay, Madre de Dios! Cada… cada veinte segundos…

—Tranquila, señora, inspire y exhale el aire muy despacio y, sobre todo, ¡nada de empujar hasta que lleguemos al hospital!

En ese momento sonó el móvil de Dani, que descolgó sin mirar siquiera la

pantalla.

—¡¿Qué?!

—…

—Perdona, Bruno, pero ahora no puedo hablar. ¡Venga, inspira! ¡Inspira, caramba! Y ahora suelta el aire poco a poco… ¡Poco a poco, no en plan ballena azul! ¡No, tú no, Bruno! ¡Es que Susy se ha puesto de parto y voy con ella en la ambulancia y, encima, no consigo localizar al cabrito de su marido!

—¡Niña, te lavas la boca para hablar de mi Manolo! —Susy, indignada, perdió el ritmo de la respiración y empezó a agobiarse también—. ¡Ay, Virgen del Carmen! ¡Y ahora, ¿qué toca?! ¡¿Inspiración o la otra cosa?!

—A ver, señora, un poco de concentración, que si se despista voy a pasarme el resto de la noche limpiando sangre y cachos de placenta.

—Pero ¿cómo puede decirle eso a la pobre? ¡Voy a denunciarlo a las autoridades del hospital, del ayuntamiento o… o al club de los enfermeros! No hay derecho a tratar así a una mujer que está a punto de dar a luz.

—Perdone, señora, que no es por insensible, pero es que no sabe usted lo que cuesta quitar los restos de sangre de las ranuras del vehículo.

Dani recordó que seguía con el móvil abierto en la mano.

—Ya te llamo en otro momento, Bruno. Adiós.

Colgó sin esperar respuesta, se enjugó el sudor de la frente con la manga del jersey y se concentró en encauzar la agitada respiración de la peluquera, que se había convertido en un jadeo sin la menor armonía.

—¡Por favor, Dani, entra conmigo!

—¡Susy, no me hagas esto! Soy de las que se desmayan cuando me encuentro una vena en el filete.

—¡Por favor!

La mirada de angustia que le lanzó la peluquera desde la camilla, justo cuando estaba a punto de desaparecer tras las puertas batientes del paritorio, habría arrancado un buen chorrito de lágrimas a una roca de granito.

—¡Venga, señora, decídase, que no tenemos todo el día!

—¡Por Dios! ¡Está bien! —aceptó, incapaz de resistirse.

Una enfermera la condujo a un cuarto y le tendió una bata verde, un gorro y unas calzas del mismo color. En cuanto terminó de disfrazarse, entró muy despacio en el paritorio con las piernas temblorosas. Le dio la impresión de que el lugar estaba lleno

de gente que hablaba del último partido del domingo, sin que la ordalía por la que estaba pasando su amiga pareciera preocuparlos lo más mínimo.

Susy, con una pierna en Pequín y la otra en Londres, apoyadas sobre unos estribos, inmovilizador incluido, tenía el rostro desencajado y la frente perlada de sudor pero, a pesar de todo, aún fue capaz de lanzarle una temblorosa sonrisa de agradecimiento que la conmovió. Así pues, sin hacer caso de su yo interior, que gritaba histérico perdido que saliera de allí por patas, Dani se acercó despacio a la camilla, procurando captar la menor cantidad posible de datos de lo que ocurría a su alrededor, y la agarró de la mano.

—Tranquila, Susy, todo va a salir bien.

La peluquera le apretó la mano con fuerza y soltó un grito, y Dani, sin prestar atención al agudo dolor de sus dedos espachurrados, se encaró con un hombre bajito que le pareció que era el que mandaba en aquel cotarro:

—¡¿Puede dejar un momento de hablar de fútbol y ponerle la epidural, de una puñetera vez, a mi chica?!

Sorprendido, el médico alzó la vista de la bandeja de acero en la que, con un bisturí, un par de tijeras y unas cuantas gasas, le estaba escenificando a otro individuo, vestido también de verde, la última jugada de Bale antes del gol del triunfo.

—No hay tiempo de epidural. El niño está a punto de nacer.

—¡Pues dele otra cosa, hombre de Dios, ¿no ve que está sufriendo?!

—¡Señorita, tranquilícese o tendrá que salir del paritorio!

Los ojos castaños de la enfermera, el único rasgo de su rostro que era visible entre el gorro y la mascarilla, destellaron amenazadores. Al oírla, la peluquera se aferró con más fuerza aún a sus dedos y, en esta ocasión, fue Dani la que estuvo a punto de lanzar un aullido de dolor.

—Tranquila, Susy, ya has oído al hombrecito de verde: el niño está a punto de nacer.

—¡Señorita, un poco de respeto! ¡El doctor Maqueda es una eminencia, no un extraterrestre!

—Calma, Teresa, son los nervios de las primerizas. A ver, echemos un vistazo.

Para alivio de Dani, los presentes parecieron olvidarse del partido y se concentraron en aquel bebé que tenía tanta prisa por llegar al mundo. Dos gritos y un par de empujones después, la enfermera depositaba un ser azulado y manchado de sangre, que a Dani, parapetada tras la cabecera de la camilla, le pareció bastante repulsivo, sobre el pecho de la madre.

—¡Ay, Dani, mírala! ¿A que es una belleza?

Ella se acercó un poco más, escondió la mano detrás de la espalda, cruzó los dedos y declaró en tono convencido:

—Guapísima.

—Ahora la limpiamos un poquito y enseguida las subimos a planta a las dos.

Capítulo 10

Cerca de las ocho de la mañana, una Susy exhausta por completo, con la pierna escayolada sujeta a un arnés y el rostro vuelto hacia la pequeña cuna transparente en la que su hija, bien abrigada, dormía ajena a todo, rogó por enésima vez mientras hacía un esfuerzo sobrehumano para mantener los ojos abiertos:

—¿Puedes volver a llamar al Manolo?

Sin protestar, Dani sacó el móvil de nuevo y marcó el número, a pesar de que debía de haber repetido aquel gesto más de cincuenta veces en los últimos treinta minutos. Milagrosamente, en esta ocasión descolgaron al tercer tono.

—¡Manolo, soy Dani, la amiga de tu mujer!

—…

—¡¿Qué?!

La peluquera, que se había espabilado en el acto, intervino en la conversación:

—Dile que venga echando leches, que traiga la bolsa que he dejado junto al televisor y que…

—¡Calla, Susy, que no oigo! Por favor, ¿puede repetirme dónde? Muy bien. Entendido. Gracias por todo.

Dani colgó y, muy despacio, se volvió hacia su amiga con cara de póquer mientras, a toda velocidad, trataba de pensar cuál sería la mejor manera de darle aquella noticia. Sin embargo, fue un esfuerzo inútil; por mucho que lo intentó, no se le ocurrió ninguna que fuera medianamente buena.

—¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo malo a mi Manolo?

Al notar el súbito tono gris que adquirieron las mejillas carnosas, Dani se apresuró a negarlo.

—¡No, no! No te preocupes, Manolo está bien, lo que ocurre… lo que ocurre… —Decidió que la delicadeza estaba fuera de lugar, y que aquel tipo de cosas lo mejor

era soltarlas en plan mazazo en la cabeza, así que respiró hondo y anunció—: Manolo ha pasado la noche en el calabozo de la comisaría de Tetuán. Al parecer, iba tan borracho que la policía pensó que sería mejor que se quedara allí a dormir la mona.

—¡Ay! ¡Lo mato! —El chillido estuvo a punto de dejarla sorda—. ¡Mato al desgraciado ese! ¡Lo reviento! ¡Me lo cargo! ¡Lo asesino! ¡Lo *degollo*!

Ya fuera por el escándalo o porque los bebés no entienden de horarios ni de oportunidad, la recién nacida decidió hacer notar su presencia en ese momento, y de qué modo. Aturdida con tanto grito, Dani se acercó a la cuna y permaneció observando a aquella extraña criatura que se retorcía furiosa y se golpeaba el rostro con aquellos puños diminutos cubiertos con unos ridículos guantes.

—¡Susy, que se está poniendo morada!

—¡Cógela, Dani, que yo no puedo!

—Pero ¿y si se me cae? ¡No he cogido a un bebé en mi vida!

—¡Que la cojas, que se le va a salir una hernia de todo el hiato!

—Querrás decir una hernia de…

—¡Me cago en tus muelas, Dani! ¡Cógela de una vez!

Recostado contra la puerta que acababa de cerrar a sus espaldas y con los brazos cruzados sobre el pecho, Bruno seguía aquella escena surrealista con una sonrisa de diversión. Había llamado un par de veces a la puerta sin éxito y, tras oír aquellos gritos, más propios de un par de verduleras en día de mercado que del ambiente pacífico que se le suponía a un hospital, había entrado sin esperar respuesta.

Por fin, Dani sacó de la cuna a la recién nacida con torpeza. Con los brazos muy estirados, igual que si en vez de un bebé sujetara una araña venenosa, intentó calmarla agitándola un poco como si fuera un paquete y, por el ruido, tratara de adivinar su contenido.

—¡Shhh! ¡Venga, Jeny, bonita, a callar o llamo al doctor Malón y te pone una vacuna! ¡Shhh!

Durante unos segundos, pareció que aquel método, aunque algo burdo, iba a resultar efectivo; Jeny se calló, en efecto, pero fue tan sólo un espejismo. Enseguida arrugó la frente igual que un *shar pei*, dio un par de torpes puñetazos al aire, abrió mucho la boca desdentada para coger aire y soltó un berrido tan ensordecedor que, del susto, Dani estuvo a punto de dejarla caer al suelo.

—¡Se está poniendo histérica! ¡Se está poniendo histérica!

—¿Quién será la histérica? Anda, dámela.

—Y ¿éste quién es?

—¡Bruno!

Sin hacer caso de su expresión estupefacta, Bruno se acercó a ella, cogió a la niña, que casi desapareció entre sus grandes manos, y con habilidad la apoyó sobre su hombro izquierdo mientras le frotaba la espalda de manera tranquilizadora, sin dejar de sujetar en ningún momento la nuca frágil del bebé.

—Shhh, tranquila, tranquila.

El tono grave de su voz y la manipulación, bastante más competente, obraron el milagro y la pequeña Jeny se calmó en el acto.

—¡Oh, Dios, menos mal! —Dani casi sollozó de alivio—. Jamás habría pensado que eras un experto en bebés.

—Sí, la verdad es que, a tu lado, parece que me he doctorado en la materia.

—Susy, éste es Bruno…, mi psiquiatra. Bruno, te presento a Susy, la mejor peluquera del barrio de Lavapiés.

—¡Vas al psiquiatra como las famosas! —exclamó, boquiabierta de admiración y pronunciando bien la «p»—. Si es que ya lo digo yo, Dani, nena, que tú vas a llegar lejos.

Bruno se acercó a la cama y depositó al bebé con suavidad en los brazos de su madre.

—Encantado de conocerte, Susy, tienes una hija preciosa.

Sus palabras, la sonrisa y el brillo de aquellos ojos oscuros fue una combinación demasiado poderosa y, aunque no de manera literal, Susy cayó rendida a sus pies *ipso facto*. Al percatarse del deslumbramiento de su amiga, Dani lo miró con el ceño fruncido y sacudió la cabeza con desaprobación, pero él se limitó a guiñarle un ojo con disimulo y, sin prestarle más atención, siguió volcando toneladas de encanto sobre la inocente peluquera, hasta que a ésta se le empezaron a cerrar los ojos. Entonces cogió de nuevo a la niña, que había vuelto a quedarse dormida, y con mucho cuidado la devolvió a la cuna.

—Creo que tu amiga necesita descansar. Vamos fuera a hablar.

Dani asintió en silencio y salió de la habitación cerrando la puerta tras ella con suavidad. Lo último que esperaba era ver a Bruno por allí. Después de lo ocurrido durante la última sesión de terapia, había tenido buen cuidado de evitarlo en lo posible y, a pesar de que él le había llamado en un par de ocasiones, ni siquiera le había cogido el teléfono.

—No quiero dejarla sola mucho rato. Imagina que se despierta la niña; con la pierna rota no va a poder atenderla.

—He visto que hay una máquina de café. Tú siéntate ahí —señaló una hilera de sillas de plástico adosadas a la pared del pasillo—, y ahora te traigo uno.

La palabra *café* resonó en los oídos de Dani mejor que música celestial, así que obedeció sin rechistar, apoyó la coronilla en el incómodo gotelé y cerró los párpados.

—Tu café.

Abrió los ojos de nuevo y, agradecida, le lanzó una sonrisa cansada.

—Estás un poco pálida, Daniela.

—Si supieras la nochecita que llevo, lo entenderías. Un nacimiento es lo más gore que he visto jamás; al lado de esto, *Henry, retrato de un asesino* parece la versión cursi de *Heidi*.

—¿Susy no tiene familia?

—Sólo al inútil de su marido, que está durmiendo la mona en una comisaría; el resto creo que viven en un pueblo de Badajoz, pero ella apenas habla de ellos. Por cierto, ¿cómo has sabido en qué hospital estábamos?

—Ya sabes que tengo mis métodos —respondió él enigmático.

A Dani no le hacía mucha gracia aquella sensación de sentirse vigilada, pero no dijo nada. En el fondo se alegraba de verlo más de lo que estaba dispuesta a confesarse siquiera a sí misma. Los acontecimientos de la noche la habían desbordado y, en esta ocasión, cosa rara, la presencia del psiquiatra, que siempre parecía tenerlo todo bajo control, la serenaba. Un hombre capaz de calmar a una fiera corrupia como Jeny seguramente sería capaz de casi cualquier cosa. La boca de Dani se abrió sin control, y su mano llegó demasiado tarde para disimular, educada, el bostezo.

—Tú también tienes que descansar.

—Me encantaría, pero no puedo dejar a Susy sola con semejante marrón.

—Bonita manera de llamar a un recién nacido.

Dani reprimió un escalofrío.

—He descubierto que uno de ésos da más miedo que una manada de bisontes en plena estampida.

Además de la palidez de su rostro, los ojos oscuros tomaron nota de las sombras que subrayaban el azul brillante de los iris y de la piel delicada de los párpados, que parecían incapaces de aguantar el peso de las tupidas pestañas. Con la ropa arrugada, los cabellos despeinados y el cansancio que parecía aflorar por cada uno de los poros de su piel, la exprometida de su ahijado no estaba en su mejor momento. Sin embargo, Bruno volvió a experimentar aquella desconocida, y a la vez familiar, sensación de ternura.

Ya había tratado con Dani lo suficiente como para saber que habría preferido encontrarse a más de mil kilómetros de aquella habitación de hospital. Por lo que había surgido durante aquellas peculiares sesiones que se traían entre manos, Daniela

Caballero era una mujer que, según sus propias palabras, no solía mirar nada más que por Daniela Caballero; pero, a pesar de ello, no sólo había sido incapaz de escurrir el bulto, sino que se había enfrentado sola a una situación que a más de uno le habría erizado la cabellera. Curioso. Quizá la tramposa señorita Caballero no se conocía a sí misma tan bien como creía.

—Dime en qué comisaría está el marido de Susy. Iré a buscarlo.

—¿Tú? ¿A buscar a Manolo? Está en la comisaría de Tetuán, pero a lo mejor necesitas un abogado, igual tienes que pagar una fianza…

—No te preocupes por los detalles. Además, como tú dices, con mi abultada cartera, eso no será ningún problema. —A ella se le había abierto la boca una vez más, pero esta vez, de pura estupefacción, así que Bruno colocó un dedo debajo de su barbilla y se la volvió a cerrar—. Así está mejor.

Con el dorso de ese mismo dedo, rozó la mejilla femenina en una caricia casi imperceptible y, sin más, se alejó por el pasillo en dirección a los ascensores.

Dani nunca supo muy bien qué fue lo que Bruno tuvo que hacer para sacar al marido de Susy del calabozo, pero hora y media más tarde estaba de vuelta con un hombrecillo desaliñado y muy delgado que caminaba un par de pasos detrás de él, arrastrando los pies.

—¡¿No te da vergüenza?! ¡Apestas! —exclamó Dani a modo de bienvenida.

—Shhh, sin chillar, bonita. Que *me se estalla* la cabeza —gimió cerrando los ojos.

Ella alzó los suyos al cielo, furiosa. Le habría gustado gritarle a aquel imbécil qué era exactamente lo que pensaba de él, pero ya habían tenido algún intercambio parecido en otras ocasiones y sabía que sería un gasto inútil de saliva.

—Anda, pasa, pasa. Que por fin va a conocer tu hija al desastre de padre que le ha caído en gracia. Desde luego, la vida es a veces una broma de mal gusto.

—¡Eh, sin faltar! —Manolo se detuvo frente a la puerta, vacilante, se pasó un dedo tembloroso por el cuello de la sudadera de algodón, como si le oprimiera, y se volvió hacia ella—. En realidad, lo que me vendría bien ahora es un trago, Dani. Ya sabes, para entonarme.

—¡No me calientes, Manolo, que después de la noche que he pasado no respondo!

—Bueno, bueno, está bien.

Llamó de manera casi inaudible con los nudillos, abrió y desapareció detrás de la puerta.

El estor de la ventana tamizaba la luz potente de las primeras horas del día. Manolo se acercó de puntillas y observó a su mujer, que estaba profundamente dormida con la pierna escayolada en alto. En su rostro aún eran visibles las trazas del dolor, la tensión y el cansancio acumulados durante aquella odisea nocturna, de la que el severo amigo de Dani lo había puesto al corriente.

Nada más verlo, el marido de la peluquera había pensado que era una injusticia que aquel hombre, que debía de ser más o menos de su edad, hubiera tenido la suerte de nacer con una cuchara de plata en la boca…, ¿o era en el culo? El tal Bruno del Valle se había dirigido a él en el mismo tono que emplearía con una cucaracha, y Manolo se había sentido muy ofendido. Sin embargo, al observar la palidez de su mujer y sus profundas ojeras, ahora eran los remordimientos los que le comían las entrañas. Extendió un brazo y, con mucho cuidado de no tocar la vía clavada en el dorso, rozó la mano de Susy, pero ella no se despertó.

De pronto oyó una especie de balido y se volvió hacia la cuna donde el bebé dormía envuelto en rayos de sol. Muy despacio, se acercó y se quedó mirando aquel cuerpo diminuto, con rostro arrugado de enano gruñón coronado por un gorrito de algodón del que escapaban unos mechones de pelo muy negro, y tragó saliva un par de veces con dificultad en un vano intento de desencajar la pelota de emoción que se le había quedado atravesada en la garganta.

Su hija.

Aquel indefenso montón de carne que, de vez en cuando, se agitaba con movimientos descoordinados y abría y cerraba la boca sin ton ni son era su hija.

De pronto, los pequeños párpados se abrieron y unos ojillos oscuros, llenos de reproche, se clavaron en él —más adelante, Manolo se enteraría de que los recién nacidos no son capaces de fijar la vista hasta pasados unos meses, aunque nadie pudo convencerlo jamás de que aquella teoría era cierta— y, entonces, Cupido, quien, para vuestra información, no sólo hace de las suyas con adolescentes rebosantes de hormonas, lanzó una de sus flechas, directamente, a aquel corazón rico en triglicéridos debido al consumo excesivo de alcohol y, por segunda vez en su vida, Manolo se enamoró a primera vista.

Susy abrió los ojos y lo primero que vio fue a su marido, sentado en el incómodo sillón de escay junto a la cama. No tenía buen aspecto. Iba sin afeitar, no se había peinado y llevaba la misma sudadera del día anterior, que ahora estaba arrugada y

llena de manchas. Justo entonces, como si hubiera percibido su mirada, él abrió los ojos y, al verla despierta, se incorporó con rapidez esbozando una sonrisa insegura y susurró:

—Hola, cariño.

—Hola.

A Manolo no se le escapó que en los ojos castaños de su mujer no quedaba ni rastro de la ternura a la que estaba acostumbrado; al contrario, lo observaban con el mismo reproche que había adivinado en los de su hija recién nacida unas horas antes.

—Perdóname, cariño, estuve con el Guille y se nos fue un poco…

Susy alzó la mano en un gesto desmayado que, sin embargo, lo hizo callar en el acto.

—No quiero escuchar excusas. —Hablaba muy bajo; no le quedaban energías suficientes para alzar la voz.

Él se acercó a la cama y trató de acariciar la mano de dedos hinchados que yacía sobre la colcha, pero Susy la apartó, apenas unos centímetros, aunque lo suficiente para hacerle saber que su contacto no era bienvenido.

—Susy, yo…

—Podríamos haber muerto, Manolo. La Jeny y yo, tiradas en el sótano de la peluquería. Si Dani no llega a aparecer, enviada por el ángel de la guardia, a saber cuándo habrías estado lo suficientemente sereno para echarnos en falta.

Aquella frase tan larga la dejó extenuada. Los párpados se le cerraron durante unos segundos, pero haciendo un esfuerzo ímprobo, volvió a abrirlos y, una vez más, clavó en él las pupilas. En esta ocasión, su marido no leyó en ellas recriminación alguna, sino una decepción tan profunda que se tambaleó como si lo hubiera golpeado.

No estaba acostumbrado a ver una expresión semejante en el rostro de su mujer.

Susy siempre buscaba excusas para su comportamiento: si no encontraba trabajo era porque los demás no eran capaces de darse cuenta de su valía; si llegaba a casa después de pasar el día en el bar y se caía todo lo largo que era en el suelo del pasillo farfullando disculpas, ella lo alzaba con delicadeza, lo tendía en la cama, le ponía el pijama y le preparaba una tisana de las suyas para que se recuperase cuanto antes. Su mujer tenía una fe ciega en su Manolo que él mismo jamás había compartido pero, ahora, en los dulces ojos castaños no quedaba ni rastro de esa confianza y aquello le provocaba terror. Presentía que no sería capaz de soportar que su Susy, aquella niña gordita y bonita que había conocido cuando los dos iban la escuela del pueblo, hubiera dejado de amarlo.

Dani quedó con Manolo en que volvería por la tarde para que él pudiera ir a su casa a darse una ducha y recoger algunas cosas para Susy. Estaba tan agotada que aceptó de buena gana el ofrecimiento de Bruno de llevarla a la suya. En cuanto aparcó frente a su portal, le dio las gracias y empezó a despedirse, pero él se bajó del coche dejándola con la palabra en la boca, le abrió la puerta y esperó a que saliera.

—Te acompaño.

—No hace falta.

Una vez más, no sólo no le prestó la menor atención, sino que le arrebató las llaves y él mismo abrió el portal.

—Te acompaño —repitió con firmeza.

Dani se sentía demasiado cansada para comenzar una discusión, así que se encogió de hombros y subieron en silencio los ocho tramos de empinada escalera que conducían hasta su buhardilla. Al pasar por el rellano del tercero, se abrió la puerta y su vecino Toño, del que Dani estaba segura de que vivía y dormía pegado a la mirilla, salió a evaluar la situación.

—¡Hola, mi amor! —Deslizó una mirada recelosa a lo largo de los ciento ochenta y siete centímetros que medía el psiquiatra y entornó los párpados; para Toño, cualquier hombre que pasara del metro sesenta y cuatro que le había concedido la naturaleza resultaba sospechoso. Luego hinchó un poco más aquellos bíceps reventones, movió el cuello a un lado y a otro con un desagradable chasquido de cervicales y crujió los nudillos de ambas manos antes de preguntar amenazador—: Y ¿éste quién es?

—Es Bruno, mi psiquiatra. Bruno, te presento a Toño, mi vecino cachas.

—¿Tu psiquiatra? —Se fijó en que Toño también pronunciaba la «p»—. No he notado que se te vaya la olla.

—Verás, Toño, es algo que llevo muy en secreto, así que, por favor, no se lo digas a nadie. —Dani le guiñó un ojo y siguió subiendo la escalera.

—¡No te fíes, mi amor! ¡Estos tipos tan altos son peligrosos!

Su vecino siguió dando voces hasta que ella cerró la puerta de su apartamento y dejaron de oírlo. Dani se volvió hacia Bruno, abarcó cuanto la rodeaba con un amplio ademán de los brazos y anunció desafiante:

—Aquí es donde vivo, ¿satisfecho? Pues, hala, ya puedes largarte.

Él ignoró su grosería y recorrió los escasos metros del apartamento, teniendo buen cuidado de no darse en la cabeza con las vigas de madera del techo. Cogió un marco

metálico y examinó la foto de una niña y un niño excepcionalmente guapos que, cada uno con un brazo sobre los hombros del otro, sonreían con expresión pícara a la cámara.

—¿Tu hermano?

—Sí, es Luis.

Con uno de aquellos movimientos pausados que lo caracterizaban, volvió a dejar el marco de fotos en su sitio y repasó, sin disimular su curiosidad, los títulos de los libros que abarrotaban una pequeña estantería.

—Son todos libros de arte.

—Me gusta el arte.

—Sí, creo que ya me contaste que te gustaba mirar las fotos. —Dani se encogió de hombros y no contestó, así que él prosiguió—: Una de dos, o tu interés por los hombres desnudos esculpidos en mármol roza lo patológico, o para mí que me ocultas algo.

—Tú dirás, eres el experto en neuras varias.

—Daniela…

Aquella forma que tenía de decir su nombre, entre paciente y amenazadora, surtió efecto y ella confesó al fin:

—Me quedan unas asignaturas para licenciarme en Historia del Arte.

Durante unos segundos, los ojos negros resbalaron inexpresivos sobre el rostro femenino. Sin hacer ningún comentario, él cambió de tema con brusquedad.

—Aquí hace un frío que pela.

—Pues lo siento por ti, porque ayer se acabó la leña.

Bruno golpeó la vieja estufa de hierro con un pie.

—¿En esto consiste el sistema de calefacción de tu apartamento?

—Bueno, en el anuncio ponía «calefacción central», y no se puede negar que la estufa está justo en el medio.

Una vez más, él hizo como si no la hubiera oído y permaneció de pie en mitad de la estancia, llenando el escaso espacio con su imponente presencia, mientras se golpeaba los labios con el índice una y otra vez sin apartar las pupilas de ella. Aquel silencio estaba empezando a ponerla nerviosa.

—Me temo que no puedo ofrecerte ningún refrigerio y estoy muy cansada. Creo que lo mejor es que te…

—¿Has encontrado trabajo?

Ella alzó los ojos al cielo, exasperada por el interrogatorio.

—No es asunto tuyo. Ahora no estamos en una sesión de terapia, así que déjame

tranquila.

Bruno se acercó despacio y, sin ser apenas consciente de ello, Dani empezó a retroceder hasta que su espalda chocó con la pared de ladrillo visto y ya no pudo continuar. Él se detuvo tan cerca que podía notar el calor que desprendía su cuerpo. Con aquel elegante abrigo entallado de paño oscuro parecía aún más alto y peligroso; sin embargo, ella alzó el mentón desafiante.

—¡Cuidadito o llamo a Toño *el Mazas*!

—¿Es tu guardaespaldas? —preguntó él con perezosa curiosidad.

—Más o menos. Ya has visto que no confía en los tíos altos, así que seguro que está esperando al otro lado de la puerta por si me da por gritar.

Tan preciso como un actor al que hubieran dado la entrada, su vecino intervino en ese momento:

—Mi amor, ¿va todo bien?

Ella le lanzó una sonrisa de triunfo y susurró:

—Entonces, has dicho que ya te ibas, ¿no?

—Me temo que has oído mal —contestó él en el mismo tono. Estaba tan cerca que su aliento cálido abanicó su boca.

—¡Apártate o te juro que pego un chillido! —masculló ella, enfadada por su insistencia.

—¿A que no te atreves?

Dani cogió aire al tiempo que abría la boca para desencadenar el apocalipsis, pero Bruno fue aún más rápido. Antes de que saliera el menor sonido de su garganta, colocó una mano a cada lado de su cabeza, la inmovilizó contra la pared con su cuerpo y se lanzó en picado sobre sus labios.

Dani trató de resistirse a aquel asalto inesperado pero, ya fuera porque estaba cansada o por la maestría con la que aquella boca se movía encima de la suya, el caso es que no sólo no pudo esquivar aquel beso no deseado, sino que, unos segundos después, se encontró respondiendo con apasionada intensidad mientras sus dedos se enredaban entre los cortos cabellos oscuros con la tenacidad de la hiedra en una celosía y lo atraían aún más cerca.

—Dani, mi amor, ¿seguro que estás bien?

La voz de Toño la devolvió de golpe a la realidad y torció la cabeza para esquivar aquella boca insistente. Bruno permitió que escapara, pero le sujetó la barbilla entre el índice y el pulgar y la obligó a mirarlo. Estaban tan cerca que Dani casi podía sentir el calor que desprendían aquellas pupilas ardientes que no se apartaban de su rostro.

—Qué oportuno… —Aunque parecía imposible, su voz, grave y rasposa, logró

aumentar el número de latidos por segundo de su corazón.

A Bruno no se le escapó el modo en que el pecho de Dani subía y bajaba alborotado bajo el fino jersey; tampoco el deseo que brillaba aún en los preciosos ojos azules ni el pelo revuelto y los labios, enrojecidos y ligeramente hinchados, que contrastaban aún más con la palidez de su rostro. La encontró tan seductora que, sin poder evitarlo, inclinó una vez más la cabeza sobre ella dispuesto a volver a perderse en aquella pasión abrasadora.

—Por favor, Bruno, estoy muy cansada.

Sus palabras, muy semejantes a una súplica, lo detuvieron en seco. Luchó consigo mismo durante unos instantes; había notado que, por primera vez desde que se conocían, Daniela había bajado la guardia por completo. Sabía que, en ese momento, podría conseguir cualquier cosa que deseara, y sólo de pensarlo se puso aún más duro. Sin embargo, sabía también que Dani estaba exhausta después de la tensión que había vivido a lo largo de la noche y que no era totalmente dueña de sus actos.

Una vez más, aquella irritante sensación de ternura luchó con fiereza contra otras emociones —mucho más apetitosas y egoístas— que bullían en su pecho. Pero la muy maldita se salió con la suya y, de mala gana, dio un paso atrás.

—Está bien. Estoy seguro de que mi orgullo se resentirá si pierdo la apuesta —comentó con ironía en un intento de disimular lo cerca que había estado de mandar ese mismo orgullo y aquella apuesta absurda al mismísimo diablo.

La respiración de Dani brotaba irregular por entre los labios entreabiertos, y Bruno leyó un profundo alivio en los ojos azules.

—Haces muy bien, habría sido un capricho caro. —A pesar de sus esfuerzos por parecer calmada, seguía sin aliento—. Estoy segura de que no habría merecido la pena.

—Yo no estaría tan seguro.

Y, sin más, le alzó la barbilla con dos dedos, depositó un beso ligero en su boca y abandonó la buhardilla sin despedirse.

Capítulo 11

Ninguno de los dos había hecho la menor referencia a lo ocurrido en el pequeño cuartito del hospital, y ambos actuaban como si, en realidad, no hubiera pasado nada. Sin embargo, Mica detectó un ligero cambio en la actitud de Luis; a pesar de que no estaba muy comunicativo, resultaba evidente que se esforzaba por ser más amable con ella.

Ahora, durante aquellas cenas en la cocina en la que comían cualquier platillo que él hubiera preparado —ninguno excesivamente sabroso, para ser sinceros—, Luis se esforzaba por averiguar qué tal le había ido el día y mostraba un interés desconocido hasta entonces por sus asuntos. No obstante, a pesar de aquella súbita amabilidad, Mica —que estaba convencida de que tenía hilo directo con las emociones que hervían en el amplio pecho de aquel hombre que era su cruz particular— percibía en él una extraña tensión.

—¿Te ocurre algo? —preguntó, por fin, una de aquellas noches al tiempo que apartaba a un lado las zanahorias, duras como piedras, que acompañaban a la pechuga de pollo, también medio cruda.

Él alzó la vista de su plato y preguntó a la defensiva:

—¿Por qué lo dices?

Mica dudó; llevaban varios días en tregua y no le apetecía desencadenar una pelea pero, finalmente, se decidió a decir en alto lo que rondaba por su cabeza.

—Te noto raro. Muy tenso. Parece que vas a explotar en cualquier momento.

—Y ¿cómo quieres que esté si me paso la vida encerrado entre estas cuatro paredes? —respondió con brusquedad, sin mirarla siquiera.

—Los últimos días has venido con Alejandro y conmigo a un montón de sitios…

Luis la interrumpió con escasa delicadeza.

—Sí, claro, decorar un hospital lleno de niños enfermos, hacer unas chapuzas en

una residencia de ancianos, ayudar a servir comidas en un comedor de Cáritas… ¿Tú crees que esos planes de mierda son lo que yo llamo *diversión*?

Ella alzó la pequeña nariz en el aire, ofendida por su rudeza.

—No tenías por qué venir. Además, esta casa no es una cárcel, puedes salir cuando quieras a bailar a una discoteca, o a ligar a un bar de carretera bien surtido de pilinguis, o puedes… puedes…, no sé. Por fortuna, desconozco cuál es tu concepto de diversión.

—No te enfades, Mica. —Arrepentido por pagar con ella su frustración, colocó la mano sobre la suya, que estaba apoyada sobre la mesa, pero la retiró al instante, reprimiendo las ganas de agitarla con fuerza en el aire a ver si así se libraba de aquel extraño hormigueo—. He sido injusto. En realidad, debo confesar que lo he pasado bien. Jamás habría pensado…

La sonrisa que se dibujó en los deliciosos labios al oír sus disculpas fue tan dulce que Luis perdió por completo el hilo de su explicación.

—¿Qué es lo que no habrías pensado jamás?

—Eh…, esto… —Enojado consigo mismo, sacudió la cabeza y continuó—: Pues eso, que pasaría un buen rato haciendo cosas que nunca había hecho antes, pero necesito…

En ese momento, Mica, que era incapaz de apartar los ojos de aquella boca firme de labios no muy gruesos, desconectó por completo.

¡Mira que era guapo, por Dios!

Luis llevaba el cabello castaño claro un poco más largo de la cuenta, y siempre parecía que necesitase un afeitado. Tanto él como su hermana pertenecían a esa reducida y afortunada categoría de los Guapos. Con mayúscula. Según le había contado Dani, que aceptaba su belleza sin falsa modestia, cuando su madre y su padre caminaban por la calle, la gente volvía la cabeza a su paso.

Saltaba a la vista que sus retoños habían heredado los magníficos genes. Pero, además de guapo, Luis resultaba de lo más masculino con la mandíbula cuadrada, la nariz larga y recta y esas cejas espesas que tendían a fruncirse tan a menudo. Sin embargo, Mica sabía que no era su belleza lo que la había llevado a enamorarse perdidamente de él a la tierna edad de trece años. Quizá nadie la creyera, pero lo que en verdad la atraía del hermano de su amiga era cierta vulnerabilidad que adivinaba bajo aquella apariencia de tipo duro. Una fragilidad que a menudo la hacía luchar contra el deseo, casi incontrolable, de apretar esa hermosa cabeza contra su pecho con todo el amor que una madre brindaría a un hijo indefenso.

Claro, que luego estaban aquellos otros sentimientos, mucho menos maternales,

que la hacían desear abalanzarse sobre él y arrancarle la ropa a mordiscos, pero éstos los mantenía a buen recaudo en un rincón oscuro de su cerebro y, cuando se hacían notar más de la cuenta, se enfrascaba con más ahínco en lo que fuera que estuviera haciendo en ese momento.

A Alejandro, su ex, lo había conocido en la Facultad de Empresariales. En un principio, ella tan sólo lo había considerado un buen amigo, pero él había insistido tanto y le había demostrado una lealtad tan inquebrantable que, finalmente, había accedido a salir con él.

Aquella relación, llena de camaradería y de gustos en común, había durado más de tres años. Una noche de verano en la que los dos habían bebido más de la cuenta en las fiestas del pueblo, Mica perdió su virginidad en la incómoda litera de su dormitorio infantil en la casa que los padres de él tenían en la sierra.

El siguiente paso lógico para dos personas como ellos habría sido planear la boda. Sin embargo, el día en que su novio empezó a hablar del número de hijos que le gustaría tener, la imagen de un bebé rollizo de grandes ojos azules con el que había fantaseado a lo largo de los años se dibujó en su mente, tan real, que, de pronto, supo con la misma certeza que sabía que en ese momento era de día que Alejandro era tan sólo un buen amigo al que quería de manera entrañable, pero que su corazón tenía un dueño y que, por mucho que tratara de negárselo a sí misma, las cosas seguirían siendo así por los siglos de los siglos.

La ruptura fue dolorosa; Alejandro nunca entendió por qué lo dejó, y ella tampoco se lo explicó. Lo único que le dijo fue que no estaba preparada para amarlo con el abandono y la pasión que él merecía, por lo que consideraba que sería mejor que lo dejaran antes de que se hicieran más daño. Si hubiera sido por ella, habría cortado el contacto por completo, pero su ex insistió tanto en que no quería perderla también como amiga y, además, tenían tantas aficiones en común que habían seguido viéndose a menudo.

Ya casi habían pasado dos años desde entonces. Alejandro salía con otras chicas, pero Mica era consciente de que, en el fondo, seguía albergando esperanzas de que algún día volviera con él.

Durante los casi nueve años que los hermanos Caballero habían vivido en Francia, había mantenido un contacto telefónico casi diario con Dani; sin embargo, apenas se habían visto en todo ese tiempo. Cuando le contó que Luis y ella se mudaban a Madrid, Mica estuvo a punto de desmayarse de la impresión. De hecho, las manos empezaron a sudarle de tal modo que el móvil se le escurrió entre los dedos y las piezas se expandieron por toda la habitación en un *Big Bang* más bien minúsculo.

Luis, su Luis, volvía a Madrid.

Luis, su Luis, el chico que había reinado en sus sueños durante toda su adolescencia.

Luis, su Luis, el hombre al que nunca había podido olvidar.

Luis, su Luis, quien ahora mismo estaba sentado frente a ella mientras sus labios, tan atractivos, se movían sin parar…

—¡Mica!

Luis, su Luis, que llevaba media hora hablando sin que ella hubiera captado ni una sola palabra.

—Perdona. —Mica salió de golpe de su estado de coma amoroso y parpadeó un par de veces.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—Eh…

—¡Joder, Mica, ¿en qué coño estabas pensando?!

—Pues… —Trató de encontrar una buena excusa cuanto antes—. Pues pensaba si sería mejor comprar turrón del duro o del blando estas Navidades.

La expresión de absoluto estupor que se dibujó en el rostro de él la hizo soltar una carcajada involuntaria, de la que se arrepintió en el acto.

Furioso, Luis golpeó las palmas de las manos contra la mesa y se puso en pie.

—¡Qué bonito! ¡Yo tratando de explicarte cómo me siento y la señorita pensando en turrones! ¡Pues, hala, que los disfrutes!

—¡Perdóname, Luis! Ha sido uno de esos episodios puntuales de desconexión interneuronal. ¡Te prometo que no volverá a ocurrir!

Puso su mano sobre la de él en un vano intento de tranquilizarlo, pero él la retiró como si le hubiera dado un calambre y, antes de salir de la cocina, le soltó el comentario más hiriente que se le ocurrió:

—¡Ojalá que todo ese turrón se te acumule en las cartucheras!

A pesar de la falta que le hacía el dinero, a Dani no le había quedado más remedio que dejar de lado, por el momento, la búsqueda de empleo y, preocupada, notaba cómo disminuían día a día los escasos ahorros que guardaba para emergencias en su cerdito de barro. Tampoco tenía tiempo para estudiar; necesitaba estar disponible para sustituir a Manolo unas horas al día en el cuidado de sus chicas y que él pudiera ir a su casa a ducharse y a descansar un rato.

Bruno la invitaba a menudo a cenar y, a pesar de que ella solía protestar un poco

—con la boca pequeña, todo hay que decirlo—, agradecía que se pasara a buscarla después de terminar en la consulta para llevarla a algún restaurante, donde, al menos, Dani hacía una comida sustanciosa.

Después de lo ocurrido en su piso, y tras aquel tórrido beso en su buhardilla, había estado un poco distante. Aunque seguía mostrándose siempre muy atento, el contacto físico entre los dos se había limitado a algún que otro beso insípido en la mejilla al despedirse. Algo que, en realidad, Dani agradecía bastante; el recuerdo de aquellos episodios aún tenía el poder de calentarle la sangre.

En cuanto lo vio aparecer por la puerta de la habitación del hospital, tras una leve llamada con los nudillos, Dani contuvo un suspiro; ningún hombre le había resultado nunca tan atractivo. Y no porque fuera guapo de un modo convencional, para nada. Los rasgos de Bruno del Valle no eran regulares hasta rozar la perfección como los de su hermano. Todo lo contrario. La nariz era demasiado grande y aguileña; los pesados párpados velaban por lo general los ojos, oscuros y perezosos, otorgándole una expresión enigmática, y tenía los pómulos muy marcados. En resumen: su aspecto, al que había que sumar la imponente estatura y la amplitud de sus hombros, era muy masculino hasta el punto de resultar un poco amenazador.

Sin embargo, al verlo junto a la cama de Susy con la pequeña Jeny en brazos, sin que, en apariencia, le preocupara lo más mínimo si a la recién nacida le daba por cantar Guadalajara —algo a lo que, según su propia experiencia, era bastante aficionada— y ponerle perdido aquel abrigo tan elegante, no pudo contener un suspiro.

En fin…

Procurando apartar sus pensamientos de aquel asunto algo espinoso, cogió el bolso para marcharse pero, cuando empezaba a despedirse de Susy, Manolo la sorprendió con una pregunta:

—¿Te importa si hablo un momento con tu psiquiatra a solas? —Cómo no, la «p» atacaba de nuevo.

—Por supuesto que no. Salid fuera, yo me quedo con Susy hasta que terminéis.

Con mucha más soltura que al principio, Dani cogió a la niña de entre los brazos de Bruno para acostarla de nuevo en su cuna y no pudo evitar hundir la nariz en el cálido cuello. De pronto, se sorprendió pensando cuánto le gustaba el olor de aquella pequeña alimaña voraz.

Manolo trató de superar el vago sentimiento de injusticia que, como a muchos

otros, lo embargaba cada vez que miraba a aquel hombre —alto, apuesto y tan seguro de sí mismo— que esperaba con paciencia a que tomara la palabra. Incómodo, carraspeó un par de veces sin saber muy bien cómo empezar aquella conversación y se dijo que lo mejor sería ir al grano y coger el toro por los cuernos…, ¿o era por los cojones?

—No sé si alguien te ha contado ya…, ¡ejem! A lo mejor has notado que…, ¡ejem! Que tengo un pequeño problema con la bebida…, ¡ejem, ejem! —Tanto carraspeo le estaba dejando la garganta como papel de lija de grano grueso.

—Sí, ya había notado que eres alcohólico.

Aquella afirmación tajante, hecha en un tono inexpresivo, lo hizo dar un respingo.

—¡Joder, tío, no te pases! ¡Una cosa es que me guste tomar una copita de vez en cuando y otra es que sea un alcohólico!

Bruno se irguió aún más frente a él, cruzó los brazos sobre el pecho y empezó una larga enumeración con voz serena:

—Inventas excusas para beber a pesar de que tu familia se ve afectada por ello, dejas de lado el trabajo por pasar un tiempo en el bar, y seguro que te dices a ti mismo todos los días: «Es sólo un traguito para sentirme bien». Estás muy flaco, descuidas a menudo tu higiene personal. Sé que, ahora mismo, llevas unas horas sin beber porque te tiemblan las manos y te acaba de dar un escalofrío. Hace unos minutos le has pedido a la enfermera si te podía dar algo para el dolor de cabeza y, a juzgar por el tono grisáceo de tu piel, no me extrañaría que tuvieras ganas de vomitar.

Manolo lo miró con fijeza durante unos segundos y musitó al fin:

—Ayúdame, por favor.

—Reconocer el problema y pedir ayuda es un primer paso. —El rostro enjuto del marido de Susy se animó un poco—. El segundo es tener claro que hay algo en este mundo que te importa más que la bebida.

—¡La Susy es lo mejor que me ha pasado jamás, y ahora, encima, está la Jeny!

—Vamos bien. Si de verdad lo tienes claro y estás dispuesto a pasar unos meses muy muy duros, estoy dispuesto a ayudarte.

Manolo le tendió una de sus manos temblorosas y, cuando el psiquiatra se la estrechó en un firme apretón, prometió con los ojos relucientes por el brillo inconfundible de las lágrimas:

—¡Lo conseguiré! ¡Cueste lo que cueste!

—Veo que vas teniendo más mano con los bebés. ¿Acaso empiezan a gustarte?

Dani negó con la cabeza en el acto, fingiendo un escalofrío.

—¡Ni de coña! La pequeña garrapata aún me da pánico.

Notó que la boca masculina se fruncía de manera casi imperceptible en esa «no sonrisa» que lo hacía tan atractivo.

—¿De qué quería hablar Manolo contigo?

A pesar de que parecía muy entretenida en mojar un trozo de pan en la paleta de aceites que acababa de traer el camarero, Bruno notó que lo examinaba llena de curiosidad.

—Cosas de chicos.

—Sí, claro. Seguro que el marido de Susy y tú tenéis un montón de cosas en común.

Al ver que no iba a obtener otra respuesta, suspiró resignada y siguió a lo suyo.

—Pues no me decido, están todos para morirse —afirmó con la boca llena y los ojos cerrados.

—Daniela…

Ella alzó uno de los párpados con fastidio. Ya conocía ese tono: era el pistoletazo de salida para que el psiquiatra cotilla que llevaba dentro tomara posesión de él y empezara a disparar una pregunta detrás de otra.

—Dijimos que haríamos un paréntesis con las sesiones de hurgue meningítico. ¿Te importa que coja un trozo de tu pan?

—De eso quería hablar, precisamente.

—¿De panes?

—Daniela… —De nuevo, aquella advertencia sutil en la voz serena.

—En serio, Bruno, no tengo ni idea de qué quieres que hablemos.

—De tus ingresos. De que no tienes trabajo, de que, como vas todos los días al hospital, no lo buscas, de que nuestras sesiones están en *stand-by* y tampoco te entra un euro por ahí.

Dani frunció la nariz y lo miró con franco desagrado.

—Te recuerdo que tú no eres quién para hacerme semejantes preguntas.

El camarero se acercó entonces para tomarles nota, y Bruno alzó una mano en un gesto imperioso que, aunque la acalló al instante, la hizo sentirse aún más enfadada con él.

¿Qué se creía ese hombre? ¿Que podía darle órdenes y pedirle explicaciones cuando le diera la gana? ¿Que ella era una de esas mujeres patéticas que se diluían en el caldo de su admiración por el famoso psiquiatra? ¡Pues iba listo si pretendía que lo informara de hasta el último paso que daba en la vida! Para ella, Bruno del Valle tan

sólo era alguien que, de vez en cuando, la invitaba a cenar; algo que, por otro lado, le venía de perlas en esos tiempos de dieta forzosa.

En cuanto el camarero se alejó, él prosiguió:

—Puedo hacerte un préstamo.

«¡Oh, oh!»

Dani empezó a hiperventilar y, aunque no era lo que se dice muy creyente, le rogó a Dios que de la boca de su interlocutor no saliera la proposición que solía seguir a una frase como aquélla.

—¿Un préstamo? —preguntó con calma fingida.

—Exacto. Hasta que las cosas vengan mejor dadas.

Sin quitarle los ojos de encima, Bruno se recostó contra el respaldo de la silla y, durante unos segundos, a ella se le olvidó lo ofendida que se sentía y admiró la manera en que la elegante camisa clara se pegaba a ese cuerpo de escándalo. Sin embargo, enseguida se repuso y contestó con frialdad:

—Gracias. No es necesario.

—Daniela…

—¡No me vengas con «Daniela»! —A pesar de que le habría gustado parecer tan tranquila como él, no pudo evitar que sus ojos empezaran a lanzar chispas azuladas—. No me está gustando nada esta conversación, así que te agradecería que cambiáramos de tema.

—No te estoy proponiendo un revolcón a cambio, si es eso lo que te preocupa.

Dani odiaba la manera en que aquel tipo parecía leerle la mente y la facilidad que tenía para sacarla de sus casillas, pero decidió que no le daría la satisfacción de hacérselo saber.

—¿Por qué habría de preocuparme? —Muy despacio, se humedeció los labios con la punta de la lengua y lo miró provocativa.

—Danie…

—¡No-lo-ha-gas! —Su dedo índice se agitó debajo de su nariz al ritmo de sus palabras.

En esta ocasión, una sonrisa completa, densa como la melaza, se expandió lentamente por aquellos labios sensuales y la dejó sin aliento.

—Ese genio…

Con un movimiento tan rápido como inesperado, el psiquiatra atrapó aquel dedo amenazador en su puño y le dio un suave mordisco en la punta. Su gesto la cogió tan desprevenida que Dani se quedó muda, mirándolo con los labios entreabiertos y la respiración acelerada.

Una vez más, fue el camarero el que llegó con el tiempo muerto debajo del brazo o, para ser más exactos, con los platos de pasta que habían pedido, y a Bruno no le quedó más remedio que soltarla.

Durante unos minutos comieron en silencio, hasta que Dani, incapaz de resistir aquel mutismo enervante por más tiempo, hizo por fin la pregunta que rondaba por su cabeza desde que él había pronunciado la palabra *préstamo*.

—¿A cambio de qué?

—¿Otra vez con ésas, Daniela? —Chasqueó la lengua varias veces, burlón.

—Te lo diré de otra forma: ¿qué garantías pides a cambio de ese préstamo?

—Ninguna. Te lo presto en plan amigo.

—Nosotros no somos amigos.

—¿Ah, no? Y ¿qué somos, exactamente?

—No lo sé. Yo diría que tú tienes un interés en mí que no está claro.

—¿En qué tipo de interés estás pensando?

—Unas veces pienso que tratas de diseccionar mi mente para elaborar un perfil psicológico de una tramposilla sin importancia y alardear de tus descubrimientos en tu próximo congreso de comecocos, y otras…

—¿Otras? —Dani percibió de nuevo aquel sutil espasmo en su boca y se dio un buen tirón de pelo mental para obligarse a apartar los ojos de aquellos labios hipnóticos.

—Otras, me temo que lo que buscas en realidad, y volvemos a lo de siempre, es…

—Acostarme contigo —terminó la frase por ella.

—¡Exacto! —Retadora, dio un mordisco a un grisín con semillas de amapola.

Bruno masticó despacio sin dejar de mirarla por debajo de los párpados entornados. Se le veía relajado por completo, y saltaba a la vista que se estaba divirtiendo con aquella conversación.

—No.

—No, ¿qué?

—No eres el conejillo de Indias para mi próximo congreso y tampoco quiero acostarme contigo.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Puedo prestarte un poco de dinero sin problemas y me lo devuelves cuando te venga bien.

—¿Sin intereses?

—Al cero por ciento TAE.

—¡Ay, Dios!

Dani dejó caer el tenedor sobre el plato sin mucha delicadeza, se llevó el pulgar a la boca y empezó a mordisquearse la uña con nerviosismo.

—Y ahora, ¿qué ocurre?

—Se me acaba de ocurrir una idea espantosa.

—Venga, anda, dímela —rogó él.

Pero ella estaba muy seria y sus ojos tenían una mirada de reproche cuando preguntó a quemarropa:

—¿Te has enamorado de mí?

De nuevo, los dientes blancos relampaguearon en una sonrisa burlona y Bruno contestó sin inmutarse:

—Qué entretenida resultas, Daniela.

Al ver su actitud despreocupada, Dani exhaló el aire que había estado conteniendo hasta entonces, sintiendo un profundo alivio.

—¡Uf, menudo susto! Bueno, tenía que preguntarlo, no me negarás que tu ofrecimiento resulta un tanto sospechoso.

—¿Eso es un «sí» al préstamo?

—En realidad es un «no». Te lo agradezco mucho pero, por ahora, no necesito pedirte dinero prestado a pesar de las magníficas condiciones que me ofreces.

—No seas cabezota, Daniela. —Notó que había logrado irritarlo y eso la alegró.

—¿Podríamos hablar de otra cosa que no sea mi economía, por favor? A este paso, estos magníficos *tagliatelle* me van a producir indigestión.

Él pareció luchar consigo mismo pero, finalmente, cambió de asunto y preguntó lleno de curiosidad:

—¿Por qué te asusta tanto pensar que haya podido enamorarme de ti?

—¿Estás de broma? —Dani se llevó el último tenedor de pasta a la boca, se limpió con la servilleta y bebió un poco de vino antes de continuar—: Eres el único hombre, aparte de mi hermano, con el que puedo ser yo misma, mostrarme tal y como soy. No soportaría que, de pronto, me convirtieras en una diosa a la que adorar y me adornaras con un montón de virtudes inexistentes.

—Tranquila, no hay peligro.

Ella le lanzó una mirada maliciosa.

—No, ya veo que no lo hay.

—¡Por Dios, Susy, menos mal que vives en un bajo!

La peluquera asomó la cabeza por detrás de una planta enorme que llevaba en el

regazo y le guiñó un ojo. Manolo, cargado con una bolsa no menos enorme, empujaba la silla de ruedas mientras que Dani hacía lo propio con el carrito de Jeny. Por fortuna, no había ningún escalón que dificultara el acceso a la vivienda, de lo que dio gracias al cielo, porque la subida al taxi al salir del hospital había sido un numerito, y hasta se había formado un corrillo de curiosos en la calle.

En cuanto entraron, Dani se apresuró a cambiarle el pañal a la pequeña, que olía a vertedero descontrolado, y luego se la tendió a su madre para que le diera el pecho.

—Tengo que irme. Esta tarde vendrá Mica a echaros una mano. Te he grabado su número en el móvil por si necesitas que te traiga cualquier cosa.

Susy la agarró de la muñeca y la miró con lágrimas en los ojos.

—¡Mil gracias, Dani! Si no hubiera sido por ti, a lo mejor mi Jeny no estaría aquí destrozándome el pezón, o puede que me hubieran imputado la pierna a la altura del muslo o, a lo peor, podría habernos dado un fallo multiorgásmico y estaríamos aún las dos en el sótano de la peluquería, más tiesas que la reina de Inglaterra…

—¡Alto, Susy, que las hormonas hablan por ti! —Sin contemplaciones, Dani cortó la lista de posibles desgracias, que prometía convertirse en interminable—. A pesar de que ésa no me parece una mala muerte, es mejor que no pienses más en todos los horrores que podrían haber ocurrido; lo importante es que las dos estáis bien y en casita, y que Manolo está aquí para lo que necesitéis.

—¡Manolo! —resopló con desdén la peluquera mientras se sonaba con un pañuelo de papel bastante usado que se había sacado de la manga del jersey.

A su marido, que volvía en ese momento de dejar las bolsas en el dormitorio, no se le escapó su tono despectivo y, al ver su expresión compungida, por una vez, Dani sintió lástima de él. Sin decir nada, se colgó el bolso del hombro y se dirigió hacia la puerta con decisión; los problemas que tuviera aquel matrimonio debían resolverlos entre los dos.

—¡Mañana te veo!

En cuanto se quedaron a solas, Manolo se sentó frente a su mujer sin dejar de observar, fascinado, el modo frenético en que mamaba su hija, con la ansiedad de quien teme que se le cierre el grifo de un momento a otro, y dijo con mucha suavidad para no distraerla:

—Susy, quiero que sepas que mañana empiezo la rehabilitación —pronunció la palabra muy despacio, para no equivocarse— con el psiquiatra de la Dani.

—¡Pero, Manolo, eso debe de costar un ojo de la cara! Ahora los gastos se van a disparar con el bebé, y yo no puedo atender la peluquería estando como estoy. —Nerviosa, hizo un movimiento brusco que hizo que la niña se soltase. Jeny abrió un

ojo y la miró con fastidio, pero antes de que empezara a protestar, su madre se la enchufó al pecho de nuevo—. Los acreedores se van a frotar las manos; va a parecer un banquete de buitres leonardos, ansiosos por hincarnos el pico…

—Tú ni te preocupes, cariño —la interrumpió él con una sonrisa—. Le he pedido a la Tere que se encargue estos días del negocio.

—¡Si esa inútil no sabe hacer ni un recogido!

—Estuvo trabajando dos años contigo, así que algo sabrá. Además, no podemos elegir. Le he dicho que iremos a medias, menos un veinte por ciento de los materiales. Yo iré todos los días una hora a ver al psiquiatra, y el Víctor me ha prometido algunas chapuzas. Dani, Mica y la vecina se han ofrecido a pasarse por aquí y echaros un ojo de vez en cuando hasta que yo vuelva.

Susy miró a su marido alucinada. Jamás lo había visto tomar ninguna decisión. Por lo general, era ella la que decidía qué hacer y qué no, y casi no reconocía a su Manolo en aquel hombre de rostro gris y manos trémulas que hablaba con tanta firmeza. Por primera vez se le ocurrió que, a lo mejor, ella había tenido algo de culpa; quizá se había echado demasiadas responsabilidades a la espalda y no le había permitido madurar.

La niña se había dormido con la boca enganchada aún a su pezón. Con cuidado de no despertarla, Susy le tendió una mano a su marido; cuando él la tomó, notó de nuevo el intenso temblor. La apretó con fuerza y comentó risueña:

—Si tienes pensado meterte a ladrón de panderetas, será mejor que lo olvides por ahora.

Manolo soltó una carcajada y sorbió con fuerza antes de inclinar la cabeza y depositar un beso desesperado en la palma encallecida por años de duro trabajo. En ese instante, a Susy le vino a la cabeza qué era lo que hacía tantos años la había enamorado de aquel chico, bajito y poca cosa, que conoció en la escuela del pueblo. Con una mirada que hacía tiempo que no le dirigía, le rogó con dulzura:

—Cuéntame más de tu rehabilitación, mi amor.

Capítulo 12

Mica se agarró con fuerza a la cintura de Luis pensando que aquello debía de ser lo más parecido al cielo en la Tierra. En realidad, se parecería un poco más al paraíso si aquel viento cortante no atravesara la chupa de cuero y los guantes; hacía un frío pelón.

Durante los últimos días, Luis tan sólo le había dirigido la palabra en caso de estricta necesidad, así que cuando le propuso aquella excursión a Aranjuez no había tenido muchas esperanzas de que accediera a acompañarla. Sin embargo, en cuanto le dijo que Alejandro pasaría el fin de semana en la sierra con su familia, aceptó al instante, y ella se quedó sorprendida por su súbito entusiasmo.

Lo primero que hizo fue negarse a ir en el viejo Golf de Mica y, tras una misteriosa conversación con el Yoyas, se había presentado la noche anterior con unos pantalones y una chupa de cuero negro, unas botas también negras, guantes y casco del tamaño de su casera.

—¿De verdad tengo que ponerme esto? —Mica alzó las prendas, dubitativa.

—Si no, te morirás de frío. He dejado mi moto aparcada en el garaje. Espero que tengas alguna camiseta térmica.

—Creo que sí, miraré entre las cosas de esquiar.

Luis la acompañó al trastero y seleccionó las prendas que juzgó necesarias para la excursión. A la mañana siguiente, al verla aparecer en el salón con los ajustados pantalones de cuero, las botas altas y el resto del equipo de motera sexi, el hermano de Dani tuvo que tragar saliva varias veces, antes de decir con una voz algo más ronca de lo habitual:

—Estás increíble. Me recuerdas a Olivia Newton-John en *Grease*.

—¿Cuando se vuelve un pendón? —sonrió ella maliciosa.

Luis negó con la cabeza.

—No, cuando se convierte en una diosa ante la que cualquier tío con sangre en las venas se arrodillaría para adorarla.

Su comentario provocó una oleada de rubor en las pálidas mejillas femeninas, y a Luis le pareció aún más adorable. Instintivamente, dio un paso hacia ella, pero se detuvo a tiempo. «¡¿Se podía saber en qué cojones estaba pensando?!».

Por la forma en que se toqueteaba el aro de la oreja, Mica notó que estaba tenso.

—Pues creo que ya estamos listos —dijo al fin.

—¿De verdad crees que es buena idea ir en moto? Ayer anunciaron en el telediario que igual hoy nevaba otra vez.

—¡Bah! Ya sabes que los del tiempo no dan ni una. —De pronto, se le ocurrió una cosa que lo hizo fruncir el ceño—. ¿Te da miedo ir en moto conmigo?

—¡No, no! ¡Qué va! —De hecho, la noche anterior apenas había pegado ojo, entre emocionada y aterrada, por la perspectiva de pasar el día a solas con él.

—Pues, hale. ¡Andando!

A pesar del aire helado y de que el cielo tenía un tono plomizo de mal agüero, Mica se sentía tan feliz que no dejó de canturrear en la intimidad de su casco. No todos los días se subía una de paquete en la moto de Luis Caballero, el chico más guapo del mundo mundial; así que, decidida a aprovechar al máximo la coyuntura, se abrazó a él con más fuerza aún y soltó un suspiro de contento.

La mañana, como siempre que estás a gusto, transcurrió a la velocidad de la luz. Luis estaba de muy buen humor, cosa que no ocurría en los últimos tiempos; se dirigía a ella con amabilidad y ambos se reían a menudo por cualquier tontería. Mica se sentía tan a gusto como se habría sentido con Daniela, si no fuera porque, cada vez que él la rozaba, aunque fuera un contacto perfectamente inocente, notaba aquel familiar hormigueo en el pecho y entre los muslos.

«Estoy tan salida que la gente va a empezar a tropezar conmigo», se dijo muy asustada; además de por el hecho en sí, por utilizar, siquiera en su pensamiento, una expresión más propia del vocabulario algo barriobajero de su mejor amiga.

En ese momento, una bola de nieve bien dirigida impactó en su hombro y la obligó a prestar atención a la guerra que estaba teniendo lugar, en ese preciso instante, en los majestuosos Jardines del Príncipe. Después de casi media hora de batalla campal, acordaron un armisticio. El aliento de ambos se condensaba en nubes de vapor y tenían las mejillas enrojecidas. Miraron a su alrededor tratando de controlar sus respiraciones agitadas y se percataron de que, salvo por un par de adolescentes que se hacían *selfies* con el móvil, ya no quedaba nadie. Cansados y hambrientos, decidieron que era un buen momento para acercarse al restaurante en el que Luis

había reservado.

Con la excusa de que no quería que resbalara, la agarró de la cintura y, despacio, caminaron hacia la salida. Pasaron junto al estanque de los Chinescos, un lago artificial cuyas aguas plácidas reflejaban con fidelidad el color plata del cielo y los troncos oscuros de los árboles, que habían trocado sus hojas por guirnaldas de escarcha. La nieve le daba a todo el conjunto una apariencia mágica, y Mica supo que recordaría aquel día durante el resto de su vida.

Por fin, cruzaron la puerta de hierro diseñada por Juan de Villanueva y, pocos minutos después, estaban sentados a la mesa de un acogedor restaurante.

—Hoy invita la casa —anunció Luis sonriente, incapaz de apartar las pupilas de la pequeña nariz enrojecida mientras contenía las ganas de inclinarse por encima de la mesa y besar la punta.

—No es necesario, Luis. Yo te invito. Seguro que estás fatal de dinero.

Él apretó los labios molesto.

—He dicho que te invito yo.

Estaba claro que no iba a ceder, así que Mica lanzó un suspiro y empezó a mirar los precios, nada baratos, de la carta con cierta inquietud. Ahora que se encontraban en terreno neutral, deseaba hablar de un asunto que consideraba muy importante y que no se había atrevido a sacar antes; sin embargo, algo le decía que todavía no era el momento.

«Bien —se dijo—. Esperaré al postre. Después de unas cuantas copas de vino, quizá esté más receptivo.»

A lo mejor era por el hambre canina que arrastraban después del ejercicio de la mañana o, tal vez, simplemente, por la mutua compañía; el caso fue que ambos estuvieron de acuerdo en que aquéllos eran los platos más deliciosos que habían probado en su vida. La conversación fluía sin tiranteces y casi no habían parado de reír desde que se habían sentado a la mesa. Cuando Luis le dio un sorbo a su café, su semblante satisfecho le hizo saber que era ahora o nunca.

—Verás, Luis —empezó a decir sin dejar de juguetear con una miga de pan—. Quería comentarte una cosa.

Las pupilas de él se deslizaron acariciadoras por el precioso rostro de su interlocutora, y los labios firmes se abrieron en una sonrisa que a punto estuvo de devolverla al estado de coma amoroso del que, de un tiempo a esta parte, entraba y salía con una facilidad pasmosa.

—Pregunta lo que quieras.

—Me… me gustaría… Verás…, tengo unos ahorrillos que ahora mismo no

necesito y…, si quieres, puedo prestártelos y así pagas la deuda que tienes con esos mafiosos y te los quitas de encima.

Ya estaba. Hecho. Y ahí tenía el resultado.

Su proposición, cual Don Limpio Borrador Mágico, había hecho desaparecer de un plumazo aquella sonrisa seductora, capaz de convertir a una santa ciega, sorda y muda en una pecadora de la pradera. El chisporroteo de los ojos azules no presagiaba nada bueno; sin embargo, cuando habló por fin, su tono era tenso pero tranquilo.

—No necesito que me prestes dinero.

—Pero ¿por qué? Yo ahora mismo no lo necesito, puedes devolvérmelo cuando quieras, sin intereses, por supuesto, y lo mejor es que, de una vez por todas, esa amenaza que pende sobre tu cabeza se alejaría de ti. —Mica se dio cuenta de que estaba gesticulando demasiado, algo que hacía siempre que estaba nerviosa, y escondió las manos debajo de los muslos.

—No aceptaré dinero de ti. Punto.

—¡No entiendo por qué no! Según lo que Dani me ha contado, no sueles tener los mismos escrúpulos con muchas de tus novias. Al fin y al cabo, es sólo dinero y…

Luis apretó la boca hasta que los labios, convertidos en una línea recta, adquirieron un tono blanquecino. Al verlo, Mica comprendió que había metido la pata hasta el fondo y se calló al instante, pero ya era tarde para dar marcha atrás.

—¡¿Qué coño es esto?! —A pesar de que no había levantado la voz, sus palabras escaparon por entre los dientes apretados con una violencia que la hizo dar un respingo—. ¡¿Por qué cojones habláis mi hermana y tú de lo que hago o dejo de hacer con mis novias?!

Lo que más rabia le daba a Luis era que ella decía la verdad; con más frecuencia de la que le habría gustado admitir, había aceptado préstamos de la tía con la que se acostaba en ese momento y, a menudo, ni siquiera se había preocupado por devolver el dinero después. En realidad, no era más que un chulo o un puto o una mierda por el estilo; sin embargo, lo volvía loco la idea de que Mica pensara que estaba dispuesto a aceptar dinero suyo.

—¿Crees que soy un gigoló? ¿Es eso lo que me ofreces, tu dinero a cambio de mi cuerpo?

Aquella conversación se estaba saliendo de madre a tal velocidad que Mica ya no sabía por dónde le daba el aire. Ante su silencio, él siguió escupiendo sapos y culebras en una vomitona de las que marcan época, hasta que, tras una buena tirada, repitió:

—Tu dinero a cambio de mi cuerpo. A ver, deja que lo piense, mmm… —Se pellizcó la barbilla con ademán meditabundo mientras sus ojos la escudriñaban

impertinentes y se detenían durante largos segundos sobre los pechos pequeños que se marcaban bajo el jersey de cuello alto negro con grosería. Dos manchas de un rojo furioso colorearon las mejillas de Mica y, al verlas, él respondió a su propia pregunta —: Lo siento, no puedo aceptar. A pesar del incentivo de la pasta, esas curvas insignificantes no me tientan lo suficiente.

Al oír aquel comentario tan cruel, los ojos castaños se inundaron y los pequeños dientes blancos mordieron con fuerza el labio inferior para impedir que temblara. Con esa expresión herida en el rostro y los rizos brillantes escapando en todas direcciones, Mica se parecía tanto a la niña indefensa a la que había hecho la vida imposible en el pasado que, en esta ocasión, Luis no pudo contenerse. Con un rápido movimiento, se inclinó por encima de la mesa y la besó de lleno en la boca trémula.

«¡Dios mío, que este beso no se acabe nunca!», suplicó Mica con los ojos cerrados, concentrada por completo en el tacto de aquella boca, suave e insistente, que sabía tan bien como siempre había sospechado.

Sin embargo, Dios debía de estar ocupado en otros menesteres de más envergadura, porque unos minutos después, Luis se apartó de ella y se pasó una mano nerviosa por el pelo castaño. Entonces Mica también recuperó el juicio, que se había quedado por ahí perdido en alguno de los pases maestros de su lengua, y se apoderó de ella una sensación que, a pesar de no resultarle muy familiar, reconoció al instante por lo que era: una rabia desbordante.

—¡¿Quién te crees que eres?! —Aunque no alzó la voz, saltaba a la vista que estaba furiosa—. ¡Nadie te ha dado permiso para besarme! ¿Te crees un regalo para una pobre mujer desesperada como yo? Porque eso es lo que piensas, ¿no es cierto? Que la amiga monjil de tu hermana está dispuesta a pagar lo que sea necesario para lograr meter en su cama a un tipo tan despampanante como tú.

—Mica…

Luis alzó una mano con gesto conciliador en un vano intento por tratar de detener su encolerizado discurso pero, en cuanto se percató del temblor de la misma, la volvió a bajar en el acto. No deseaba que Mica notara hasta qué punto le había afectado aquel beso.

—Eres un creído —prosiguió ella sin prestarle atención—, un desagradecido, una cagarruta de gaviota, una boñiga de elefante, un… Eres un gusarapo asqueroso que repta sobre su barriga, un… —Detuvo en seco la retahíla y, con los ojos castaños despidiendo llamaradas, lo acusó en un tono algo más agudo—: ¿Te estás riendo de

mí?

—¡No! ¡Qué va! —Ante la mirada de absoluta indignación de su interlocutora, Luis ocultó una sonrisa detrás de la mano—. Es sólo… ¡Joder, Mica, si pretendes ofenderme de verdad, creo que vas a tener que cambiar de registro! ¿No te sabes algún insulto como Dios manda?

—¡Se me caería la cara de vergüenza si soltara las barbaridades que dices tú! —replicó sin poder creerse aún que aquel… aquel grano supurante en el pompis estuviera recibiendo su inusual invectiva muerto de risa.

Al ver el modo en que apretaba los labios, Luis recuperó la seriedad, tomó las pequeñas manos entre las suyas sin hacer caso de sus intentos de liberarse y, con una expresión suplicante que ella no le conocía, se disculpó:

—Yo… Lo siento, Mica. A veces no controlo.

Al reconocer la sinceridad que rezumaban sus palabras, el enfado de Mica se disipó a la misma velocidad que la niebla mañanera. De todas formas, su predisposición genética era inversamente proporcional a su capacidad para permanecer enfadada durante mucho tiempo, así que, sin apenas transición, trocó el ceño fruncido por una deliciosa sonrisa que le robó el aliento.

—Siento haberme enfadado tanto.

—¿Eso es lo más enfadada que puedes estar? —Luis alzó una ceja burlón—. Durante un tiempo no te va a quedar más remedio que tratar conmigo, así que tendrás que esforzarte más. Ahora en serio, Mica, sé que tus intenciones son buenas, demasiado buenas para malgastarlas en un tipo como yo.

—Tú no eres un mal tipo, Luis, aunque te esfuerces por aparentarlo; lo que ocurre es que ni tú mismo te lo crees. —Una vez olvidado su enfado, notó que regresaba la turbación al recordar su propia respuesta apasionada a aquel beso memorable. Sin embargo, Mica trató de sobreponerse y prosiguió sin apartar los ojos de su rostro—: En realidad, Dani y tú tenéis el mismo problema: los dos pensáis que no sois buenas personas, pero no es así.

—Joder, Mica —esbozó una sonrisa desganada—, serías capaz de encontrar excusas para el mismísimo diablo.

—¡Lo digo en serio, Luis! Eres un hombre inteligente y habilidoso, podrías hacer lo que te propusieras, pero malgastas tu tiempo en negocietes turbios que no te llevan a ninguna parte…

—¡Basta, no me des la charla! —Volvía a estar furioso, pero se mordió la lengua. No deseaba pagar sus frustraciones con la mujer que tenía enfrente; una ingenua que vivía en un mundo de fantasía en el que todas las personas tenían su lado bueno—.

Venga, Mica. Lo estábamos pasando muy bien, olvidemos esta última parte y vayamos a dar un paseo para bajar la comida. ¿Paz?

Le tendió la mano y ella se la estrechó sin dudarlo.

—Paz.

—¡Holaaa! ¡¿Hay alguien?!

Le pareció oír unos ruidos ahogados que venían de detrás del mostrador y, al rodearlo, se encontró con Piluca, la hija de la frutera, que ayudaba a su madre en el negocio cuando no estaba pirateando el sistema de seguridad de alguna corporación enemiga, en medio de una llantina desenfrenada.

—¿Qué ocurre, Piluca? —preguntó Dani mientras tomaba nota mental de no volver a entrar en ninguna tienda del barrio en la que no hubiera, al menos, media docena de parroquianos dentro. Todo porque, de pronto, le había parecido una buena idea ir a hablar con Piluca, que tenía fama de conseguidora, de un asuntillo.

La chica levantó la cabeza y se secó las mejillas con la manga de su abrigo de cuero sintético —una copia vil del que lucía Neo en *Matrix* y que Dani le había visto llevar cuando la temperatura exterior rondaba los cuarenta grados a la sombra—, lo que provocó que los tiznones de máscara de pestañas y maquillaje se le extendieran por el resto de la cara.

—¡No me pa… pasa na… nada, jo… joder! ¿Por qué no te pi… piras de una pu… puta vez? —respondió entre hipidos.

—Pues una de dos, o te has vuelto tartaja de repente o estás llorando a moco tendido. La verdad es que no es asunto mío y, créeme, después de mi experiencia del otro día con Susy, sé que, seguramente, más me valdría salir pitando de aquí, pero ¿a ti te parece que éstas son formas de llevar un negocio? No creo que tratar a patadas a la clientela lo vaya a hacer muy popular. —Mientras hablaba, Dani la alzó del suelo sin mucha delicadeza, la obligó a sentarse en el taburete que hacía las veces de escalera, cogió un limón del mostrador, lo partió por la mitad y, con la ayuda de un pañuelo de papel, procedió a limpiarle el rostro.

—¡Quita, joder, que se me ha metido todo el zumo en el ojo! ¡Ah, cómo escuece! ¡Joder, me cago en todo!

—¡Ups, perdona, pero es que estabas igualita a Mr. Increíble cuando se pone el antifaz de superhéroe! ¿Quieres que te sople un poco?

Mascullando una serie de imprecaciones, de las que hasta la más suave sonaba a blasfemia endemoniada, Piluca se levantó y fue a la trastienda a enjuagarse los ojos

bajo el chorro del grifo.

En ese momento una ancianita, famosa en el vecindario por toquetear el género con fruición sin animarse luego a comprar nada, hizo ademán de entrar, pero Dani, con unos reflejos portentosos, le cerró la puerta en las narices y le dio la vuelta al cartel de «Cerrado» que colgaba de ella.

—¡Son sólo las siete, no puedes cerrar! —gritó la mujer con una voz cascada que atravesó el cristal, sin dejar de golpearlo con el puño del paraguas.

Temerosa de que se cargara la luna, Dani optó por desaparecer ella también en el interior de la trastienda y dejarla sin público, a ver si así se largaba de una vez. Por fortuna, encontró a Piluca bastante más calmada. Ya no lloraba, pero con el rostro pálido y manchado, el pelo de colores de replicante con un mal día y los ojos enrojecidos por el zumo de limón, la verdad es que la pobre daba bastante penita.

—¡Joder! ¿Qué cojones eran esos golpes?

—Doña Concha, que quería entrar.

—¡Cabrona malfollada!

Al oír semejantes epítetos, Dani se quedó un poco descolocada; al fin y al cabo, pensó, era hasta lógico que una mujer que debía de rondar los ochenta y cinco no tuviera el cuerpo ya para muchas fiestas. Sin embargo, decidió que no ganaría nada entrando en un debate sobre el tema, así que se enfrentó a la hija de la tendera con los brazos en jarras.

—Y ahora, ¿podrías decirme qué demonios te ocurre? Y, por favor, ahórrate todas las palabras que empiecen por «j».

Piluca sorbió desafiante, pero estaba claro que necesitaba un hombro sobre el que llorar, porque enseguida le ofreció una manzana a Dani, que la aceptó encantada, y le indicó con un gesto que se sentara en una de las sillas colocadas en torno a una amplia mesa de madera.

—El cabronazo de mi ex. Primero se lía con una *cybergoth*, y luego me entero de que encima me ha robado el disco duro con un videojuego en el que llevaba meses trabajando. ¡Hijo de puta!

Dani, que acababa de darle un buen mordisco a la manzana, frunció la nariz y preguntó con la boca llena:

—¿Qué cosa es una *cybergoth*?

—¿Es que no sabes nada, jo…? —se detuvo justo a tiempo—. Una *cybergoth* es una cosa que no se sabe muy bien si es tía o tío, llena de *piercings*, con peluca de colores y, además, esta payasa en concreto lleva una máscara antigás que no se quita ni para dormir.

—Y, entonces, ¿tú no eres una *cybergoth*?

Los ojos azules de Dani resbalaron por las mechas, de todos los tonos del arcoíris, y la ingente cantidad de aros y bolas de titanio que atravesaban su nariz, cejas y labios, mientras le daba por preguntarse qué haría con todo ese metal el día que tuviera que pasar debajo del arco de seguridad de un aeropuerto.

—¡Joder, no tienes ni puta idea! ¡Yo soy *cyberpunk*!

—Bueno, bueno —Dani hizo un gesto impreciso con la mano—, algún día me explicarás la diferencia. Entonces, llorabas por lo de tu novio.

—Mi ex —puntualizó—. La verdad es que no tengo suerte con los hombres.

Piluca se encogió de hombros con fatalismo y, por primera vez, Dani tuvo un atisbo de la jovencita —bastante mona y muy vulnerable— que había debajo de aquella estética tan peculiar. De pronto, un rayo de inspiración divina la iluminó, y dijo como quien no quiere la cosa:

—Pues yo conozco a uno encantador que está loco por ti.

—¿Un tío encantador? ¿Loco por mí? Sí, claro.

—¡Fuego de pecho con el sarcasmo! —Al ver su expresión estupefacta, aclaró—: Perdona, es que hace poco he visto una reposición de «Mazinger Z» y me fascina Afrodita A, que es experta en sacudirse lo que no le mola de un tetazo. —Comprobó, una vez más, que la reina del *cyberpunk* empezaba a mirarla en plan «quémeestácontandoestachalada» (eso sí, con el adjetivo que empieza por «j» antes del sustantivo), y decidió retomar el asunto que las ocupaba—: Te lo repito: loco por tus huesitos.

—¿De verdad?

—¡Que se me caiga una viga encima si miento! —A Dani le pareció oír un crujido extraño y miró hacia el techo con recelo—. Ejem… ¡Que se me parta una uña si miento!

—¿Lo conozco?

—*Sip*.

—Pues no caigo.

—Un tipo fuerte, moreno, apuesto…

—¿El cartero?

—¡Leches, Piluca, frío, frío! El cartero debe de estar a punto de jubilarse, tiene el pelo gris y sería un eufemismo de los gigantes llamar *fuerte* a un tipo con semejante barriga.

—¡Déjate de rodeos y suéltalo de una vez, joder!

—Bueno, si te vas a poner violenta, mejor te lo digo: Toño, mi vecino.

—¿Toño?

Era obvio que no tenía la menor idea de quién le estaba hablando.

—Unos veinticinco, muy cachas, pelo oscuro, ojos marrones, vive con su madre, que es bastante plasta, y todos los días sale de su casa a las ocho en punto, con la bolsa de deporte al hombro, para echar una horita en el gimnasio.

—¡Ese tío! —Si existiera una escala para medir la decepción, la que encerraba su tono habría alcanzado el nivel más alto—. Pero ¿no es retrasado?

—Hombre, no es la reencarnación de Einstein precisamente, para qué nos vamos a engañar, pero tanto como retrasado…

—Una vez vino a comprar la fruta de la semana y estuvo veintitrés minutos y cuatro segundos de reloj, te juro que lo cronometré, calculando si lo había timado con el precio de las mandarinas.

—A ver, Piluca, yo siempre he creído que las mejores parejas son aquellas en las que cada miembro complementa al otro. Seguro que el capullo de tu ex era un cerebrito igual que tú, y mira cómo habéis acabado. Me juego el cuello a que, además de por la *cybergoth*, discutíais también sobre lógica booleana y cosas por el estilo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy adivina o, a lo mejor, porque se me ha pegado de mi psiquiatra, que es un sabiondo.

—¿Vas al psiquiatra?

Dani no entendía por qué a la gente la encandilaba el hecho de que fuera al psiquiatra; hasta entonces, siempre había pensado que era algo que ocultar y de lo que avergonzarse pero, al parecer, Freud o el de turno volvían a estar de moda.

—Algo parecido. En fin, a lo que íbamos. Ahora mismo, lo que te vendría como ron a la coca-cola sería tener un amigo que, más que por su cociente intelectual, destacara por estar cuadrado. Dime, si no, cómo vas a ir a partirle las piernas a tu ex y, de paso, a conseguir que te devuelva el disco duro. Tú, seamos realistas, eres poquita cosa.

A juzgar por la forma en que se iluminaron los grandes ojos color miel de Piluca, aquella idea debió de gustarle bastante, y se le escapó una sonrisa maliciosa que dejó ver sus dientes, muy blancos y regulares.

—Me fijaré más en él.

—¡Perfecto! —Solucionado aquello, Dani trató de conducir la conversación hacia donde en realidad le interesaba—. Por cierto, Piluca, necesito que me consigas una cosita…

—¿Un pasaporte falso?, ¿unos gramos de coca?, ¿una camiseta firmada por todos

los chicos de One Direction?, ¿un vibrador fosforito?…

—¿De verdad puedes conseguir todo eso?

—Tú pide y lo sabrás.

—En realidad, lo mío es más sencillo: necesito un equipo completo de pádel, sexi y baratísimo.

—¡Eso está tirado! ¿De cuánta pasta estamos hablando?

Dani abrió su monedero y lo cerró de nuevo con un suspiro.

—Pues, casi inexistente.

—¿Tienes algo para intercambiar?

—¿Eh?

—¿Has oído hablar del trueque? Tú tráeme algo que creas que me podría interesar y lo vemos.

Charlaron un rato más antes de despedirse, y luego Dani regresó a su casa caminando mientras hacía una lista mental de las cosas que tenía en la buhardilla que pudieran interesar a un ser tan peculiar como Piluca.

Capítulo 13

Faltaban dos días para Nochebuena y, como Susy ya podía valerse por sí misma, Dani y Bruno habían retomado las sesiones de terapia, aunque con el firme propósito, acordado por ambos, de mantenerlas en un terreno estrictamente profesional. En ese momento, más que como doctor y paciente, charlaban de cualquier cosa como dos viejos amigos.

—Entonces ¿irás a Sotogrande a pasar las Navidades con tu hermana y tu ahijado?

—Creo que este año será mejor que no me deje caer por allí. Tengo la sensación de que, en estos momentos, soy *persona non grata*, y eso que yo no tengo ninguna culpa de que tú te enamorases de mí con locura.

A Dani le entró la risa, y dijo sin pensar:

—Si quieres puedes venir a casa de Mica. Ya sabes que mi hermano está viviendo allí. Sus padres no volverán hasta dentro de unos cuantos meses, y me ha invitado a cenar.

—A lo mejor ella no quiere que un desconocido le fastidie su cena. Nochebuena es un momento para estar con las personas más cercanas.

—¡Tonterías! Si fuera por Mica, sentaría a su mesa al primer pobre con el que se cruzara por la calle; es la mejor persona del mundo.

—Pero yo no soy pobre.

—A pesar de ese pequeño hándicap, te recibirá con los brazos abiertos, le he hablado tanto de ti que está deseando conocerte.

—¿Sí? Y ¿qué le has contado, exactamente?

Dani le guiñó un ojo burlona.

—Le he dicho que eres el único hombre soltero y en edad de merecer que conozco que no ha caído rendido a mis pies.

—Imagino que muchos casados y hasta los ancianos más venerables han sido

víctimas de tu apreciable encanto.

—¿Es eso un cumplido, doctor Del Valle? —Él se limitó a encogerse de hombros—. Creo que será mejor que no responda a tus palabras, no quiero que luego me taches de vanidosa. Ahora en serio, si no tienes nada mejor que hacer, puedes pasarte a eso de las nueve y media. ¡Ah!, y tómate un omeprazol antes de venir, cocino yo.

En esta ocasión sí que consiguió sorprenderlo.

—¿De verdad eres capaz de cocinar una cena de Nochebuena? ¿O será algo más informal, tipo *pizza* y helado de postre?

—Canapés variados, consomé de Navidad y pavo relleno acompañado de puré de castañas. De postre: polvorones, mazapán y el resto del lote —respondió ella muy digna—. Mi hermano cocina de pena, y Mica, tres cuartos de lo mismo. Si hubieras estado prestando la debida atención a lo que te he contado durante las últimas sesiones, sabrías que era yo la que me ocupaba de cocinar para mi padre y mi hermano. Puede que parezca un arreglo un tanto machista, pero no me importaba en absoluto; la verdad es que disfruto cocinando.

—Pensé que era una de esas licencias poéticas que te tomas de vez en cuando.

—Pues ya ves que no. En este caso te he contado la puritita verdad.

—Entonces me apunto, pero te advierto una cosa…

Ella alzó las cejas expectante.

—Esto también puede sonar algo machista, pero las mujeres en la cocina me ponen.

—¿De verdad, cariño? Mmm, la cosa se anima… —Su tono, ronco y provocador, le arrancó una sonrisa.

—Ya ves. Es una manía que, a pesar de mis vastos conocimientos relativos a la psique humana, no he conseguido quitarme nunca. —Sacudió la cabeza con fingido pesar, antes de añadir con firmeza—: A las nueve y media, ¿no es así? Contad conmigo, seré puntual.

El pavo estaba en el horno, y Dani había aprovechado para darse un baño relajante y arreglarse. Colgado de una percha para que se le quitaran un par de arrugas, la aguardaba su único vestido elegante, que, a pesar de que ya tenía unas cuantas temporadas, le seguía quedando perfecto. Mica había insistido en que se quedara a dormir, pero Dani estaba decidida a no abusar de la hospitalidad de su amiga más de lo necesario y se había negado en redondo. Con un Caballero viviendo en su casa a mesa y mantel era más que suficiente, le había dicho.

Después de echar una última ojeada al espejo de cuerpo entero que había en la habitación que le había cedido su amiga y asegurarse de que aquella noche tenía el guapo aún más subido de lo habitual, Dani taconeó con fuerza en dirección al salón.

Su hermano y Mica conversaban sentados en un sillón y, al notar las miradas empalagosas que intercambiaban —de las que, al parecer, ellos eran los únicos que no eran conscientes—, Dani no pudo evitar un resoplido de fastidio. Había sido un error garrafal haber permitido que aquellos dos compartieran casa, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

—¿Queréis que abramos el champán o preferís vino? —preguntó dirigiéndose hacia la cocina.

—¡Champán! —contestaron al unísono, y a Dani aquella sincronización perfecta le dio dentera.

—Yo lo serviré, hermanita.

Luis se levantó en el acto del sofá y la acompañó a la cocina. Dani acababa de comprobar que todo estaba en orden cuando sonó el timbre de la entrada y corrió a abrir. Sin embargo, Mica se le había adelantado y, cuando llegó al recibidor, sostenía la puerta abierta para que Bruno pasara.

—¡Feliz Navidad, Mica!

—¡Feliz Navidad, Bruno! —Con toda naturalidad, intercambiaron un par de besos en las mejillas.

—¡Hola, Bruno! Veo que llego tarde a las presentaciones.

—Rubia, guapa y menuda, no había pérdida.

—Alto, moreno y fascinante, no, no la había.

—Me imagino que lo de «fascinante» te lo acabas de inventar, dudo mucho que Daniela me describa así. —Bruno esbozó su atractiva media sonrisa.

Saltaba a la vista que aquellos dos habían congeniado al instante, y Dani notó una sensación extraña en la boca del estómago que no supo a qué atribuir. Sin embargo, se sobrepuso en el acto y, entre risas, pasaron al salón.

El psiquiatra había traído dos botellas de Dom Pérignon, por lo que, muy contentos, decidieron que beberían champán durante el resto de la velada. A Dani le sorprendió que Luis y Bruno también hicieran buenas migas; su hermano tendía a comportarse con ella de un modo excesivamente protector y no solían agradarle los chicos con los que salía.

Cada vez que Bruno se llevaba a la boca alguno de los canapés que había preparado la miraba sorprendido. Mica, que se había dado cuenta, comentó con buen humor:

—Veo que Dani no te ha contado que es una cocinera excelente.

—No, no lo ha hecho.

—Pues espera a probar el pavo, Bruno —Luis se inclinó a rellenar las copas—. Es una receta secreta que hará que se te salten las lágrimas.

Poco después se sentaron a la mesa y empezaron a comer. El ambiente que aquella noche se respiraba en el comedor de la casa de los Waksman era inmejorable. La comida abundante y la bebida, más abundante aún, pronto hicieron que se les soltara la lengua. Luis se comportó en todo momento y no dijo nada desagradable; Dani y Bruno competían contando divertidas anécdotas que provocaban la hilaridad general, y Mica se limitaba a ser ella misma, entrañable y hospitalaria, algo que, invariablemente, lograba que todos los que estaban a su alrededor se sintieran a gusto.

Después de cenar pasaron de nuevo al salón y siguieron conversando y bebiendo champán. En un momento dado, Mica se levantó a traer otra bandeja de polvorones de la cocina, y Bruno, solícito, se puso en pie para ayudarla.

—Están hechos el uno para el otro.

Las palabras de su hermano pusieron letra a los pensamientos de Dani, quien no pudo evitar lanzar un suspiro. En efecto, durante toda la noche había notado la buena pareja que hacían su amiga, tan pequeña, rubia y delicada, y el psiquiatra, alto, moreno y elegante. Saltaba a la vista que los dos habían recibido una educación esmerada y se habían movido en los mismos círculos. A menudo intercambiaban anécdotas de esquí o de veraneos en yates en lugares exóticos de las que los Caballero quedaban excluidos. Dani era consciente de que ellos vivían al otro lado de aquella frontera invisible pero casi impenetrable que separaba a los que nadaban en la abundancia de los que chapoteaban a su alrededor a ver si les salpicaba algo y, de nuevo, sintió un doloroso calambre en el estómago. Para aliviarlo, le dio un buen sorbo a su copa de champán.

Casi a las tres de la madrugada se desearon feliz Navidad por última vez y, sin saber cómo, Dani se encontró en el interior del coche de Bruno.

—¡No hace falta que me lleves, de verdad, cogeré un taxi! —repitió por enésima vez, aunque, por más que trataba de pronunciar las palabras con una dicción impecable, notaba que en el trayecto del cerebro hasta su boca se volvían bastante confusas.

—A estas horas dudo que haya taxis, metro o autobuses.

—Pues creo que no deberías conducir, has bebido bastante.

—Al parecer, no tanto como tú.

—¿Insinúas que voy borracha? —La palabra sonó como si tuviera cinco erres más

de las que en realidad tenía.

—No, sólo un poco alegre.

Ligeramente apaciguada, Dani apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento, cerró los ojos y sonrió.

—Un poco alegre sí que estoy. Admito que el espíritu de Sue Ellen me ha poseído esta noche, pero ¡qué importa! Es Navidad, al fin y al cabo, tiempo de alegría y felicidad.

Cuando Dani volvió a abrir los párpados, el coche estaba detenido en el interior de un garaje desconocido. Aquella breve cabezada le había despejado bastante la mente, y sus palabras salieron con claridad:

—¿Dónde estamos?

—En mi casa.

—¡Oh, oh!

—No seas mal pensada, te he traído porque imagino que sigues sin calefacción.

—Negativo. He comprado leña con el dinero de la última sesión, así que ya puedes dejarme en mi buhardilla con la conciencia tranquila.

—Te quedarás en el dormitorio en el que dormiste la última vez —anunció él tajante, y a Dani, que estaba muerta de sueño, no le quedaron ganas de protestar.

Una vez en su piso, Bruno la llevó a la habitación a la que se había referido antes, le tendió una de sus impecables camisas, un cepillo y pasta de dientes, de esos que regalan en los hoteles envueltos en papel celofán, y volvió a desearle feliz Navidad y buenas noches.

Dani se desmaquilló con rapidez, se lavó los dientes y se puso la camisa masculina a modo de camisón. De pronto se había espabilado por completo, así que decidió acercarse al despacho a coger un libro que la ayudara a conciliar el sueño. Sin hacer el menor ruido, caminó descalza y de puntillas por el pasillo. La habitación estaba en penumbra; la única luz procedía de las farolas de la calle, pues nadie se había tomado la molestia de bajar la persiana. Esperó un instante hasta que sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad y se acercó a la librería, decidida a llevarse el primer volumen que tocaran sus dedos. Con un poco de suerte, sería un tostón sobre psiquiatría que la haría caer fulminada.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Sobresaltada, se volvió y distinguió la poderosa figura de Bruno acomodada en su sillón habitual frente a la chimenea apagada.

—¡Perdona, pensé que no había nadie!

—Ven. —La invitó con voz ronca al tiempo que extendía los brazos hacia ella.

Al comprender hasta qué punto aquel simple gesto la había tentado, Dani se dio cuenta de que no sólo estaba bastante alegre aún, sino de que el alcohol había mermado sus defensas considerablemente.

—No… no es necesario. De pronto… de pronto me ha entrado un sueño terrible. —Subrayó sus palabras con un bostezo exagerado.

—Daniela, ven —repitió Bruno sin cambiar de actitud, y, contra su voluntad, los pies de Dani empezaron a caminar hacia él muy despacio.

—Sé que esto es un error del que nos vamos a arrepentir —susurró convencida, sin detener su avance.

Bruno se puso en pie, la rodeó con los brazos y declaró en el mismo tono, áspero y ronco, que la ponía fuera de sí:

—Entonces hagamos algo de lo que, en verdad, merezca la pena arrepentirse.

El repiqueteo de unos nudillos en la puerta de su dormitorio la hizo levantar la cabeza del libro sorprendida.

—¡Adelante!

—He visto luz por debajo de la puerta y he pensado que tú tampoco podías dormir.

—Creo que hemos bebido demasiado champán —respondió Mica sonriente.

—¿Estás leyendo?

—Es una de mis tradiciones navideñas preferidas. Todas las Nochebuenas releo mi cuento favorito antes de acostarme.

—¿Un cuento? —Curioso, Luis se acercó a la cama, cogió el libro que estaba en su regazo y leyó en alto—: *Cuentos clásicos*. Vaya, vaya.

Se lo devolvió y, al mirarla, pensó que, en efecto, con aquellos rizos sueltos sobre los hombros —de un rubio claro natural, más propio de una noruega que de una española—, el recatado pijama de rayas de corte masculino y esas gafas de montura negra sobre la diminuta nariz, parecía una niña pequeña. Una niña pequeña y buena.

Al ver la mueca de diversión que se dibujó en sus labios, Mica enrojeció ligeramente y se apresuró a aclarar:

—Es *El Príncipe Feliz* de Oscar Wilde. Creo que es el cuento más precioso y más triste que existe, y en estas fechas adquiere para mí un significado especial.

—Mmm, un príncipe. Me interesa. No recuerdo que me hayan contado nunca un cuento, ¿me lo cuentas tú?

Sin pedir permiso, Luis se tumbó sobre la colcha a su lado, entrelazó las manos

detrás de la nuca y cruzó los tobillos. Llevaba aún la camisa blanca que se había puesto para cenar, desabotonada hasta la mitad del pecho, y los elegantes pantalones oscuros, pero iba descalzo y el cabello castaño lucía un despeinado de lo más seductor. Verlo así de relajado sobre su cama, con ese aspecto que invitaba al pecado y por el que cualquier mujer habría corrido, alegre, hacia la condenación eterna, la puso bastante nerviosa. Sin embargo, trató de disimular y su voz sonó serena cuando dijo:

—¿De verdad no te han contado nunca un cuento? Pobre.

Esta vez, la compasión que vibraba en sus palabras no lo molestó; al contrario, se sentía muy a gusto allí tumbado.

—Mi madre no era muy maternal que digamos, y mi padre estaba demasiado ocupado para ese tipo de cosas.

Mica pensó que debería haber una ley que obligara a que a todos los niños del mundo se les contara un cuento al menos una vez en la vida. Chasqueó la lengua y, con decisión, se colocó bien la almohada en la espalda, se recostó hasta encontrar la postura perfecta y empezó a leer con voz suave.

Arrullado por sus palabras, y con una sensación de bienestar que no recordaba haber sentido desde hacía mucho tiempo, Luis se dejó llevar por la belleza de la historia.

«—¡Qué cosa más rara! —dijo el encargado de la fundición—. Este corazón de plomo no quiere fundirse; habrá que tirarlo a la basura.

»Y lo tiraron al basurero, donde también yacía el cuerpo de la golondrina muerta.

»—Tráeme las dos cosas más hermosas que encuentres en esa ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles.

»Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

»—Has elegido bien —sonrió Dios—. Porque en mi jardín del Paraíso, esta avecilla cantará eternamente, y el Príncipe Feliz me alabará para siempre en mi Áurea Ciudad.»

Como hacía siempre, Mica permaneció un rato en silencio, con los ojos húmedos, saboreando el final del cuento. Por fin, se volvió hacia Luis para preguntarle si le había gustado y lo encontró profundamente dormido mientras unos suaves ronquidos escapaban de su boca entreabierta. Sonrió con ternura y, sin poder contenerse, se inclinó sobre él, lo besó en la frente y susurró:

—Duerme bien, mi amor, y que el espíritu del Príncipe Feliz y de su fiel ayudante velen tus sueños.

Estiró el brazo para apagar la lámpara de la mesilla de noche y se acercó a él todo lo posible, sintiendo el calor de su cuerpo a través de las sábanas y la manta que los

separaban. Con cuidado, colocó la palma de la mano sobre su pecho y, con un suspiro de satisfacción, se quedó dormida casi al instante.

Aún con la cabeza bajo las sábanas, se pasó la lengua por los labios y los notó irritados y muy sensibles y, al percatarse de que había otras partes de su cuerpo igual de irritadas y sensibles y de que estaba desnuda por completo, supo que no lo había soñado.

No, no había sido un sueño.

Cuando Bruno la alzó entre sus brazos y la depositó sobre aquella cama enorme, no estaba sonámbula, ni siquiera borracha. El champán, simplemente, la había liberado de sus inhibiciones, pero lo que había ocurrido encima de aquel colchón —que, a juzgar por su comodidad, debía de ser viscoelástico y no de muelles deformados por años de uso como el suyo— había contado con su consentimiento total y su, más que entusiasta, participación.

Por mucho que ahora le habría gustado decirse a sí misma que había sido un folleteo sin importancia, una cana al aire, un «aquí te pillo aquí te mato y si te he visto no me acuerdo», y habría preferido ser capaz de encogerse de hombros con indiferencia y olvidar lo ocurrido, mucho se temía que aquello no iba a resultar tan sencillo. Entre otras cosas porque, desde lo de Jules, no había vuelto a acostarse con ningún otro hombre. Un intercambio de besos y abrazos, alguna caricia más subida de tono, sí, pero después de la dolorosa traición de su primer novio no se había atrevido a volver a hacer el amor con nadie. Aquella pose de devoradora de hombres que se los comía crudos para luego escupirlos a modo de huesos de aceituna no era más que eso, una pose patética.

Y lo peor no era que le hubiera dado por sacudirse las telarañas con un hombre como Bruno, seductor, con mundo, considerado y, a juzgar por las sensaciones que había experimentado con sus caricias, con mucha mucha experiencia. No, eso lo entendería cualquier mujer mayor de once años y menor de ciento noventa que no padeciera un caso severo de ceguera de topo. No. Lo peor era que, como una idiota sin medio dedo de frente, se había enamorado de él.

Enamorada. De él.

Al oír el eco de esas palabras en el interior de su mente, Dani se arrebujó aún más bajo las sábanas, se abrazó las piernas y se hizo una pelotilla.

Idiota, tonta, cretina, ilusa…, la lista era interminable. Ni siquiera podía decir que no lo había visto venir. ¡Por Dios, si la primera vez que había visto a Bruno en casa de

su hermana Eva sus rodillas sufrieron una sacudida de 6,9 en la escala de Richter! Con el pretexto de que necesitaba el dinero de las sesiones de terapia, había acudido a su casa, había permitido que la besara, se había mostrado chuleta y provocadora, había hablado con él de cosas que no le había contado a nadie más y, poco a poco, había caído víctima de su encanto, pobre estúpida.

Se concentró un poco más y revivió aquella primera cópula. ¡Por Dios, qué palabra más horrible! Eso sonaba a lo que hacían los caballos. ¿Coito?, no, no era mucho mejor. ¿La primera vez que hicieron el amor? Tenía claro que la única que había puesto amor encima de aquel maravilloso colchón viscoelástico había sido ella. La primera vez… que unieron sus cuerpos. Sí, eso quedaba mil veces más bonito y, en realidad, se asemejaba con mayor precisión a lo que había ocurrido esa noche. Al menos, desde su punto de vista.

Aquella primera vez, Bruno se había mostrado impaciente —«Será la novedad; debo de ser la única mujer que se le ha resistido un par de meses», se dijo Dani con fatalismo, haciendo un inciso en sus propios pensamientos—, tan impaciente que no había perdido el tiempo en desabrochar los botones de la camisa que le había prestado y se la había arrancado de un brusco tirón. Luego se había abalanzado sobre ella y había esparcido una lluvia de besos y suaves mordiscos por todo su cuerpo que incluso ahora, al recordarlos, aún tenían el poder de calentarle la sangre. Los dos se habían revuelto como fieras salvajes, tanto que incluso se habían caído de la cama. ¿Había apagado aquel pequeño incidente su ardor? Ni por un segundo. Bruno la había alzado entre sus brazos una vez más, la había apoyado contra la pared del dormitorio, le había roto las bragas —a ella, que pensaba que eso sólo ocurría en las novelas eroticofestivas— y, sin más preámbulos —aunque, a juzgar por la fluidez con la que había ocurrido todo, no eran necesarios—, se había hundido en ella una y otra vez, con un ritmo *in crescendo* que casi la había hecho levitar de puro éxtasis.

¡Oh, cielos, había sido tan… tan…! Sacudió la cabeza; desde luego, nunca ganaría un premio a la elocuencia y el dominio del lenguaje, pero es que era incapaz de traducir en palabras semejantes emociones; aquel abandono, aquel deseo desenfrenado, aquella locura que no se calmó hasta que lo tuvo dentro de sí, y ni siquiera entonces. Y luego, cuando yacieron agotados y estrechamente abrazados, con la mejilla apoyada en el pecho poderoso mientras escuchaba el latir acelerado del corazón de Bruno, había tenido aquella extraña sensación…

La sensación de que ése era el lugar exacto al que ella, Daniela Caballero, una persona que jamás había conocido un hogar estable, pertenecía.

Pero la cosa no había acabado ahí, qué va. Habían dormido unas pocas horas

hasta bien entrada la mañana y, entonces, el calor de una mano experta, que le acariciaba el vientre y la cadera, la había despertado de nuevo. Aquella segunda vez. ¡Oh, cielos! Vaya, se estaba repitiendo, a ver… *Sapristi!* ¡Albricias! ¡Voto a bríos! No sabía qué exclamación, si es que existía, vendría más al pelo para resumir aquella segunda vez.

En aquella ocasión Bruno no se había mostrado impaciente, sino todo lo contrario. Había explorado su cuerpo muy despacio, sin dejar ni un milímetro de su piel por recorrer, y esas caricias hipnóticas casi la habían hecho gritar de pura impaciencia por volver a sentirlo dentro de sí. Desde luego, se notaba que era loquero. La había vuelto completa e irremediablemente loca.

—¿Piensas pasar el resto de tu vida debajo de las sábanas?

La indolente voz de bajo penetró las capas de tela y erizó todos los poros de su piel. En ese momento, le habría gustado ser capaz de teletransportarse a su buhardilla para no tener que enfrentarse a él precisamente cuando estaba reviviendo la forma en que la había hecho gemir de placer pero, por desgracia, carecía de los conocimientos técnicos precisos. Con desgana, asomó los ojos por encima de las sábanas y se lo encontró sentado en una butaca a los pies de la cama, con las manos entrelazadas, los antebrazos apoyados encima de los muslos y las pupilas clavadas en ella.

Saltaba a la vista que acababa de ducharse; tenía el pelo mojado, y el cuello de otra de esas viejas camisetas que usaba para estar en casa estaba húmedo. Una vez más, iba descalzo y llevaba los vaqueros desgastados que tan bien le sentaban. Dani no pudo evitar lanzarle una mirada cargada de rencor al ver aquella actitud, en su opinión, inapropiadamente relajada en comparación con su propio tumulto interior.

—Feliz… feliz Navidad.

Aunque trató de imitar el aire indiferente de una mujer experimentada para la que amanecer en una cama ajena después de haber estado haciendo el amor toda la noche es el pan de cada día, Dani tan sólo pudo esbozar una sonrisa tímida mientras se aferraba con más fuerza a la tela de algodón egipcio que la tapaba hasta la barbilla.

—Feliz Navidad. —Bruno no le devolvió la sonrisa—. Te traigo lo que acordamos.

Despacio, se puso en pie, se acercó hasta ella y depositó unos papeles sobre la colcha. Dani lo miró con expresión confundida, sin comprender muy bien qué estaba sucediendo. Lo único que sabía de cierto era que su frialdad, después de lo ocurrido la noche anterior, le estaba provocando unas dolorosas punzadas en el estómago.

Con dedos no muy firmes, cogió uno de los papeles. Era un cheque al portador por valor de seis mil euros; entonces, cogió el otro y vio que era idéntico al anterior.

—¿Dos cheques? —Se alegró al comprobar que, al menos, su voz no temblaba.

—Anoche hicimos el amor dos veces, así que creo que es lo adecuado.

Sus ojos azules se inundaron, pero parpadeó con fuerza para que él no lo notara. Le habría gustado coger aquellos odiosos pedazos de papel y rasgarlos por la mitad delante de sus narices, pero el orgullo, el único sentimiento que la había hecho mantenerse a flote en las numerosas ocasiones en que las circunstancias de su vida habían conspirado para hundirla, llegó al rescate. En tono impasible, a pesar de que por dentro sentía tanto frío que se temió que, de un momento a otro, sus dientes empezarían a castañetear, replicó con serenidad:

—Dos polvos, dos cheques.

—Si prefieres llamarlo así… —Nada en su tono ni en su expresión traicionaba la menor emoción.

—Creo que no hay otra forma de llamarlo. En fin, está claro que eres un hombre de honor que paga sus deudas, de lo que me alegro infinito. Ahora te agradecería que me dejaras sola. Me gustaría ducharme, si no te importa.

—Por supuesto que no, te he dejado toallas limpias en el baño.

—El perfecto anfitrión —afirmó sarcástica.

Algo peligroso asomó en los ojos oscuros; sin embargo, sonó calmado cuando empezó a decir:

—Daniela, yo…

—Bruno, por favor, sobran las explicaciones. Lo de anoche fue lo que fue. Estaba en el aire. En realidad, siempre supe que sí querías acostarte conmigo y ya no puedo disimular que a mí me ocurría lo mismo. Pues nos hemos dado el gusto, tu orgullo ha sufrido ligeramente y yo soy un poco más rica: nada irreparable. Y ahora, por favor, sal del cuarto. Estoy deseando ducharme y no me apetece pasearme desnuda delante de ti; llámalo el corte del día después.

—Te espero fuera.

En cuanto salió de la habitación, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria, Dani saltó de la cama, corrió al baño, abrió el grifo de la ducha a toda potencia y se refugió bajo el chorro caliente antes de empezar a llorar con sollozos desgarradores.

«Idiota, imbécil, flipada, estúpida romántica…», empezó con la interminable retahíla una vez más. ¿Por qué aquello iba a ser importante para él? ¿Tan especial se creía? Sorbió con intensidad mientras su cuerpo se sacudía por los feroces hipidos.

Aunque, si lo miraba desde otro punto de vista, sí que era especial. Tenía el dudoso honor de haberse convertido en un hito para Bruno del Valle; era la primera y única mujer a la que había pagado en su vida, y con mucha generosidad, todo había

que decirlo, para mantener relaciones sexuales. Saltaba a la vista que, para él, era poco más que una prostituta de lujo. Sus sollozos arreciaron al pensarlo y estuvo así un buen rato, dejando fluir las lágrimas junto con el agua caliente, hasta que llegó un momento en el que ya no le quedaron más.

Agotada, salió de la ducha y se secó el pelo con una toalla. Volvió a ponerse la ropa con la que había llegado a casa de Mica, algo que parecía haber ocurrido hacía un par de siglos, y dio gracias a Dios por ser de esas mujeres que podían llorar a gusto sin que los párpados se les hincharan como pelotas y se les pusieran rojos los ojos. Recogió las prendas que había esparcidas por el suelo de la habitación, incluidas sus pobres bragas rotas y la camisa masculina, a la que ahora le faltaban todos los botones. Dobló esta última con cuidado —casi se le saltaron de nuevo las lágrimas— y la dejó sobre la butaca en la que él se había sentado hacía apenas unos minutos. Cuando terminó, se miró una vez más en el espejo para asegurarse de que su aspecto no daba la menor pista de su cataclismo interior, cogió aire y salió de la habitación.

Bruno la esperaba en el salón, pero Dani fue directa al recibidor, donde había dejado el abrigo la noche anterior, y se lo puso.

—¿Te vas?

El psiquiatra se había acercado a ella sin hacer ruido, y la enervante proximidad de aquel cuerpo imponente —que la noche anterior había recorrido desde todos los ángulos con las yemas de los dedos, codiciosa— a punto estuvo de hacerla llorar a gritos una vez más. Sin embargo, logró controlarse y lo miró muy digna. A pesar de que cultivaba la impasibilidad de costumbre, Dani tuvo la impresión de que él estaba furioso, pero se dijo que estaba imaginando cosas.

—Tengo que hacer un montón de recados.

—¿El día de Navidad?

—Sí, el día de Navidad.

Dio media vuelta para abrir la puerta, pero al sentir el peso de la mano masculina sobre su hombro, se detuvo en seco y preguntó sin volverse:

—¿Qué quieres?

—Creo que tenemos que hablar.

—Yo, en cambio, creo que ya nos lo hemos dicho todo. Por cierto, eso me recuerda que sí que hay una cosa que quería decirte: ahora que tengo fondos, pienso que será mejor que dejemos nuestras sesiones de terapia. Tengo la impresión de que estoy curada, ¿qué opina usted, doctor? —Trató de darle un matiz de frivolidad a sus palabras.

Notó que su mano le apretaba el hombro con más fuerza antes de que él la relajara

una vez más y la soltara por fin.

—Como quieras.

Dani salió a toda prisa y se metió en el ascensor, pero antes de que la puerta de acero se cerrase del todo, lo oyó prometer con su característico tono indolente:

—Volveremos a vernos, Daniela.

Despacio, caminó hasta el despacho y se sentó en su sillón de siempre. Por unos instantes barajó la idea de encender la chimenea pero, finalmente, lo dejó estar. Con la mirada clavada en el hogar vacío, pensó que, más que con la habilidad de un psiquiatra de reconocido prestigio, había manejado aquella situación con la torpeza de un adolescente herido.

Lo ocurrido la noche anterior lo había sacado de quicio hasta tal punto que no era capaz de identificar la tremolina de emociones que se habían apoderado de él. Mientras esperaba a que Daniela asomara la cabeza por encima de las sábanas, estaba tan nervioso que incluso le temblaban las manos, y a Bruno del Valle, el reputado psiquiatra a cuyos pies caían rendidas las mujeres, aquella sensación de incertidumbre no le gustaba en absoluto.

Entonces había decidido someterla a una especie de prueba estúpida; aunque, a esas alturas de la vida, debería haber sabido de sobra que, cuando se pone a prueba a los seres humanos, en la mayoría de los casos sale el tiro por la culata. En el fondo era consciente de que estaba cometiendo un grave error, pero aquella situación lo había trastornado hasta el punto de no ser capaz de medir las consecuencias.

Al dejar caer los dos cheques en su regazo había esperado que Daniela se ofendiera y se los tirase a la cara. Esa reacción le habría demostrado que lo ocurrido entre ellos no sólo lo había afectado a él, hasta el punto de poner patas arriba, de la noche a la mañana, su cómoda existencia, sino que también había significado algo para ella. Quería demostrarse a sí mismo que no era uno más de aquellos patéticos incautos de los que Daniela Caballero se aprovechaba. Su idea era disculparse después, hacer las paces con un nuevo maratón sexual y establecer una relación como otras que había mantenido en el pasado: confortable, bajo control, y en la que cada cual ocupara su lugar.

En realidad, no había mentido cuando había dicho que no quería acostarse con ella. Desde el principio había sabido que, si lo hacía, se complicaría la vida más de lo necesario, pero había sido incapaz de resistirse. Daniela Caballero era demasiado bella, demasiado inteligente, demasiado divertida; demasiadas cosas buenas juntas, y

él tan sólo era un hombre. Las sensaciones que lo habían invadido al estar dentro de ella la noche anterior habían sido completamente inesperadas, pero se había persuadido a sí mismo de que, al cabo de unos pocos meses, las cosas volverían a su cauce.

Y, sin embargo…

Daniela no había reaccionado de la forma prevista. Hasta ese instante, había pensado que la conocía bastante bien pese a la reserva, no demasiado evidente para el resto de los mortales, que la envolvía; pero estaba claro que se había equivocado por completo.

En realidad, ella nunca había tratado de engañarlo. Según confesión propia, era egoísta, aprovechada, poco aficionada a la sinceridad, sin muchos escrúpulos y con una moral bastante laxa. En resumen: una buscavidas casi desde la cuna. Pero durante aquellas sesiones junto al fuego, le había dado la impresión de que había algo más bajo aquella capa que la rodeaba, igual que el impenetrable escudo protector del *Halcón Milenario*. Le había parecido detectar una generosidad que trataba de esconder a toda costa, una vulnerabilidad que lo llenaba de ternura, un ansia de conducir su vida por otros derroteros menos turbios… ¡Menuda sarta de estupideces! Era obvio que no podía estar más equivocado: no había tardado ni dos segundos en aceptar los cheques.

Daniela Caballero sólo iba detrás del dinero.

Irritado, retiró el mechón de pelo oscuro que había resbalado sobre su frente con impaciencia y recordó la primera vez que habían hecho el amor. ¿Amor? Se habían acostado. Punto.

Y, sin embargo…, jamás había perdido el control de esa manera.

Ni siquiera pudo esperar para desnudarla; se había limitado a arrancarle la camisa y destrozar su ropa interior y la había poseído contra la pared. Y lo peor de todo: ya llevaba un rato dentro de ella cuando se dio cuenta de que no se había puesto el preservativo. Por suerte, había recobrado la cordura suficiente para parar unos segundos y colocárselo. Él, que siempre se había vanagloriado de su autodominio y que se había jurado a sí mismo que no engendraría hijos.

Aún no podía creer hasta qué punto había perdido la cabeza.

Y, a pesar del increíble orgasmo que había alcanzado, no había quedado saciado. Daniela se había dormido enseguida, pero él, ya fuera por los efectos de la pasión sexual o por el exceso de champán, había permanecido despierto, abrazado a ella con la nariz enterrada en los fragantes cabellos castaños, tratando de contener el ardor que volvía a invadirlo con desacostumbrada rapidez. Hasta que ya no había podido

resistirlo más y, de nuevo, la había hecho suya, aunque, en esta ocasión, había paladeado, muy despacio, cada partícula de su piel, demorándose de modo especial en el minúsculo tatuaje en forma de estrella justo a la altura de la pelvis.

¡Dios!

Hundió de nuevo los dedos en los espesos cabellos oscuros, tratando de ahogar la excitación que, una vez más, crecía en él sólo de recordar aquellos instantes.

Y lo más gracioso de todo era que, en varias ocasiones, había pensado que ella no tenía tanta experiencia como le había hecho creer. A pesar de su apasionada respuesta, sus caricias en algunos momentos le habían parecido algo torpes y vacilantes. Y, sin embargo…, aquella aparente inseguridad lo había excitado aún más si cabe.

Daniela Caballero, la intrépida mercenaria que no dudaba en utilizar su cuerpo para conseguir el botín, una mujer inexperta.

Era para partirse de risa y, sin embargo…

Capítulo 14

Luis despertó muy descansado, a pesar de que le dolía un poco la cabeza. Seguramente había bebido demasiado champán en la cena. Abrió un ojo y lo volvió a cerrar en el acto horrorizado. ¡¿Qué demonios?! Decidió abrir los dos…, pero no. No era que su ojo derecho estuviera defectuoso; allí seguía la terrorífica estampa que le había puesto los pelos de punta.

A menos de treinta centímetros, apoyado en la misma almohada en la que descansaba su cabeza, estaba el rostro angelical de Mica, que seguía durmiendo con placidez, con la melena revuelta y un leve tono rosado en la delicada piel de las mejillas producido por el sueño.

«¡No, joder! ¡No es posible! ¡No puede ser que sea tan hijo de puta como para…!» Fue incapaz de terminar la frase ni siquiera en su mente.

Respiró hondo en un intento de controlar las frenéticas pulsaciones de sus arterias y se dispuso a evaluar la situación: uno, Mica estaba metida debajo de las sábanas; dos, él yacía encima de la colcha completamente vestido. No, no se habían acostado. El suspiro de alivio que lanzó fue tan potente que alborotó un par de rizos rubios que caían sobre la frente pálida.

Empezaba a recordar: Mica se había ofrecido a leerle un cuento y él debía de haberse quedado dormido escuchándola. Había sido todo de lo más inocente. Sin atreverse a hacer el menor movimiento, permaneció con la mejilla apoyada en la almohada contemplando, embelesado, el precioso rostro de la amiga de su hermana.

¡Joder, qué guapa era! Tenía una belleza tan frágil y tan pura que, cuando empezó a notar una tensión sospechosa en la entrepierna, se sintió fatal. ¡No era más que un sátiro repugnante acechando a una ninfa inocente y desprevenida! Volvió a respirar hondo, apretó los dientes, contó ovejitas, aunque estaba casi seguro de que ese remedio era para otra cosa; sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, el deseo

seguía creciendo incontenible.

Su yo malvado, ese que lo llevaba a cometer todo tipo de locuras siempre y cuando le hicieran secretar adrenalina y le reportaran algún tipo de beneficio inmediato, susurró en su cabeza que era un momento inmejorable para hacerle el amor como soñaba desde hacía años; le aseguró que estaba seguro de que ella no se resistiría, que lo estaba deseando; le recordó que Mica ya era una mujer adulta y con experiencia. Pero al ver que, a pesar de todos sus argumentos, Luis seguía inmóvil, con los dientes apretados, la frente sudorosa y una erección de antología entre las piernas, lo dejó por imposible y, muy digno, se cruzó de brazos y le dio la espalda.

Despacio, Luis extendió el brazo y con la punta de los dedos, que temblaban de mala manera, rozó apenas aquella boca, candorosa y tremendamente provocativa, antes de susurrar de manera inaudible:

—Te quiero, Mica. Desde siempre.

Y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se levantó de la cama y, con piernas no muy firmes, se volvió a su habitación decidido a acabar con aquella dolorosa rigidez bajo el chorro de agua fría de la ducha.

Había pasado una semana desde lo de Aquella Noche. En su cabeza, siempre pensaba en Esa Noche con mayúsculas. Al día siguiente, había ido a la frutería a llevarle a Piluca una serie de objetos que le habían parecido interesantes, que la chica aceptó encantada a cambio del equipo de pádel.

Al enterarse de que buscaba trabajo, le había dicho que fuera a ver a una prima suya que trabajaba en unos grandes almacenes de la Gran Vía. Estaban buscando gente que supiera envolver regalos, así que ya tenía empleo hasta el 5 de enero. No es que estuviera muy bien pagado, pero mejor eso que nada. Envolvía de diez a siete de la tarde, con una hora para comer, y cuando salía aprovechaba para visitar a Jeny y a su madre. A pesar de que aún no le habían quitado la escayola, Susy se movía con la agilidad de un canario cojo por toda la casa, ayudada de una muleta, y se las apañaba bastante bien para atender a la pequeña.

—Te noto *remustia* —comentó la peluquera en una de esas ocasiones mientras Dani, con Jeny tumbada sobre sus muslos, trataba de llamar la atención de la niña haciendo todo tipo de ruidos.

—Son estas fiestas. Me deprimen.

—Pues a mí me chiflan.

—Será porque no tienes que utilizar un kilómetro de papel y cien metros de celo al

día para envolver regalos que no son para ti.

—¡Tengo el mejor remedio para animarse! ¡Camarón de la Isla!

Su amiga saltó a la pata coja hasta un radiocasete que había sobre el televisor de pantalla nada plana, entremedias de una muñeca flamenca y un toro en actitud agresiva, y puso una cinta. Al instante, la vivienda se inundó con la inconfundible voz de Camarón.

—Hacía siglos que no veía uno de ésos.

—Manolo y yo escuchamos la misma música desde que estábamos en el instituto, así que no tiene mucho sentido modernizarse. A la Jeny también le gustan nuestras canciones.

El bebé soltó un gritito feliz que pareció confirmarlo.

—¡Qué rica es!

—¿A que sí? Mi Manolo está como loco con ella, y la verdad es que me alegra un montón que sea niña. Me daba un poco de repelús pensar en todo ese tema de las polinizaciones nocturnas de los chicos.

Dani reprimió el impulso de corregirla y preguntó:

—¿Qué tal va Manolo?

—¡Uy, no te lo vas a creer! Lleva dos semanas sin beber y ya casi no le tiemblan las manos. El doctor Del Valle le ha buscado un trabajo de vigilante nocturno en una obra pero, además, está pendiente de la peluquería y se ocupa de la Jeny que da gusto verlo. Hasta se da más maña que yo con los baños. Cuando vea a tu psiquiatra le voy a dar un buen beso en los morros.

—Ya no es mi psiquiatra.

Susy le lanzó una mirada sagaz por entre los párpados entornados.

—¿Es por eso por lo que estás tan tristona?

—Te he dicho que es porque me deprimen las Navidades.

—Y ¿ya no os veis?

—No.

—Pues me pareció que le gustabas bastante.

—Creo que has perdido vista con el embarazo y la lactancia. Demasiado desgaste.

—Mira, Dani, si de algo entiendo yo es de hombres. Tengo cinco hermanos y quince primos, todos ellos varones. El pueblo en el que me crié era un auténtico campo de nabos; las mujeres éramos un bien escaso y, por ello, más preciosas que el oro, así que sé de lo que hablo. Tú le gustas y él a ti también.

Al oírla, Dani dio un respingo y Jeny agitó los brazos en el aire furiosa.

—¡Shhh, tranquila! —La estrechó contra su pecho y besó aquel cuello calentito

que olía a leche tibia—. Hay que ver qué tonterías dices, Susy.

—Sí, tonterías, ja. ¿Crees que no me doy cuenta de que te he puesto en un *membrete*?

—*Membrete* total. Bueno, tengo que irme.

—Eso, sal huyendo, cobarde de la pradera.

—Te veo mañana.

Dani le dio un último beso a Jeny antes de dejarla sobre la cuna. Cuando salió a la calle seguía haciendo el mismo frío espantoso que se había hecho fuerte en la ciudad desde hacía dos meses, así que se tapó hasta los ojos con la bufanda y caminó con la cabeza gacha para evitar las ráfagas de viento gélido. Trató de no pensar en Bruno, pero fue inútil; en cuanto no estaba ocupada con algo, sus pensamientos volvían a Aquella Noche con la tenacidad de un bumerán.

Lo echaba de menos. Añoraba aquellas conversaciones frente al fuego en su despacho mientras saboreaban una copa de vino y algo de comer, y por las noches sus sueños, monotemáticos, eran tan eróticos que se despertaba entre jadeos, y lo que echaba en falta era aquel cuerpo, firme y cálido, pegado al suyo.

Pues sí que le había dado fuerte; aquel hombre era peor que la gripe aviar. La había llamado en un par de ocasiones pero, aunque había tenido que sujetarse una mano con la otra para evitar contestar, Dani no había cogido el teléfono y, después, nada.

Iba tan concentrada en sus pensamientos que no vio al hombre que estaba parado frente a su portal y chocó con fuerza contra él. Si no hubiera sido porque él la sujetó por los brazos, se habría caído de espaldas sobre la acera.

—Perdón —se disculpó sin aliento.

—Hola, Daniela.

Incrédula, alzó la vista y descubrió el atractivo rostro de Bruno a menos de veinte centímetros de su cara. Su corazón empezó a latir enloquecido, pero a pesar de todo consiguió decir con calma:

—Hola, Bruno. No me digas que pasabas por aquí.

—No estaba seguro de que siguieras viviendo en este cuchitril. —Y añadió sarcástico—: Ahora que ya dispones de unos ahorrillos, pensé que igual te habías mudado.

—Pues ya ves que no y, la verdad, te agradecería que mostraras un poco más de respeto cuando hablas de mi hogar.

—Lo siento. ¿Podemos subir a tu *hogar*? Hace un frío que pela.

A Dani no le gustó el matiz burlón que imprimió a la palabra. No sabía qué estaba

haciendo allí pero, desde luego, no estaba dispuesta a aguantar indirectas ni ironías y, sobre todo, tenía claro que no quería estar a solas con él en su apartamento.

—No, no podemos. Estoy esperando a alguien. —Decidió no aclararle que Mica había prometido pasarse un poco más tarde; no era de su incumbencia a quién invitaba a su casa—. Así que, si no te importa, dime rápido lo que tengas que decir porque me estoy helando.

—¿Ya tienes a una nueva víctima en la recámara?

—Quizá.

—Eres insaciable.

A pesar de que mantenía un tono sereno, le pareció que los ojos oscuros brillaban con furia detrás de los gruesos párpados. Absurdo; estaba más claro que el agua que lo que había ocurrido entre ellos en Aquella Ocasión no significaba nada para él.

—Ya ves. Tic, tac, tic, tac…

—Quería hablar contigo de lo que ocurrió el otro día, tranquilamente. Los dos somos adultos, así que no entiendo por qué no podemos continuar con esta relación.

Sin saber por qué, aquellas palabras, tan inocentes, la hicieron hervir de rabia, pero se contuvo y respondió con una la calma de la que se sintió orgullosa:

—Simplemente, porque no es ninguna relación. No creo que ni siquiera tu abultada cartera pudiera resistir el pago de seis mil euros por polvo durante mucho tiempo. Sobre todo, si tenemos en cuenta que, por lo que se ve, a los dos nos va la marcha.

Bruno echó la cabeza hacia atrás como si lo hubiera golpeado.

—¿Tienes que ser tan vulgar?

—Me temo que soy una persona vulgar. En mi vida, al contrario que en la tuya, no hay fines de semana en Baqueira, ni esquí acuático con la motora en Marbella, ni cenas benéficas con foto en el ¡*Hola*! incluida.

—¿Crees que las cosas materiales son las que marcan la diferencia?

—La verdad es que no tengo ni idea, y me temo que no tengo tiempo para disquisiciones filosóficas; ya se me han congelado tres dedos de la mano izquierda y dos de la derecha.

—Podemos estar juntos una temporada, durante ese tiempo no te faltará de nada.

De nuevo sus palabras se clavaron en su más que magullado corazón, y lo sintió sangrar. Sin embargo, consiguió mantener el control.

—Me siento halagada. El gran Bruno del Valle dispuesto a pagar por la compañía (queda más bonito que hablar de sexo, ¿no?) de una mujer.

Él la agarró con fuerza de los brazos.

—Eres…

—Ya sé lo que soy —lo interrumpió en el acto, sin acusar el dolor que le causaba la salvaje presión de sus dedos—. Así que creo que te hago un favor cuando digo que prefiero que te mantengas alejado de mí.

—¿Te está molestando este hombre?

La voz amenazadora de su vecino resonó a escasos metros de ellos.

—No te preocupes, Toño, ya se va. Espérame en el portal, por favor, tengo que hablar contigo.

Toño hizo crujir los nudillos a modo de aviso, antes de desaparecer en el interior del vestíbulo, obediente.

—Y, si no lo hago, ¿vas a azuzarlo contra mí? —Una vez más, la voz perezosa estaba cargada de burla.

—Es posible.

—No será necesario. Ya me voy. Tienes razón, el gran Bruno del Valle no necesita suplicar a una mujer para echar unos cuantos polvos y, por supuesto, no necesito pagarlos. También estás en lo cierto respecto a otra cosa: a juzgar por la prisa que te has dado para cobrar los cheques, creo que tu alma codiciosa acabaría en breve con mi cuenta corriente. Así que lo mejor será que nos despidamos ahora. —De improviso, la acercó aún más a él y le dio un beso cruel que le hizo daño—. Adiós, Daniela, admito que mereció la pena pagar por el placer de follarte un par de veces. ¿Ves? A pesar de la esmerada educación que recibí, yo también puedo ser vulgar.

La soltó con brusquedad y desapareció con rapidez por una calleja donde debía de haber aparcado el coche.

Dani permaneció inmóvil, con las piernas temblorosas, mientras lamía con la punta de la lengua una pequeña gota de sangre de su labio inferior, aunque el dolor era insignificante comparado con el que había provocado en su alma aquel discurso hiriente. De todas formas, ahora no era el momento de derrumbarse. No quería que Toño la viera llorar, así que inspiró hondo varias veces, hasta que se sintió lo suficientemente calmada como para entrar en la casa.

—Ese tío sigue sin gustarme un pelo.

—No te preocupes, Toño, no creo que vuelva más por aquí —replicó ella con fingida indiferencia, y se apresuró a cambiar de tema—: ¿No te pelas así vestido?

Su vecino, en su línea habitual, tan sólo llevaba una fina camiseta de algodón y, como única concesión al frío polar, se había puesto un plumífero sin mangas.

—Dani, mi amor, ¿tú has visto esto? —Dobló los brazos y apretó los puños en plan culturista, de modo que los bíceps hipertrofiados se hincharon aún más.

—Sí, sí, lo veo, lo veo. —Dani disimuló una mueca de disgusto y volvió a cambiar de asunto—: Tengo una noticia bomba para ti.

Al oírla, los ojos de Toño brillaron llenos de esperanza.

—¿Vas a venir a verme al campeonato?

Ella se apresuró a negar con la cabeza. A lo mejor era rara, pero lo último que le apetecía era enfrentarse a un surtido de hombres llenos de músculos aceitados, vestidos con tangas de colores y poniendo posturitas.

—Imposible, ya sabes que me debo al mundo del regalo. No, la noticia bomba es que me he enterado de que una chica monísima del barrio está loca por ti.

—¿Sí?

A Dani le dio la sensación de que a su vecino se le desencajaba la mandíbula inferior de la sorpresa.

—Sí.

—¿En serio?

—En serio.

—¿De verdad?

Su interlocutora perdió la paciencia.

—¡Si quieres te lo juro encima de una Biblia! —Mejor no, porque a lo mejor le caía un rayo y la fulminaba—. ¿No te interesa saber de quién se trata?

—Claro que sí.

—Es Piluca.

—¿Piluca? —La verdad era que aquella expresión de perplejidad total no lo favorecía en absoluto.

—La hija de la frutera.

—¿La del pelo de colores que viste tan raro?

—Esa misma.

—Pues siempre había pensado que ésa era más de almeja que de rabo.

Dani puso cara de asco.

—¡Caramba, Toño, qué expresión tan repugnante!

—Perdona, es que estoy muy sorprendido.

—Verás, el otro día entré en la frutería y la pillé llorando desconsolada porque no le hacías ni caso. —Las medias verdades, por lo general, resultaban más convincentes.

—¿De verdad?

Dani se temió que empezara de nuevo con la misma cantinela, así que decidió que

lo mejor sería soltar toda la información de golpe, para que luego él la fuera digiriendo, poco a poco, en la intimidad de su habitación.

—Está loquita por ti, pero empieza a perder la esperanza. Además, un mal amigo en el que confiaba le ha robado una cosa muy importante, y la pobre no tiene un chico fuerte a su lado con el que ir a cantarle las cuarenta.

Aquella triste historia apeló de lleno al espíritu de caballero andante de Toño, quien, desde pequeño, soñaba con llevar a cabo grandes gestas. Hasta ahora, lo más heroico que había hecho en su vida había sido partirle un diente a un energúmeno que había tratado de robarle a la Rosa las monedas del platillo.

A juzgar por el ceño fruncido y la punta de la lengua asomando entre sus labios en un gesto de concentración, Dani dedujo que su vecino trataba de procesar la inesperada información. Calculando que la cosa llevaría su tiempo, se despidió y subió con rapidez la escalera. Quería llorar un poco y desahogarse a solas antes de que llegara Mica.

—Qué mala cara tienes.

—En cambio, tú estás radiante. ¿Tienes que comunicarme alguna novedad?

Mica le lanzó una sonrisa feliz, negó con la cabeza y empezó a quitarse el abrigo.

—Mejor déjatelo puesto. La estufa no da abasto.

Su amiga volvió a ponérselo y se lo abrochó hasta la barbilla.

—No sé por qué te empeñas en vivir aquí. Podrías venirte con nosotros, en casa de mis padres hay espacio de sobra.

Dani le sirvió una taza de chocolate caliente que acababa de preparar acompañada por las eternas Oreo, que, gracias a su trabajo de empaquetadora, habían vuelto al menú.

—¿No tienes suficiente con un Caballero? Conociendo a mi hermano, dudo que te esté haciendo la vida muy cómoda.

—Te equivocas. De un tiempo a esta parte, está supersuave. —Las mejillas de su amiga se sonrojaron ligeramente, y Dani frunció el ceño.

—Mica, ten cuidado. Las dos conocemos bien a Luis, no quiero que te haga daño.

—No te preocupes. Me sigue tratando como a la amiga, menor de edad y un poco pesada, de su hermana pequeña.

—¡Bien!

—No sé por qué te alegras tanto. Preferiría que me tratara como una mujer, para variar —replicó con un profundo suspiro.

—Como dijo el malvado Fumanchú, o puede que fuera su primo: «Cuidado con lo que deseas porque puedes conseguirlo». Y ya sabes cómo trata mi hermano a las mujeres.

—Creo que empiezo a hacerme una idea…

A Dani no le gustó nada aquella mirada soñadora.

—¡¿Te ha besado?! —preguntó alarmada.

Mica se encogió de hombros y le guiñó un ojo con picardía.

—Sólo un poquito.

Su amiga ocultó el rostro entre las manos:

—¡Ay, ay, ay, esto va a acabar fatal!

—No te preocupes, lo tengo controlado.

Dani puso los ojos en blanco.

—Bueno, casi controlado. —Mica recuperó la seriedad—. Pero hablemos de ti, te veo más delgada y estás muy pálida. ¿Haces alguna comida decente al día?

—Sí, sí, no te preocupes. Desde que tengo curro, las verduras, la carne y la fruta vuelven a formar parte de mi dieta. Es sólo que lo de estar de pie tantas horas haciendo paquetes resulta agotador.

Mica sabía de sobra que jamás oiría a Dani quejarse o pedirle ayuda, así que tomó nota mental de traerle a su amiga unos cuantos frascos de un caldo exquisito que preparaba la nueva asistenta y volvió a cambiar de asunto:

—¿Qué tal está Bruno? La verdad es que me cayó fenomenal. Además, es guapísimo. —Notó que su amiga se ponía rígida y se dio cuenta al instante de que algo no marchaba nada bien—. ¿Qué pasa? ¿Os habéis peleado?

—He dejado las sesiones de terapia. ¡Aleluya, estoy curada!

Aquel burdo intento de recurrir a la frivolidad no la engañó ni por un segundo.

—Esas sesiones de terapia no eran más que una excusa y lo sabes. Entre vosotros hay algo intenso. A juzgar por la forma en que te mira, yo diría…

—¡No digas tonterías! —Dani la interrumpió con brusquedad—. Mira, Mica, si no te importa, estoy muy cansada y mañana tengo que madrugar para hacer unos recados antes de ir a trabajar.

—Está bien, está bien, he captado la indirecta; aunque tampoco es que hayas sido muy sutil, que digamos. Ya me voy. —Pero, antes de levantarse de la silla, le cogió la mano y la estrechó entre las suyas—. Dani, no cargues con todo el peso del universo sobre tus hombros como haces siempre. Soy tu amiga y estoy más que dispuesta a ayudarte en lo que necesites.

Ella le devolvió el apretón conmovida.

—¿Crees que no lo sé? Por eso quiero que te andes con ojo con mi hermano. No quiero perder a mi mejor amiga.

—Sabes bien que eso no ocurrirá jamás. —Por fin se levantó y se colgó el bolso del hombro—. ¡Te veo pasado mañana! Te voy a traer un caldito que te va a encantar.

—¡Un caldito, qué suertuda soy! Me siento como una abuelita desdentada.

Mica soltó una carcajada y desapareció escaleras abajo.

Bueno, por fin habían acabado las peores Navidades de su vida. Lo malo era que, junto con las fiestas, su trabajo de empaquetadora también había llegado a su fin. Así pues, ahí estaba ahora, evaluando el terreno. Gracias a un contacto de su hermano Luis que trabajaba allí de segurata, no había tenido el menor problema para entrar en aquel club tan exclusivo. Miró a su alrededor algo desorientada: un mar de pistas de pádel se extendía ante sus ojos. Sacó el papel de la funda de la pala nuevecita que le había proporcionado Piluca junto con el resto del equipo y lo leyó una vez más.

> Pista 5. Clase diaria con su profesor particular de 10.00 a 11.00. Lingotazo en el bar y partido con unos amigos justo antes de comer. Arturo Palamós: sesenta y tantos, más bien bajo, con poco pelo y algo de tripa. Un nuevo rico, archiforrado, al que perder lo pone de mala leche. En cambio, cuando gana da unas propinas de caerse de culo. Divorciado tres veces, tiene las manos muy largas y siente debilidad por las rubias neumáticas con cerebro de mosquito.

Levantó la vista del listado exhaustivo que había elaborado el colega de Luis y suspiró. Esperaba que al tipo ese le gustaran también las castañas tirando a delgadas; la verdad era que había vuelto a perder peso. Para contrarrestar aquel pequeño inconveniente, se había puesto para la ocasión el sujetador de caza y captura, cuyo relleno le hacía un pecho tres tallas más grande, y la fina sudadera se ajustaba a aquellas curvas, más falsas que un lingote de escayola, con un aire de lo más provocativo. Además, la falda de licra a medio muslo y los calcetines rematados con una bolita de color rosa en el tobillo dejaban las largas piernas —uno de sus mejores activos— al aire. Si no palmaba de una pulmonía, lo más probable era que, en cuanto la viera, su víctima se arrastrara a sus pies babeante.

Miró el reloj, eran las 10.55. Se acercó a la pista cinco y estornudó un par de veces por el camino. Allí estaba él. Lo que nadie había puesto en la lista era que el tipo era más peludo que un hombre lobo con hirsutismo. Dani reprimió un escalofrío al ver los mechones, negros y ensortijados, que asomaban por el cuello de la camiseta roja de Ferrari y la maraña tupida de sus piernas, que no perdería su densidad ni con la ayuda de un buen cortacésped. Saltaba a la vista que su objetivo no creía en la

depilación láser.

En fin, lo mejor sería meterse en faena cuanto antes si no quería perecer por congelación. Con decisión, sacó el móvil del bolsillo y en un tono ligeramente nasal, nada discreto, fingió tener una conversación con una amiga.

—¡Qué faena, Carola! Con las ganas que tenía de recibir mi primera clase de pádel. Si me hubieras llamado media hora antes, habría aprovechado para ir a la peluquería —dejó la mochila que llevaba sobre el banco que había frente a la pista y fingió buscar algo en el interior, teniendo buen cuidado de ofrecerle al tal Arturo una magnífica visión de las piernas y el trasero respingón, cubierto tan sólo por el *short* también de licra que llevaba bajo la falda—. Ya sabes que esta noche los Cabeza de Vaca y Pérez de Cascajares me han invitado a una de sus fiestas superexclusivas. OK, OK, nos vemos luego. *Mani* y *pedi*, ¿no? De paso aprovecharé para que Rupert les dé un repaso a mis puntas, que hace dos semanas que no las toco y estoy hecha un adefesio. Besitos. ¡Mua, mua!

Fingió colgar, se sentó en el banco y cruzó las largas piernas con la sensualidad de una joven Marilyn Monroe mientras su boca componía un mohín de disgusto que resaltaba el grosor de los labios.

—Suficiente por hoy, Jaime, nos vemos mañana. —Con el rabillo del ojo percibió que Arturo Palamós se acercaba a ella, muy erguido y metiendo estómago—. Perdona, guapísima, no he podido evitar escuchar tu conversación.

—¿No me digas que te he molestado? —Dani se llevó las manos a las mejillas y abrió mucho los ojos—. ¡Qué fallo, por favor!

—Nada de eso, faltaría más.

—¡Menos mal, pensé que igual habías perdido el partido por mi culpa!

—Tranquila, preciosa, se necesitan cuatro para un partido. Estaba perfeccionando mi estilo. Jaime, mi entrenador, fue campeón de España el año pasado.

—¿Perfeccionando? —Le dirigió una de sus sonrisas más melosas y, a juzgar por el rápido parpadeo, su víctima acusó el impacto—. ¡No me lo puedo creer! No entiendo mucho de pádel, pero al verte jugando me has parecido un *superpro*.

Al oírla, el menudo y compacto Arturo Palamós se esponjó ante sus ojos.

—En realidad, nena, no necesito entrenador. Ocupo uno de los primeros lugares en el *ranking* del club, pero a veces, sin querer, coges algún vicio y no viene mal dar alguna clase.

—Se nota que sabes un montón. —Emitió una de las risitas más estúpidas de su arsenal de risitas de cabeza hueca sin remedio.

Encantado, el hombre se encogió de hombros con falsa modestia y clavó sus ojos

con avidez en los pechos receñidos.

—No te he visto antes por aquí. Si lo hubiera hecho, ten por seguro que me acordaría.

—Es la primera vez que vengo. —Risita—. Mi amiga Carola insiste en que es imprescindible que aprenda a jugar al pádel.

—Tu amiga sabe de lo que habla, es un deporte fabuloso.

—Sí, bueno, en realidad, lo que ella quiere es que me airee y conozca gente. Lo acabo de dejar con mi novio y dice que me vendrá bien para hacer amigos. —Risita.

—¿Lo habéis dejado? Vaya, pues lo siento por tu novio, pero me alegro por mí. —El tono era acariciador, y la mirada de lo más insinuante.

Risita.

—La verdad es que pensé que lo llevaría peor. Acostumbrada a tantas fiestas y eventos en casa de unos y de otros —como quien no quiere la cosa, soltó casi sin respirar varios apellidos de lo más sonado que había leído en un ¡*Hola*! atrasado en la peluquería de Susy—, creí que la soledad resultaría muy dura.

—¿Quién era tu novio?

Mencionó a un vejestorio, podrido de dinero, que salía en otra de aquellas revistas del corazón y notó que lo había impresionado.

Estuvieron charlando un rato más y luego, muy caballeroso, Arturo se ofreció a darle su primera lección, que aprovechó para arrimarse lo más posible. Con la excusa de enseñarle el *grip* correcto para el revés, le acarició la piel de la muñeca con mirada lujuriosa mientras Dani, a duras penas, controlaba las ganas de abrirle la cabeza de un raquetazo. Luego se pegó tanto a su espalda para enseñarle el movimiento del *drive* que, a pesar de que no llevaban ni cuatro minutos en la pista, ella anunció que estaba agotada y necesitaba descansar.

El hombre insistió en invitarla a tomar una copa en la cafetería del club y, pese a que lo que más le apetecía era perder de vista a aquel sobón y largarse a su casa para darse una ducha bien caliente, Dani aceptó con una sonrisa deslumbrante.

Aprovechó la caminata hasta allí para informarlo, entre risita y risita tonta, que el motivo por el que lo había dejado con su novio había sido porque éste le había sido infiel y, de paso, le había contagiado una mezcla explosiva de clamidia, herpes y papiloma humano, así que estaba a base de antibióticos y, aunque su ginecóloga le había asegurado que quedaría como nueva, no podía darle a nadie ni siquiera un beso en la mejilla en tres meses.

Arturo Palamós frunció el ceño al oírla, pero sopesó aquellos datos en una balanza imaginaria —algo que hacía siempre en sus negocios— y decidió que valía la pena

esperar, aunque sólo fuera por el placer de llevar al lado a una joven belleza como Dani. Sus amigos se iban a poner verdes de envidia cuando la conocieran.

Media hora después —tras esquivar la mayor parte de sus toqueteos con unas fintas dignas de un maestro de esgrima y haber intercambiado los respectivos números de teléfono—, Dani se despidió de él y, con la excusa de que la tal Carola la recogería para ir a la *pelu*, rechazó de plano su ofrecimiento de llevarla a casa.

Capítulo 15

Dani cerró los ojos mientras el agua caliente resbalaba por su rostro. Habían pasado cuarenta y tres días —ahora el tiempo lo medía en función de Aquella Noche— y, en vez de pasar página, cada vez se sentía con menos ganas de nada. Ese día, Arturo había insistido en llevarla a una gala solidaria en La Terraza del Casino a la que acudiría lo mejorcito de la sociedad madrileña y, a pesar de que Dani casi habría preferido cortarse las venas, no le había quedado más remedio que aceptar.

Aquella especie de relación iba viento en popa, y eso que aún no había conseguido llevársela a la cama. Ella lo había manejado con habilidad y había logrado mantener su interés, hasta tal punto que no le extrañaría lo más mínimo que estuviera barajando la idea de convertirla en la cuarta señora de Palamós. No porque estuviera enamorado de ella ni nada por el estilo —Arturo tenía un único amor que era él mismo—, sino porque sabía que consideraba a las mujeres como trofeos de los que presumir, y lo de dejarlo con la miel en los labios durante tantos días no hacía más que subir su cotización.

El tipo le había hecho un montón de regalos. En especial, le chiflaba comprarle ropa interior llena de volantes y encajes de colores chillones, digna de la *madame* de un prostíbulo. Nunca lo habría adivinado, pero resultó que a Piluca la volvían loca aquellos conjuntitos, y el negocio de intercambio de bienes y servicios florecía entre las dos. Por un conjunto morado obispo —corpiño, tanga y ligas incluidas—, Dani había conseguido una estufa eléctrica que le había venido de perlas. Y, a cambio de otro amarillo canario con tiras de satén color lechuga, era ahora la afortunada propietaria de un maravilloso masajeador de pies, que había tenido el cuidado de desinfectar a conciencia antes de utilizarlo.

Arturo se mostraba cada vez más receptivo cuando le hablaba de la agencia de modelos que quería poner en marcha —seguro que se relamía sólo de pensar en la de

chicas guapas y jóvenes que tendría a su disposición—, y ya habían hablado incluso de cuánto sería el capital inicial necesario. Por ese lado no podía quejarse; además, había encontrado un trabajo por las tardes en una pastelería y, mientras su *novio* echaba cuentas y decidía si por fin le haría el préstamo o no, al menos sobrevivía.

En otras circunstancias, aquel estado de cosas habría hecho bastante feliz a Dani. Sin embargo, no sabía si estaba deprimida por lo de Bruno o qué, pero se sentía tan cansada y apática que el simple hecho de salir de la cama le resultaba una tarea hercúlea. Cada vez que quedaba con Mica, su amiga no podía disimular su preocupación, pero ella se encogía de hombros y aseguraba que debía de ser un caso de astenia primaveral adelantada.

De mala gana cerró el grifo, dejando atrás el abrazo reconfortante del agua caliente. Se secó bien y salió del minúsculo cuarto de baño en el que apenas tenía capacidad de maniobra. Le costó abrocharse el sujetador de batalla. Era curioso, pero cuanto más adelgazaba, más grandes parecían sus pechos; debía de ser el contraste. Tras enfundarse el vestido que había elegido, negro, corto y muy ajustado, se miró al espejo y vio que por el generoso escote asomaba un canalillo de lo más provocativo que no recordaba haber lucido ni en sus mejores tiempos.

—A la vejez, viruelas —se dijo resignada, y empezó a tapar con una densa capa de maquillaje las sombras oscuras bajo sus ojos.

Cuando terminó de arreglarse se felicitó por su habilidad como esteticista. Estaba radiante; nadie al verla adivinaría lo cansada que se sentía.

Arturo, muy ufano, presentaba su nueva conquista a todos sus conocidos con aire de propietario. Aquella mano, justo encima de la nalga derecha, estaba sacando a Dani de quicio, pero una escena desentonaría con su atuendo y con la risita estúpida que intercalaba en cada uno de sus comentarios, que iban en consonancia con el papel de bombón cabeza hueca que le tocaba representar.

—No esperaba encontrarte aquí esta noche, Daniela.

Aquella voz ronca y perezosa, tan conocida, la hizo alzar la vista con brusquedad. Al descubrir a Bruno frente a ella, con una morena despampanante colgada del brazo, se preguntó quién sería el desgraciado que le había echado una maldición y cuándo acabaría de una vez aquella racha inusual de mala suerte. Sin embargo, no estaba dispuesta a que él notara lo mucho que le afectaba su presencia, así que se apresuró a saludarlo con otra de aquellas risitas irritantes.

—¡Bruno, qué sorpresa tan superfabulosa!

—¿Conoces a Bruno del Valle?

De manera instintiva, Arturo percibió en el hombre moreno y bien plantado, a quien conocía de vista, una seria amenaza, por lo que la atrajo hacia sí con más fuerza, de modo que su cabeza quedó justo a la altura de aquel tentador escote de suave piel cremosa al que no pudo resistir la tentación de asomarse.

—Bruno fue mi psiquiatra durante unos meses. Ya sabes que me quedé muy tocada después de lo de Flavio. —Los ojos azules lo retaron a contradecirla, pero Bruno no lo negó, aunque sus labios firmes se contrajeron en una imperceptible mueca sarcástica.

—Veo que te va mucho mejor que la última vez que te vi. ¿Sois novios?

Dani fue la única que notó el desprecio encerrado en aquella pregunta tan inocente.

—Ya te digo, Del Valle. Puede que lo nuestro hasta acabe en boda.

Su *novio* lanzó una carcajada presuntuosa, al tiempo que le daba un azote en el trasero que la hizo ponerse rígida, aunque consiguió mantener la misma sonrisa vacua atornillada a los labios.

—La cuarta señora de Palamós.

—El cuatro es un buen número, ¿verdad, amorcito? —dijo Dani mimosa, y ahora fue ella la que le lanzó al psiquiatra una mirada burlona por debajo de las largas pestañas.

—Inmejorable —afirmó su acompañante, que aprovechó para echar un nuevo vistazo a su escote.

—Bruno, cariño, ¿no me presentas? —Visiblemente molesta, la morena que llevaba del brazo interrumpió aquel intercambio en el que ella no participaba.

—Perdona, Marian. —Bruno se apresuró a hacer las presentaciones.

Ahora Dani ya sabía por qué le sonaba la cara de aquella mujer; era una famosa presentadora de televisión. Recordó que el año anterior los españoles la habían nombrado «La Mujer Más Deseada» y, también, que tenía fama de ser una auténtica devorahombres. Notó el estómago revuelto. Tenía ganas de vomitar, pero apretó los dientes y se negó a que la presencia de ese hombre, que en los últimos tiempos se había convertido en su particular bestia negra, la afectara de aquel modo.

Permanecieron un rato charlando de cosas intrascendentes, hasta que llegó el momento de sentarse a cenar y se dirigieron a las mesas, vestidas con elegancia y adornadas con espectaculares centros de flores. Por fortuna, no los habían sentado juntos, aunque Dani fue consciente durante toda la velada de la insistencia con la que un par de ojos oscuros se clavaban en ella.

A lo largo de la cena, su actitud animada y locuaz hizo de ella el alma de la conversación y, en varias ocasiones, tuvo que apartar sin mucha delicadeza la mano atrevida de Arturo, que mostraba una molesta tendencia a posarse sobre su muslo bajo el mantel de hilo. Aquella falsa vivacidad y la tensión que le provocaba la presencia de Bruno le pasó factura y, a pesar de que la comida era deliciosa, de nuevo Dani sintió náuseas. Así pues, en cuanto los camareros empezaron a servir el café, se levantó de la mesa con la excusa de ir al servicio.

Con la frente apoyada en la fresca pared del baño, luchó por controlar las arcadas que subían por su garganta. Inspiró hondo varias veces hasta que logró dominarlas y, sintiéndose un poco mejor, salió del cubículo. Se estaba retocando el maquillaje frente al lavabo cuando la puerta del baño se abrió y el rostro sombrío de Bruno se sumó al suyo en la imagen que le devolvía el espejo.

—Creo que te has confundido de baño.

Una vez más, se sintió satisfecha de la firmeza de su voz.

—No me digas…

Los ojos ardientes resbalaron hasta posarse sobre el provocativo canal que se formaba entre sus senos y sus labios se fruncieron en una mueca desdeñosa.

—¿Poniendo a la venta la mercancía?

—¿Te interesa?

—Puede que en un momento dado me interesara, pero sé que ya no tengo nada que hacer. Tu nuevo novio es diez veces más rico que yo.

—Bien por él. Yo ya he terminado de arreglarme, pero si quieres te presto mi barra de labios. ¿No? Pues ya nos veremos.

Se frotó un labio contra otro para unificar la pintura, al tiempo que se ahuecaba la melena castaña en un ademán provocativo y se dispuso a salir, pero Bruno fue más rápido. Apoyó la palma contra la puerta y volvió a cerrarla con brusquedad, acorralándola contra ella. Al sentir su cercanía, el pulso de Dani adoptó un ritmo frenético pero, por fortuna, fue capaz de ocultar su nerviosismo tras una mirada desafiante.

—A pesar de esto —dijo él con su habitual tono somnoliento mientras los dedos morenos se deslizaban con suavidad por encima del ajustado vestido negro, desde la curva del pecho hasta la de la cadera—, estás más delgada. No tienes buena cara.

—¿Este numerito es para hacerme saber que estoy hecha un adefesio? —alzó las cejas con altivez—. Creo que será mejor que vuelvas con Marian *la Deseada*, seguro que está cronometrando impaciente cuántos segundos tarda su nuevo juguetito en regresar a la mesa.

Muy a su pesar, Bruno se vio obligado a esbozar una sonrisa.

—¿Celosa?

—Por supuesto.

—No te preocupes —su voz era un ronco susurro—, a pesar de toda su fama, tú me gustas aún más.

Frotó la pelvis contra sus caderas con un movimiento procaz que la puso a cien. ¡Oh, cielos! ¿Qué oscuro superpoder tenía aquel hombre para encenderla a su antojo de semejante manera?

A pesar de lo excitada que estaba, el orgullo de Dani se impuso. Tenía muy claro que para él no era más que una fulana y no estaba dispuesta a dejarle ver lo mucho que lo deseaba pese a todo, así que se sopló el flequillo y respondió con impertinencia:

—¡Uf, qué alivio! Y ahora, ¿te importaría soltarme? Mi novio me espera y no me gustaría que un simple retraso redujera mis posibilidades de convertirme en la enésima señora de Palamós.

—A juzgar por la forma en que te desnuda con la mirada, no parece que corras peligro.

—¿Celoso?

—Por supuesto. —Y, sin más, le sujetó la mandíbula con una mano y la besó de lleno en la boca.

A Dios pongo por testigo que Dani trató de resistirse. Al menos, las palmas de sus manos se apoyaron contra la elegante camisa blanca con la firme intención de empujarlo lejos; pero, después de un insignificante amago de apartarlo, las muy traidoras siguieron camino hacia los hombros y, pocos segundos después, aquellas ingratas se entrelazaron impacientes detrás de su nuca, atrayéndolo aún más.

El golpeteo de un puño contra la puerta la sacó de la densa poza de deseo en la que se había sumergido. Aturdida, fue consciente del roce de unos dedos cálidos que se introducían por el pronunciado escote del vestido mientras su dueño devoraba el hueco de su garganta con idéntica avidez.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Al ver que él no parecía dispuesto a hacerlo, hundió los dedos en sus cabellos y tiró con fuerza—. ¡Te he dicho que me sueltes!

Por fin, Bruno alzó la cabeza. Al leer la pasión que ardía en los ojos oscuros, que ni siquiera los párpados semivelados lograban ocultar, la respiración de Dani se volvió aún más trabajosa. Él permaneció un rato observándola en silencio, con el pecho poderoso subiendo y bajando agitado.

—Vas a tener que retocarte de nuevo el maquillaje —se limitó a decir al cabo de

un rato antes de apartarla con rudeza y salir del aseo.

Las piernas le temblaban tanto que Dani se vio obligada a apoyarse en la pared para no caerse. Exhausta, cerró los ojos sin prestar la menor atención a la mirada de desaprobación que le lanzó una elegante señora de mediana edad que se dirigió a toda prisa hacia uno de los cubículos vacíos.

El taxi se detuvo frente al portal.

—¿Desea que lo espere, caballero?

—No será necesario. Buenas noches.

Bruno pagó la carrera y la acompañó hasta la puerta del elegante edificio.

—¿Hoy tampoco vas a subir?

—Lo siento, Marian. Llevo varias semanas viajando por toda Europa, impartiendo conferencias, y confieso que estoy cansado.

—Dime la verdad, Bruno, ¿eres gay?

La comisura de la boca masculina se alzó unos milímetros.

—Igual debería someterme a mí mismo a una sesión de terapia para analizar el asunto.

Marian chasqueó la lengua impaciente. El humor no era su fuerte.

—Hemos salido varias veces y tan sólo me has besado en un par de ocasiones, y eso que te he dejado claro desde el principio que estoy interesada en mantener una relación contigo. La verdad es que no me parece normal.

—Desde luego, no es normal que un hombre se resista a La Mujer Más Deseada de España.

Ella sonrió complacida —la ironía tampoco era su fuerte—, frunció los labios en un mohín provocativo y susurró insinuante:

—Anda, mi amor, sube conmigo y te prometo que haré que te olvides de ese cansancio…

—De verdad que lo siento. Me temo que has sembrado la duda en mi interior y, en este momento, ignoro si me gustas tú o Pedro, tu representante. —Bruno notó su expresión de desconcierto y se recordó que esa mujer no era Daniela, un *sparring* rápido y lleno de ingenio en cualquier combate verbal—. Era una broma. Ahora en serio, Marian, eres una de las mujeres más bellas que conozco, pero creo que será mejor que dejemos de vernos durante un tiempo.

—¿Me estás dejando? ¿A mí?

—¡Por supuesto que no! Eres tú la que me dejas. Sé bien de lo que hablo; soy

psiquiatra y conozco tus procesos mentales mejor que tú. Si tenemos en cuenta que el lenguaje es la premisa racional para todo pensamiento humano, resulta obvio que esa duda que has formulado en voz alta obedece al hecho de que tu yo interior se debate en un enfrentamiento de orden simbólico y se niega a aceptar la posibilidad de una relación entre ambos. En resumen —cortó de golpe aquella sarta de estupideces—, eres tú, Marian, quien no está preparada para seguir adelante.

La presentadora lo miró fascinada. La verdad era que, entre lo bueno que estaba y las cosas tan interesantes que decía con aquella voz de bajo con resfriado, le daba mucha pena tener que renunciar a él. Claro que su yo interior había hablado, y no era cuestión de hacer oídos sordos.

—Si ésa es tu visión profesional sobre el tema, no me queda más remedio que acatarla. Quizá en otro momento mi yo interior esté más receptivo y dispuesto a hacer concesiones.

—Quizá.

Bruno se despidió de ella con un beso en cada mejilla y esperó hasta que desapareció en el interior del vestíbulo. Luego metió las manos en los bolsillos y, a pesar de que no quedaba cerca, se alejó caminando en dirección a su casa. Con un poco de suerte, aquel frío atroz le despejaría la mente.

El encuentro con Daniela le había removido todo por dentro, sin hablar del efecto que le había provocado besarla. Se había dicho mil veces que Aquella Noche —no sabía por qué, pero siempre que pensaba en Ese Acontecimiento, lo hacía en mayúsculas— ya estaba más que olvidada; pero había sido verla y darse cuenta de su error.

Aquella mujer se le había metido debajo de la piel.

Daba igual que se repitiera, una y otra vez, que era una mercenaria sin escrúpulos; su cerebro iba por un lado y su cuerpo por otro, y este último no parecía nada dispuesto a atender a razones.

Durante los cuarenta y tres días que habían transcurrido desde Navidad —sí, los había contado, era patético—, había tenido que echar mano de todo su orgullo para no llamarla o acudir a su apartamento con cualquier pretexto, pero la lucha no había resultado nada fácil.

No podía quitársela de la cabeza, así que había decidido que lo mejor sería salir con otras para olvidarla. Había recurrido a Marian, una famosa presentadora de televisión, guapa y con un cuerpo escultural, con la que el españolito medio tenía sueños húmedos todas las noches. Incluso la había besado un par de veces; aunque, si tomaba como referencia el grado de excitación que había alcanzado en ambas

ocasiones, le habría dado igual abrazar una de las farolas de la calle.

Nada. No había sentido absolutamente nada.

Furioso consigo mismo, aceleró el paso. Hacía tanto frío que le dolían los oídos, pero ni siquiera lo notó. Estaba demasiado concentrado urdiendo un plan que le permitiera hacer suya a Daniela durante una buena temporada y, al mismo tiempo, conservar su orgullo intacto para, más adelante, poder apartarla de su vida para siempre.

—¡Bruno, qué sorpresa!

—No sabía que este lugar entraba dentro de tus rondas habituales, Mica.

—Y yo no sabía que tú pasabas consulta aquí.

Los dulces ojos castaños se detuvieron en la bata blanca que llevaba puesta sobre los elegantes pantalones oscuros y la camisa de rayas. Aquél era un centro de día dirigido a personas sin recursos.

—Sólo un par de tardes a la semana. Jorge, el organizador de este tinglado, es amigo mío.

—Vaya, el mundo es un pañuelo. El hermano de Jorge y yo coincidimos en primero de carrera. Después de más de siete años sin vernos, justo me encontré con él el otro día y me habló de este sitio y de la labor de su hermano. Hoy es la primera vez que vengo.

—Me alegro de haberme encontrado contigo, ¿qué tal va todo?

Mica saludó afectuosa a un hombre con un evidente retraso mental antes de volverse de nuevo hacia él.

—Pues Luis, para no variar, subiéndose por las paredes, y eso que lo tengo esclavizado por completo. Ahora mismo debe de estar por ahí arreglando la furgoneta en la que llevan y traen a los que no pueden valerse por sí mismos. Es un manitas maravilloso, no sabes el dineral que les está ahorrando a unas cuantas ONG.

—Y… —Bruno carraspeó incómodo— ¿qué me dices de Daniela?

—Daniela me preocupa.

En ese momento se acercó una de las pacientes del psiquiatra y los interrumpió. Bruno respondió con paciencia a sus preguntas y, cuando la mujer se alejó de nuevo, agarró a Mica del brazo y la condujo hasta la puerta.

—¿Tienes un momento? Me gustaría hablar contigo sin interrupciones y hay un bar justo al lado, ni siquiera hace falta que cojas el abrigo. —A pesar de la pregunta de cortesía, no le dio opción y, antes incluso de que terminara de hablar, Mica se

encontró subida en lo alto de un taburete del mencionado establecimiento, que olía a cerveza y a humanidad—. ¿Qué ocurre con Daniela?

Mica examinó con atención aquel rostro atractivo que no dejaba entrever la menor emoción, aunque a ella no la engañaba; era obvio que cuando a Bruno del Valle le interesaba algo podía ser implacable, y resultaba más obvio aún que era su amiga la que despertaba aquel agudo interés.

—Me da la sensación de que, últimamente, no descansa bien. La veo agotada y cada día está más delgada, pero cuando le pregunto se limita a hacer una broma y lo achaca todo a la astenia primaveral.

—Daniela y sus bromas. —Chasqueó la lengua irritado, pero Mica notó su preocupación. Su amiga podía decir lo que quisiera, pero si ese hombre no estaba loco por sus huesitos, ella, Micaela Waksman, era la reina del sexo y el despelote—. ¿Ha encontrado empleo?

—Trabaja por las tardes en una pastelería. —Decidió que sería mejor no contarle nada de Arturo Palamós. Cuando Luis le había hablado de aquel asunto tan turbio, Mica le había dejado bien claro su punto de vista, pero tenía la impresión de que el psiquiatra se lo tomaría aún peor que ella—. Aunque está claro que el sueldo no es suficiente, y es tan testaruda que no me deja ayudarla.

—Daniela tiene unos… ahorros que le durarán una temporada —comentó él con evidente disgusto.

—Lo dudo mucho, el otro día cotilleé en su cerdito para emergencias y sólo había telarañas, pero ya sabes cómo es; antes muerta que pedir ayuda. El *orgullo de los pobres* lo llama ella, yo lo llamo *orgullo* a secas y, no sé por qué —entornó los párpados sin dejar de observarlo—, me da la sensación de que en ese apartado tú también vas bien servido.

A Bruno le pareció estar oyendo a su hermana Eva. Si eso se lo hubiera dicho cualquier otra persona, se habría enfadado; sin embargo, Mica lo decía todo con tanta delicadeza que era incapaz de ofender a nadie.

—No sé qué tiene que ver el orgullo con esto. Daniela es una de esas personas que no dudaría en utilizar a quien fuera si eso sirviera para sus fines. Ella misma lo dice.

Mica lo miró con expresión de duende travieso.

—Egoístas, aprovechados, codiciosos, sin escrúpulos…, me sé esa cantinela de memoria. Los Caballero la repiten sin parar, son tal para cual. Apuesto a que Dani jamás te habló de su abuela.

Aquel brusco cambio de tema lo desconcertó.

—¿Su abuela?

—¡Lo sabía! Dani es reservada hasta un punto casi enfermizo. Ya me extrañaba a mí que te contara su vida en aquellas extrañas sesiones que te inventaste.

Le lanzó una mirada cargada de significado que lo hizo sentir ligeramente avergonzado; pero se repuso al instante y volvió al asunto que le interesaba:

—¿Qué pinta su abuela en esta historia?

—Verás —con los rizos alborotados y las manos cruzadas sobre el regazo, Mica parecía una niña contando un cuento—, cuando su madre los abandonó, los hermanos Caballero se fueron a vivir con su abuela paterna a París. Su padre pensó que sería lo mejor para ellos. Dani acababa de cumplir los seis, y siempre dice que esos tres años y los otros tres que pasó en Madrid fueron los mejores de su vida.

»Su abuela era una mujer de armas tomar. Había emigrado a Francia con sus padres, unos humildes jornaleros, y desde muy pequeña los ayudaba en la vendimia. Sin embargo, gracias al apoyo de un anciano sacerdote que la acogió bajo su ala, dejó de ser una niña analfabeta y medio salvaje y se convirtió en una joven instruida que consiguió un trabajo de maestra en la escuela de una ciudad de provincias. Allí se casó con un francés y, muchos años después, cuando ya casi habían perdido la esperanza, nació el padre de Dani. Imagino que la paternidad los pilló un poco mayores y consintieron demasiado a ese hijo tan deseado.

»El padre de Daniela, además de ser guapísimo, tenía encanto para exportar, pero para la vida diaria era un desastre; su cabeza estaba llena de sueños imposibles. A lo mejor, si se hubiera casado con otro tipo de mujer habría conseguido madurar al fin, al menos en parte, pero la madre de Dani era la versión femenina de sí mismo, con más pájaros en la cabeza, si cabe. Esa historia ya sabes cómo terminó…

Bruno asintió en silencio, no quería interrumpirla, y Mica, al notar su interés, le dio un sorbo a su café con leche y prosiguió:

—Fue su abuela la que la enseñó a cocinar y la que le inculcó el amor por el arte y la historia. Recorrían todos los museos y las exposiciones de París con el mismo entusiasmo con el que la gente va ahora a Disneyland. En fin, Dani adoraba a su abuela y, cuando murió tres años después de un súbito ataque al corazón, para ella fue un palo tremendo. En cuanto se enteró, su padre, que en el fondo no era un mal tipo, acudió a buscarlos.

»Entonces empezó esa vida a salto de mata que era la única que él podía ofrecerles, pues no conocía otro modo de sobrevivir. Hay una cosa que debes entender, Bruno: es muy difícil llevar una existencia que choca de pleno con tu conciencia. A pesar de lo que pueda parecer, los dos hermanos Caballero llevan grabados a fuego los principios que les inculcó su abuela, a lo que hay que sumar los

tres años que pasó Dani en un colegio de monjas y, créeme, eso marca. Así que los dos arrastran desde su niñez la estúpida idea de que son indignos del afecto de las personas que consideran que valen más que ellos. ¿Sabes qué es lo que Dani desea más que nada en el mundo?

—Imagino que casarse con un hombre rico que le proporcione todos los lujos que el dinero puede comprar.

—Si hubiera querido eso, ya lo tendría. No sabes la de tíos forrados que han suspirado con desesperación a los pies de Daniela Caballero. No sé. Me parece que no eres tan buen psiquiatra como pensaba… —De nuevo, la picardía que brillaba en los grandes ojos castaños le impidió enfadarse con ella.

—Salta a la vista que consideras que merezco una cura de humildad —replicó con buen humor.

—A veces viene bien bajarle los humos al personal; en cuanto logra un poco de éxito, la gente tiende a endiosarse. La humildad es una virtud muy atractiva pero, lamentablemente, no parece estar muy de moda en estos tiempos.

—*Mea culpa*. —El psiquiatra se golpeó el pecho con el puño antes de añadir—: Continúa, por favor.

—Sólo hay una cosa que Dani desea con todas sus fuerzas…

Bruno descubrió de pronto que la curiosidad podía llegar a ser dolorosa pero, como de costumbre, su tono no transmitió ninguna emoción al preguntar:

—¿Y es?

—Estabilidad.

—¿Estabilidad? —Esta vez, había logrado sorprenderlo de verdad.

—Cuando estudiaba en Madrid le encantaba venir a mi casa. Recuerdo que me decía: «Hoy es miércoles, toca limpiar la plata. Podemos ir a echarle una mano a Nieves». Se sabía las rutinas mejor que yo. Mi madre es muy organizada, y Dani disfrutaba como una enana del orden que reinaba siempre en casa; el que cada cosa tuviera su momento, las comidas a su hora, los deberes a la suya. Saber que los viernes comería pescado y que Nieves tendría preparada la merienda para nosotras en cuanto llegáramos del colegio, a las cinco y media en punto. En resumen: anhelaba lo que ella llamaba una *vida normal*.

Mica dejó de hablar. Tenía la garganta seca, así que se acabó el café sin dejar de observar al hombre que tenía enfrente. Él permanecía en silencio, con la vista fija en sus propias manos y la atención concentrada en lo que acababa de oír. Tan sólo alzó la cabeza al oírla inspirar con fuerza antes de anunciar decidida:

—Voy a decirte algo personal, Bruno.

—Miedo me das.

—Nada más conocerte, simpaticé contigo, así que considérate dentro del grupo de mis amigos, y yo a mis amigos me siento con derecho a leerles la cartilla.

—Imagino que es todo un honor. —Su sarcasmo no la detuvo.

—En realidad no creo que seas un mal psiquiatra; pienso que es otra cosa.

—Mi orgullo profesional se siente aliviado.

Sin ofenderse lo más mínimo por su tono irónico, Mica continuó:

—Lo que ocurre es que no quieres ver lo que tienes delante de las narices porque estás asustado.

Los gruesos párpados se entornaron un poco más, pero mantuvo el semblante impasible y el tono sereno al preguntar:

—¿Asustado? ¿Yo?

—Creo que estás enamorado de Dani, pero no quieres reconocerlo.

—Desde luego, tienes mucha imaginación.

—Quizá. —Ella se encogió de hombros.

Justo entonces, Luis entró en el bar, se acercó a ellos a grandes zancadas y una expresión tormentosa en el rostro, y agarró a Mica del brazo.

—¡Así que yo de grasa hasta las cejas arreglando la furgoneta y la señoritinga aquí, ligando con un tío y tomándose un café como una princesa!

La «señoritinga» le lanzó al recién llegado una cálida sonrisa; ¿estaría celoso?

—Hola, Luis.

Él se volvió a mirarlo sorprendido.

—¡Bruno! ¡Perdona, no te había reconocido!

El hermano de Dani la soltó en el acto y se disculpó preocupado.

—Lo siento, Mica. ¿Te he hecho daño?

—Un poco.

Una vez más, Luis se dijo que era un animal y le lanzó una mirada contrita y anhelante a un tiempo, que a ella le produjo un agradable cosquilleo en el estómago. En ese momento, Bruno se levantó del taburete y empezó a despedirse.

—Tengo que irme, chicos, me alegro de veros. Cuídate, Mica, me has dado que pensar. Por cierto… —hizo una pausa efectista—, me ha dicho mi amigo Jorge que eres guapísima y que va a llamarte un día de éstos para invitarte a salir.

Sin que el otro se diera cuenta, le guiñó un ojo al tiempo que se inclinaba para darle dos besos.

—Adiós, Luis.

—Adiós —respondió éste seco, y se volvió hacia ella en el acto—. ¿Y bien?

Los ojos castaños se deslizaron con la suavidad de una caricia por aquellos rasgos, tan bellos y, sin embargo, tan masculinos, y repitió sin prestar mucha atención:

—¿Y bien, qué?

—¿Vas a salir con ese idiota?

Sus palabras la sacaron de golpe de su arrobamiento.

—¿Quién es un idiota?

—¡Pues ese tal Jorge, quién va a ser!

—Jorge no es ningún idiota. Es un hombre encantador.

—Lleva calcetines de rayas de colores chillones, fijo que es gay.

—Está divorciado y, según su hermano, ha tenido un montón de novias.

—Así que lo que pretendes es ser una muesca más en su revólver, ¿tan poco te valoras a ti misma?

—Te recuerdo que ni siquiera me ha invitado a salir aún.

—Y, cuando lo haga, ¿qué vas a decirle?

—Pues ya veré cuando llegue el momento. Además, ¿a ti qué puede importarte con quién salga o deje de salir?

Los atractivos ojos azules relucieron llenos de rabia.

—Nada. Tienes razón, no me importa nada. Tus rollos tienen menos importancia para mí que una gota de savia en los tubos leñosos de una secuoya de cien metros de altura. No me interesas: eres bajita, flacucha…

—Y más plana que una oblea, sí, sí, ya me lo sé. Pues ¿sabes qué? Que si me llama Jorge pienso salir con él. Desde que paso tanto tiempo a tu lado necesito una inyección diaria de autoestima.

Luis se arrepintió en el acto de su bordería.

—No quería decir eso. Tampoco estás tan mal… —Mica alzó los ojos al cielo—. Sólo que me preocupo porque eres la mejor amiga de mi hermana, y un tío que ha tenido tantas novias es peligroso.

—Me imagino que lo sabes por experiencia pero, ¿ves?, en tu caso estoy a salvo por completo, lo que quiere decir que hay excepciones a esa regla, así que creo que debo arriesgarme. ¿Nos vamos?

Luis abrió la boca dispuesto a rebatirla, pero la volvió a cerrar sin haber dicho una palabra. Mica se bajó del taburete con calma y se dirigió hacia la puerta sin molestarse en comprobar si él la seguía.

Capítulo 16

El olor de los pasteles le estaba provocando náuseas otra vez. Debía de haber pillado un virus de esos a los que los médicos achacan todas las enfermedades habidas y por haber, porque llevaba varios días con el estómago hecho una montaña rusa con *looping* incluido.

—Perdone, doña Amparo, necesito que atienda aquí. Tengo que ir al baño con urgencia.

Sin esperar respuesta, Dani salió a toda prisa y no vio la mirada de disgusto que le lanzó la dueña de la pastelería mientras corría a entregarle el cambio a la clienta.

Después de vomitar lo poco que quedaba en su estómago, se lavó la cara con agua fría y se enjuagó la boca. Observó su imagen en el pequeño espejo astillado que colgaba sobre el lavabo. Estaba hecha un asco. La única parte de su rostro que conservaba su color habitual eran los ojos; el resto lucía pálido y sin vida, a excepción de unas marcadas ojeras de un tono cada día más oscuro.

Oyó un golpeteo impaciente en la puerta.

—¡Ahora mismo salgo!

Se pellizcó un poco las mejillas y se mordió los labios, pero no funcionó. En cuanto salió del baño se encontró con su jefa, que la esperaba en el pequeño obrador con los brazos cruzados sobre el pecho abundante y cara de pocos amigos. Dani echó un vistazo por el pequeño ventanuco que comunicaba las dos partes del local y vio que no había nadie en la tienda.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

Ella la miró sin comprender.

—¿Decirle qué? ¿Lo del virus? No creo que sea contagioso, estas cosas suelen durar un par de días.

—Pues llevas más de una semana que, sin importar lo que estés haciendo en ese

momento, sales disparada al baño. Las clientas también lo han notado.

—Ya me encuentro mucho mejor. Seguro que mañana estaré perfectamente.

Nada más decirlo, un ligero mareo se apoderó de ella y tuvo que apoyarse en la encimera —en la que su jefa, armada con un rodillo de buen tamaño, preparaba las masas de los pasteles del día siguiente después de echar el cierre— para no caerse.

—Sabes tan bien como yo, Dani, que este tipo de virus no se cura en unos pocos días. ¿Vas a hacer algo al respecto?

—Bueno, me tomaré una aspirina en cuanto llegue a casa.

Dani no entendía tanta preocupación por parte de una mujer que, desde el minuto uno de su contratación, la había tratado casi a patadas. Perpleja, oyó la aguda carcajada que sacudió el cuerpo mantecoso, haciendo vibrar la triple papada.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

Daniela se pasó una mano por la frente y cerró los párpados durante un segundo. Aquella extraña conversación era lo que le faltaba a su cerebro confundido.

—¿De qué?

—¿Eres idiota o qué? ¡Pues de que estás preñada!

La expresión aturdida de la joven fue toda la respuesta que necesitó su interlocutora para lanzar otra de aquellas desagradables carcajadas.

—A lo mejor ni siquiera sabes de quién es.

La punta de la lengua repasó los labios crueles, relamiéndose con una sonrisa de Gato de Cheshire.

—Está diciendo tonterías. —Una vez más, Dani se pasó el dorso de la mano por la frente, que, de pronto, estaba húmeda de sudor.

—Tú dime si tienes alguno de estos síntomas y veremos si yo digo tonterías o no. A saber: cansancio, vómitos, algunos olores y alimentos te producen náuseas, tus pechos están más sensibles…

Todos.

Los tenía todos.

Dani tuvo que sentarse en el pequeño escalón que servía para alcanzar los estantes más altos. Aún lucía la misma expresión de incredulidad y sacudía la cabeza en una negativa silenciosa.

—No puede ser —dijo con voz débil.

—Pues ve haciéndote a la idea, porque yo tengo un ojo clínico con estos asuntos.

Dani negó una vez más con la cabeza, incapaz de decir nada; acababa de descubrir a qué se refería la gente cuando hablaba de estar en estado de *shock*. Ajena por completo al cataclismo que sus palabras habían desencadenado, su jefa seguía

hablando con la misma mueca satisfecha en los labios delgados.

—Y ahora es el momento de pensar qué vas a hacer. No creo que tu situación económica te permita mantener un hijo. Podrías casarte con el padre, claro, pero a juzgar por la cara que has puesto cuando te has enterado de la noticia, me temo que cuando lo informes de la situación él tampoco se sentirá muy feliz. —Saltaba a la vista que se estaba regodeando con sus propios argumentos—. Desde luego, si sigues adelante, despídete de trabajar aquí. Ya me conozco yo a las embarazadas: que si hoy me encuentro mal, que si el médico me ha dado la baja…

—¡Cállese ya! —Dani se incorporó de un salto y se enfrentó a ella. El susto había hecho que se le pasara el mareo.

—¡A mí no me hables…!

—¡Silencio! —la interrumpió sin miramientos. De pronto, estaba tan furiosa que tenía ganas de agachar la cabeza en plan miura y dar un topetazo contra aquel abdomen grasiento—. ¿Quién es usted para decirme si tengo que abortar o no? ¿Cree que el mísero sueldo que me paga le permite decidir sobre lo que tengo en el vientre, sea un virus o sea un feto? ¡Pues no, ¿me oye?! ¡No!

En la tienda, una mujer trataba de decidirse entre una tarta de chocolate o una de manzana. Estaba a punto de hacer notar su presencia cuando los gritos que venían del obrador la hicieron cambiar de opinión, diciéndose que sería mucho más interesante que nadie advirtiera su presencia.

—¡Estás despedida! ¡¿Me oyes?! ¡No quiero volver a verte en mi paste…!

Con gestos bruscos, Dani se desabrochó la bata de rayas con el nombre de la pastelería bordado en el lado izquierdo que se ponía encima de su propia ropa. Se la quitó, hizo una pelota con ella y se la arrojó con fuerza. El impacto de la prenda en pleno rostro cortó en seco el discurso de su jefa, que se la quedó mirando patidifusa.

—¡Pues claro que me voy! ¡Ahora mismo me voy! Y ¿sabe qué le digo? ¡Que sus padres debían de tener un humor muy negro, mira que llamarla Amparo…! ¡Amparo! ¡Por Dios, es sangrante!

Dani cogió el bolso y el abrigo y salió como una exhalación. Al pasar junto a la mujer que pegaba el ojo al mostrador refrigerado, tratando de disimular, le advirtió sin detenerse:

—¡Yo que usted no me llevaría ninguna! ¡Seguro que acaba en urgencias con cagalera!

No se paró a ponerse el abrigo. Estaba tan furiosa que ni siquiera notaba el viento gélido que atravesaba su jersey de lana.

Apenas faltaban unos cientos de metros para llegar a su casa cuando cedió a un

impulso y se desvió por una bocacalle. Diez minutos después, una farmacéutica le entregaba una pequeña bolsa de plástico con una prueba de embarazo en el interior.

No podía ser. Releyó las instrucciones una vez más. Dos rayas: positivo. Una raya: negativo. Pero, a lo mejor, positivo quería decir: «¡Menuda suerte, no estás embarazada! ¡Tómate un copazo para que se te pase el susto, guapa!». Sin embargo, aunque estiró bien el prospecto y lo acercó aún más al fluorescente que había encima del lavabo, era inútil tratar de seguir engañándose. Aquel asqueroso papel lo decía bien claro: dos rayas igual a positivo. Positivo igual a embarazo.

Estaba embarazada.

Unos lagrimones del tamaño de garbanzos empezaron a rodar con lentitud por sus mejillas. Le habría gustado gritar o darse de cabezazos contra los azulejos desconchados de la pared, pero tenía la sensación de que alguien había quitado algún tapón de su cuerpo y toda su energía se había vaciado por un sumidero oculto. Así que permaneció allí, sentada sobre la inestable tapa del inodoro, incapaz de detener aquel llanto silencioso que manaba incontenible.

Aquello parecía una maldición gitana. ¡Ay, Undivé! ¿A quién había hecho tanto daño en esta vida? Puede que se hubiera aprovechado de algún que otro incauto, pero ¿como para merecer semejante castigo? De un tiempo a esa parte, tenía el gafe subido; le daba la sensación de que el ojo rojo de Sauron se clavaba en ella sin pestañear.

Estaba embarazada.

Trató de recordar otros detalles de Aquella Noche que no fueran los de costumbre. Bruno había usado preservativo, ¿verdad? Tenía una vaga imagen en la cabeza… ¡Mierda, era incapaz de recordarlo! Si es que era imbécil. ¿Cómo es que no se había fijado en un asunto tan importante? Cualquier otra mujer de veintiséis años con dos dedos de frente habría insistido en usar un condón, pero ella… Si es que era idiota. Estaba tan absorta en sus caricias arrebatadoras que ni siquiera se había acordado de esa cosita tan tonta…, sí, hombre, aquella chorrada de los óvulos y los espermatozoides que contaba su profesora de ciencias. A lo mejor pensaba que eso no eran más que leyendas urbanas, ¿no? Pánfila. No era más que una pánfila.

Y ¿ahora qué?

La bruja de doña Amparo tenía razón: no podía tener un hijo en esos momentos. Apenas podía mantenerse a sí misma, ¿qué iba a hacer con un bebé? Podría pedirle ayuda a Mica; claro, su amiga no la dejaría tirada, pero no podía recurrir a ella cada vez que tenía un problema. Mica tenía su propia vida, y bastante estaba haciendo ya

por Luis. Lo más probable era que le aconsejara que tuviera al niño y luego lo entregara en adopción; seguro que ella misma se ofrecía a adoptarlo, incluso.

Le vinieron a la cabeza las numerosas ocasiones en las que había sostenido entre sus brazos a la hija de Susy; las veces en las que, sin dejar de protestar ni un segundo, le había retirado uno de aquellos pañales apestosos a cambio de un gorjeo de satisfacción; cuando la contemplaba colgada del pecho de su madre, mamando como si no hubiera un mañana.

Negó con la cabeza. Nunca sería capaz de entregar a su hijo, ni siquiera a una persona tan maravillosa como Mica. Y, después de los tres años con las monjas, el aborto era impensable.

Estaba atrapada en un callejón sin salida.

Se llevó las manos al rostro y notó que ya no lloraba. Le extrañó porque seguía teniendo muchas ganas, pero sus lagrimales, al parecer, ya no daban más de sí. De todas formas, después de la llantina se sentía mucho mejor. Sin pensar, se llevó una mano al vientre, completamente plano, y esbozó una sonrisa trémula.

Un hijo suyo… y de Bruno.

A pesar de que sólo de oler la comida le daban arcadas, se llevó otra cucharada de sopa de fideos a la boca. Los últimos días había hecho auténticos sacrificios por comer sano, variado y a sus horas, pero su cuerpo parecía decidido a boicotear sus esfuerzos. Cada día se encontraba más débil, y eso no ayudaba nada a la hora de ir a solicitar empleo. Debían de pensar que estaba enferma terminal, porque la gente se la quitaba de encima con cualquier excusa barata. De nuevo su cerdito para emergencias estaba bajo mínimos; si la cosa seguía así, no le quedaría más remedio que recurrir a santa Mica.

Se levantó para llevar el plato al fregadero y sintió un doloroso pinchazo en el vientre, seguido de la desagradable sensación de que le había bajado la regla. Asustada, corrió al baño, se bajó los vaqueros y, al descubrir la ropa interior manchada de sangre, empezó a temblar.

—¡Oh, Dios, mío! ¡Por favor, no lo permitas!

El diez por ciento de su cerebro que permanecía al margen del drama se preguntó qué demonios hacía rezando, y le recordó que, en su situación, lo más sensato sería empezar a dar saltos mortales y hacer el pino puente unas cuantas veces; pero el otro noventa por ciento la empujó hacia donde había dejado el bolso y la obligó a sacar el móvil. Muy nerviosa, tecleó a toda velocidad el número de una conocida de Susy que,

aunque no había acabado aún la especialidad de obstetricia y ginecología, se había ofrecido a ayudarla si en algún momento lo necesitaba. La chica le prometió que llegaría al cabo de un cuarto de hora.

Dani se tumbó en el sofá cama y puso los pies en alto mientras los minutos se sucedían interminables. Cerró los ojos y recordó una de las conversaciones que había mantenido con Bruno en una de aquellas placenteras sesiones junto al fuego. Había sido una de esas raras ocasiones en las que él había hecho a un lado su pose de psiquiatra distante y había confesado que no deseaba casarse; que había decidido no tener hijos. No le gustaba la idea de transmitir a sus descendientes aquella vena de locura que acechaba en la familia.

A Dani le pareció bastante absurdo y se lo dijo. En todas las familias había un gen potencialmente maligno: el del cáncer, la diabetes, la hemofilia, la estupidez, el egoísmo… Si todo el mundo tuviera los mismos reparos, haría tiempo que la humanidad se habría extinguido. Pero él se mantuvo firme; estaba claro que su infancia junto a una madre desequilibrada lo había marcado para siempre.

Las manos de Dani se posaron sobre su vientre en un gesto protector. Bueno, no debía preocuparse; ya había resuelto que jamás le confesaría que el hijo que esperaba era suyo. Lo había dejado muy claro al darle los cheques: para él no habían sido más que un par de polvetes, algo costosos, sí, pero sin más trascendencia. Si llegara a enterarse, lo más probable sería que adoptara el punto de vista de doña Amparo y tratara de convencerla de que abortase. ¿Por qué iba a querer complicarse la existencia con un hijo no deseado y una mujer a la que despreciaba?

Otra dolorosa punzada se encargó de recordarle la situación actual. No tenía sentido preocuparse; lo más probable era que todo aquello terminara en pocos minutos de forma natural. Aquel pensamiento la hizo apretar las manos sobre el vientre con más fuerza en un intento inconsciente de proteger ese débil atisbo de vida que luchaba por venir al mundo en unas circunstancias tan poco propicias.

El sonido del timbre la arrancó de aquella línea de pensamiento, tan sombría. Se levantó con cuidado y caminó despacio hacia la puerta.

—¡Hola, soy Almudena! Tú debes de ser Dani, ¿no?

La tal Almudena parecía que no había acabado ni la secundaria. Su pelo, recogido en una coleta, dejaba a la vista un rostro casi infantil, y los ojos se veían muy grandes e inocentes tras los gruesos cristales de sus gafas. Dani entornó los párpados y le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Seguro que eres Almudena? ¿La que se corta el pelo tres veces al año en la peluquería de Susy? ¿La misma Almudena a la que le queda nada para especializarse

en ginecología?

La pobre chica debía de estar bastante acostumbrada a que la gente la mirara con desconfianza en cuanto posaba los ojos en su carita de bebé empollón, y no se inmutó.

—Claro que soy Almudena y te garantizo que sé lo que hago. Juro que no me queda nada para acabar. Llevo años de prácticas y te prometo que he visto a más embarazadas que cualquier ginecólogo de pueblo. Palabrita. —Entonces, procedió a dar órdenes con la autoridad y la profesionalidad de un general en campaña—: Venga, quítate el pantalón y las bragas y te tumbas en el sofá.

Tanta promesa y juramento tranquilizó un poco a Dani. Al fin y al cabo, se la había recomendado Susy, quien, al parecer, también la había consultado en numerosas ocasiones. A pesar de su aspecto juvenil, la chica transmitía una pasmosa seguridad en sí misma, y Dani se sometió a su examen con un poco más de confianza.

—Bueno —dijo por fin—, he revisado el cuello del útero, pero sin un ecógrafo es difícil hacer un diagnóstico. De todas formas, me arriesgaré: yo diría que es una amenaza de aborto.

—¡Impresionante, doctora, nunca lo habría imaginado!

Sin hacer caso de su sarcasmo, Almudena la sometió a un sinfín de preguntas que iban desde su primera falta hasta si le gustaban los Ramones, pasando por qué opinaba de la política económica del gobierno. Casi media hora después pareció quedar satisfecha, así que le tendió su ropa y le ordenó que se vistiera. Luego se quitó los guantes de látex que había utilizado y se levantó para tirarlos al cubo de la basura.

Dani se atrevió entonces a preguntarle con un hilo de voz:

—¿Lo voy a perder?

—Si te tomas las cosas con calma, te alimentas bien y haces reposo absoluto, estoy casi segura de que el embarazo seguirá adelante sin problemas.

Y si le creciera una trompa en todo el hocico y fuera de color gris, sería un elefante, se dijo Dani con un suspiro, a pesar de lo cual contestó:

—Te lo prometo.

—Pues esto ya está. Tengo la impresión de que tienes un poco de anemia. Tendrás que hacerte unos análisis y empezar con el ácido fólico y el hierro.

—Ácido fólico y hierro —asintió ella.

—Pues eso, dieta sana y reposo. Mucho reposo.

—Mucho reposo…, sí, no parece difícil. —Asintió de nuevo al tiempo que hacía amago de levantarse del sofá.

Al instante, Almudena *la Pipiola* posó una mano sobre su hombro y se lo

impidió.

—Reposo ab-so-lu-to. Mínimo tres semanas, y luego te vas al médico.

—¡Sólo iba a acompañarte hasta la puerta!

—Debes meterte en la cama y no salir de ella nada más que para ir al cuarto de baño en caso de estricta necesidad. Duchas cortitas.

Dani se mordió el labio agobiada. Definitivamente, no le iba a quedar más remedio que pedir ayuda.

—¿Qué te debo?

—Nada, Dani. Me viene bien hacer prácticas, pero no se lo digas a nadie porque, si me pillan, me meto en un lío. Yo me voy; cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

Bruno estaba a punto de llamar al timbre cuando la puerta se abrió de golpe y se encontró frente a una adolescente desconocida que lo miró de arriba abajo con interés.

—¡Qué bien que hayas venido justo en este momento! La verdad es que no me hacía gracia la idea de dejar sola a Dani estando como está, pero ya llego tarde al hospital. Te repetiré lo que le he dicho a ella: reposo ab-so-lu-to durante unas tres semanas y dieta sana. Si la cuidas bien, con lo guapos que sois los dos, en unos cuantos meses tendréis en vuestros brazos un hermoso bebé.

Almudena, demasiado ocupada en subirse la cremallera del anorak mientras lo ponía al día, ni siquiera se fijó en la expresión de absoluta estupefacción del recién llegado.

—¿Reposo absoluto?

—Sí, en la cama metida. Nada de levantarse a no ser que sea una emergencia. Tu chica está teniendo un embarazo un poco difícil, tiene muchas náuseas y apenas retiene nada de lo que come, por lo que vas a tener que vigilarla de cerca. Si sigue con los vómitos, puede que tengan que ingresarla. Eso es todo, me voy pitando; no quiero que me toque el turno de sábado por la noche en urgencias.

Bruno permaneció inmóvil en el descansillo hasta que el sonido de los pasos apresurados de la aspirante a médico se perdió por el hueco de la escalera. Luego inspiró profundamente y empujó la puerta entreabierta.

—¡Hola, Toño! Qué bien que hayas venido, precisamente necesitaba pedirte un fa…

Al ver quién acababa de entrar en su apartamento, Dani se calló en el acto y lo miró boquiabierta. Bruno se acercó hasta el sofá y la examinó con fijeza, tomando nota de la palidez del rostro demacrado y las marcadas ojeras bajo los ojos, que

parecían aún más grandes y más azules que de costumbre. Su figura imponente pareció reducir la ya diminuta buhardilla a la cuarta parte de su tamaño, y Dani sintió que le faltaba el oxígeno.

—Hola, Daniela, por lo visto, tengo que darte la enhorabuena…

A pesar de su tono sedoso, Dani sufrió un sobresalto al oírlo. El rostro masculino no revelaba la menor emoción, pero le dio la impresión de que las mandíbulas estaban más apretadas que de costumbre.

—¡Voy a demandar a esa doctora de pacotilla! ¿Qué fue del secreto médico-paciente?

—¿Era médico? Tenía aspecto de estudiante de bachillerato.

—Le queda un poco aún, pero cuando vuelva a verla le recordaré que no está bien contar las intimidades de un paciente al primero que pasa.

La súbita aparición de Bruno, cuya presencia de un tiempo a esa parte era como una llamada a la batalla, la hizo olvidar por unos segundos su apurada situación. Sin embargo, su siguiente pregunta se la recordó al instante.

—¿Quién es el padre?

Dani alzó la barbilla desafiante.

—Eso no es de tu incumbencia. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—He venido a verte. Me encontré con Mica el otro día y me comentó que estaba preocupada por ti. Pensé que exageraba pero, a pesar de todo, me dije que te haría una visita. Ya sabes —se encogió de hombros—, por los viejos tiempos.

Su aparente indiferencia le hizo daño, pero lo disimuló a la perfección y contestó con serenidad:

—No deberías haberte molestado. Me encuentro perfectamente.

—Ya lo veo.

En esta ocasión no trató de disimular el sarcasmo, y fue tan efectivo como agitar un trapo rojo frente a un toro cabreado. Al instante, Dani se irguió en el sofá y replicó mordaz:

—Mira, Bruno, tú y yo no somos amigos. Nunca lo hemos sido y creo que nunca lo seremos. Así que no es necesario que te preocupes por mí. No sé qué te habrá contado Mica, pero si la conocieras un poco mejor, sabrías que su instinto protector está hiperdesarrollado. Estoy bien.

—¿Llamas *estar bien* a tener que permanecer tres semanas en reposo absoluto por una amenaza de aborto? Sin hablar de la posibilidad real de que tengan que ingresarte a consecuencia de tus frecuentes vómitos. A mí me parece que Mica no iba muy desencaminada.

—¡No es problema tuyo!

—¿Por qué no está él aquí? ¿Aún no lo has llamado?

Dani se llevó una mano a la frente y cerró los párpados; para rematar aquel día aciago, estaba incubando un terrible dolor de cabeza. No quería seguir con esa conversación, no deseaba ver su expresión desaprobadora cada vez que la miraba; quería que se fuera, necesitaba estar tranquila.

—¿Él? —preguntó débilmente.

—Arturo Palamós, el padre de tu hijo.

Dani se quedó muda durante un buen rato, antes escupir rabiosa:

—¡Puedo aceptar que pienses que soy un putón desorejado, pero que imagines, ni siquiera por una milésima de segundo, que yo tendría el mal gusto de acostarme con un tipo como ése no te lo perdono! —Inspiró hondo y ordenó con dignidad—: Vete de mi casa.

—Entonces ¿quién es el padre? ¿Soy…? —Titubeó—. ¿Soy yo?

—¿Tú? ¡Por supuesto que no! —se apresuró a negar ella con vehemencia—. No coinciden las fechas para nada, además, utilizaste preservativo.

Esto último fue un disparo a ciegas, pues, por más que lo intentaba, no conseguía recordar aquel pequeño detalle.

—Sí, utilicé preservativo, pero me temo que me…, ejem, me dejé llevar y hubo unos segundos de…, ejem, de… descuido. —¡Caramba con el descuido! Dani estaba indignada; igual le acababa poniendo ese nombre a su primogénito—. Sería algo inusual, pero no imposible, porque, ya lo dice el refrán: antes de llover, chispea.

—Pues el refrán se equivoca. No es hijo tuyo —afirmó tajante.

—¿Seguro?

La mirada que le lanzó por entre los párpados entornados estaba cargada de desconfianza; así que, para darle más realismo a su negativa, Dani decidió cambiar de táctica.

—Mi querido Bruno —le lanzó una de sus sonrisas más hechiceras—, sabes que estaría encantada de que este pequeño parásito que me las está haciendo pasar canutas fuera hijo tuyo. Estoy segura de que un hombre de honor como tú no se negaría a pasarme una generosa pensión pero, lamentablemente, no es así y, pienses lo que pienses de mi moral, no sería capaz de cargar a un hombre con un mochuelo que no es suyo.

A pesar de que se dijo que ése era el discurso que cabía esperar de Daniela Caballero, sus palabras, en vez de tranquilizarlo, lo inquietaron aún más. Sin molestarse en contestar, cogió una vieja maleta que encontró en uno de los rincones,

la colocó sobre la mesa y empezó a llenarla con las prendas que iba sacando de una cómoda desvencijada.

—¡¿Qué estás haciendo?! —Dani empezó a bajar los pies del sofá, pero él se plantó a su lado en dos zancadas y se lo impidió sin mucha cortesía.

—Ha dicho la doctora que reposo ab-so-lu-to.

—¡Ni siquiera era una doctora de verdad, y no me hables como si fuera imbécil! ¡Quiero que pares ahora mismo! ¡¿Qué estás haciendo con mi ropa?!

—Te vienes a casa.

—¡¿Estás loco?! ¡No pienso ir a tu casa!

—No te queda otra. En estos momentos no puedes valerte por ti misma, y Mica bastante tiene con aguantar a tu hermano. —Sin hacer el menor caso de su bufido de indignación, siguió metiendo prendas en la maleta—. Si estás pensando que albergo intenciones ocultas sobre tu virtud, ya puedes olvidarlo. En el estado en que te encuentras está desaconsejado por completo.

El ruido de unos pasos pesados que subían la escalera a toda prisa hizo que Dani se tragara la contestación que tenía en la punta de la lengua y, por una vez, se sintió encantada de que su vecino acudiera al rescate con la misma delicadeza que una legión de apisonadoras.

—¡Dani, ¿qué ocurre?! ¡He oído tus gritos, ¿estás bien?!

—No, no está bien, ¿no le ves la cara?

El comentario del psiquiatra detuvo en el acto el agresivo avance sobre las líneas enemigas, y Toño se volvió hacia ella preocupado.

—Es verdad, Dani, cariño, tienes una cara malísima.

Ella abrió la boca, pero Bruno no le dio la oportunidad de contestar.

—Ha dicho la doctora que tiene que estar en reposo tres semanas, así que me la llevo a casa para vigilarla. ¿Te importa coger aquellos libros y meterlos en una bolsa? Te agradecería que los cargaras en mi coche, junto con esta maleta. Yo llevaré a Daniela en brazos, ¿podrás con todo?

Ésas resultaron ser las palabras mágicas; si había algo en esta vida que pudiera ofender al vecino de Dani era que alguien dudara de la potencia de sus bíceps. Los hinchó, para que todos pudieran verlos bien, antes de dirigirse a la estantería a coger los libros.

—Ningún problema.

Sin hacer el menor caso de sus protestas, Bruno envolvió a Dani en una manta y la alzó con delicadeza entre sus brazos.

—Cierra la puerta cuando salgamos —ordenó por encima del hombro al pobre

Toño, que iba cargado como una mula.

Bruno abrió la puerta del coche y la depositó con mucho cuidado sobre el asiento trasero. Tras ayudar al vecino a meter las cosas en el maletero, se puso al volante. Toño, de pie junto a la ventanilla, le hizo un gesto a Dani para que bajara el cristal.

—Cuídate, Dani, que tengo que contarte un montón de cosas. No puedes imaginar lo que ha cambiado mi vida desde la última vez que hablamos. ¡Tenías razón, Piluca es una tía acojonante! —Esto último lo gritó en dirección al coche, que se alejaba ya calle abajo.

En el interior del vehículo, el silencio se había vuelto una presencia tangible. Bruno conducía despacio, con mucho cuidado de no pisar ningún bache ni de hacer giros bruscos con el volante. Aparcó el coche en el garaje, se bajó, abrió la puerta del pasajero y, sin decir palabra, la alzó de nuevo en brazos.

Dani entrelazó los suyos alrededor de su cuello para aliviar su carga. Estaban tan cerca que podía oler el aroma característico que desprendía a champú y gel de afeitar y, sin querer, cerró los ojos y aspiró con fuerza.

—¿Te encuentras mal?

Ella volvió a abrir los párpados al instante y aflojó un poco los brazos avergonzada.

—No estoy en mi mejor momento pero, créeme, tampoco en el peor.

Ninguno de los dos dijo nada más hasta que él la depositó en uno de los confortables sofás del salón.

—Voy a subir tu maleta. Luego, lo mejor será que te pongas el pijama y te acuestes.

—Sí, *bwana*.

Él se limitó a mirarla con sus insondables ojos oscuros antes de dar media vuelta y salir a buscar el equipaje.

Capítulo 17

Al oír el suave repiqueteo de unos nudillos en la puerta, Dani se subió las sábanas hasta la barbilla.

—Pasa.

Bruno entró con una bandeja que depositó sobre sus muslos y, nada más oler los efluvios que despedía el caldo, empezaron los conocidos retortijones de estómago.

—Creo que no voy a poder comer.

Su rostro estaba más pálido si eso era posible, pero a pesar de todo, él no cedió.

—Ya oíste lo que dijo la pseudodoctora. Tienes que alimentarte bien. Por cierto, he llamado a un médico de verdad, que vendrá a verte un poco más tarde. Traerá un ecógrafo portátil.

—No es necesario, me fío plenamente del diagnóstico de Almudena. Además, seguro que eso cuesta una pasta.

Bruno la miró con fijeza antes de decir despacio:

—¿Ya te has pulido todo el dinero? Me cuesta creer que te hayas gastado los doce mil euros que te di, sin contar con lo que puedas haber recibido de tu novio…

—Digamos que lo he invertido. —Ella se encogió de hombros displicente.

—¿Invertido? Eso me suena a uno de tus fallidos intentos de recurrir al humor. ¿En qué lo has invertido, si puede saberse?

—En un plan de pensiones —contestó sin parpadear.

—Daniela…

—Te recuerdo, Bruno, que me has traído aquí en contra de mi voluntad, no quiero que me sometas a un examen. Me duele la cabeza.

Una vez más, se llevó una mano a la frente y cerró los párpados unos segundos. Al ver su expresión de agotamiento, el psiquiatra decidió que sería mejor dejar el interrogatorio para más tarde.

—No te preocupes, yo lo pagaré. En fin, lo primero es lo primero, y lo primero es que comas algo. —Con el bol lleno de caldo caliente en una de sus grandes manos y cuchara en ristre, ordenó—: Abre la boca.

Tenía los labios fruncidos en un gesto de determinación, y Dani comprendió que era inútil resistirse. Obediente, abrió la boca y empezó a tomarse el caldo que él le daba poco a poco. No debía de llevar más de seis o siete cucharadas cuando su estómago se negó a colaborar. Apartó la cara y anunció con urgencia:

—¡Tengo que ir al baño! ¡Voy a devolver!

Sin perder la compostura, Bruno sacó una palangana de debajo de la cama que ella ignoraba en qué momento había llegado hasta allí, la depositó entre sus manos y, con las suyas, le apartó el pelo de la cara mientras Dani, incapaz de contenerse ni un segundo más, empezaba con lo que se había convertido en un desagradable ritual diario que habría sido la envidia de una bulímica. Cuando terminó, se echó hacia atrás exhausta, se pasó la servilleta que él le tendió por los labios y con voz débil pidió disculpas avergonzada:

—Perdona.

—No te preocupes. Recuerda que soy licenciado en Medicina.

—Dudo mucho que a ninguno de tus pacientes majaretas le dé por vomitarte encima.

Apenas podía hablar de lo cansada que estaba.

—A ver qué dice el médico —comentó él preocupado—, pero me temo que si esto sigue así, habrá que ingresarte. —La angustia asomó a los grandes ojos azules y, sin poder evitarlo, Bruno le acarició con ternura la mejilla con el dorso de los dedos—. No te preocupes por nada, Daniela, te prometo que cuidaré bien de ti.

Ahuecó la almohada y, con mucha suavidad, la ayudó a tenderse del todo. Estiró las sábanas que habían resbalado hasta su cintura, dejando al descubierto un recatado pijama de corte masculino, y la tapó bien.

—Ahora descansa hasta que venga el doctor Martínez.

A Dani ya no le quedaban fuerzas para resistirse, por lo que, obediente, cerró los ojos y se quedó dormida al instante.

Bruno permaneció donde estaba, contemplándola. A pesar de su mala cara, seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en la vida. Dormida y sin su habitual espíritu desafiante, tenía un aspecto tan frágil y vulnerable que se prometió a sí mismo que, sin importar de quién fuera el ser que crecía en sus entrañas, se ocuparía de ella durante el tiempo que fuera necesario. Acarició el suave pelo castaño y, por una vez, no trató de luchar contra aquella intensa sensación de ternura que lo invadía cada vez

que estaba cerca de ella.

El médico confirmó, palabra por palabra, el diagnóstico de Almudena, el proyecto de doctora, y las imágenes del ecógrafo ratificaron que, a pesar del ligero sangrado, el embarazo seguía adelante. A Bruno lo sorprendió la sonrisa de absoluta felicidad con la que Dani recibió las noticias del doctor Martínez, que le dejó claro que ella quería a ese bebé por encima de todo. El médico le recetó hierro, ácido fólico y vitaminas, y quedó en que se pasaría al cabo de unos días; si Dani seguía sin poder retener los alimentos en el estómago, tendría que ingresarla, anunció.

El psiquiatra anuló sus citas y sus compromisos para los próximos días y, a pesar de que una asistenta de confianza iba todas las mañanas a limpiar la casa y a preparar la comida, era él el que se ocupaba de alimentarla, de sujetarle la cabeza en cuanto empezaba a vomitar, de llevarla en brazos al cuarto de baño, de ajustarle la temperatura de la ducha y de esperar, vigilante, junto a la puerta entornada hasta que ella lo llamaba para que la devolviera a la cama.

Si antes Dani se había sentido enamorada de él, verlo pendiente de ella durante aquellos días de profundo malestar físico, incansable, tierno y amable, convirtió aquel enamoramiento en algo mucho más profundo. Y, si antes estaba asustada por sus sentimientos, ahora estaba aterrorizada. Por fortuna, estaba acostumbrada a ocultar sus emociones bajo una capa de desafío, y se juró a sí misma que no permitiría que Bruno adivinara hasta qué punto estaba colada por él.

Aunque las náuseas seguían atormentándola, a los dos días era capaz de ingerir caldos y algunos tipos de fruta sin vomitar. El doctor Martínez se mostró satisfecho con aquella ligera mejoría cuando volvió a visitarla, y expresó su optimismo con respecto a la evolución del embarazo. No obstante, insistió en que Dani debía permanecer en la cama al menos un par de semanas más.

—Y ¿qué dice Bruno del bebé? —preguntó Mica cuando recuperó el habla tras oír la noticia.

El psiquiatra la había llamado para contarle que Dani pasaría una temporada en su casa hasta que recuperase la salud y, aunque le extrañó un poco la noticia —y más cuando parecía que la relación entre ambos se había enfriado bastante en los últimos tiempos—, Mica dio por hecho que lo que tenía su amiga era una mezcla explosiva de agotamiento y mala alimentación. Un embarazo era lo último que habría imaginado.

—¿Por qué tendría que decir algo?

—¿Porque es el padre, quizá?

—¡No digas tonterías, Mica!

—¡Ya estoy harta! ¡Por ahí no paso!

Dani la miró estupefacta, no recordaba que Mica se hubiera enfadado con ella jamás.

—¡Vale que tu hermano piense que soy una especie de monja inocente que no se entera de nada, pero que tú también empieces a tratarme como si fuera tonta del culo no te lo consiento!

¡*Culo*, había dicho *culo*!

—Pero…

—¡Pero nada! A ver si ahora pretendes que crea que el viejo ese con el que saliste las últimas semanas es el padre de tu hijo.

—Claro que Arturo no es el padre, pero podría ser otro, ¿no?

—Mira, Dani, a pesar de que nunca me lo has contado con tantas palabras, sé perfectamente que desde lo de Jules no te has acostado con otro hombre.

Dani frunció el ceño sorprendida.

—¿Lo sabes? ¿Cómo es que lo sabes?

Mica alzó la mirada al cielo, impaciente.

—¿Porque somos amigas desde hace años? ¿Porque yo también soy mujer? ¿Porque tengo poderes sobrenaturales?

—Mi hermano dice que eres un ángel, pero yo siempre he pensado que, más bien, eres una bruja. ¡Confiesa de una vez cómo te las arreglas para ocultar la verruga peluda de tu nariz!

Aquella pequeña broma distendió el ambiente, y Dani, a quien la situación había superado por completo —su inesperado embarazo, el carecer de recursos, vivir en casa de Bruno, del que cada día se sentía más enamorada, y la debilidad física que apenas le permitía pensar—, olvidó su reserva habitual y le contó a su amiga toda la historia.

—Está bien, te concedo que con lo de los cheques se pasó tres pueblos, pero tiene derecho a saber que el hijo que esperas es suyo.

—¿Por qué? ¿Para que me pida que aborte?

—Bruno no parece de esos hombres que se sacuden sus responsabilidades.

—Pues peor me lo pones, ¿y si me propone matrimonio, algo que jamás ha entrado en sus planes, sólo para hacerse cargo de un hijo que desea aún menos?

—No tendría por qué casarse contigo; puede pasaros una pensión.

—Entonces tendría que compartir la custodia de mi hijo con él y verlo fines de semana alternos. Y ya sé lo que pasará después. Cuando regrese de pasar el *finde* en casa de su padre, donde, por supuesto, en su dormitorio de veinte metros cuadrados hay instaladas tres videoconsolas, un ordenador con pantalla panorámica y un *jacuzzi* con los grifos chapados en oro, me contará lo divertida y guapísima que es Karina, la nueva novia de papá (la de la temporada otoño-invierno, ya sabes, primavera-verano pasó a la historia con más pena que gloria), cuya mayor duda existencial será decidir qué tono de esmalte utilizará esa semana para hacerse la pedicura, y quien, además de ser diez años más joven que yo, no tendrá una sola estría porque jamás ha estado embarazada.

»Mi pequeño me echará en cara que ella es mil veces más divertida que yo, que le digo a todo que no y que siempre llego cansada de mi doble turno (de camarera en una cafetería por la mañana y de bailarina de *pole dance* en un bar de alterne de la carretera de Andalucía por la noche, del que, por cierto, están a punto de despedirme porque, con la edad, ya no soy capaz de deslizarme cabeza abajo por la barra de metal). Y cuando tenga la edad suficiente, ese mismo monstruito al que, por cierto, estoy empezando a odiar con toda mi alma, le dirá al juez que prefiere irse a vivir con su padre y con sus tres hermanastros al *cojochalet* de La Moraleja.

—¿No has dicho que Karina no tenía estrías porque jamás había estado embarazada?

—Los hermanastros son hijos de Mireia, tres novias más tarde.

Mica, que no podía parar de reír, se dijo que lo peor de todo era que saltaba a la vista que Dani lo decía completamente en serio; incluso podría jurar que ya se veía a sí misma sacando brillo a la barra antes del numerito nocturno.

—Venga, Dani, sabes de sobra que Bruno no es así —dijo cuando por fin pudo articular palabra. Notó que su amiga alzaba las cejas a modo de advertencia y, sin perder la sangre fría, cambió de tema—. Entonces ¿cuánto tiempo ha dicho el médico que tienes que estar en reposo?

—¡Hola, Bruno! ¿Te has librado ya del último chiflado de la tarde?

—No hables así de mis pacientes, Daniela, un poco de respeto. Hola, Mica, he oído tus carcajadas desde el pasillo y venía a ver qué es eso tan gracioso que te cuenta esta amiga tuya tan bocazas.

A pesar de sus palabras, a Mica no se le escapó el modo en que, sin dejar de charlar con ella, el psiquiatra se acercaba a la cama y, con la naturalidad del que lo hace a diario, se sentaba en el borde del colchón, ayudaba a Dani a incorporarse y le ahuecaba la almohada hasta que ésta encontró una postura más cómoda. Luego la

agarró de la muñeca y procedió a tomarle el pulso. En esta ocasión, a Mica tampoco le pasó desapercibido que, antes de volver a depositar la mano de su amiga sobre las sábanas, Bruno le acarició la piel de la muñeca con el pulgar. Luego le apartó uno de los mechones castaños del rostro y se lo colocó con delicadeza por detrás de la oreja mientras la examinaba con fijeza.

—Creo que será mejor que Mica y yo continuemos con nuestra charla en el salón. Pareces cansada.

Dani abrió la boca para protestar, pero antes poder hacerle saber en términos nada equívocos lo que pensaba de esa actitud, autoritaria y paternalista, tan fuera de lugar, Mica se levantó de inmediato y le dio un beso en la mejilla.

—Bruno tiene razón, estás muy pálida y se te empiezan a cerrar los ojos.

A pesar de que era cierto que estaba agotada y tenía mucho sueño, Dani lo negó con terquedad, pero ninguno de los dos le prestó la menor atención y, tras despedirse de ella, salieron de la habitación. Muy enfadada, Dani trató de mullir la almohada con más violencia de la necesaria; sin embargo, en cuanto apoyó la cabeza en ella, se quedó dormida.

Bruno terminó de servir las dos coca-colas y se sentó en el sillón frente a Mica. A pesar de su apariencia serena, ella notó que estaba inquieto, y en cuanto habló entendió por qué.

—Mica, ¿tú sabes quién es el padre? —preguntó sin rodeos.

Pero ella ya estaba en guardia, así que lo negó con firmeza.

—Ni idea, Bruno. Dani es muy reservada y pocas veces me cuenta sus secretos más íntimos.

—Ya veo… —El psiquiatra se golpeó los labios con un dedo, pensativo.

Mica se felicitó a sí misma. Ella también tenía un secreto que jamás le había contado a nadie. Aunque todo el mundo insistía en considerarla una especie de querubín caído del cielo —quizá era por sus rizos tan rubios, a lo mejor debería alisárselo y probar con un tinte un par de tonos más oscuros para que la gente la tomara en serio—, poseía un don que no tenía nada de angelical: era capaz de mentir sin despeinarse, con la habilidad de la mujer de Putifar. En la facultad no tenía rival como jugadora de mus; cuando echaba un órdago, nadie pensaba jamás que iba de farol.

—¿Tienes alguna sospecha? —Su expresión de inocencia estaba tan lograda que ni siquiera el intuitivo doctor en Psiquiatría sospechó lo más mínimo.

—La verdad es que no. —Exudaba calma y seguridad, y si no hubiera sabido que mentía, ella tampoco habría sospechado de él.

Con habilidad, Bruno cambió de tema y pasaron media hora muy agradable, comentando divertidas anécdotas de un amigo común.

Satisfecha, Dani cerró el grueso tomo de *Historia de la Filosofía* y se dijo que, si las cosas seguían a ese ritmo, podría presentarse a los exámenes en la siguiente convocatoria. Llevaba más de una semana en casa de Bruno, y la inactividad a la que se había visto forzada había resultado más llevadera cuando tuvo la cabeza lo suficientemente despejada para estudiar.

Ahora que ella no lo necesitaba tanto y podía caminar unos metros por su propio pie, Bruno había retomado su rutina diaria. Por las mañanas trabajaba en el hospital Ramón y Cajal, y la mayoría de las tardes pasaba consulta en su propia casa. Entre paciente y paciente, acostumbraba a hacerle una visita relámpago.

Dani había decidido que no tenía sentido agobiarse por lo que no podía controlar, así que se relajó y resolvió que lo más sensato sería disfrutar de su compañía el tiempo que pudiera sin pensar en el futuro. La camaradería que habían compartido antes de Aquella Noche volvió a reinar entre ellos, y las risas de ambos resonaban a menudo en el piso.

Una de esas tardes en las que el último paciente se había marchado hacía rato, Dani masticaba un trozo de pescado a la plancha bajo la mirada vigilante del psiquiatra, quien, como de costumbre, estaba sentado en el borde del colchón. De pronto, se golpeó la frente y recordó:

—¡Arturo debe de haber vuelto ya de su viaje a Rusia! ¡Se me había olvidado por completo! ¡Pásame el móvil, por favor!

—No hace falta. Llamó el otro día a la hora de tu siesta y hablé yo con él.

—¿Cómo que hablaste tú con él? —Dani lo miró desconcertada. Alguna vez, mientras ella descansaba, Bruno había respondido a las llamadas de Mica y de su hermano, pero Arturo Palamós era otro cantar.

—Le dije que no volviera a llamarte. Que ahora eres cosa mía. ¿Daniela? Creo que ya puedes cerrar la boca.

—No —susurró apenas.

—No, ¿qué?

—Ni siquiera tú eres capaz de propinarme un golpe tan bajo.

Su evidente incredulidad hizo que Bruno sonriera divertido.

—¿A qué llamas un *golpe bajo*?

—Dime que no es cierto. Dime que es sólo una de esas pesadas bromas tuyas que te encanta gastarme y que no tienen ni pito de gracia…

—Daniela, no es ninguna broma. Le dejé muy claro que ya no querías saber nada de él, y a juzgar por la cantidad de tacos y blasfemias que soltó, lo captó a la primera.

Entonces ocurrió lo último que Bruno habría esperado.

Los labios femeninos empezaron a temblar, su boca esbozó un cómico puchero y Dani comenzó a llorar inconsolable. Era la primera vez que él la veía en ese estado; ni siquiera cuando le había hablado de la forma en que la había tratado su primer amor había derramado una sola lágrima, así que se quedó quieto y observó pasmado la manera en que los violentos sollozos sacudían los hombros delgados, hasta que, por fin, consiguió reaccionar. Con un movimiento fluido, retiró la bandeja de sus muslos y la atrajo hacia sí.

En pocos segundos, la pechera de su camisa quedó completamente empapada, pero la potencia de aquel llanto torrencial no menguaba. Bruno apoyó la mejilla sobre los suaves cabellos castaños y le acarició la nuca con delicadeza mientras le hablaba en un susurro preocupado:

—Venga, Daniela, tampoco es para ponerse así.

—¡Tú… tú no… no lo… lo entiendes! —Las palabras surgían entrecortadas por los hipidos.

—Pues explícamelo.

—Llevaba má… más de dos me… meses tra… tratando de convencerlo de… de que in… invirtiera en mi a… agencia de modelos…

—Pero tú no tienes una agencia de modelos —le recordó muy serio, a pesar de que tenía ganas de reír.

—Pero él pe… pensaba que sí. Estaba a… a punto de picar. Iba a ha… hacerme un prés… préstamo.

—Eso es poco honesto.

—¡Me… me lo había ganado! ¡No sa… sabes lo que es esquivar a… a ese pulpo de… de veinte tentá… culos durante semanas! Arturo o… odia que… que lo de… dejen en ridículo; es… especialmente si el que lo ha… hace es un hombre más a… atractivo y joven que… que él. Y a… ahora… ahora ya no te… tengo ninguna posibilidad…

Había tanta desesperación en sus palabras que Bruno no pudo evitar sonreír con ternura.

—Ya te he dicho que ahora me tienes a mí. —A pesar de que parecía imposible, el

número de decibelios aumentó—. Venga, Daniela, a lo hecho, pecho, no te convienen estos disgustos. Anda, no seas llorona.

¡Llorona! ¡Era el colmo! Se revolvió entre sus brazos en un vano intento por liberarse.

—¡No… no soy ninguna llorona! ¡Yo nunca llo… lloro! —Los sollozos arreciaron—. Son las mal… malditas hormonas que…

—¡Shhh, tranquila! Claro que son las hormonas. Daniela Caballero nunca llora. Daniela Caballero es una mujer fuerte que puede con todo y no necesita nada de nadie, Daniela Caballero…

Aquella voz profunda tan cerca de su oreja y los dedos cálidos, que bajaban y subían con lentitud desde la nuca hasta la rabadilla y vuelta, hicieron efecto. Dani empezó a tranquilizarse, perdida en el arrullo hipnótico de sus palabras y, sin darse cuenta, se quedó dormida con la mejilla apoyada sobre su pecho y una mano aferrada a la tela de su camisa. Al notar el modo en que su cuerpo se relajaba por fin, Bruno sonrió una vez más y, con mucho cuidado de no despertarla, se liberó de los dedos que aferraban su camisa, la tumbó sobre el colchón y la tapó bien.

Ya no podía seguir engañándose a sí mismo.

Estaba enamorado de aquella estafadora de tres al cuarto, una mujer para la que aprovecharse de la lujuria de un viejo verde con el propósito de sacarle unos euros era un trabajo tan digno como otro cualquiera. Una mujer embarazada de no se sabía quién, aunque, después de su conversación con Mica, tenía fuertes sospechas de que, si el hijo que esperaba fuera de él, jamás lo confesaría, y eso, no podía entender por qué, en vez de aliviarlo lo llenaba de rabia.

Definitivamente, su cómoda existencia había saltado por los aires y no le quedaba más remedio que sopesar con detenimiento los pasos que daría a continuación.

Sin poder contenerse, se inclinó sobre ella y depositó un beso en aquellos labios sensuales y dulces. Notó que temblaban bajo los suyos, pero Dani no se despertó.

Dudó si dar otra vuelta a la manzana, pero al final decidió que, por mucho que lo pospusiera, tendría que acabar subiendo.

Luis había salido a hacer *footing* como hacía todas las noches. Cada vez corría más kilómetros; a ese paso, el año próximo podría inscribirse en la San Silvestre. Sin embargo, aquel aumento de kilómetros diarios no era porque quisiera mejorar su forma física, sino para retrasar en lo posible el reencuentro con Mica.

Cada vez le costaba más estar con ella y no tocarla. Ahora entendía mejor al tal

Tántalo y su suplicio. Cuando cenaban en la cocina, tenía que permanecer vigilante; su mano derecha mostraba una irritante tendencia a buscar los dedos, pálidos y finos, posados sobre la mesa.

Con un escalofrío recordó el último fin de semana. Ella se había empeñado en alquilar una película de suspense que le había recomendado uno del trabajo. A pesar de que habían empezado a verla cada uno en una punta del sofá, al final Mica, muerta de miedo, casi había acabado encima de él, estrujándole el brazo a cada nuevo sobresalto. El calor de aquel cuerpo delicado le había impedido concentrarse en lo que ocurría en el filme, hasta tal punto que desconocía si al final el asesino había conseguido liquidar a todas las ancianitas del vecindario o había visto la luz y había optado por meterse a monje cartujo.

Permanecía tan rígido, con los brazos pegados a los costados, los puños cerrados y la vista clavada en la pantalla —aunque no se estaba enterando de nada— que en un momento dado hasta ella se había dado cuenta de su incomodidad y se había apartado un poco. Claro que, antes de tener tiempo siquiera de inspirar un par de veces con alivio, el cansino del psicópata había sacado una vez más el machete a pasear y, con un grito de terror, Mica ya no se había despegado de él hasta que aparecieron los títulos de crédito.

—Qué miedo, ¿verdad? —Aún aferrada a su brazo, su tormento le dirigió una de aquellas encantadoras sonrisas que lo dejaban atontado, y él, con el corazón a cien por hora, tan sólo había sido capaz de soltar un brusco «¡Buenas noches!» antes de levantarse a toda prisa y encerrarse en su habitación.

En fin, iba siendo hora de volver a casa; con un poco de suerte, cenarían a toda velocidad el repugnante *risotto* que había preparado por la tarde, y Mica estaría tan cansada que se iría a dormir enseguida.

En cuanto abrió la puerta del piso, supo que algo no marchaba bien. Mica acudía siempre a recibirlo con una cálida sonrisa y, mientras él se quitaba los guantes y el gorro y los dejaba sobre la consola del *hall*, no paraba de charlar de cómo le había ido el día y se interesaba a su vez por lo que él había hecho. Sin embargo, aquella noche tan sólo lo recibió un desacostumbrado silencio que le puso la carne de gallina.

—¡Mica! —gritó, pero no recibió respuesta.

Sin detenerse a quitarse ninguna prenda, caminó hasta el salón y, al ver la escena que apareció ante sus ojos, se detuvo en seco bajo el umbral de la puerta.

—¡Pase, pase, Caballero!

Uno de los dos hombres que permanecían sentados en el sofá a ambos lados de Mica se rió de su propia gracia, y el otro, una especie de gigante que no parecía tener

muchas luces, lo acompañó.

—¡Pertur!

Un frío intenso lo invadió al reconocerlo; así que era a ese psicópata al que los marselleses habían vendido su deuda.

—Ya veo que me recuerdas.

—Ella no tiene nada que ver en esto. ¡Déjala marchar!

—¡Tú no das las órdenes aquí! —respondió el otro con aspereza, pero enseguida sonrió y añadió con un tono mucho más suave que a Mica, que no había osado pestañear siquiera desde que aquellos dos habían invadido su hogar, le resultó aún más inquietante—: ¿Sabes, Luis? Llevo muchos meses detrás de ti, perdiendo el tiempo. Claro que, quién me iba a decir que un chorizo como tú tenía unas amistades tan finolis. Si no llega a ser porque tenemos vigilada la casa del Yoyas y te seguimos un día que fuiste a verlo, aún estaríamos buscándote.

El hombre se levantó del sillón y se acercó a él con ademán amenazador, borrada por completo la sonrisa anterior.

—Quiero mi dinero.

Luis ni siquiera parpadeó.

—Puedo conseguirlo en un par de días, sólo tienes que soltar a la chica y te prometo que el martes tendrás hasta el último euro y un diez por ciento más en concepto de intereses.

De nuevo, los labios finos, desfigurados por una antigua cicatriz, esbozaron la misma sonrisa siniestra.

—Estoy seguro de que el martes recuperaré lo que es mío pero, hasta entonces, esta bella señorita permanecerá conmigo. No es que no confíe en ti, que conste.

Al oír aquello, Luis perdió la calma por primera vez.

—¡No puedes llevártela! ¡Ella no tiene nada que ver con mi deuda! ¡Suéltala y te juro que los intereses subirán al treinta por ciento!

—Creo recordar que les dijiste algo parecido a los marselleses antes de desaparecer, así que comprenderás que no crea en tus promesas ni en tus juramentos. ¡Conan, coge a la chica! —ladró la orden por encima de su hombro y, al instante, su gigantesco acompañante agarró a Mica del brazo y la obligó a ponerse en pie.

—¡Suéltala, hijo de puta!

Luis estrelló el puño derecho contra la nariz del hombre que tenía más cerca y se abalanzó sobre el otro, a pesar de que le sacaba una cabeza y debía de pesar casi cincuenta kilos más que él. El tal Conan tenía una fortaleza física que no tenía nada que envidiar a la del bárbaro de la película, pero su gran tamaño lo volvía también

algo lento, por lo que la patada que le lanzó el hermano de Dani le acertó de lleno en la entrepierna. Con un aullido de dolor, el tipo soltó a Mica en el acto y se arrojó sobre Luis.

—¡Corre, Mica! ¡Corre!

Luis aún fue capaz de encajar un par de puñetazos en el rostro de su oponente antes de que éste lo envolviera en un abrazo brutal y empezara a golpearle la cabeza contra la pared.

—¡Suéltalo, suéltalo, animal! ¡Lo vas a matar!

Mica gritaba histérica sin dejar de golpear con sus pequeños puños la espalda del coloso, en un vano intento de apartarlo de él. Siguió pegándole hasta que el otro tipo, que se sujetaba un pañuelo ensangrentado contra la nariz, la agarró del brazo y la apartó con violencia.

Medio inconsciente y con la sangre que brotaba de un profundo corte en la ceja corriéndole por el rostro, Luis no sentía el dolor. Para él sólo existía el rostro asustado de Mica, que forcejeaba inútilmente en brazos de Pertur y, antes de perder del todo el conocimiento, su último pensamiento fue que, una vez más, se las había arreglado para destruir al único ser verdaderamente puro que había conocido en su vida.

Capítulo 18

—¡Venga, abra otra vez esos ojos tan preciosos! —Aquella voz desconocida penetró en su cerebro con la dolorosa precisión de un estilete y, a pesar de que apenas tenía fuerzas para alzar los párpados, Luis se obligó a obedecerla—. Tienen el mismo azul intenso del cielo madrileño, tal y como me había parecido.

Era incapaz de comprender lo que aquella señora de mediana edad y algo entrada en carnes trataba de decirle pero, mientras hablaba, la mujer no paró de toquetearlo por todas partes, haciendo que los pinchazos de dolor se expandieran por todo su cuerpo.

—¿Dónde estoy? —Apenas podía mover los labios, y su voz sonaba muy extraña incluso a sus propios oídos.

—¡Ay, la pregunta del millón! —La mujer, a quien empezaba a considerar una auténtica tocapelotas, lanzó otra de aquellas risitas irritantes—. Lo han traído a La Paz, cariño, pero no se preocupe, está en buenas manos.

Al oír el nombre del hospital, recordó de golpe los acontecimientos que lo habían conducido hasta allí.

—¡Mica! ¡¿Dónde está Mica?! ¡Tengo que encontrarla!

Luis trató de apartar las sábanas, y un dolor cegador se extendió desde la punta de los dedos hasta el hombro.

—¡Quieto, no puede moverse! —La voz de la mujer había perdido el matiz guasón y ahora resonaba con la autoridad de un sargento chusquero.

—¡No lo entiende! ¡Tengo que encontrarla, puede que su vida corra peligro!

Al ver su agitación, la imponente enfermera cedió a regañadientes.

—Si me promete que se quedará quieto, iré a buscar a la tal Mica.

En ese preciso momento se abrió la puerta y apareció la susodicha con un pequeño *brik* de zumo de frutas en la mano. Al ver a la enfermera discutiendo con

Luis, se acercó corriendo a la cama y apretó la mano que no estaba vendada entre las suyas.

—¡Luis, has despertado! ¡Justo me voy cinco minutos a sacar un zumo de la máquina y me lo pierdo!

—¡Mica!

El nombre sonó semejante a un sollozo, y sus pupilas se deslizaron hambrientas por el precioso rostro, buscando algún rastro de la violencia de Pertur. Sin embargo, a pesar del cansancio que se adivinaba en su semblante y de los rizos alborotados, estaba tan adorable como siempre.

—Tranquilo, Luis, estoy bien. Eres tú el que está hecho polvo.

Pero eso a él le daba igual. Se aferró a la mano de Mica con un débil apretón y, por primera vez en años, le dio gracias a Dios mientras notaba algo húmedo deslizándose por la comisura de uno de sus ojos tumefactos.

—Tranquilo, mi amor —susurró ella—, ahora todo está bien.

Se inclinó sobre él y depositó un beso, ligero como el aire, sobre los labios magullados. A Luis le habría gustado que aquel instante durara eternamente pero, a pesar de sus denodados esfuerzos, los párpados se le cerraron y volvió a sumirse en un sueño profundo.

—¡Una paliza! ¡Dios, mío, tengo que ir a verlo!

—Tú no vas a ninguna parte.

—Es mi hermano, tengo derecho. ¡No puedes mantenerme aquí secuestrada!

—Hasta que el médico diga que puedes levantarte, no te moverás de la cama.

Dani le lanzó una mirada de indignación, que, por supuesto, no causó el menor efecto en él.

—¡Eres un marimandón! —Los ojos oscuros brillaron con diversión en el rostro impasible. Impotente y furiosa, ella prosiguió con el interrogatorio—: Al menos dime cómo está.

—Mica me ha contado que tiene una muñeca dislocada, un par de costillas rotas, veinte puntos en una ceja, los ojos morados, el labio partido y un montón de contusiones por todo el cuerpo, pero que nada de eso reviste la menor gravedad. Ayer le dieron el alta.

—Y ¿qué dice la policía? ¿Están investigando? —Aquella cuestión la preocupaba bastante; a ver si, al final, iba a ser su hermano el que acabara en la cárcel.

—Al parecer, Mica, que es una chica lista y valiente, lo arregló todo directamente

con los interesados y decidió no meter a la policía en el asunto.

Al oír las alabanzas que le dedicaba a su amiga, Dani no pudo evitar sentir una intensa punzada de celos que la hizo avergonzarse de sí misma.

—La admiras, ¿verdad? —preguntó con los ojos bajos.

—Mica es una mujer admirable. —Dani tragó saliva, sin dejar de recorrer con la yema del índice el contorno de las elegantes iniciales bordadas en el embozo de la sábana. Un dedo masculino bajo su barbilla la obligó a alzar la cabeza—. Tú también eres una mujer admirable.

Se le encogió el estómago al oírlo, pero el orgullo la hizo replicar retadora:

—Debo de tener un aspecto más terrible de lo que pensaba, si es que empiezo a darte lástima.

—Daniela…

—Bruno… —respondió ella en el mismo tono.

—¿No puedo decir que te admiro?

—No necesitas dorarme la píldora, ahora no puedes acostarte conmigo.

Un músculo vibró en la mandíbula masculina; sin embargo, el psiquiatra se limitó a lanzarle una de aquellas miradas perezosas por debajo de los gruesos párpados.

—¿Tienes que ser siempre tan…?

—¿Tan vulgar?, ¿tan brusca?, ¿tan cruda? —lo interrumpió sin consideración; una pelea sería mil veces mejor que sucumbir a la ola de autocompasión que amenazaba con engullirla.

—Iba a decir tan… ¡adorable! —Y, sin más, le sujetó la barbilla con una de sus grandes manos y posó los labios sobre los suyos. El beso, experto y apasionado, como todos los de Bruno, hizo que a Dani le diera vueltas la cabeza y, cuando la soltó por fin, tan sólo pudo mirarlo con los ojos muy abiertos, temblorosa y jadeante—. Mmm, resulta agradable decir la última palabra, para variar.

Se puso en pie, le pasó un dedo por el puente de la nariz en una caricia burlona y se marchó de la habitación antes de que ella pudiera reaccionar.

Al oír la llamada, hizo el libro a un lado y cogió el móvil que estaba sobre el embozo. Número desconocido. Molesta por la interrupción, descolgó:

—¿Dígame?

—Dani, soy Piluca.

—¡Piluca! ¡Qué sorpresa!

—Verás, estuve ayer donde la Susy y me contó lo que había pasado. ¡Joder, no me

lo podía creer! ¿Quieres que te dé la enhorabuena o prefieres el pésame?

—No sabría decirte, la verdad —contestó Dani con una carcajada—. ¿Qué tal están? Las echo de menos.

—Están fenomenal. Susy está a punto de acabar la rehabilitación y quería ponerse a trabajar *a full* enseguida, pero el Manolo ha dicho que de eso nada, monada. No sabes lo cambiado que está el hombre, tan serio, tan responsable, tan… coñazo. Cualquiera diría que es un caballero Jedi que se ha pasado al lado oscuro.

—Bueno, Piluca, la mayoría de la gente opinaría que se ha pasado al claro.

—Pues, hija, qué quieres que te diga, resultaba mucho más divertido cuando caminaba dando bandazos, sin parar de hacer reverencias a las farolas.

—¿Y Jeny?

—La Jeny está para comérsela. Vamos, que estarías un mes sin pasar hambre; no puedes imaginar los rollos de carne que está echando. De todas formas, dice Susy que te diga que, en cuanto termine con los médicos, vendrá a visitarte y te traerá a la niña.

—¡Genial! Estoy deseando verlas.

—Oye, hablando de todo un poco, ¿tienes algún conjuntito más para mí?

—Me temo, Piluca, que ya no podré conseguirlos. —Cada vez que pensaba en el comportamiento despótico de Bruno en aquel asunto, se rebotaba de nuevo.

—Vaya, qué pena, joder. A Toño le chiflan.

—¡Salís juntos! ¡Cuánto me alegro!

—La verdad es que te agradezco el soplo que me diste. Aunque Toño no sea una lumbrera, merece más la pena que cualquiera de los tíos con los que he estado hasta ahora, unos cabrones que no valían nada y que, encima, me trataban como a una mierda. Tu vecino es supercariñoso y me tiene en palmitas; un cambio jodidamente agradable, créeme. Me está regalando cosas todo el santo día aunque no venga a cuento, ¿sabes con qué se descolgó el otro día?

—¿Un tanga comestible con sabor a fresa?

Al otro lado del teléfono, Piluca entornó los ojos y preguntó en un tono mucho menos amable:

—Y tú, ¿cómo lo sabes, me *cagüentó*?

Dani se dio cuenta de que había metido la pata hasta la ingle y se apresuró a tranquilizarla:

—Es el típico regalo que haría un hombre romántico.

—¿Verdad que sí? —respondió Piluca apaciguada—. Toño es mogollón de romántico y un tío superfuerte. El otro día descargó los sacos de fruta de la furgoneta sin ayuda de nadie. Y cuando me abraza…, ¡joooder! Es como si te atrapara una

anaconda, da un morbazo que no veas. Además, no sabes cómo le ha dejado el careto a mi ex —Piluca soltó una risita malvada—, ya tengo el videojuego en mi poder. ¡Mierda, joder, una clienta! Tengo que dejarte, Dani. ¡Hasta luego!

Colgó sin darle la oportunidad de despedirse, y Dani permaneció un rato con la mirada perdida y una sonrisita de complacencia en los labios.

Apoyado en los frágiles hombros femeninos y caminando muy despacio, Luis consiguió llegar desde el taxi hasta el dormitorio que ocupaba en casa de los padres de Mica.

—Venga, siéntate, te ayudaré a desnudarte.

Aún llevaba los pantalones del chándal del día del ataque, aunque Mica le había conseguido una camiseta limpia. No pudo evitar una mueca de dolor al sentarse sobre el colchón. Sin oponer resistencia, la ayudó como pudo a quitarle la camiseta, agradecido por la gentileza de aquellos dedos hábiles.

—Ahora te quitaré las zapatillas y el resto de la ropa.

—No es nece… —Hablar le resultaba una tarea ardua, por lo que, cuando esos mismos dedos se posaron sobre sus labios magullados para impedir que siguiera, tampoco se resistió.

—No te preocupes, Luis, he atendido a un montón de enfermos en mi vida. No voy a ver nada que no haya visto antes.

Le habría gustado ser capaz de negarse, pero la salida del hospital había acabado con su último átomo de energía, así que se limitó a observarla por entre los párpados semicerrados. Mica le sacó las zapatillas de deporte, luego le quitó el pantalón con destreza, junto con los calzoncillos, antes de ayudarlo a ponerse el pantalón del pijama. Notó que la delicada piel de sus mejillas adquiría un matiz rosado al sentir sus ojos clavados en ella, pero era incapaz de dejar de mirarla. Aún no le había contado cómo se las había arreglado para deshacerse de Pertur y compañía, pero le dolía tanto la cabeza que pensó que sería mejor dejar las explicaciones para más adelante. Por el momento, lo único que deseaba era mirarla y empaparse de su belleza.

—Daniela…

—Dime, Bruno.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que estás haciendo trampas?

—¡¿Me estás llamando tramposa?! —Alzó la voz indignada.

—Sí.

Ella soltó una carcajada.

—Bueno, me has pillado. ¿Qué es una partida de damas sin echarle un poquito de pimienta? —El psiquiatra le comió tres fichas de golpe y Dani clavó la mirada en el tablero con el ceño fruncido—. Ni siquiera por ésas voy a poder evitar una sonada humillación.

—Te advertí que soy el rey de los juegos de mesa.

Estaban en el despacho, cada uno sentado en una de las butacas frente a la chimenea y el tablero en la mesa de centro que quedaba entre ellos. Dani ya había recibido permiso del doctor Martínez para moverse con libertad por la casa y esperaba poder retomar su vida en breve.

—Me ha dicho Susy que mañana por la tarde vendrá con Jeny a hacerme una visita.

Con disimulo, trató de desplazar una de las fichas hasta una posición más ventajosa, pero al notar que los ojos oscuros de Bruno no se despegaban de ella, renunció y tuvo que conformarse con hacer un movimiento que no revestía la menor amenaza para su contrincante.

—También a mí me apetece verlas.

—Puede que tenga algo para mí. —Los iris azules chisporrotearon ilusionados.

—¿Algo? —Bruno, que estaba a punto de hacer su jugada, se detuvo con la mano en el aire y la miró con atención.

—Una de sus clientas le ha preguntado si conoce a alguien interesado en ensobrar envíos publicitarios durante un par de meses.

—Olvídalo.

—¿Estás loco? En mis circunstancias, un trabajo en el que ni siquiera tendré que levantarme de la silla es una oportunidad fantástica.

—Te dije que me ocuparía de ti hasta que dieras a luz.

—Dijiste que te ocuparías de mí hasta que estuviera mejor, y lo has cumplido. Has hecho mucho más de lo que puedo pagarte. No pienso ser una carga más tiempo del necesario.

Bruno decidió que había llegado el momento de cambiar de estrategia y, con un gesto que la cogió por sorpresa, golpeó la mesa con la palma de la mano, con tanta fuerza que las fichas estuvieron a punto de caer del tablero.

—¡Ya empezamos con los pagos y los cobros! —Dani abrió mucho los ojos; aquel tipo, de pupilas chispeantes y ceño amenazador que gritaba como un energúmeno, distaba bastante del psiquiatra sereno y controlado al que estaba acostumbrada—. ¡No

quiero que vivas sola en un apartamento sin calefacción, puede ocurrirte algo y nadie se enteraría! ¡Quiero que te quedes aquí tranquila, que te cuides hasta que nazca el bebé, que aproveches para estudiar y termines la carrera! ¡Así que, por una vez en tu vida, olvídate de tu estúpido orgullo y piensa en lo que será mejor para el niño!

—¡No es cuestión de orgullo! —Ella también alzó la voz, enfadada y dolida a un tiempo—. ¡Te he dicho que no pienso ser una carga para ti! ¡No eres nada mío, si tengo que pedirle ayuda a alguien, recurriré a Mica, al menos ella es mi amiga!

—¡Bastante tiene Mica con cuidar de tu hermano, ¿quieres añadir una más a sus muchas preocupaciones?! ¡Desde luego, entre los dos vais a conseguir que la beatifiquen, sois un par de egoístas que no piensan más que en sí mismos!

Sus duras palabras la golpearon con fuerza. De inmediato, Dani se llevó una mano al vientre, que seguía liso como una tabla, y se mordió el labio inferior. ¿Estaba siendo egoísta? Resultaba loable que no quisiera ser una carga para él pero, al fin y al cabo, era el padre de la criatura. ¿Tenía derecho a poner en riesgo su salud y, de paso, la del ser indefenso que crecía en ella por un orgullo mal entendido? Cuando se le acabara aquel trabajo al cabo de los dos meses, su embarazo sería mucho más evidente, ¿quién iba a contratarla entonces? Pero, por otro lado, si se quedaba en casa de Bruno a lo mejor él acababa echándole en cara que era una aprovechada y, desde su punto de vista, no andaría muy desencaminado. Se consideraba una persona independiente, bien o mal, siempre se había buscado la vida, ¿estaba dispuesta a convertirse en la mantenida (sin derecho a roce, eso sí) de aquel hombre durante varios meses?

Debía sopesar con cuidado en una balanza qué era más importante: su independencia o su seguridad. Sin embargo, la preocupación por lo que pudiera ocurrirle a su hijo inclinó, decisivamente, el peso de uno de los platillos y la hizo tomar una decisión sobre la marcha. Con resolución, alzó la vista de sus dedos, que daban vueltas sin parar a una de las fichas negras, y anunció con voz inexpresiva:

—Está bien. Me quedaré en tu casa hasta que nazca. Aprovecharé para terminar la carrera y, si llego a tiempo, presentarme también a las oposiciones que convocan este año. Si consigo plaza como profesora de secundaria, prometo que te pagaré poco a poco todo lo que te debo.

Bruno era consciente de la lucha interior por la que Dani acababa de pasar. Sabía que, además de injusto, había sido muy duro con ella, pero no se arrepentía en absoluto; es más, al oír sus palabras había sentido un alivio inmenso. Eso le daba tiempo. Un tiempo precioso para convencerla de dar un nuevo rumbo a su vida; un rumbo que lo incluyera a él en ella, por supuesto. Sin embargo; no ignoraba que, de ahora en adelante, Dani estaría a la defensiva, así que, como si aquel consentimiento,

tan poco entusiasta, a un plan que saltaba a la vista que no era de su agrado no revistiera para él la menor importancia, replicó con fingida indiferencia:

—Creo que sería mejor que sumaras esa cantidad a tu plan de pensiones, nunca se sabe lo que el futuro puede deparar. —Y, sin más, procedió a comerle otras dos fichas.

Jeny soltó una alegre carcajada cuando Bruno la alzó casi hasta el techo.

—¡Como sigas creciendo a este ritmo, no voy a poder contigo, pequeña bola de sebo!

Recostada contra el cabecero de la cama, Dani contemplaba embobada al atractivo psiquiatra que, tan elegante como de costumbre con uno de sus trajes oscuros, jugaba risueño con el rollizo bebé.

¡Oh, cielos, era injusto que fuera tan guapo! Y ¿por qué tenía que tener tanta mano con los niños un hombre que había jurado que nunca tendría hijos propios? De pronto, se le ocurrió que la criatura que llevaba en su seno jamás jugaría así con aquel hombre moreno que, para más inri, era su padre, y tuvo que tragar saliva un par de veces para pasar la bola de tristeza que se le había quedado atascada en la garganta.

—¿Tienes un babero a mano? —La voz de Piluca la arrancó de sus melancólicos pensamientos.

—Pues no. Aún no he comprado nada. Soy un poco supersticiosa para algunas cosas y me da mal rollo. ¿Para qué lo necesitas?

—Era sólo para limpiarte el chorro de baba que va a empezar a resbalar de un momento a otro por tu barbilla.

Al ver que se ponía como un tomate, Susy y Piluca lanzaron una risita maliciosa.

—No puedes estar más equivocada, Piluca. Yo no soy de ésas.

—Ningún *cagao* se huele —sentenció la peluquera.

—Qué fina, hija. —Dani sacudió la cabeza con disgusto.

En ese momento sonó el timbre de la puerta principal y Bruno, que por fortuna no se había enterado de nada, le tendió la niña a su madre y se despidió:

—Ha llegado mi primer paciente, así que, a pesar de que me preocupa dejar campar a sus anchas a tanta bruja suelta, tengo que irme.

—Ese hombre tiene encanto para exportar —suspiró la peluquera en cuanto salió de la habitación; desde que su marido marchaba por la senda de la sobriedad, adoraba al psiquiatra con un fanatismo completamente irracional, en opinión de Dani.

—Desde luego, el *jodío* está de toma pan y moja —abundó Piluca con su estilo

habitual—. Vuestro bebé va a ser un bellezón.

—¿Cuándo he dicho yo que él sea el padre? —saltó Dani enojada.

—Nena, no hay que ser el Sherlock ese para adivinar el árbol *genialógico* de la criatura.

—*¡Genialógico!* ¿Ése cuál es? ¿El árbol de los genios de las matemáticas? Mira que eres burra, Susy —se burló Piluca sin piedad.

Al percatarse de la expresión ofendida de la peluquera, Dani entró al quite con rapidez:

—Cómo eres, Piluca, un lapsus lo tiene cualquiera.

—Un lapsus, dices. Ésta —señaló con un gesto despectivo— es un lapsus con patas.

—Usted perdone, señorita Piluca, la Sabia Pirula —replicó la otra—. Y, por si no lo has captado, lo de *sabia* lo digo con todo el *rintintín*.

—*Rintintín*, ja, esta tía es de traca. *Retintín*, zopenca, *Rin Tin Tin* era un chucho de una serie americana.

Y así siempre. Dani no podía entender cómo aquellas dos se habían hecho tan amigas. Sin embargo, Susy recobró su habitual buen humor al instante.

—¡Ah, ya me acuerdo! Tienes razón, era un perro listísimo. —Se volvió hacia ella —. Por cierto, Dani, que sepas que te tengo en mente. Ya me ha dicho Bruno que, por ahora, no vas a trabajar —Dani soltó un bufido; aquel entrometido tenía que meterse siempre donde no lo llamaban—, pero he hablado con varias clientas y, en cuanto estés en forma, no creo que sea difícil encontrar un currito modesto para ti.

—Te lo agradezco, Susy. Pásame a Jeny, anda, que quiero achucharla un rato.

Capítulo 19

Mica notó la forma en que los ojos azules seguían hasta el más mínimo de sus movimientos y no pudo evitar sonrojarse. El pobre Luis estaba hecho un *Ecce Homo* de Borja; los párpados seguían muy hinchados y, en general, la piel de su rostro lucía un vistoso colorido. Por suerte, el animal aquel no le había roto la nariz, pero ésta estaba al doble de su tamaño, y hablaba con dificultad por culpa de los labios tumefactos. A pesar de que tan sólo el azul intenso de su mirada recordaba al Luis Caballero de siempre, Mica se sentía más enamorada que nunca de él.

No era que se alegrase de sus miserias pero, de pronto, lo tenía donde siempre había querido: a su merced. Podía tocarlo, acariciarlo, mimarlo, darle de comer, limpiarlo…, y el pobre estaba tan machacado que, en vez de despacharla con alguno de sus acostumbrados comentarios mordaces, se sometía a aquel tratamiento sin rechistar. Un tratamiento que, conociéndolo, debía de resultarle de lo más frustrante.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Luis trató de arrebatarle la cuchara que sostenía en la mano.

—¡Puedo solo!

¡Vaya por Dios, el obediente corderito volvía a sacar las garras de tigre! Sin embargo, Mica no estaba dispuesta a renunciar a aquella maravillosa posición de poder tan pronto, así que parpadeó varias veces y preguntó con el labio inferior tembloroso:

—¿Lo hago mal? ¿Te he molestado? Lo siento, Luis.

Su expresión de desconsuelo y el tono lloroso fueron demasiado para él. Al instante, renunció a la posesión de la cuchara y se apresuró a tranquilizarla; por supuesto que apreciaba sus cuidados, afirmó, antes de pedirle perdón por ser un desagradecido. Al oírlo, Mica reprimió una sonrisa de triunfo y se felicitó por sus dotes de actriz. A ver quién era el guapo que, después de verla en acción, se atrevía a

compararla con un ángel.

Aunque ella hubiera preferido que el hermano de Dani permaneciera en la cama unos días más, no hubo manera. A pesar de que veía las estrellas cada vez que se ponía una prenda de ropa, Luis insistía en vestirse por las mañanas y, sin pedirle ayuda, paseaba de una habitación a otra de la casa, renqueante. En cuanto sintió la cabeza algo más despejada, le preguntó por lo ocurrido aquel día con Pertur y, a pesar de que a ella no le apetecía nada sacar a relucir aquel tema —estaba segura de que sería fuente de conflicto—, no le quedó más remedio que contarle la verdad.

En cuanto había visto que Luis perdía el conocimiento, había sabido que tenía que hacer algo para acabar de una vez con aquella pesadilla y poder correr a auxiliarlo. Así pues, decidida, se volvió hacia Pertur y le aseguró que estaba dispuesta a hacerse cargo de todas las deudas de Luis Caballero. El hombre, que la aferraba aún por el brazo, la había mirado sorprendido.

—¿Sabes de cuánto estamos hablando, mocita?

—Ni idea, pero espero que usted me lo diga —declaró con firmeza; lo único que Mica tenía claro en esos momentos era que no debía demostrar el menor temor.

Él miró con interés el bonito rostro enmarcado por aquellos rebeldes rizos rubios y los grandes ojos castaños y, sorprendida, Mica se dio cuenta de que su aspecto candoroso había enternecido incluso a aquel animal de bellota. A partir de entonces, ambos entablaron una dura negociación a dos bandas y, tras intercambiar un firme apretón para sellar el pacto al que habían llegado por fin, el mafioso comentó con admiración:

—Jamás había visto a una chiquilla que parece un serafín con semejante par de cojones.

Mica decidió tomarse aquello como un cumplido; sacó la chequera de un cajón y le entregó un talón al portador con la cantidad que habían acordado.

—Sé que, a pesar de su rama de negocio, señor Pertur, es usted un hombre de honor, así que confío que con este cheque se acabará cualquier tipo de reclamación futura, suya o de sus socios.

Bienvenido Madriles, alias *Pertur*, al que jamás habían llamado *señor* y que no tenía nada claro el concepto del honor, asintió solemne antes de volverse hacia su esbirro.

—¡Vámonos, Conan! Y pídele perdón a la señorita por haber manchado la alfombra de sangre.

El gigante le pidió disculpas en el acto, algo avergonzado, mientras ella los acompañaba hasta la salida, pero Mica alzó la nariz con desprecio y respondió:

—¡No te perdonaré jamás, so bestia!

Con rapidez, cerró la puerta a sus espaldas y corrió a ayudar a Luis.

Luis se pasó una mano trémula por el pelo. Agradecía a los dioses que aquellos dos bastardos no le hubieran hecho daño a Mica, pero no podía soportar saber que, aunque sin intención, se había aprovechado una vez más de la bondad natural de la amiga de su hermana. Sólo de pensar en el dineral que había tenido que desembolsar por su culpa —un dinero que ella se había ganado trabajando duramente—, tenía ganas de pegar a alguien. En realidad, le habría gustado agarrarse por el cuello a sí mismo y sacudirse hasta que le bailaran los dientes.

—Yo… ¡Te juro, Mica, que te devolveré hasta el último céntimo! ¡Con intereses!

—No te preocupes, Luis. Al fin y al cabo, no es más que dinero. Prefiero mil veces saber que estás a salvo que tenerlo en el banco muerto de risa. Además, ya sabes que los intereses están bajísimos. —Le guiñó un ojo con picardía, pero él no sonrió.

A Mica no le gustó la expresión reconcentrada del hombre que se sentaba a su lado en el sillón. Conocía demasiado bien el orgullo de los Caballero, y no estaba dispuesta a que Luis se metiera en otro de aquellos turbios asuntos a los que era tan aficionado para devolverle el dinero. Preocupada, observó la forma en que apretaba los labios y asentía con la cabeza como si acabara de tomar una importante decisión.

—Mañana iremos a ver a mi hermana. Quiero hablar con Bruno.

El psiquiatra cerró la puerta del despacho y le hizo un gesto a Luis para que tomara asiento.

—¿Eres tú el padre del bebé que espera Dani?

—¿Has venido a llamarme al orden? —La suavidad de su tono realzaba la amenaza latente.

—En realidad, he venido por otro asunto, pero me gustaría saberlo.

Los iris azules, tan semejantes a los de su hermana, se enfrentaron a los ojos oscuros, desafiantes. El duelo duró unos largos segundos, hasta que, finalmente,

Bruno decidió contestar:

—La verdad es que no lo sé.

—¿No lo sabes? —Luis lo miró sorprendido—. ¿No se lo has preguntado?

—Por supuesto que se lo he preguntado, Luis. —Hizo un gesto de impaciencia antes de continuar—: Ella dice que no.

—Entonces, perdona mi tono. Estaba casi seguro…

—Ella dice que no, pero yo creo que sí —lo interrumpió Bruno sin contemplaciones.

Su interlocutor se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—¡Tonterías! Si fuera así, ¿por qué iba a negarlo Dani? Tú eres un buen partido, podría sacarte una sabrosa pensión.

—¡Ya salió el espíritu desinteresado de los Caballero! —replicó Bruno sarcástico.

—Si quieres jugamos a hacernos los inocentes, pero creo que a estas alturas del partido sería inútil. Sé que Dani te ha contado demasiadas cosas. —Pensativo, Luis se quedó mirando el hogar apagado durante un buen rato y al fin prosiguió—: Pues si el hijo es tuyo y ella no quiere decírtelo, sólo encuentro una explicación.

—¿Cuál? —La aparente serenidad del psiquiatra no lo engañó ni por un momento.

—Que esté enamorada de ti.

Bruno se puso en pie con brusquedad, caminó hasta la chimenea, apoyó las manos sobre la repisa y preguntó sin volverse:

—¿Te parece una explicación razonable?

—Yo nunca he dicho que las tías sean razonables. Pero, por mucho que lo pienso, no encuentro otra respuesta. Dani siempre ha sido más terca que una mula vieja; cuando se le mete algo entre ceja y ceja, por absurdo que sea, no hay dios que la haga apearse del burro.

—Creo que tu hermana estaría encantada con esas imágenes tan… equinas.

Luis continuó como si no lo hubiera oído:

—En fin, si ése es el caso, no hay nada que hacer. —Se encogió de hombros resignado.

Al oír su última afirmación, el psiquiatra se dio la vuelta por fin, cruzó los brazos sobre el pecho y preguntó sin abandonar aquel tono sedoso:

—¿Tú crees que voy a permitir que tu hermana se vaya y se lleve a mi hijo por una cuestión de obstinación, orgullo o como quieras llamarlo?

—Te recuerdo que Dani dice que no es tu hijo. Imagino que, hasta que nazca, no se le podrán hacer las pruebas de paternidad, y no tienes modo de retenerla a tu lado si ella no quiere. Así que relájate.

—Estoy muy relajado. Y estás muy equivocado…

—¿Respecto a qué?

—En lo de que no tengo modo de retenerla a mi lado si ella no quiere.

Luis leyó en los ojos oscuros una profunda determinación, y esbozó una sonrisa de diversión. Tenía la sensación de que, en esta ocasión, su hermanita, acostumbrada a hacer siempre su santa voluntad, lo llevaba crudo. Bruno no parecía un tipo con el que se pudiera bromear pero, no sabía por qué, le había caído bien desde el principio. Quizá porque no era como los otros babosos que solían mariposear alrededor de Dani.

—En fin, me imagino que lo mejor será que os arregléis entre los dos, ya sois mayorcitos. Yo quería hablarte de otro asunto. En realidad, es un pequeño favor…

Bruno esbozó una sonrisa a su vez; debía reconocer que había algo en el descaro de los hermanos Caballero que resultaba extrañamente atractivo.

—¿Cuánto?

Al psiquiatra le sorprendió el chisporroteo airado de los ojos azules y el oscuro rubor que tiñó la piel magullada de sus mejillas. Y, de nuevo, le vinieron a la mente las palabras de Mica respecto al orgullo de los Caballero.

—Imagino que me lo merezco. —Las palabras de Luis salieron a duras penas por entre sus mandíbulas apretadas—. Pero no, aunque resulte increíble, no es dinero lo que quiero.

—Tú dirás.

—Necesito un empleo.

Las cejas oscuras se alzaron con sorpresa indisimulable pero, enseguida, Bruno empezó a disparar una exhaustiva batería de preguntas respecto a su cualificación profesional, experiencia laboral y un montón de detalles más que a Luis le parecieron excesivos. Sin embargo, mantuvo la calma y respondió a todas las cuestiones con respuestas escuetas y sinceras.

—Se me dan bien las chapuzas. Había pensado en un trabajo de mantenimiento en alguna finca o de mecánico en un taller.

—Eso sería desperdiciar tu talento. —Al ver que el otro lo miraba extrañado, añadió—: Precisamente, el otro día un amigo mío se quejaba de que ya no quedaban vendedores como los de antaño. Estoy seguro de que tú serías un magnífico comercial.

—Comercial… —Luis paladeó la palabra con la misma fruición que si hubiera sido un bocado exótico.

—No te preocupes, veré lo que puedo hacer. —Bruno le tendió la mano y ambos

se dieron un estrecho apretón—. ¡Bienvenido a la edad adulta, cuñado!

—¡Daniela!

Lo sorprendió que no contestara. Tras superar la fase de encadenar una arcada tras otra cada vez que abría la puerta de la nevera, Dani salía a recibirlo en cuanto llegaba del hospital con una fuente tapada con papel de aluminio, levantaba una esquina y lo retaba a adivinar por el olor qué era lo que había preparado ese día para comer.

La verdad es que era una cocinera fantástica, pero a Bruno lo que más le gustaba de toda esa especie de ritual era el destello malicioso de sus ojos azules. En especial, recordaba el día que hizo un cocido. Al parecer, su hermana Eva le había contado que de pequeño detestaba los garbanzos, y la noticia de que no sólo había superado aquella fobia infantil hacía años, sino que ahora era uno de sus platos favoritos no la hizo muy feliz.

La puerta de su habitación estaba entornada, y Bruno la empujó con cuidado. En la cama no había nadie. ¿Habría salido? A pesar de que ya habían pasado casi cuatro semanas, el médico le había aconsejado quedarse en casa unos días más. Cada vez más inquieto, caminó con rapidez en dirección al despacho, abrió la puerta y se detuvo en el umbral.

Dani —derrumbada sobre el inmenso escritorio con la cabeza apoyada en los brazos— dormía ajena a todo, protegida tras una barrera casi inexpugnable de libros y documentos. Al verla, los labios firmes esbozaron una de aquellas sonrisas cargadas de ternura que sólo ella era capaz de arrancarle, y se acercó sin hacer ruido. La mesa era un caos de papeles, la mayoría llenos de apuntes escritos con una letra pequeña y apretada. Con cuidado, se inclinó, la alzó en brazos y volvió a sorprenderse de lo poco que pesaba, a pesar de que había ganado algunos kilos desde que había llegado a su casa. El movimiento la despertó.

—Bruno… —Somnolienta, le rodeó el cuello con los brazos. Al sentir que la estrechaba con más fuerza, su mente se despejó del todo y su cuerpo adquirió una súbita rigidez—. No… no te he oído llegar. Puedes dejarme en el suelo, te recuerdo que hasta el agonías del doctor Martínez me deja caminar por el interior de la casa.

—Veo que no tienes en mucha estima a nuestro querido doctor. —Sin soltarla, Bruno se dirigió hacia el dormitorio.

—Es un exagerado. Creo que pretende tenerme encerrada hasta que nazca el bebé. —Ocultó un bostezo—. ¿Qué haces aquí a estas horas, por cierto?

—Son las dos y media.

—¡Las dos y media! ¡No he preparado la comida!

—Por eso no te preocupes, ahora llamo a algún *takeaway*. Te llevaré la bandeja a tu cuarto; me da la sensación de que te estás esforzando más de la cuenta y quiero que descanses.

—Deberías animarme, cuanto más estudie, antes saldaré mi deuda.

De pronto, Bruno se detuvo en mitad del pasillo con ella en brazos. Tras los párpados entornados, las pupilas ardían con un brillo diabólico.

—¿Qué te parecería que me lo cobrara en carne?

—¿Pretendes ser gracioso? —Dani alzó la nariz ofendida.

—Yo también soy aficionado a hacer chistes malos. Así que, si no quieres que te deleite con ellos, cierra esa bocaza que tienes. No quiero oír hablar más de deudas, ¿entendido? Anda, dame un beso y te prometo que, de momento, no te obligaré a hacer nada más.

—Ja, ja, j…

Bruno se inclinó sobre ella y su boca absorbió el tercer «ja».

Por fin se había marchado el último paciente. No sabía qué le ocurría, pero llevaba varios días con una extraña sensación de inquietud que le hacía difícil concentrarse. Se preguntó si Daniela habría llegado ya. Desde que el médico le había dado el alta, por fin, casi no paraba en casa.

Había encontrado un empleo de media jornada de recepcionista en una inmobiliaria que, por fortuna, no resultaba nada estresante; «un tostón mortal», habían sido sus palabras exactas cuando le había descrito su cometido. Con la tremenda crisis que atravesaba el sector, no es que hubiera gente matándose a las puertas del local para conseguir un piso, precisamente, pero el sueldo, aunque escaso, le daba para pagar los pocos gastos que tenía, ya que se mostraba reacia a pedirle nada a él. Por las tardes acudía a una biblioteca cercana y se dedicaba a estudiar, casi sin pausa, hasta que cerraban. A pesar de las protestas de Bruno, ella no le hacía el menor caso. Estaba decidida a acabar la carrera y sacarse las oposiciones al precio que fuera; quería una vida mejor para el hijo que esperaba y, aunque a él esa determinación inquebrantable a veces lo sacaba de quicio, no podía evitar admirarla por ella.

Solían comer juntos todos los días, eso sí, y Bruno se burlaba de sí mismo sin piedad en cuanto se pescaba echando la enésima ojeada al reloj, impaciente por volver a casa. Aunque no se hacía ilusiones; Dani no cocinaba aquellos platos deliciosos por el placer de disfrutar un rato de su compañía y su conversación, como le ocurría a él,

sino porque no estaba dispuesta a poner en peligro la vida del pequeño como había hecho, sin saberlo, al principio del embarazo.

Ya llevaba casi cinco meses viviendo en su casa y, a pesar de que continuaban con sus duelos verbales, él jamás se había sentido más vivo, algo sorprendente si tenía en cuenta que, hasta que conoció a Daniela, le gustaba la existencia ordenada y sin altibajos emocionales que llevaba.

Sin embargo, a pesar de que la vida junto a Dani no tenía nada de plácida, le encantaba estar con ella; disfrutaba de las conversaciones siempre interesantes y animadas que mantenían; lo divertían sus provocadoras salidas de tono y se descubría a menudo riendo a carcajadas por algo que ella había dicho.

Bruno no trataba de disimular el hecho de que la encontraba muy deseable. Aprovechaba cualquier oportunidad para tocarla y besarla y, a pesar de que ella respondía a sus caricias apasionadamente, en cuanto trataba de ir más allá, lo frenaba en seco, haciendo algún comentario burlón para relajar la crepitante tensión sexual que se había convertido en un habitante más de la casa.

Le gustaba observarla mientras trataba de distinguir los pequeños cambios que iban teniendo lugar en su cuerpo y que aún resultaban casi imperceptibles. Ahora los senos estaban más llenos, y las caderas algo más redondeadas, los pómulos no se le marcaban, afilados, en el rostro, y a todas horas resplandecía con un fulgor que parecía alumbrarla desde dentro. Volvía a llevar el pelo por debajo de los hombros. En una de sus visitas, Susy había aprovechado para darle un poco de forma, y a Bruno lo fascinaba el modo en que la melena castaña fluía a su alrededor cada vez que movía la cabeza; pero, sobre todo, adoraba asomarse a aquellos ojos azules retadores, burlones y, a veces, tiernos que eran su seña de identidad.

A menudo no era consciente de que se había quedado contemplándola embobado hasta que ella lo sacaba de su ensimismamiento con un desafiante: «¿Qué miras? ¿Tengo una legaña o es algo aún peor?». Bruno respondía con algún comentario burlón, aunque era consciente de que, a medida que pasaba el tiempo, cada vez le costaba más no abalanzarse sobre ella con la rudeza de un invasor vikingo y reclamarla por derecho de conquista.

Aunque casi desde el principio había sospechado que el niño que esperaba Daniela era suyo, no le cabía la menor duda de que, si ése no fuera el caso, tampoco le importaría. Cada vez que recordaba todas las ocasiones en que se había jurado a sí mismo que jamás se casaría ni engendraría hijos, sus labios esbozaban una mueca de desdén. Por supuesto que se casaría. Y estaría dispuesto a criar hijos, perros, tortugas o bonsáis; en resumen, haría lo que fuera necesario con tal de retenerla su lado. Como

diría Piluca, la extraña joven del pelo de colores que se pasaba a visitarla de vez en cuando, estaba jodido.

Jodido. Ésa era la palabra exacta. Porque, a pesar de todas sus artimañas de psiquiatra, Daniela estaba decidida a alejarlo de ella. No sólo no había confesado aún a quién correspondía la paternidad de su hijo, sino que tampoco parecía que fuera a hacerlo en los próximos tiempos.

Con el mismo desasosiego que lo había acompañado durante todo el día, siguió caminando por el pasillo, convencido de que Dani no había vuelto aún de la biblioteca. Al pasar frente a su cuarto vio que la puerta estaba entornada, se asomó sin hacer ruido y la escena que contempló borró de golpe su desazón. Allí estaba ella, absorta por completo en la imagen que le devolvía el espejo de cuerpo entero. Estaba de perfil, llevaba el botón de los viejos pantalones vaqueros desabrochado y se había subido la camiseta por debajo de los pechos. El bulto de su estómago habría resultado inapreciable en una persona más gruesa, pero ella estaba tan delgada que aquella pequeña protuberancia proclamaba a voz en grito su embarazo. Entonces, se llevó una mano al vientre y se lo acarició con los ojos entornados y una expresión soñadora en el rostro mientras, en voz muy baja, tarareaba una antigua canción de cuna.

Bruno se quedó sin aliento; era la imagen más hermosa que había contemplado en su vida. De pronto comprendió que la inquietud que lo había acompañado en los últimos tiempos sólo aparecía cuando estaba lejos de Daniela, y que se calmaba en el acto en cuanto volvía a verla.

Con un sigilo admirable en un hombre de su tamaño, caminó hacia ella, la volvió hasta situarla frente al espejo, pegó el pecho contra su espalda y colocó una mano posesiva sobre su abdomen. Al sentir su presencia, Dani sufrió un ligero sobresalto, pero no sólo no se apartó, sino que se recostó contra el pecho poderoso que le proporcionaba una agradable sensación de seguridad de la que había carecido toda su vida. Hechizada, contempló la mano morena de dedos largos y fuertes que abarcaba su vientre por entero y, por unos instantes, sintió la tentación de confiarse a esas manos capaces y olvidar todos sus miedos.

—Daniela…

Aquel ronco susurro tan cerca de su oído le produjo un escalofrío que la hizo cerrar los ojos. Sin embargo, se vio obligada a abrirlos casi en el acto cuando Bruno la hizo girar con un movimiento fluido, hasta que los dos quedaron cara a cara. Incapaz de reaccionar, Dani permaneció muy quieta, con las pupilas clavadas en aquellos ojos ardientes en los que no quedaba ni rastro de su acostumbrada expresión perezosa.

—Daniela —repitió él en el mismo tono, inclinando la cabeza muy despacio—, te

deseo.

A ella le dio la sensación de que todo ocurría a cámara lenta, pero se había quedado paralizada y desaprovechó la ocasión de salir corriendo. Cuando quiso reaccionar, ya era demasiado tarde; aquellos labios enloquecedores estaban encima de los suyos, derramando su magia. Con un gemido de rendición, entrelazó los brazos alrededor de su cuello y se dejó conducir a ese universo, lleno de fuego y de pasión, al que sólo Bruno del Valle era capaz de transportarla.

Como ocurrió la primera vez que hicieron el amor, la suavidad inicial del beso enseguida dio paso a un frenesí incontrolable. Bruno se recordó que estaba embarazada y tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para mantener el control; lo que su cuerpo le exigía en ese instante era tumbarla sobre el frío suelo de madera, arrancarle los vaqueros y la ropa interior y hacerla suya en el acto.

Sin despegar la boca de la suya, la alzó entre sus brazos y la depositó sobre la cama con suavidad.

—¡Levanta los brazos! —ordenó con una voz áspera que la hizo estremecer.

Ella lo obedeció sin rechistar y, a toda velocidad, Bruno la despojó de la camiseta. Sin mucha delicadeza le quitó también el sujetador y lo tiró al suelo; entonces, se arrojó sobre sus senos y empezó a devorarlos. La rudeza de aquel asalto acabó con su último atisbo de cordura, y Dani hundió los dedos en los cabellos negros para apretarlo aún más contra sí. No podía pensar, tan sólo podía dejarse llevar por aquella pasión febril que su ardor le había contagiado. Necesitaba más, necesitaba tenerlo aún más cerca, necesitaba…

—Bruno, por favor… —Apenas reconoció su propia voz suplicante.

Pero él la ignoró por completo y continuó explorando hasta el último rincón de su cuerpo con las manos, con la boca, con la lengua. Insaciable.

Ella se retorció, lo mordió y besó su pecho hasta que arrancó un gemido de la garganta morena. Apenas unos segundos después, los dos estaban desnudos y rodaban sobre las sábanas con los cuerpos pegajosos de sudor.

¡Por fin! Dani exhaló un suspiro de alivio al sentirlo a la entrada de su cuerpo. Hundió las uñas en los tensos músculos de su espalda, entrelazó las piernas alrededor de las caderas estrechas y se arqueó contra él, invitándolo a terminar de una vez con aquel tormento brutal que se sentía incapaz de resistir por más tiempo.

Estaba en llamas.

De una sola embestida, él se hundió en su interior y la súbita sensación de plenitud hizo que a Dani casi se le saltaran las lágrimas de puro placer. Bruno se retiró despacio, sólo para arremeter de nuevo con fuerza, y repitió aquel movimiento una,

dos, tres veces. Cuando Daniela se tambaleaba en el borde, a punto de caer por un precipicio de voluptuosidad como nunca había imaginado, él se clavó de nuevo hasta el fondo y… se quedó quieto.

—Daniela, ¿es mío?

—No… no pares ahora, por… por favor. —Aquella súplica jadeante brotó, apenas inteligible, por entre los labios enrojecidos.

—Dímelo… y te prometo que seguiré. —Una vez más, la boca de Bruno se cerró en torno a uno de sus pezones y empezó a tironear de él.

—¡Oh, Dios mío, Bruno! ¡No puedo más! —lloriqueó ella, alzando la pelvis en un vano intento por alcanzar el estado de nirvana que había rozado segundos antes.

—Sólo dímelo —le susurró al oído antes de deslizar la lengua en el interior de su oreja, provocando una serie de escalofríos en cadena.

—¿Qué… qué quieres que te diga? —El cerebro de Dani estaba tan embotado por el deseo que ni siquiera entendía de qué le estaba hablando.

Una vez más, Bruno se alzó sobre los antebrazos y, con enloquecedora lentitud, salió de ella. Las gruesas gotas de sudor que perlaban su frente y el temblor de su cuerpo hablaban a las claras del esfuerzo que le estaba costando controlarse.

—¿Es mi hijo? —De nuevo se enterró con fuerza en su húmedo interior y, sin dejar de entrar y salir a un ritmo cada vez más frenético, gritó—: ¡Dímelo, Daniela, ¿es hijo mío?!

—¡Sí! ¡Claro que sí! —confesó ella también a gritos, justo antes de que el mundo estallara en mil pedazos a su alrededor.

Bruno la estrechó entre sus brazos como si no fuera a dejarla ir jamás y se vació dentro de ella con un fiero rugido. Con el corazón latiéndole aún enloquecido, Dani permaneció muy quieta, disfrutando de la intensidad del momento, mientras su respiración empezaba a calmarse. No fue hasta pasado un buen rato cuando su juicio emergió, por fin, de aquella densa bruma de pasión y fue consciente de lo que las despreciables artimañas del hombre que yacía a su lado le habían hecho admitir.

Con un grito sofocado de indignación, empezó a golpear los poderosos hombros con los puños hasta que él la soltó. De un furioso tirón, se hizo con una de las sábanas arrugadas, la enrolló alrededor de su cuerpo y se incorporó a toda velocidad.

—¡¿Cómo has podido?! ¡Esto ha sido demasiado bajo incluso para una cucaracha como tú!

Al oírla, Bruno lanzó una carcajada y la recorrió con una mirada posesiva.

—Sospeché casi desde el principio que el hijo que esperabas era mío, pero quería que tú me lo confirmaras.

—¡Es lo más indigno que he oído jamás! ¡Te has aprovechado de mí, me has utilizado, me has usado sin escrúpulos para conseguir un poco de información, eres un loquero traidor, un…!

—Quiero que nos casemos antes de que nazca el bebé.

Aquella contundente declaración cortó en seco la lista de agravios, y lo único que pudo hacer Dani fue mirarlo boquiabierta.

—¡Estás loco! —Logró reaccionar por fin—. ¡No pienso casarme contigo!

—El niño es mío.

—¿Y qué? Además, no es cierto, sólo he dicho que sí para que me dejaras en paz y acabaras de una vez con lo que estabas haciendo.

—Es mi hijo y lo quiero. También quiero a su madre.

—¡Eso es mentira! Tú mismo me dijiste que no querías una esposa y, menos, tener hijos.

—Como buen psiquiatra que soy, sé bien que en la vida siempre hay que hacer ajustes.

—¡Ajustes! —repitió ella con resentimiento incapaz de creer que aquel cretino considerase su posible matrimonio y su paternidad como unos simples ajustes, antes de gritar—: ¡Jamás me casaré contigo! ¡¿Me oyes?! ¡Pues métetelo bien en tu dura mollera! ¡Ni por todo el oro del mundo me casaría contigo!

—Eso ya lo sé. Por cierto, me gustaría que me contaras qué hiciste con los cheques.

—¡Eso tampoco lo sabrás jamás!

—Antes o después, me enteraré de todo. Sólo tengo que emplear ciertos métodos para lograrlo…

—¿De qué hablas?

Bruno se pasó una mano por los cabellos oscuros con indolencia y le lanzó una de aquellas sonrisas perezosas que dejó a la vista su blanquísima dentadura.

—Ya me he dado cuenta de que pierdes la cabeza con mis caricias. No tengo más que tocarte para hacerte confesar todo lo que quiera y más.

De nuevo, la boca de Dani se abrió con el descontrol de una trucha recién pescada.

—Tú… tú… Eres un creído, un… un… —tartamudeó, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para referirse a semejante ególatra pasado de vueltas.

—Está bien, seré generoso y admitiré que es mutuo. Cada vez que me tocas, me pongo a mil. Creo que un hijo en común y esta arrolladora atracción sexual que hay entre nosotros son un buen comienzo, ¿tú qué opinas?

Un mechón de pelo negro había resbalado de nuevo sobre su frente, y en aquella postura, de costado, con el brazo doblado y la cabeza reposando sobre la mano, sin que, al parecer, le importara lo más mínimo su completa desnudez, Dani lo encontró absolutamente irresistible y se odió por ello. Muy a su pesar, sus pupilas traidoras resbalaron por ese pecho, amplio y fuerte, y siguieron por la fina tira de vello oscuro que descendía por el vientre plano hasta, hasta… Dani se obligó a mirarlo de nuevo a la cara.

—Al menos podrías taparte un poco, ¿no?

—No sabía que un poco de carne pudiera molestarte, Daniela. Además, creo que no hay nada que no hayas visto antes. —Bruno imprimió a sus palabras un matiz de lo más sugerente, y ella no pudo evitar ponerse como un pimiento morrón. Al verlo, él soltó una nueva carcajada antes de añadir en el mismo tono acariciador—: ¿Sabes, Daniela? Con el pelo revuelto, las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y los labios un poco hinchados después de los besos que acabamos de intercambiar, resultas digna candidata a inquilina del harén de algún poderoso sultán pero, no temas, la única cama que vas a calentar de ahora en adelante será la mía. ¡Demonios, me estoy poniendo duro otra vez!

Al oír aquello, Dani enrojeció aún más, pero trató de disimular la vergüenza con una de sus réplicas desafiantes:

—Luego dices que yo soy vulgar.

—¿Es vulgar decir la verdad?

Una fuerza ajena a ella por completo la obligó a bajar la vista de nuevo y, sobresaltada, comprobó que no exageraba ni un poquito. Al instante, alzó los ojos, muy abiertos, hacia su rostro; los desvió de nuevo hacia su entrepierna y, otra vez, a él. Abrió la boca como si fuera a decir algo y la volvió a cerrar, y sus pupilas chocaron contra las diabólicas pupilas masculinas, que bailoteaban de diversión.

—¿Ves como yo no miento? —preguntó con voz ronca al tiempo que se incorporaba y le daba un provocativo beso en la punta de la nariz.

Dani consiguió recuperar el uso de las cuerdas vocales y de sus extremidades.

—¡Eres despreciable! ¡Jamás me casaré contigo! —Se apartó de un empujón y, con la sábana bien sujeta, corrió hacia el baño dispuesta a hacerse fuerte en él.

Al oír el portazo, Bruno lanzó una carcajada de felicidad, abrió los brazos y se dejó caer de espaldas sobre el colchón.

Capítulo 20

—He encontrado un apartamento. Mañana recogeré mis cosas y me iré. —Los grandes ojos castaños de Mica fueron incapaces de ocultar el dolor que le causaban sus palabras—. ¡No me mires así! Ahora gano un buen sueldo todos los meses, sin contar con las comisiones. Tengo que tomar las riendas de mi vida; no puedo seguir dependiendo de ti.

—Lo sé, Luis. Bruno me contó que tu jefe está encantado contigo, que has batido todos los récords de la empresa. —Consiguió decir en un tono casi normal, a pesar de que sentía que alguien le estaba arrancando el corazón—. Cuídate, ¿quieres? Ya sabes que esa costilla aún te da problemas.

Su sonrisa, valiente y temblorosa, fue demasiado para él. En un par de zancadas estuvo a su lado, la estrechó con fuerza contra su pecho y empezó a hablar en su oído de manera atropellada.

—¡Mica, no lo entiendes! ¡No puedo ofrecerte nada! ¡No tengo nada!

—Lo único que quiero eres tú. —Mica decidió que ya estaba bien de disimular; total, ¿para qué?, se le notaba a la legua que estaba loca por aquel cabezota desesperante.

—No te convengo, Mica. Tú eres un ángel, yo… yo sólo te haría infeliz.

Al oír eso, Micaela Waksman se enfadó de verdad. Lo apartó de un empujón y se enfrentó a él con los brazos en jarras y una expresión furiosa en el rostro.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que tienes razón! ¡No me convienes, no eres más que un cobarde gallina! ¡Llevo perdiendo el tiempo desde que tenía trece años, ahora me doy cuenta! —Alzó el rostro hacia el techo y abrió mucho los brazos—. ¡Gracias, Dios mío, por abrirme los ojos al fin! Pero antes de que te vayas, permíteme decirte una cosa…

Luis jamás la había visto tan enojada y, a pesar de que le sacaba cabeza y media, se

quedó paralizado mientras ella lo apuntaba con el dedo índice.

—¡Estoy harta, ¿me oyes?! ¡Harta de que me digas que soy un ángel y de que me trates como si fuera una pobre inocentona retrasada! ¡Yo soy una mujer, ¿te enteras?! Una mujer hecha y derecha, con sus virtudes y sus defectos, con sus deseos y sus necesidades y, por si aún dudas de ello, ahí va una muestra…

Antes de que él pudiera reaccionar, Mica le dio un violento tirón de la corbata que lo obligó a bajar la cabeza, y el beso apasionado que siguió hizo que los globos oculares de Luis dieran una vuelta completa en sus órbitas. Cuando lo soltó por fin, al hermano de Dani le temblaban hasta las pestañas.

Sin percatarse de su agitado estado mental, Mica prosiguió con su discurso con gran serenidad, aunque, de pronto, con los rizos revueltos, los ojos brillantes y los labios tan rojos, tenía un inesperado aspecto de diosa del sexo.

—Y ahora buscaré a un hombre que sea capaz de apreciar lo que le ofrezco. Aunque tú no lo creas, conozco a varios que estarán encantados.

Alzó la barbilla, muy digna, y se dio media vuelta pero, antes siquiera de recorrer un par de metros, él la agarró por los hombros, la obligó a girarse de nuevo y empezó a besarla con una mezcla de rudeza y hambre atrasada que la dejó sin aliento.

«¡Por fin, Dios mío, gracias!». Su silenciosa plegaria voló hacia las alturas mientras los brazos de Mica se enredaban en torno al cuello masculino.

Fue como si Luis hubiera llegado al límite; años de contención saltaron por los aires. La aplastó contra una pared cercana, colocó una mano sobre las nalgas femeninas y la embistió con sus caderas mientras devoraba su boca con ansia. Por un momento, Mica pensó que le desgarraría la ropa y la poseería contra esa misma pared, pero esa idea no la asustó lo más mínimo. Había esperado ese momento durante tantos años que le daba igual el lugar o la postura; lo único que quería era que ocurriera de una vez.

Sin embargo, justo entonces, Luis apartó la boca del pecho que devoraba por encima de la blusa y apoyó la frente contra la suya.

—No… Esta vez… esta vez haré bien las cosas —afirmó jadeante.

Mica no sabía de qué estaba hablando ni le importaba, lo único que quería era que continuara besándola y acariciándola con aquella pasión, así que volvió la cara y buscó de nuevo su boca, pero él le sujetó la barbilla con una mano y se lo impidió.

—Luis…

—No, Mica, no te poseeré contra una pared igual que un animal ansioso, aunque me ardan las pelotas con el fuego del infierno. —Ella dio un ligero respingo al oír aquel lenguaje tan gráfico—. Esta vez lo voy a hacer bien —repitió.

—Y ¿eso qué significa? —Mica se temió lo peor.

—Significa que primero te pagaré todo lo que te debo. —Colocó las yemas de los dedos sobre los labios inflamados para interrumpir sus protestas—. Luego, cuando tenga un poco ahorrado, te pediré que te cases conmigo.

Una vez más, los dedos de Luis ahogaron la exclamación de felicidad que subió a sus labios.

—Voy a cortejarte —siguió explicando él—. Seremos novios, pero no me acostaré contigo hasta nuestra noche de bodas.

Al ver su expresión de profunda desilusión, Luis soltó una carcajada algo temblorosa.

—Entiéndelo, Mica. Tú eres especial. No quiero cagarla como de costumbre. En esta ocasión voy a hacerlo bien. Te quiero desde siempre, mi amor, y creo que seré capaz de esperar unos meses más.

Al oír aquello, los ojos castaños se llenaron de lágrimas y, cuando Luis se inclinó para sellar aquellas promesas con su boca, volvió a sentir la misma intensa emoción que se había apoderado de él unos meses antes, en aquel cuartito de hospital.

Desde hacía unos días, Dani evitaba a Bruno como a la peste. Casi no paraba en la casa y solía comer un menú económico en un bar cercano al trabajo. Echaba de menos las comidas en la luminosa cocina de su piso, echaba de menos sus conversaciones y, sobre todo, lo echaba de menos a él.

Cuando llegaba, solía encerrarse en su cuarto y cerraba la puerta con pestillo igual que una doncella temerosa de ser violada, pero, en realidad, lo que ocurría era que no se fiaba de sí misma. El recuerdo de las veces que habían hecho el amor hacía que, por las noches, pasara más de una hora dando vueltas en la cama temblando de deseo, sin poder dormir.

¡No se casaría con él! ¡No quería casarse con él!

Por Dios, ¿a quién quería engañar?

En realidad, era lo que más deseaba en el mundo; sin embargo, no estaba dispuesta a que él cargara con ella y el bebé por lástima y por sentido del deber. Porque, aunque él hablara de deseo, ya lo conocía lo suficiente para saber que era un hombre que acostumbraba a hacer lo correcto. Pero Dani no quería que hiciera lo correcto, Dani quería que la quisiera del mismo modo que ella lo quería a él. Si no, prefería que desapareciera de su vida.

De pronto, fue consciente de cómo sería su existencia si no volviera a verlo más, y

sintió una repentina opresión en el pecho que la dejó sin aliento.

—Te pillé.

Eran las dos de la madrugada, pero llevaba horas dando vueltas en la cama, desvelada por completo. Al final, había decidido acercarse de puntillas al despacho para coger un libro y él la había atrapado en la oscuridad.

—¡Suéltame, Bruno!

—Todavía no —susurró él en su oído antes de apartarle la melena a un lado y besarla en el cuello mientras sus dedos, que despedían un calor abrasador, se deslizaban por la piel sensible de su hombro.

«No es justo. Sólo tiene que rozarme y estoy perdida», pensó Dani incapaz de resistirse a aquellas caricias expertas.

Segundos después, esos mismos dedos se deslizaron por debajo del camisón corto que llevaba y acariciaron su vientre redondeado con una mezcla de deseo y ternura que hizo que Dani perdiera la capacidad de elaborar ni un solo pensamiento coherente más. De lo único que era consciente era de que llevaba días deseando que aquello ocurriera, de que lo necesitaba aún más cerca, de que se moriría si no la hacía suya de inmediato.

Rendida por completo, notó sorprendida que Bruno la sujetaba por los brazos y la separaba un poco de él.

—Por favor… —Se odió por suplicarle, pero no podía evitarlo.

—Cuando… aceptes casarte conmigo, continuaremos… con esto. —Su tono era firme, pero él también sonaba falto de aliento.

—¡Te odio, Bruno del Valle! —exclamó, a pesar de que sus puños se aferraban aún con fuerza a la camisa masculina.

—Si te sirve de consuelo, yo también me odio a mí mismo.

Sin más, se inclinó sobre ella, depositó un beso ligero en su frente y salió del despacho a toda prisa.

En el último segundo, Dani evitó chocar contra la encimera de la cocina.

—Como sigas así, el pobre chaval va a nacer con unos cuantos chichones.

—Claro, Luis, es muy fácil hablar. Lo difícil es calcular la distancia cuando, de repente, te encuentras con una barriga inmensa que va un par de metros por delante de ti.

Dani fue a sacar una pesada fuente del horno, pero su hermano se la quitó al instante de las manos.

—Ya sabes que no debes cargar pesos. Tú lleva el vino. Por cierto, ¿cuándo será la boda? A este paso, mi futuro ahijado os llevará las arras.

Dani dejó el sacacorchos sobre la brillante superficie con más fuerza de la necesaria.

—¡No va a haber boda!

—Eso no es lo que dice Bruno.

—¡Me da igual lo que diga! No quiero que cargue conmigo y con el niño porque le damos pena.

—¿Pena? ¡Tú eres tonta, hija mía! El pobre diablo babea cada vez que te mira.

—Eso sí que es una tontería. Si no se hubiera enterado por… —se puso como un tomate al recordar las despreciables maniobras que había utilizado el psiquiatra para hacerse con la información— por pura casualidad de que el niño es suyo, jamás se le habría ocurrido semejante idea.

—Cuando me encerré con él aquel día en su despacho para pedirle un curro, Bruno no sabía si el hijo que esperabas era suyo pero, a pesar de ello, estaba decidido a casarse contigo.

Dani lo miró boquiabierta.

—¿Cómo lo sabes?

—Joder, Dani, es como el brillo de la teta de una monja en la oscuridad: se ve a la legua. Además, me llamó *cuñado*.

—Cuñado… —Un rayo de esperanza se abrió camino en su interior—. ¿Tú crees…?

Luis la interrumpió sin contemplaciones:

—Pues claro que lo creo, así que deja de hacer el idiota y cásate con él de una vez. Anda, volvamos a la mesa, que esto se va a quedar frío y estoy muerto de hambre.

Dani salía de cuentas al cabo de una de semana, así que, para celebrar que había aprobado las cuatro asignaturas que le quedaban de la carrera con matrícula de honor y que, aunque no conocía aún los resultados, también se había presentado al examen de oposición, había decidido organizar una cena en la agradable terraza del piso de Bruno, que tenía unas vistas espectaculares sobre el paseo de la Castellana. A pesar de que estaban en septiembre, la temperatura era perfecta, y la mesa estaba preciosa con los adornos florales y las velas encendidas.

Le habría gustado invitar a Susy y a su marido, y a Piluca y a Toño, pero el mandón de Bruno se había negado en redondo con la excusa de que el doctor Martínez había dicho que esos últimos días tenía que tomarse las cosas con mucha calma, así que sólo estaban Mica y Luis. De todas formas, lo habían pasado muy bien durante toda la velada, y los hombres habían repetido, una y otra vez, hasta que las fuentes se vaciaron del todo.

La tarta que había preparado también había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos, y ahora, todos menos ella —desde que estaba embarazada le sentaba fatal— daban pequeños sorbos a sus tazas de café con expresión satisfecha. Dani trató de acomodarse mejor en la silla; llevaba toda la noche sin encontrar la postura.

—¿Estás bien? —Bruno la cogió de la mano con cara de preocupación.

—Muy bien, no pasa nada, aún quedan muchos días. —A pesar de que no lo habría confesado ni bajo amenaza de tortura, a Dani le encantaba sentir sobre sí la mirada vigilante de aquellos ojos oscuros.

—¡Pues claro que no existen los milagros!

Luis y Mica seguían con su eterna discusión; aquellos dos siempre estaban discutiendo por algo. En realidad, era Luis el que discutía y se dirigía a ella en un tono áspero; sin embargo, también era él el único al que se le escapaba que su mirada se convertía en una caricia cada vez que se posaba sobre el bonito rostro de Mica.

—Y yo te digo que sí. Tengo pruebas.

—¿Pruebas? Esto se pone interesante. Venga, Mica, cuéntanos. —Bruno intervino en la conversación sin dejar de acariciarle la piel sensible de la muñeca con el pulgar.

Dani cerró los ojos extasiada y se dejó llevar hasta que recordó que ésa era, precisamente, el arma de destrucción masiva que el psiquiatra empleaba para minar su voluntad. Con decisión, los abrió de nuevo y retiró la mano en el acto.

Mica se dispuso a narrarles la historia con los ojos relucientes, igual que si fuera uno de esos cuentos que les contaba a los niños enfermos cuando los visitaba en el hospital.

—Veréis, todo ocurrió el día de Navidad.

—Eso está un poco visto.

—Calla, Luis, no la interrumpas.

Sin prestar atención a la mueca socarrona dibujada en los atractivos labios de aquel hombre, obstinado y adorable, que la traía por la calle de la amargura, Mica prosiguió:

—Como sabéis, la parroquia con la que colaboro está en un barrio lleno de personas mayores que, en general, viven de una modesta pensión. Hace unos dos años

se empezó a filtrar agua por el tejado de la iglesia. En estos tiempos de recursos escasos había otras prioridades, así que se iban tapando las humedades a medida que iban saliendo, pero sólo eran parches; había que retejar por completo, y eso, ya sabéis, cuesta un dineral.

»Imaginaos hasta qué grado habían llegado las goteras en los últimos tiempos que no nos quedó más remedio que atar un paraguas a uno de los brazos del Cristo crucificado que está detrás del altar mayor. Al pobre se le estaba empezando a correr la pintura y lucía unos churretones que daba pena verlo. Justo antes de Navidad, vino un técnico del ayuntamiento y declaró que la reparación no podía esperar más o los feligreses corrían el riesgo de que se les desplomara el techo sobre las cabezas en plena consagración. —Dani se llevó la mano al vientre y apretó los dientes; su hijo acababa de pegarle una patada de futbolista profesional que le había cortado el aliento. Al instante, la mano de Bruno cubrió la suya y, al sentir los movimientos del bebé, los ojos de ambos se encontraron y se sonrieron, aunque ella desvió la mirada enseguida y volvió a fijar las pupilas en su amiga, que seguía hablando—. Así que don Manuel, el párroco, anunció que la colecta del día de Navidad se destinaría en su totalidad a reparar el tejado, y rogó a los fieles que, dentro de sus posibilidades, fueran generosos.

—Y fue entonces cuando se formó una nube sobre la nave central y empezaron a llover euros, y todas las beatas se olvidaron del sermón, se arrojaron sobre las monedas como una jauría hambrienta y corrieron a gastárselos en las tragaperras del bar de la esquina. —Luis sacudió la cabeza burlón.

—Eres un hombre de poca fe —afirmó Mica sin enfadarse lo más mínimo.

—No le hagas ni caso, Mica, a mí me está encantando la historia. ¿En qué consistió el milagro? —preguntó el psiquiatra mientras Dani, cada vez más incómoda, cambiaba de posición de nuevo en la silla, sin prestar apenas atención a lo que su amiga contaba.

—Pues cuando empezamos a contar el dinero que había en las cestas, en vez de los cuarenta euros con veinticinco que suele ser la colecta habitual de cualquier domingo…

—Era Navidad, habría más gente.

Mica puso los ojos en blanco.

—¿Puedes dejar de interrumpirme?

—Eso, Luis, yo también quiero saber cuánto había en la cesta —intervino Bruno, al que no se le había escapado el desasosiego poco habitual que había mostrado Dani durante toda la cena.

—Lo importante no es el cuánto, sino el qué —afirmó Mica con voz misteriosa.

—¡Venga, suéltalo de una vez!

—A este paso, Daniela se va a poner de parto antes de que tú acabes la historia.

Ella esbozó una sonrisa pícara y soltó la bomba:

—¡Había dos cheques al portador por un importe de seis mil euros cada uno!

—¡Joder, pues sí que existen los milagros! —exclamó Luis antes de percibir el silencio sepulcral que se había hecho a su alrededor.

Desconcertado, pasó la vista de su hermana, que se había puesto muy pálida, a Bruno, que la observaba con un brillo furioso en sus ojos oscuros. Luego miró a Mica, a ver si su rostro le daba la clave de lo que fuera que acababa de ocurrir, pero ella permanecía muy quieta, con las yemas de los dedos sobre los labios y los ojos muy abiertos; tenía la misma expresión que un duende al que acabaran de pillar cometiendo una travesura.

—Así que un plan de pensiones, ¿eh?

—No sé de qué me hablas.

—Si os soy sincero, yo tampoco tengo ni pajolera idea de qué va todo esto.

—¡Shhh, Luis! ¡Nosotros nos vamos, es tardísimo!

—Pero…

Al ver la mirada de advertencia que le lanzó Mica, se calló en el acto y, obediente, se levantó de la mesa. Después de darles las gracias y despedirse, los dos se marcharon y, en cuanto cerró la puerta, Bruno se volvió hacia Dani amenazador.

—¿Por qué te deshiciste de los cheques? En esos momentos tú necesitabas el dinero más que el tejado de la iglesia.

—¿Por qué piensas que son mis cheques? Podrían ser de cualquiera.

—¡Sí, claro, qué casualidad! —replicó sarcástico. Dani comenzó a amontonar los platos para llevarlos a la cocina, pero él se lo impidió—. Para empezar, no debes cargar peso y, para seguir, quiero que me expliques ahora mismo por qué fingiste que te alegrabas infinito de recibir aquellos cheques y, nada más salir de casa, los echaste en la cesta de la colecta de la primera iglesia que encontraste.

—¡Y ¿qué querías que hiciera?! —Dani se encaró con él, furiosa—. ¡Acabábamos de acostarnos y llegas tú con los cheques para pagarme mis servicios! ¡Pues claro que los cogí, ¿qué iba a hacer, si no?!

Bruno se pasó la mano por los oscuros cabellos y, sorprendida, ella notó que temblaba. Nunca antes lo había visto nervioso.

—Fue… fue… —Por primera vez desde que lo conocía, el psiquiatra parecía incapaz de encontrar las palabras adecuadas—. Fue una prueba.

—¿Una prueba? ¿Qué significa eso?

—Quería que demostraras de alguna manera que lo que ocurrió Aquella Noche también había sido importante para ti.

Cuando, al cabo de varios segundos, Dani recuperó el habla, preguntó rabiosa:

—Y ¿qué actitud habría sido, según tu mente calenturienta, la adecuada para expresar que para mí también había sido importante?

—Esperaba… esperaba… —Bruno se pasó un dedo por el cuello de la camisa como si, a pesar de llevar un par de botones desabrochados, lo estuviera asfixiando—. Pensé que te pondrías furiosa y los romperías en mi cara pero, en vez de eso, cogiste los cheques tan tranquila e hiciste un par de comentarios burlones.

—¡Acababas de soltarme lo más parecido a un par de bofetadas en toda la jeta! ¡¿Encima pretendías que me echara a llorar?! —Él se encogió al oír la furia de sus palabras—. ¡Me voy!

—¡¿Cómo que te vas?! —Bruno, que parecía haber perdido por completo cualquier vestigio de autocontrol, empezó a gritar también.

—¡Lo que oyes! ¡Me voy a casa de Mica a pasar la noche y ya pensaré lo que hago después! —Dani se sujetó los riñones con las manos y se encaminó hacia la puerta con la misma gracia que un pato mareado.

—¡Tú no te vas a ningún lado! —Avanzó hacia ella amenazador pero, antes de llegar a su lado, Dani se dobló sobre sí misma y lanzó un grito ahogado. Al instante, Bruno se plantó junto a ella muy preocupado—. ¿Qué ocurre?

—Creo… —Antes de poder terminar de decir qué era lo que creía, se mordió el labio inferior con fuerza en un gesto de dolor y se puso muy blanca.

—¿Es el niño? —Él también se había quedado pálido.

—¡Oh, Dios mío, Bruno…! ¡Creo que ya viene!

Al verla tan asustada, él recobró la calma en el acto. Con delicadeza, la alzó entre sus brazos y la depositó sobre el sillón más próximo.

—Tienes lista la maleta, ¿verdad? Dime dónde está y, de paso, cogeré tu bolso.

Su tono firme y seguro la tranquilizó lo suficiente para poder darle unas explicaciones medianamente coherentes. Mientras iba a buscar las cosas, Bruno llamó a un taxi y al ginecólogo. Se colgó la bolsa con las prendas del bebé y el bolso de Dani del hombro y, de nuevo, la alzó en sus brazos, aunque, justo cuando acababa de cruzar el umbral de la puerta, se detuvo en seco.

—¿Se te ha olvidado algo? —preguntó ella cada vez más nerviosa—. Creo que tenemos que darnos prisa.

—Quiero una fecha.

—¿De qué estás hablando? ¡Rápido, he tenido otra contracción!

—No me moveré de aquí si no me dices, ahora mismo, la fecha de nuestra boda. Y tiene que ser antes de las próximas dos semanas.

—¡No puedes hacerme esto!

Él alzó una de las negras cejas con arrogancia.

—Cuanto antes digas el día, antes nos iremos al hospital.

—¡Pero tú ni siquiera me quieres! —exclamó Dani y, acto seguido, empezó a llorar con desconsuelo.

—Claro que te quiero, te quise desde que te vi en casa de mi hermana; no podía soportar que mi ahijado te rozara siquiera. ¿Por qué crees que te obligué a decirle que no estabas enamorada de él? ¿Por qué crees que te busqué más tarde? Sólo que mi orgullo me impedía confesármelo ni siquiera a mí mismo.

—Y ¿por qué no lo dijiste cuando me pediste que me casara contigo? Tan sólo hablaste de deseo sexual.

—De nuevo el orgullo, quería que tú lo dijeras primero.

—¡Maldito orgullo!

—Mira quién fue a hablar…

Si algún vecino hubiera acertado a pasar por allí en ese preciso momento, le habría parecido un tanto chocante descubrir al elegante propietario del quinto inmóvil en mitad del descansillo enfrascado en lo que parecía una animada discusión con la mujer, bellísima y embarazadísima, que sostenía entre sus brazos.

Una nueva contracción la hizo encogerse de dolor. Al verlo, Bruno se puso en marcha al instante, pero ahora fue ella la que ordenó:

—¡Alto! —Su tono terminante lo hizo detenerse en seco.

—¿Estás loca? ¡A este paso, nuestro hijo va a nacer en el felpudo de la entrada!

—No parecía que eso te importara mucho hace unos minutos. El 23 de septiembre, este sábado, no, el siguiente. Ahora te toca a ti.

—¿A mí? ¡Deja de jugar, Daniela, no es el momento!

—Cuanto antes lo digas, antes nos iremos al hospital —repitió sus palabras punto por punto.

—¡Pero ¿qué es lo que tengo que decir?!

El leve matiz de histeria en su voz resultó inconfundible, pero ahora era ella quien, agarrada a su cuello, tan tranquila, no parecía tener la menor prisa por llegar al hospital.

—Quiero que admitas que te portaste como un auténtico capullo, que prometas que jamás me volverás a tratar así y que confieses que me quieres aún más de lo que

yo te quiero a ti.

A pesar de que estaba de los nervios, Bruno no pudo reprimir una carcajada algo temblorosa al oírla.

—Daniela, te juro que nunca más volveré a tratarte así. Mi única excusa es que, después de Aquella Noche, me sentí tan descolocado al darme cuenta de que estaba loco por ti que me porté como un auténtico capullo. Te quiero como no había amado a nadie antes; quiero casarme contigo y ser un buen padre para nuestro hijo; quiero reírme con tus estúpidas bromas aunque, al mismo tiempo, me entren ganas de retorcerte el pescuezo; quiero amanecer y acostarme contigo durante el resto de mi vida; quiero que cuando seamos dos ancianitos aún nos besemos con pasión a pesar de la ausencia de dentadura; quiero…

Pero Dani no lo dejó terminar, sino que lo obligó a inclinar la cabeza y le dio un beso rebosante de amor que lo dejó mareado. Al cabo de unos minutos, lo soltó y declaró con total serenidad:

—Ya podemos irnos.

Con una sonrisa cansada, Dani contemplaba sin pestañear a aquella asombrosa criatura que, ya limpia y bien abrigada, yacía a su lado sobre la cama. Bruno, que había salido un momento a hablar por teléfono, regresó y se sentó en el borde del colchón.

Los ojos oscuros brillaban de emoción cuando se inclinó para besar con suavidad los labios femeninos antes de acariciar con el dorso del dedo —que parecía enorme en comparación— una de las mejillas de su hijo, que dormía plácidamente.

—¿Sabes eso que dice la gente de que los bebés vienen con un pan debajo del brazo?

Dani abrió la boca en un bostezo incontenible, y replicó somnolienta:

—No sé si es el mejor momento para ponerme a analizar esa bonita muestra del saber popular…

Bruno sonrió con ternura; a pesar de que estaba exhausta, Daniela sería Daniela hasta el final.

—Verás, acabo de hablar con un amigo mío que es catedrático. Me ha dicho que ya han salido los resultados de las oposiciones y… ¡adivina quién ha sacado la nota más alta entre los miles de candidatos que se presentaron!

Ella olvidó su cansancio al instante.

—¡No!

—¡Sí!

Y, de repente, una lágrima se deslizó lentamente por la mejilla de Dani, seguida de otra y de otra más.

—Pe… pensé que era impo… posible ser má… más feliz de lo que ya era —sorbió un par de veces por la nariz—, y mí… mírame ahora. —Empezó a llorar con más fuerza.

Bruno alzó al bebé y lo metió con cuidado en el cuco, luego volvió a sentarse en la cama, la estrechó contra su pecho y apoyó la barbilla sobre los suaves cabellos castaños.

—Pues nadie lo diría.

Ella soltó una carcajada que sonó mitad sollozo.

—Di… dile a Piluca que ha fu… funcionado.

—¿El qué? —El súbito cambio de tema lo desconcertó.

—Cuando… cuando me enteré de que estaba embarazada, le dije que creía que alguien me había echado ma… mal de ojo. Días después, apareció con un fra… frasquito de agua de Lourdes que vete tú a saber de dónde lo había sa… sacado y me dijo que me rociara con él todos los días, co… como si fuera perfume. ¡Y ahora… ahora to… todo me sale bi… bien! —afirmó con desconsuelo antes de hundir de nuevo el rostro en la camisa del psiquiatra y deshacerse en una orgía de llanto.

Bruno estuvo a punto de soltar una carcajada; sin embargo, logró contenerse y declaró con severidad:

—Bueno, no creo que sea algo para llorar. Tengo la sensación de que Daniela Caballero se ha convertido en una auténtica llorona.

—¡No… no soy ninguna llo… llorona! ¡Son es… estas mal… malditas hormo… monas, otra vez! —Y, sin transición, añadió—: Es que soy tan fe… feliz que… que me duele…

—Yo sí que soy feliz, Daniela. ¡Te quiero!

La obligó a alzar el rostro hacia él y, de nuevo, atrapó sus labios con su boca, pero, en esta ocasión, el beso estaba cargado con esa clase de pasión que no se desvanece con el paso del tiempo.

Luis acompañó a Mica a su casa después de visitar a su hermana y a su nuevo ahijado en el hospital. Aún le duraba la emoción que había sentido al sostener aquella frágil criatura entre los brazos. Estaba seguro de que a Mica le pasaba lo mismo porque, contra su costumbre, estaba muy callada.

Esa tarde, en vez de despedirse a la entrada con uno de aquellos besos que lo dejaban con el mismo aspecto que lucía Príapo en los frescos de Pompeya, entró con ella en el piso.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. —Luis carraspeó un par de veces, parecía muy nervioso.

—¿Te ocurre algo?

Su única contestación fue ponerse rodilla en tierra y alzar el rostro hacia ella. Mica casi se derritió al verlo. Desde que había empezado a trabajar, Luis vestía de lo más formal entre semana. Ese día iba con un elegante traje de chaqueta que producía un curioso contraste con el aro de oro que llevaba en la oreja; un contraste que le recordaba que el hermano de Dani seguía siendo un tipo peligroso. Ella lo había ayudado a elegir el traje y la corbata que llevaba puestos y, cada vez que lo miraba, su corazón perdía un latido.

—Micaela Waksman, ¿quieres casarte conmigo y ser la madre de mis hijos?

Dos gruesos lagrimones se deslizaron por las mejillas de Mica muy despacio; sin embargo, sus labios esbozaban una sonrisa trémula.

—¡Pues claro que quiero, Luis! ¡Llevo años queriéndolo!

Él se puso en pie, la estrechó contra su pecho hasta hacerle daño y susurró en su oído roncamente:

—Pues no tardes mucho en organizar la boda, porque no puedo esperar más.

Epílogo

Y, de nuevo, Navidad…

Víctor se agachó a recoger el equipaje y, con aquella dignidad funeraria que lo caracterizaba, los condujo hasta su habitación.

—Espero que lo encuentren todo de su agrado.

—Seguro que sí, Víctor. —Dani le guiñó un ojo con picardía, pero el mayordomo fingió no haberlo visto y los dejó solos.

—¿Crees que estará bien?

Por supuesto, hablaba de Nicolás, que acababa de cumplir tres meses, al que una *salus infirmorum* con una pinta estupenda, contratada por la hermana del psiquiatra para que se ocupara del bebé durante los días que pasarían en Sotogrande, acababa de llevarse.

—Creo que estará estupendamente y…, qué casualidad, queda hora y media hasta la comida.

El rostro de Bruno lucía su habitual expresión impasible, pero a Dani no se le escapó el chisporroteo diabólico de los ojos oscuros.

—Ni hablar, Bruno. Tu hermana y Diego nos estarán esperando en el salón.

—¿Tienes que llevarme siempre la contraria?

—Luis y Mica también deben de estar a punto de lle…

Sus palabras se perdieron en el interior de la boca de su marido, quien, con ella en brazos, se dirigía decidido hacia la inmensa cama con dosel que ocupaba la mayor parte de la estancia.

—Bruno, no deberíamos…

A pesar de aquellas débiles protestas, sus propias manos se habían perdido por el interior de la camisa masculina y acariciaban el pecho musculoso con ansiedad.

—Nos daremos mucha prisa —prometió él.

De hecho, Dani ya estaba prácticamente desnuda.

—Sí…, tienes… tienes razón —jadeó ella al tiempo que se deshacía de la camisa de un fuerte tirón y se centraba en desabrochar la hebilla del cinturón—. Aprovechemos que… ningún bebé… desconsiderado nos interrumpirá en el mejor… en el mejor… momento… ¡Ah! ¡Oh, cielos, Bruno, eres… un pésimo psiquiatra! ¡Me… vas a volver… loca del todo!

—¡Deja de hablar y concéntrate!

Dani lo obedeció sin rechistar y, cuando casi tres cuartos de hora más tarde hicieron acto de presencia en el salón, Eva pensó que con la melena castaña ligeramente despeinada, los ojos brillantes, las mejillas ruborizadas y la blusa de seda mal abrochada, Daniela no parecía la misma mujer, comedida y dueña de sí, que había estado a punto de casarse con su hijo.

Claro que su hermano Bruno tampoco parecía el mismo de siempre. Lejos de lucir su habitual aspecto impoluto, su camisa estaba arrugada, un mechón de pelo oscuro caía indomable sobre su frente y los ojos negros ya no miraban somnolientos, sino que despedían destellos cegadores cada vez que se posaban sobre su mujer.

Justo entonces, Víctor anunció la llegada de Luis y Mica. Eva los había conocido en la boda de Bruno y había hecho muy buenas migas con aquella diminuta mujer con pinta de ángel travieso, si es que los ángeles traviesos podían quedarse en estado, obviamente. Aunque discreta todavía, su barriga anunciaba a las claras un embarazo que, según le había contado cuando la invitó, era de gemelos.

Los padres de Mica habían tenido que regresar a toda prisa del fin del mundo para llegar a tiempo a la boda de su hija; sin embargo, pocos días después, habían proseguido con el *tour* y ya no regresarían hasta después de Año Nuevo. La hermana de Bruno, que tenía un gran corazón, había decidido invitarlos también a pasar las Navidades en su casa.

Al conocer la noticia de que su exprometida se había enamorado con locura de su padrino, Diego se había refugiado en el golf para olvidar. Sin embargo, su madre no estaba dispuesta a que el distanciamiento entre su hijo y su hermano —al que Diego había admirado siempre profundamente— se prolongara. Así pues, le había explicado que aquellas cosas ocurrían, que nadie tenía la culpa y que no le quedaba otra que llevarla en coche a la boda porque no pensaba viajar en el AVE cargada de equipaje. Y Diego, que antes que nada era un hijo amantísimo, había aceptado con mansedumbre.

Al final, la cosa no había sido tan terrible como había temido, y estuvo de acuerdo en que su madre los invitara a todos a Sotogrande. Eva del Valle era toda una

institución en la localidad, y su famosa cena navideña reunía siempre a un montón de invitados ilustres.

Con disimulo, Eva echó una mirada apreciativa al guapísimo marido de Mica, que permanecía a su lado en todo momento, como si temiera que alguien fuera a tratar de robársela, y se vio obligada a reconocer que, cuando contemplaba su rostro de rasgos perfectos, el centelleo pícaro de los maravillosos ojos azules idénticos a los de su hermana y aquel aro de oro en la oreja que lo hacía parecer uno de aquellos piratas de los libros de Salgari que se reían en la cara del peligro, sentía un aleteo extraño en el estómago a pesar de su edad.

En ese momento llegaron los otros dos invitados: una vieja amiga y su hija y, tras el ceremonioso anuncio de Víctor de que la comida estaba lista, pasaron al comedor. A pesar de los pesares, el almuerzo informal previo a la fiesta que tendría lugar esa misma noche resultó muy animado.

Diego se sentó junto a ella en el amplio sillón del porche; a pesar de la fecha, la temperatura seguía siendo muy agradable. Le pareció que Dani estaba más bella que nunca y no pudo evitar lanzar un suspiro al verla jugar con el bebé regordete que tenía el pelo negro de Bruno y los fascinantes ojos azules de su madre.

Dani oyó el suspiro y se sintió un poco culpable. En ese momento, su hijo le agarró un mechón de pelo y, mientras trataba de liberarlo de aquel puño lleno de babas, tuvo una nueva revelación divina. Decidida, se volvió hacia su exprometido.

—¡Qué bien que podamos hablar a solas un rato, Diego! Verás, hay una cosa que debo decirte. En realidad, no debería, pero tengo miedo de que, si no hablo, algo terrible pueda ocurrir.

A pesar de su aspecto de flemático aristócrata inglés, el ahijado de Bruno se pirraba por los melodramas, y sus iris verdosos chispearon expectantes.

—Será mejor que hables, Dani, si no, puede que te arrepientas más tarde —la animó con voz grave.

—Sí, tienes razón. Es un secreto que no me pertenece, pero…

Tras una dura lucha, su honor de aristócrata inglés ganó la batalla contra la curiosidad malsana.

—Si es un secreto, quizá no deberías contármelo —dijo de mala gana.

—Te lo contaré de todas maneras —se apresuró a replicar ella—. Si no, me temo que ella podría cometer una locura.

—¿Ella?

—Fabiola.

Diego alzó los ojos sorprendido y observó a la hija de la amiga de su madre, que, en ese momento, hablaba con mucha animación con Mica y su marido frente a uno de los parterres del jardín.

—¿Qué le pasa?

—Que está loca por ti. Que no puede más. Que si no te tiene, me temo que no querrá seguir viviendo.

A Dani su expresión de estupor le recordó a la que había lucido su vecino Toño en su día.

—Pero… pero ¡si Fabiola odia el golf! —fue lo único que consiguió articular Diego unos minutos más tarde.

—Sólo lo finge, en realidad está deseando que te ofrezcas a darle unas lecciones.

—¿De verdad está enamorada de mí? —preguntó perplejo.

Diego era un hombre modesto. De hecho, siempre había tenido la sensación de que aquella mujer, bajita y pelirroja, a la que conocía desde la infancia, lo miraba con un ligero desprecio.

—Desde que teníais cinco años y te veía jugando con tu *putter* de plástico en este mismo jardín. —Dani esperó que sus mentiras resultaran convincentes; últimamente no había practicado mucho, su marido las cazaba al vuelo.

Como si lo hubiera invocado, Bruno apareció en ese preciso momento, se sentó a su lado, cogió a Nicolás con un brazo y rodeó la cintura de Dani con el otro en un gesto posesivo. Diego captó la indirecta y se levantó en el acto. Sin dejar de dar vueltas a lo que Dani acababa de contarle, se despidió de ellos apresuradamente.

—¿No estarás coqueteando con mi ahijado?

—Consideraré esa pregunta como no formulada.

—Te conozco, Daniela. Tienes esa cara que pones cuando haces algo… no del todo correcto.

—Es por una buena causa.

—Mmm.

—Te lo juro. Ya viste lo bien que me salió lo de Toño y Piluca, ¿no? La última vez que hablé con ella, estaba planeando una boda por el rito Jedi.

Bruno puso los ojos en blanco y preguntó resignado:

—¿Qué estás tramando?

—Fabiola y Diego.

—Ya veo.

—¿Qué opina el eminente psiquiatra?

—El eminente psiquiatra opina que ya son mayorcitos, y que ejercer de celestina a plena luz del día conlleva severos castigos.

—¿Cómo de severos? —ronroneó Dani, mimosa.

—Mejor te lo explico cuando estemos a solas en nuestra habitación.

—¡Me encantan estas flores!

—Es un ejemplar de *plumbago auriculata*, de la familia de las plumbagináceas. En realidad, es raro que estén en flor a estas alturas del invierno, pero…

—Pues me encantan. —Dani cortó en seco la conferencia—. Fabiola, verás…, no te conozco mucho, pero conozco bien a Diego.

—¿Al hombre «Hoyo 3»?

—¿Eh?

Fabiola lanzó una risita maliciosa que dejó ver un delicioso hoyuelo en su mejilla. Era bastante mona y, si llevara sueltos aquellos exuberantes rizos rojizos en vez de atados en un moño bajo nada favorecedor, estaría mucho más guapa.

—Yo lo llamo así. Desde que lo conozco, no lo he oído hablar de algo que no sea de golf.

—Qué raro, porque a mí no para de hablarme de ti.

—¿De mí? —Los grandes ojos marrones la miraron atónitos.

—Está loco por ti, lo que pasa es que no se atreve a decirte nada porque es muy tímido. Además, sabe que no te gusta el golf y él lo desconoce todo sobre las plantas, aunque está deseando aprender.

Fabiola entornó los párpados desconfiada:

—Si tanto le interesa, ¿por qué no lee un libro sobre el tema?

¡Vaya, aquella pelirroja era dura de pelar! Dani pensó a toda velocidad.

—No puede, lo ha intentado, pero cada vez que empieza a ver las fotos de uno de esos libros, llenas de preciosas flores y arbustos hermosos, comienza a acordarse de ti, a pensar que vuestro amor es imposible, y se ve obligado a dejarlo. De verdad que empiezo a temer por su salud mental.

—Vaya. Jamás lo habría imaginado.

—Mira, Fabiola, como amiga de Diego, necesito que me hagas un favor.

—¿Cuál?

—Si Diego se ofrece a darte unas clases de golf, por favor, no lo rechaces. Si lo hicieras, le causarías un trauma de esos que desembocan en una depresión irremontable.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

La pelirroja sacudió la cabeza indecisa.

—Caramba, no me gustaría ser la causa de la depresión del hijo de la mejor amiga de mamá.

—Pues ya sabes. Si te dice que por qué no vais a dar unas bolas, tú aceptas y, de paso, le cuentas eso tan interesante de las plumbagináceas. Por cierto, tienes un pelo precioso. Estoy segura de que si lo llevaras suelto sobre los hombros resultaría espectacular.

Dani le guiñó un ojo y se alejó a toda prisa mientras Fabiola miraba sin ver los preciosos racimos de flores azules, tratando de asimilar aquella sorprendente información.

—¿Soy buena o soy buenísima?

—Eres buena.

Bruno la apretó aún más contra él sin dejar de moverse al ritmo de una canción lenta que tocaba en ese momento el conocido grupo musical que Eva había contratado para la ocasión. A pocos metros de ellos, Diego y Fabiola bailaban bastante acaramelados, y el ahijado de Bruno, deslumbrado, aprovechaba la menor ocasión para acariciar las suaves guedejas de fuego que caían libres por la espalda de su pareja.

—Y ¿qué me dices de esos dos?

Dani alzó la mejilla del pecho de su marido durante unos instantes y observó a su hermano, que abrazaba a Mica con los ojos cerrados, concentrado por completo en el roce del cuerpo de su esposa contra el suyo.

—Patético —sacudió la cabeza con fingido desdén—. Quién lo ha visto y quién lo ve. ¿Puedes creerte que le molesta que Mica y yo quedemos a tomar una copa de vez en cuando?

—Un caso claro de celos patológicos.

—Doctor, estoy preocupada, ¿cree que la vida de mi amiga podría correr algún peligro?

—Sólo si le diera por fugarse con otro. Aunque, a juzgar por las constantes miradas de adoración que tu amiga le lanza a su esposo, creo que sería más fácil que un guitarrista con los dedos amputados tocara el *Concierto de Aranjuez*[3] en el Auditorio.

Dani soltó una risita divertida, pero enseguida recuperó la seriedad, apoyó de nuevo la mejilla sobre la elegante camisa y susurró:

—Otra vez Navidad. Es increíble cómo ha cambiado mi vida en este último año. He acabado la carrera, he aprobado las oposiciones y tengo un trabajo estable, mis comidas no sufren incómodos altibajos, he tenido un hijo precioso y…

—¿Y?

—Y estoy colada por un famoso psiquiatra.

—¿El mismo psiquiatra que renunció a su cómoda existencia por culpa de una aprendiz de estafadora que le sorbió el seso?

—Ese mismo. —Dani se apretó aún más contra él.

Bruno acarició su espalda, sintiendo las suaves curvas pegadas a su pecho, hundió la nariz en su garganta y aspiró la deliciosa fragancia de aquella mujer, su mujer, la mujer a la que amaba más que a nada en el mundo.

—Daniela…

—Bruno…

—Este sarao está muy bien, pero creo que ha llegado la hora de organizar nuestra propia fiesta privada.

—Es curioso, desde que estamos casados, cada vez me cuesta más llevarte la contraria. —El deseo asomaba desnudo en los grandes ojos azules.

—Imagino que será la rutina del matrimonio —afirmó su marido antes de inclinarse sobre sus labios y depositar en ellos un beso en el que latía la promesa del paraíso.

Eva se alejó del bullicioso salón y salió un momento al jardín a tomar el aire. La fiesta estaba siendo un éxito, los invitados parecían encantados, la orquesta era maravillosa, todo había salido a la perfección…, así que no entendía por qué entonces, de pronto, tenía ganas de llorar.

Caminó hasta un murete de piedra que estaba lo suficientemente alejado de la casa y se sentó, sin dejar de observar la gigantesca luna amarilla que resplandecía, a poca altura, en el cielo.

A lo mejor había sido el hecho de ver a Bruno y a Dani, o al hermano de ésta y su adorable Mica, tan enamorados; quizá era porque había notado que entre Diego y Fabiola estaba naciendo algo prometedor. O tal vez se debía a la presencia del pequeño Nicolás, que le había recordado la época tan feliz en la que su hijo también era un bebé. El caso era que echaba de menos a Raúl, su marido. Habría renunciado a

tres años de vida por volver a tener la oportunidad de recostarse contra su pecho, enclenque pero acogedor, y charlar con él de cualquier cosa como hacían antes.

Parpadeó varias veces para contener las lágrimas. Menudo número si tenía que despedir a sus invitados con el rímel corrido.

—Le he traído su chal, señora. He pensado que podría enfriarse.

La voz solemne del mayordomo tan cerca de ella la sobresaltó.

—Muchas gracias, Víctor.

Agradecida, se arrebujó en la cálida *pashmina* de cachemir y siguió contemplando la luna.

—Ejem, ejem.

El carraspeo del mayordomo la hizo volver la vista hacia él.

—¿Ocurre algo, Víctor?

—Creo que la señora no ha comido casi nada durante la velada.

—Por una vez he respetado la dieta —afirmó orgullosa de su fuerza de voluntad.

—Me he permitido traerle también unos pastelillos de chocolate, sus favoritos.

Eva lo miró indignada, pero a la luz de la luna no pudo adivinar ninguna expresión en el rostro severo del mayordomo; de hecho, jamás había sido capaz de averiguar qué era lo que pasaba por su mente cuando la miraba.

—¡Me gustaría saber a qué obedece este boicot! Desde luego, hay que ser mala persona para tentarme de esta manera.

—Tengo la sensación de que está triste.

Eva se quedó tan estupefacta al oír semejantes palabras en boca de aquel hombre, que en treinta años de servicio jamás le había hecho el menor comentario personal, que alargó la mano, cogió uno de los pastelillos de la bandeja que él le tendía y se lo llevó a la boca.

La explosión de cremoso chocolate contra su paladar la hizo cerrar los ojos y lanzar un suspiro de placer.

—Ande, Víctor —golpeó el murete de piedra a su lado—, siéntese y compartamos estos deliciosos pasteles.

El hombre se quedó rígido y, por unos segundos, Eva pensó que lo había ofendido. Sin embargo, tomó asiento a su lado con la espalda muy tiesa y, durante un buen rato, ambos permanecieron en silencio, comiendo un pastel detrás de otro mientras contemplaban, embelesados, la inmensa luna llena que se alzaba poco a poco en el cielo.

ISABEL KEATS. Ganadora del premio HQÑ Digital con *Empezar de nuevo* (2013), finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* (2011) y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR por su novela *Abraza mi oscuridad* (2013), decidió autopublicar su novela *Algo más que vecinos* (2012) en las principales plataformas digitales con un gran éxito.

Isabel siempre ha disfrutado leyendo novelas de todo tipo. Hace pocos años empezó a escribir sus propias historias y varios de sus relatos han sido publicados, tanto en papel como en digital. Escribir, hoy por hoy, es lo que más le divierte y espera poder seguir haciéndolo durante mucho tiempo.

Notas

[1] *Ella*, Parlophone Spain, interpretada por Bebe. (*N. de la E.*). <<

[2] *Ella*, Parlophone Spain, interpretada por Bebe. *(N. de la E.)*. <<

[3] Concierto de Aranjuez, PolyGram Ibérica S. A., interpretado por Joaquín Rodrigo. *(N. de la E.)*. <<